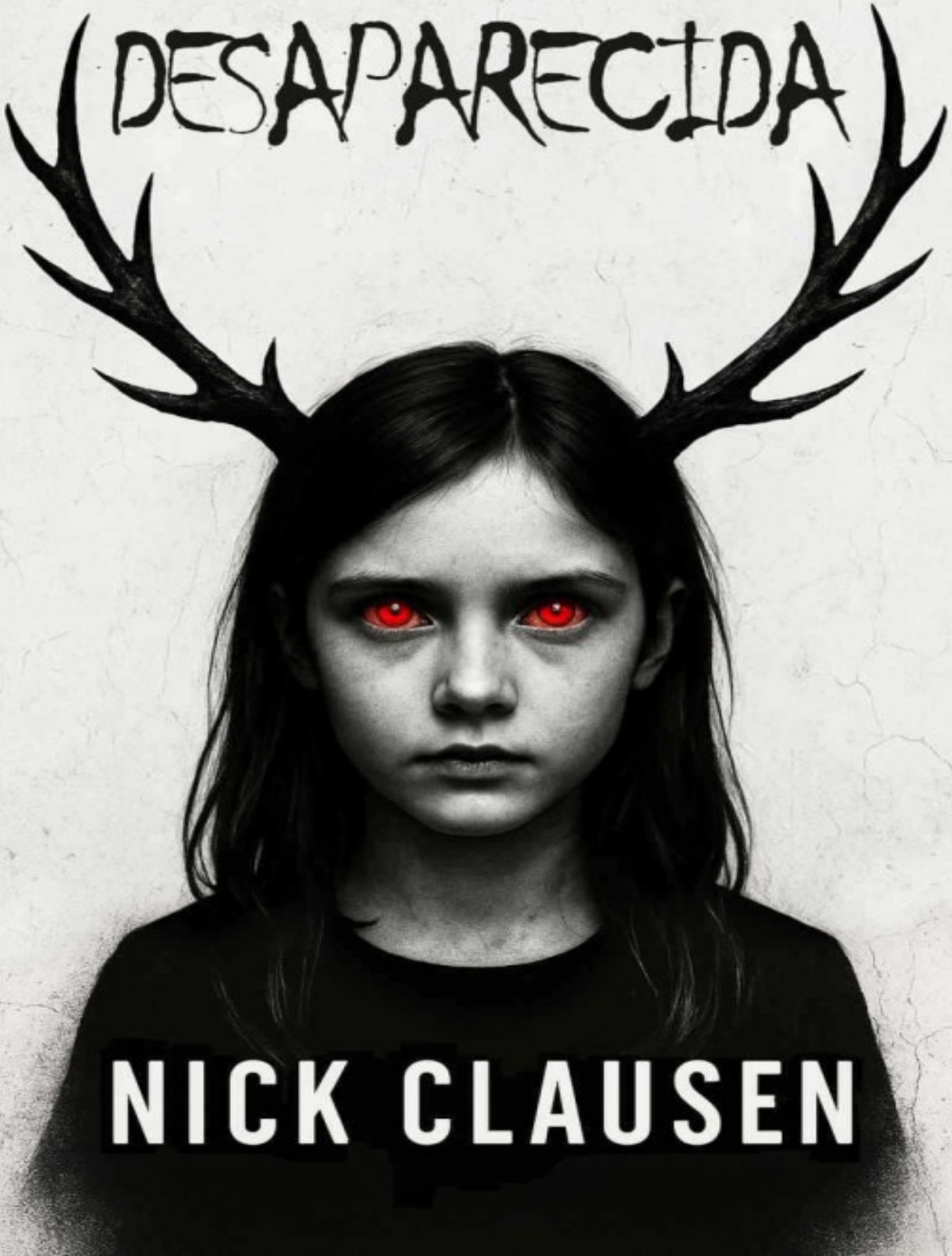
LA CHICA DESAPARECIDA



NICK CLAUSEN

Copyright © 2025 por Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma sin el permiso escrito del editor o del autor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

ISBN: 9788785425935

CONTENIDO

LIBROS GRATIS
PARTE UNO
1. DÍA 1
2. DÍA 50
3. DÍA 51
4. DÍA 54
5. DÍA 57
6. DÍA 58
7. DÍA 60
8. DÍA 61
9. DÍA 78
10. DÍA 79
11. DÍA 80
12. DÍA 81
13. DÍA 84
14. DÍA 87

15. DÍA 95
PARTE DOS
16. DÍA 1
17. DÍA 2
18. DÍA 3
19. DÍA 4
20. DÍA 5
21. DÍA 10
22. DÍA 11
23. DÍA 18
24. DÍA 20
25. DÍA 21
26. DÍA 23
27. DÍA 28
28. DÍA 76
29. DÍA 89
30. DÍA 91
31. DÍA 97
32. DÍA 98
33. DÍA 99
PARTE TRES
34. DÍA 103
35. DÍA 104
36. DÍA 107
37. DÍA 108
38. DÍA 113
39. DÍA 114

40. DÍA 115
EPILÓGO

LIBROS GRATIS



Consigue libros gratis en español al unirte a mi boletín en
nick-clausen.com/gratis

PARTE UNO

ANDY WISLER

DÍA 1

Ocurre en una tarde de martes gris perfectamente ordinaria, a finales de marzo. Van de camino a casa tras salir del colegio. Andy empuja su bicicleta y Rebecca camina a su lado por la acera, saltando al ritmo de alguna canción molesta que suena en su teléfono.

—Tenemos que hacer una parada rápida en la biblioteca —dice Andy, deteniéndose junto al cruce al

lado del edificio de ladrillo rojo—. Necesito un libro nuevo.

—No quiero —dice Rebecca, negando con la cabeza—. Yo seguiré andando y tú me alcanzas.

Andy se coloca delante de ella, cortándole el paso.

—No. Mamá dice que siempre debemos ir juntos.

—El que no quiere ir juntos eres tú. Yo no quiero entrar en la estúpida biblioteca.

—¿Por qué no?

—Simplemente no me apetece. ¡Los libros son taaaan aburridos!

—Será solo un minuto. ¿Y puedes apagar eso, por favor?

Rebecca no pausa la canción; en su lugar, cruza los brazos. Lleva su gruesa chaqueta de invierno

morada, que la hace parecer aún más seria.

—Tú entra en la biblioteca —dice, sonriendo falsamente—. Pero no puedes obligarme a entrar contigo.

Andy frunce el ceño.

—¿Entonces vas a esperar aquí?

—Quizá —dice Rebecca, alzando la vista hacia el cielo.

—¿Quizá? —repite Andy—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Significa: quizá espere, quizá no.

Andy siente cómo le sube la irritación. Han pasado por esto tantas veces antes, y sabe exactamente

cómo terminará. Cuando Rebecca se pone así, no hay manera de doblar su voluntad. Ni ruegos ni

amenazas consiguen que obedezca. Aun así, la señala con el dedo y le dice, adoptando su expresión

más severa:

—Te quedarás aquí hasta que vuelva.

Rebecca no responde; simplemente se queda allí, evitando su mirada, tarareando la música.

Andy la observa de forma amenazante un momento más, intentando intimidarla para que permanezca quieta. Luego cruza la calle y aparca la bicicleta en el aparcabicis. Al echar un vistazo por encima del hombro, ve a Rebecca al otro lado de la calle, con un brazo levantado saludándolo de forma sarcástica, como saludan las señoras mayores en las películas.

Más tarde, Andy recordará este momento mil veces. Llegará a desear haberle devuelto el saludo a

Rebecca, aun sabiendo que ella solo lo hizo para molestarle. Pero un saludo irónico de despedida

seguiría siendo mucho mejor que ninguna despedida.

Por otra parte, si Andy hubiera sabido lo que iba a pasar, simplemente no habría entrado en la

biblioteca. Habría vuelto con Rebecca, y se habrían ido juntos a casa y nada malo habría ocurrido.

Pero Andy no conoce el futuro.

Y en ese momento está enfadado con Rebecca.

Así que resopla, le da la espalda y entra en la biblioteca.

En cuanto las puertas de cristal se cierran tras él, la rabia de Andy se disipa como niebla bajo el sol de la mañana. Ha entrado en el mundo de los libros, y aquí no puede estar enfadado.

No hay mucha gente en la biblioteca esta tarde; de hecho, parece ser el único. Es una biblioteca de

un pueblo pequeño, con solo unos pocos bibliotecarios que vienen día sí, día no.

Andy se desenvuelve la bufanda e inhala el olor de los libros. Desde que aprendió a leer, Andy ha

amado los libros más que nada, y siente ahora la vieja emoción burbujear ante el mero pensamiento

de los incontables universos que acechan entre las páginas. En esos universos puede perderse durante horas. Y allí no hay nadie que le acose o lo moleste, nadie que le pida cosas o le grite.

Andy baja por la fila B y deja que su mirada se deslice por los lomos, buscando alguno que parezca

interesante, cuando, de repente, la punta de su zapato tropieza con algo.

Mira hacia abajo y ve un libro en el suelo. Lo recoge. Es un libro antiguo, con una encuadernación

anónima de cuero rojo. No hay texto en el lomo ni en la portada. Solo un título grabado en el cuero con letras doradas arañadas:

«EL WENDIGO»

Andy nunca ha visto ese libro antes, y tampoco ha oído mencionar ese título; no tiene ni idea de qué es un wendigo. Sin embargo, hay algo intrigante en el nombre, algo que suena de manera un tanto

ominosa.

Pasa brevemente las páginas y examina el texto por encima. La historia parece prometedora, así que

lleva el libro al terminal y lo registra.

Una ráfaga de viento frío lo golpea en cuanto vuelve a salir de la biblioteca, mordiéndole las mejillas y la frente. Su mirada busca de inmediato el otro lado de la calle, donde vio a Rebecca por última vez, pero no oye su música y ella ya no está.

«Por supuesto que se ha ido. Esa mocosa.»

Andy mira a ambos lados justo a tiempo para ver un destello morado, mientras Rebecca gira por una calle lateral a unos cientos de metros. Andy agarra su bicicleta y se lanza a perseguirla.

Por lo visto, Rebecca está empeñada en darle vueltas, pues camina en dirección contraria a la de casa.

Su plan, sin duda, es darle un buen susto haciéndole creer que ha ido a casa sola y que, cuando Andy llegue y no haya nadie, entre en pánico.

«Pero te he visto, pequeña diablilla», piensa Andy, con una sonrisa triunfal tirando de sus labios.

«No me engañas».

Gracias a la bicicleta, Andy es mucho más rápido que Rebecca, así que tarda solo un instante en llegar a la calle donde ella giró, y una vez más la ve justo a tiempo para verla doblar por otra calle lateral.

Andy decide seguirle el juego.

Evidentemente, Rebecca piensa que tiene la ventaja, ya que no sabe que Andy la ha descubierto. Así

que pedalea con una velocidad cómoda, siguiéndola cada vez que ella toma un nuevo desvío,

asegurándose de mantener suficiente distancia para no ser visto por si ella decide mirar atrás. Pero

Rebecca no mira atrás ni una sola vez —lo que le demuestra a Andy lo segura que debe de estar de

haberlo engañado, y hace que Andy suelte una risita para sí.

Entonces, de repente, ella entra en la entrada de una casa cualquiera, va hacia la puerta principal, la

abre y desaparece dentro.

«¿Qué demonios?»

Andy acelera y llega a la casa. No tiene ni idea de quién vive allí, y los nombres del buzón no le

aclaran nada. Mira hacia la casa, pero no ve a nadie en las ventanas.

Andy se queda un momento junto a su bicicleta, cavilando.

¿Puede ser una trampa? ¿Acaso Rebecca lo ha visto después de todo y ahora quiere despistarlo?

No, no cree probable que ella entre en una casa desconocida solo para fastidiarlo. Puede ser retorcida, pero no es tonta.

Lo cual significa, por supuesto, que Rebecca debe conocer a la gente que vive allí. Probablemente

alguien de su clase.

Así que ese era su plan desde el principio: ir a casa de una amiga y dejarme volver corriendo a casa

solo, totalmente preocupado por dónde estará.

Andy se muerde el guante y saca el móvil. Teclea un mensaje rápido.

«Puedes salir ya. Te he visto.»

Mantiene la vista en la puerta principal, pero no se abre en varios minutos. Y Rebecca no le contesta.

Pronto, Andy empieza a perder la paciencia. Además, se está congelando. Deja la bicicleta en el

soporte, sube hasta la puerta principal y llama con fuerza.

La puerta se abre, y una chica de la clase de Rebecca lo mira con expresión de ligera sorpresa. Andy no recuerda su nombre: quizá Freya o Faye o algo así.

—Hola —dice la chica, al parecer reconociéndolo—. ¿Qué quieres?

—Puedes decirle a Rebecca que salga ya —dice Andy, sorbiendo—. Me la llevo a casa.

—Rebecca no está aquí —dice la chica, con un tono inocente.

—Sí que está.

La chica niega con la cabeza, haciendo que el flequillo le oscile.

—No, de verdad que no.

—La vi entrar.

—¿Cuándo?

—Hace un minuto.

La chica —con la expresión aún serena— se encoge de hombros.

—No he visto a Rebecca desde clase hoy. De verdad. Solo estamos mi madre y yo.

Andy empieza a molestarse con la chica y con la manera en que encubre a Rebecca. Seguramente

Rebecca le dijo que fingiera no saber nada, y la chica lo está haciendo bastante bien.

Estira el cuello y ve la chaqueta de Rebecca en el perchero.

—Veo su chaqueta —dice, señalando—. La morada.

La chica mira hacia atrás un instante y luego dice:

—Esa es mi chaqueta.

Andy abre la boca para responder, pero de pronto se queda en silencio al encajar las piezas. En

realidad no vio a la chica de la chaqueta morada de cerca, ¿verdad? No. Y ahora que lo piensa, tampoco oyó música. Y la forma en la que caminaba sin mirar atrás…

Andy se da cuenta de que la chica sigue mirándolo con una paciencia divertida.

—Yo, ehm… lo siento —murmura, retrocediendo—. Creo… eh… que ha habido un malentendido…

Se da la vuelta y corre de nuevo hacia la acera, saca el teléfono y llama a Rebecca.

Ella no responde. Después del cuarto tono, salta el buzón de voz.

«Bien, no entres en pánico ahora, se dice a sí mismo, metiéndose el teléfono en el bolsillo. Ella

obviamente solo se ha ido a casa, y sabe el camino. Lo hemos recorrido juntos un millón de veces.

No le ha pasado nada, solo que—»

Andy está tan angustiado que cruza la calle sin mirar. Una furgoneta amarilla aparece de la nada, con el claxon resonando airadamente, y Andy retrocede de un salto a la acera, casi tropezando con su bicicleta, mientras la furgoneta pasa a toda velocidad. Reduce la marcha, y por un momento Andy está seguro de que el conductor saldrá a gritarle.

Pero la furgoneta solo ha reducido la velocidad para girar en un cruce. Permanece quieta esperando

que haya un hueco en el tráfico, con solo una de las luces de freno brillando en rojo.

Andy está a punto de subirse a la bicicleta, cuando oye algo.

Es un golpeteo.

Mira hacia la furgoneta. Podría haber sido el motor. Pero también podría haber sido alguien golpeando desde dentro de la furgoneta.

Entonces la luz de freno se apaga, la furgoneta acelera, sale al cruce, gira y desaparece de la vista.

Andy vuelve a casa tan rápido como puede, jadeando y sudando bajo la ropa a pesar del aire frío de

primavera, con una persistente sensación de terror creciendo en el fondo del estómago durante todo el trayecto.

Si su madre descubre que Rebecca ha vuelto sola a casa, se pondrá hecha una furia—y la culpa será para Andy. Su madre le ha repetido varias veces que, como él es el mayor, Rebecca es su responsabilidad siempre que no haya adultos cerca.

«¡Da igual que ella pueda ser un auténtico incordio y me ponga las cosas difíciles solo porque está de mal humor! ¡Pero ah, no, sigue siendo culpa mía si le pasa algo!»

Sin embargo, aún hay esperanza de evitar una bronca: si tiene suerte, su madre no habrá llegado aún del trabajo, lo que significa que nunca sabrá que Rebecca y Andy se separaron.

Claro que Rebecca podría delatarlo en cuanto su madre llegue a casa, sería muy propio de ella, acusarlo para meterlo en líos, pero Andy siempre puede negarlo, lo que al menos le daría un cincuenta por ciento de posibilidades de que su madre crea su versión.

Andy llega a la casa, deja caer la bicicleta en la entrada—que está vacía, lo que significa que su madre aún no ha llegado—y corre a la puerta de entrada. Está cerrada. Andy se queda un momento mirándola, confuso. Luego rebusca la llave en la mochila y entra.

Lo primero que nota en el recibidor es que la chaqueta morada no está en el perchero. Aun así, llama:

—¡Becca! ¿Estás aquí? —luego contiene el aliento y escucha. Desde la casa solo llega silencio. Papá siempre trabaja hasta tarde, y Cindy probablemente esté fuera con sus amigas de la universidad.

Andy saca el teléfono y vuelve a llamar a Rebecca.

Cuatro tonos. Luego, buzón de voz.

—Cógelo —dice Andy, y lo intenta de nuevo enseguida. Sabe que no servirá de nada, pero aun así lo hace.

Esta vez solo suena una vez antes de ir al buzón de voz. Lo que significa que la llamada ha sido

rechazada. O que el teléfono se ha apagado. Pero ¿por qué haría Rebecca algo así? ¿Solo para

fastidiarlo? No sería completamente improbable, por supuesto—ella podría estar por ahí cerca,

riendo entre dientes mientras él llama—pero Andy no lo cree. Rebecca nunca ha llevado una broma tan lejos.

Su corazón ahora late con fuerza en el pecho, y la sensación de ansiedad en su estómago se ha convertido en miedo. Mira la hora. Ha pasado más de media hora desde que se separaron en la biblioteca. ¿Estaría Rebecca todavía enfadada con él? Y si es así, ¿ dónde podría estar?

Quizá siga simplemente dando vueltas por el pueblo. O quizá esté perdida y no encuentre el camino a casa. Pero entonces ¿por qué habría apagado el teléfono? Quizá se quedó sin batería.

Andy decide que quedarse aquí dialogando consigo mismo no servirá de nada. Su madre podría llegar en cualquier momento, y cuando descubra que Andy ha vuelto sin Rebecca, no solo se pondrá furiosa— Andy teme que directamente le explote la cabeza.

Así que sale a buscar a Rebecca, cerrando la puerta con llave tras él, ya que sabe que Rebecca tiene su propia llave.

Andy pedalea por el pueblo casi una hora. Revisa todos los lugares donde Rebecca podría estar: el colegio, el centro comercial, el parque, el parque infantil, incluso la biblioteca. No está en ninguna parte.

Finalmente vuelve a casa. Ahora está realmente asustado. Su última esperanza es que mientras él estaba fuera buscando, Rebecca haya vuelto por su cuenta. Que todo esto haya sido simplemente una broma cruel por su parte. Que haya estado deambulando por las calles, esperando el momento perfecto para asegurarse de que Andy estuviera al borde del ataque de nervios.

Intenta imaginar la escena. La puerta principal estará sin cerrar, entrará corriendo, la llamará por su nombre, y ella saldrá tranquilamente del salón para saludarlo, pondrá las manos en las caderas y

preguntará:

—¿Por qué has tardado tanto?

—¿Qué he tardado tanto? —explotará Andy—. ¿Y tú qué? ¿Dónde has estado? ¡He recorrido todo el pueblo buscándote!

Y Rebecca sonreirá con su sonrisa más diabólica y dirá:

—He tomado otro camino.

O:

—Me encontré con Anna del cole, y nos pusimos a hablar.

O simplemente:

—Eso no es asunto tuyo.

Andy tiene una imaginación muy desarrollada, y la conversación es tan vívida en su mente que

realmente se convence de que así ocurrirá. De hecho, está sonriendo para sí mismo mientras aparca la bicicleta en la entrada por segunda vez. Sube de un salto los escalones y agarra el pomo.

Su sonrisa se marchita.

La puerta está cerrada.

Y cuando entra usando su llave, descubre que la chaqueta de Rebecca sigue sin estar en el perchero.

Entonces, de repente, de pie en la casa vacía y silenciosa, Andy oye que algo llama. El sonido proviene de su propio corazón. Pero también proviene de la furgoneta amarilla. Crece cada vez más dentro de él, hasta que siente que su caja torácica va a romperse. Aquella única luz roja de freno brilla en su mente, quemándolo con su mirada maligna y monstruosa. Sus pensamientos comienzan a discutir.

«Se ha ido.»

«No, no puede ser.»

«Alguien se la ha llevado.»

«No, eso no es verdad.»

«No va a volver a casa.»

«¡Sí va a volver!»

«Deja de hacer el ridículo.»

«¡Cállate!»

«Deja de fingir.»

«¡Cállate!»

Andy exhala profundamente y se da cuenta de que está a segundos de llorar, lo que lo asusta aún

más. Carraspea y traga saliva.

Andy sabe que solo queda una cosa por hacer, y le teme más que a nada. Acabará con la última

esperanza. Romperá la ilusión de que Rebecca pueda aparecer por su cuenta en un minuto o dos.

A los trece años, esta es la cosa más difícil que Andy ha tenido que hacer nunca—y eso incluye la vez que se cayó con la bicicleta y se dislocó el hombro, y el médico tuvo que encajárselo de nuevo. El dolor, que ya era intenso, se volvió inconmensurable durante unos segundos, y el shock casi le hizo desmayarse, lo que le quitó para siempre la confianza en cualquier médico que vuelva a decirle «solo dolerá un poco». Pero igual que entonces, ahora no tiene elección. La diferencia es que, esta vez, sabe lo que le espera. Lo que lo hace aún peor.

Saca el teléfono y hace la llamada.

Papá contesta enseguida:

—Hola, Andy, ¿qué pasa?

—Papá —dice Andy. Tiene la boca seca. La voz le tiembla—. Creo… creo que Rebecca ha desaparecido.

DÍA 50

Andy se olvida por completo del libro metido en el fondo de su mochila del colegio, hasta que por fin, una noche, saca su atlas para hacer los deberes de geografía, y el libro se desliza por casualidad y cae al suelo.

Mira hacia abajo y enseguida se acuerda de Rebecca. No es que se hubiera olvidado de ella, por

supuesto, pero han empezado a aparecer breves intervalos, quizá medio minuto en los que pasa sin

pensar en ella. Ahora, al ver el libro que sacó de la biblioteca aquel fatídico día, todo vuelve de golpe por enésima vez, y a Andy se le hace un nudo en la garganta.

Los primeros días tras la desaparición de Rebecca estuvieron llenos de preguntas y agentes de policía y miradas solemnes y más preguntas.

—¿Cuál fue la última cosa que te dijo Rebecca?

—¿Viste hacia dónde se fue?

—¿Os peleasteis antes de separaros?

—¿Cuánto tiempo estuviste dentro de la biblioteca?

—¿La oíste hablar con alguien?

—¿Mencionó algo sobre adónde podría ir?

—¿Alguien amenazó a Rebecca o a ti ese día?

Y así sucesivamente.

Andy respondió lo mejor que pudo. También habló a la policía sobre la furgoneta amarilla.

—¿Viste la furgoneta aparcada fuera de la biblioteca, Andy? —le preguntó el agente de voz profunda.

—No, pero…

—¿Viste a Rebecca por la ventanilla trasera cuando la furgoneta pasó junto a ti?

—No tenía ventanilla trasera. Pero los golpes…

—Dijiste que pensaste que el sonido venía del motor de la furgoneta.

—Eso fue lo que pensé al principio, sí, pero… luego se me ocurrió la idea, ya sabe, ¿y si era Rebecca llamando?

El agente lo miró largo rato, luego asintió y no volvió a preguntar por la furgoneta amarilla.

Andy no es tonto; ve que no hay pruebas que respalden su teoría. Nadie más declaró haber visto la

furgoneta amarilla cerca de la biblioteca aquel día. Andy no vio quién la conducía. La furgoneta podría no tener absolutamente nada que ver con la desaparición de Rebecca.

Aun así, Andy no consigue olvidarse de los golpes, ni de la luz de freno roja mirándolo como un ojo

maligno. Con cada día que pasa sin que la policía encuentre a Rebecca, Andy se convence más y más de que los golpes eran Rebecca aporreando el interior de la furgoneta. Si tan solo hubiera pensado en apuntar la matrícula, al menos la policía habría podido localizar la furgoneta y revisarla.

Ha intentado contárselo tanto a su madre como a su padre, pero ninguno de los dos parece escuchar de verdad ya. Ambos han entrado en un estado extraño que Andy nunca les había visto antes. Es como si ya no fueran ellos mismos.

Los ojos de su madre están siempre vidriosos, y algunos días ni siquiera se levanta de la cama. Otros días vaga por la casa intentando hacer cosas normales, como pasar la aspiradora o poner la lavadora. Pero no deja de quedarse quieta, mirando a la nada. Como si se olvidara durante varios minutos de lo que está haciendo.

Su padre se encierra en sí mismo y habla muy poco. Andy lo ve llorar de vez en cuando, cuando cree que está solo. Al principio, salía a dar largos paseos en coche, y regresaba horas más tarde sin decirle a nadie dónde había estado.

Un día, cuando Andy lo vio coger las llaves del coche, reunió el valor y le preguntó adónde iba.

Su padrelo miró con una expresión vacía y dijo:

—¿A dónde crees que voy, Andy? A buscar a mi hija, por supuesto.

No había rabia en su voz, pero Andy sintió las palabras clavársele como picaduras de abeja.

Nadie lo ha dicho nunca claramente, ni su madre ni su padre, ni Cindy ni la tía Clair, que ha venido de visita unas cuantas veces, ni el agente de voz profunda, ni la psicóloga a la que Andy fue un par de semanas, ni los profesores del colegio ni ninguno de sus compañeros, ni siquiera los vecinos ni nadie del pueblo.

Y sin embargo, todos lo saben. Andy lo nota ahí mismo, bajo la superficie. Todos coinciden en esa

simple y horrible verdad.

Si Andy no hubiera entrado en la biblioteca aquel día…

Si tan solo hubiera cumplido su promesa de no perder de vista a Rebecca…

Pero Andy sí entró en la biblioteca.

Sí dejó a Rebecca fuera de su vista.

Y desde entonces ha intentado desesperadamente no pensar en aquel día.

Pero ahora, mientras está de pie en su habitación, mirando el libro que sacó apenas unos minutos

después de ver a Rebecca por última vez, los sentimientos de pavor, culpa y arrepentimiento vuelven a arrollarlo, y se le llenan los ojos de lágrimas, el labio inferior empieza a temblarle.

No ha cogido un libro desde que Rebecca desapareció, no ha leído ni una sola página; simplemente no le ha apetecido, aunque antes solía leer al menos un libro a la semana, normalmente dos o tres. Pero el mero pensamiento de acercarse a la biblioteca ahora casi le provoca náuseas físicas.

Andy reprime los sollozos, se seca los ojos y recoge el libro. Con un suspiro, se sienta en la cama y

contempla la enigmática cubierta rojo oscuro. Debe de llevar muchísimo tiempo pasado de la fecha de devolución, y seguramente ahora debe una multa a la biblioteca.

Abre el libro y encuentra el nombre del autor en la página del título: Algernon Blackwood. Andy no ha oído hablar nunca de ese autor, pero el libro parece tener por lo menos cien años, así que el hombre probablemente lleve mucho tiempo muerto.

Pasa distraídamente las primeras páginas, lee un par de párrafos, y entonces desaparece.

El lenguaje es fluido y colorido, las descripciones tan vívidas que Andy no tiene ningún problema en sumergirse en la trama.

La tarde va oscureciendo tras la ventana, las campanas de la iglesia repican en la distancia marcando el paso de las horas, y Andy pasa páginas y más páginas.

La historia transcurre muy al norte de Canadá, hace más de un siglo. Sigue a un grupo de hombres en una cacería de alces, que se adentran en los enormes bosques canadienses, llegando a territorio donde ningún ser humano ha puesto nunca el pie. Allí dentro se topan con algo extraño. En el bosque habita una criatura demoníaca que atrae a los que se han extraviado imitando voces. Wendigo, se llama el monstruo. Si te atrapa, te destrozará la mente y te succionará la fuerza vital desde dentro, hasta que no seas más que un cascarón vacío. Pero antes te prenderá fuego en los pies y te arrancará los ojos.

¿Por qué?

Porque los ojos y los pies son las dos únicas cosas que pueden salvar a una persona perdida en el

bosque.

Andy nota cómo el miedo empieza a treparle por la piel como hormigas, el corazón le golpea con

fuerza en su pecho. En un momento dado tiene que cerrar el libro y mirar a su alrededor, para

asegurarse de que sigue a salvo en su habitación y no está atrapado en un bosque interminable. Una

parte de él quiere guardar el libro y no volver a cogerlo. Es tarde y mañana tiene que madrugar para ir al colegio. Pero otra parte quiere seguir leyendo, se lo exige. Esa parte necesita saber cómo termina la historia.

«Solo es una historia. Los wendigos no son reales. Contrólate, grandísimo miedica».

Andy inspira hondo, vuelve a abrir el libro y se zambulle otra vez en él.

Andy ya ha leído bastantes historias de terror en su vida. Incluso se ha enfrentado a algunos de los

monstruos más pesados, como Drácula, o Cthulhu, o Pennywise el payaso. Pero el wendigo le asusta como ninguno de los otros lo ha conseguido. Hay algo absolutamente aterrador en esa cosa invisible agazapada en el bosque, esperando pacientemente a que alguien se acerque lo suficiente…

La trama fluye sin dificultad al principio, el ambiente se va volviendo lentamente más oscuro a pesar de que en realidad no ocurre nada. Hasta que, más o menos un tercio del libro, pasa algo que casi hace gritar a Andy.

Los hombres han montado el campamento para pasar la noche, cuando de repente uno de ellos es

alzado en vilo y arrojado fuera de la tienda, como si una fuerza invisible lo arrastrara. Y, mientras

desaparece en la oscuridad del bosque, los otros hombres pueden oír su voz:

«¡Oh, oh, mis pies de fuego! ¡Mis ardientes pies de fuego! ¡Oh, oh, esta altura y velocidad llameante!»

Andy lee la frase una y otra vez, y cada vez que lo hace, le sudan más las palmas de las manos.

Entiende lo que le ha ocurrido al pobre hombre, y al mismo tiempo no lo entiende. Algo—el wendigo—se lo ha llevado. Y la parte sobre sus pies ardiendo, ¿está escrita en sentido literal, que simplemente empiezan a arder, o el hombre perdió la cabeza al instante, como un castillo de naipes derrumbándose?

¿Qué le hace exactamente el demonio invisible? El texto simplemente no lo aclara y deja que sea la

imaginación del lector la que complete los detalles, lo cual, de algún modo, lo hace aún peor.

Andy sigue leyendo conteniendo el aliento. Más de una vez intenta cerrar el libro de nuevo. El

problema es que sus dedos ya no le obedecen; simplemente siguen pasando las páginas ansiosos.

Cuando por fin llega al desenlace de la historia, se siente mareado. Mira el reloj de la mesilla. Pasan de las dos de la madrugada. Sus padres se acostaron hace ya mucho. Andy no recuerda haber estado

despierto a esta hora en su vida, ni siquiera en Nochevieja.

Está a punto de guardar el libro, cuando se da cuenta de algo. En la última página hay un trozo de

papel sujeto. Es un recibo de biblioteca, de esos que imprime automáticamente el terminal cuando

sacas un libro. Al parecer, alguien lo utilizó como marcapáginas. El texto está desvaído, pero aún se

lee.

Lisa Labowski, dice el nombre del recibo. La fecha es 16 de agosto, de hace dieciocho años.

Resulta increíble pensar que ese papel ha estado dentro del libro dieciocho años sin que nadie lo

quitara. Quizá simplemente nadie haya leído el libro en todo ese tiempo.

Andy vuelve a leer el nombre.

«Lisa Labowski… Creo que he oído ese nombre antes…»

Intenta recordarlo, pero está demasiado agotado para pensar con claridad, así que cierra el libro y se

duerme en el mismo segundo en que la cabeza toca la almohada.

En sus sueños, Andy viaja a los bosques canadienses a cazar alces. Es invierno, y hace muchísimo frío y está muy oscuro.

De pronto, ve a Rebecca entre los árboles desnudos. Está de espaldas a él. Andy siente que el corazón le da un vuelco y echa a correr hacia ella. Pero le cuesta mover las piernas, así que solo avanza muy despacio. En lugar de eso, la llama a gritos.

—¡Becca! ¡Becca, soy yo! ¡Voy!

Rebecca gira un poco la cabeza, como si lo oyera. Pero hay algo raro en sus ojos. ¿Está llorando? No, se da cuenta Andy horrorizado, no son lágrimas lo que recorre las mejillas de Rebecca, es sangre.

Entonces, el wendigo sale de detrás del árbol. El demonio es aún más aterrador de lo que había

imaginado. Se parece un poco a un ser humano, pero al mismo tiempo en absoluto. Es mucho más

alto y enfermizamente delgado, la piel es de un gris ceniza y tan fina como el papel, pegada a los

huesos y dejando ver las venas oscuras debajo. Los ojos son pequeños, oscuros y hundidos, los labios agrietados y ensangrentados.

Andy solo puede mirar horrorizado mientras la criatura toma la mano de Rebecca y se la lleva, su

hermana lo sigue dócilmente, como una sonámbula o un zombi, totalmente ajena a lo que está

ocurriendo.

Andy intenta gritarle, pero no sale ningún sonido de su boca. Rebecca vuelve la cabeza para mirar

atrás por última vez justo antes de desaparecer en la oscuridad con el wendigo, y Andy ve sus labios

articulando las palabras: «Ayúdame».

Andy se incorpora en la cama con un gemido ahogado. Mira a su alrededor en la habitación, con el

corazón en la garganta.

—El wendigo se llevó a Becca —susurra, ronco—. Fue el wendigo…

DÍA 51

A la mañana siguiente, cuando el despertador saca a Andy del sueño, las imágenes de la pesadilla se
han desvanecido misericordiosamente hasta quedar reducidas a sombras vagas al fondo de su
memoria.

De camino al colegio, Andy pasa junto a la iglesia del pueblo, como siempre. El edificio blanco y viejo, rodeado por el cementerio, está justo al borde del parque, así que Andy toma el atajo a través del parque, cuando de repente ve a tres chicas a unos cien metros, bloqueando el sendero. Andy las
reconoce enseguida. Son Sheila, de su clase, y dos alumnas de octavo, Kimmie y Stacey. Están
posando para un selfie en grupo. Cuando miran el resultado, estallan en carcajadas.

«Vaya mierda», piensa Andy para sí, dándose cuenta de que no podrá pasar sin que lo vean. Qué suerte la mía…

Desde que Rebecca desapareció, todos en su clase se comportan de manera distinta cuando Andy
está cerca. Se quedan callados. Como si no supieran qué decir. Incluso los profesores se ponen
incómodos.

Andy está acostumbrado a ser el chico callado de la clase—el que siempre está leyendo un libro en el recreo y rara vez recibe atención o le hablan. Y eso no ha cambiado, pero ahora puede sentir cómo todos le miran.

Solo Sheila se comporta como antes. Sigue acosando a Andy como siempre ha hecho. De un modo

extraño, Andy encuentra algo reconfortante en que al menos eso no haya cambiado.

Pero eso no significa que hoy tenga ganas de aguantar a Sheila. Ve la verja que lleva al cementerio y

toma una decisión rápida: cruzará por allí en vez de pasar por el parque.

Justo cuando baja de la bicicleta y se dirige a la verja, oye a una de las chicas exclamar:

—Eh, ¿no es ese Wisler, el de tu clase, Sheila?

Andy gira la cabeza para ver a las chicas mirando en su dirección.

—Sí, es él —dice Sheila—. ¡Eh, Andy! ¿Por qué entras en el cementerio?

Andy no responde; abre la verja y arrastra la bicicleta hacia dentro. Se contiene para no echar a correr; simplemente camina deprisa por el sendero de grava que serpentea entre las tumbas.

—¡Andy! ¡Eh, Andy! ¿Tienes salsa en los oídos, tío?

La voz de Sheila va seguida de una risa chillona. Andy no sabe por qué, pero algo le hace detenerse.

Es claramente un error; debería seguir andando. Pero se da la vuelta para mirar.

Las chicas están en la verja. Sheila lleva un top negro ajustado, demasiado frío para esta época del

año, que deja al descubierto sus hombros huesudos y su pecho plano. Kimmie sorbe ruidosamente

de un vaso de McDonald’s.

Sheila fulmina a Andy con una sonrisa estúpida.

—Ven aquí, Andy. Necesito hablar contigo un momento.

Andy siente cómo se le sube el calor a la cara. Parte vergüenza, parte frustración consigo mismo por

haber parado. Ahora que están mirándose directamente, no puede simplemente darse la vuelta e irse.

«Claro que puedes. ¿Por qué deberías quedarte a escuchar sus tonterías? Solo va a humillarte.

Vete. ¡Vete ya!»

Pero se queda clavado.

—Puedes quedarte el resto del batido de Kimmie si vienes —dice Sheila, insinuante.

Kimmie casi se atraganta de la risa, escupiendo batido rosa sobre la grava. Levanta el vaso y lo agita en el aire.

—¡Vamos, cerdito! ¡Ven a por tu premio!

Intenta decir algo más, pero Stacey estalla en un ataque de risa histérica que la corta.

Sheila es la única que no ríe. Se limita a sostener la mirada de Andy, su sonrisa ensanchándose apenas.

—En serio, Andy —dice en un tono casi amistoso, dando un paso dentro del cementerio—. Solo tengo una preguntita para ti.

Andy se da la vuelta y empieza a andar.

—¡Eh, Andy! —lo llama Sheila, ahora con un matiz claro de ofensa en la voz—. ¡Te estoy hablando!

¡No te vayas así, qué borde!

Andy sigue andando. Una vez que por fin ha empezado a moverse, camina lo bastante deprisa como

para que su mochila salte arriba y abajo.

—¡Déjalo, seguro que le ha dado hambre! —grita Kimmie, provocando otro ataque de risa aguda en

Stacey.

—Gordo idiota —son las últimas palabras despreciativas que Andy oye de Sheila, antes de que las voces de las chicas se desvanezcan detrás de él.

Andy mira atrás y ve que ya no están en la verja. Tiene el pulso acelerado, como si hubiera estado

corriendo, y espera un momento a que su corazón se calme.

«¿Qué demonios le pasa? Sé que siempre se mete conmigo, pero últimamente está peor. Es como si…»

La mirada de Andy cae sobre la lápida de la tumba justo delante de él, y sus pensamientos se detienen de inmediato al leer la inscripción:

«Lisa Labowski

Aquí yace nuestra amada hija»

Andy se queda mirando el nombre varios segundos. Luego lee la fecha en la parte inferior.

«17 de julio, hace dieciocho años.»

Al principio, no lo asimila del todo. No de manera consciente, al menos, pero algo dentro de él empieza a revolverse ante la vista de la fecha, hasta que de repente, lo comprende.

«No… no puede ser. Debo recordarlo mal.»

Necesita estar seguro, así que se quita la mochila, encuentra el libro, lo abre y saca el recibo. Le tiemblan los dedos al sostenerlo.

Fija los ojos en la fecha del papel.

Luego en la lápida.

Luego otra vez en el papel.

No lo recordó mal. Lo cual significa que debe de haber otra explicación lógica para la discrepancia

imposible de las fechas. Y hay muchas posibles respuestas, todas empujándose en su mente como

alumnos ansiosos por hablar con la profesora.

«Tiene que ser un fallo del sistema de la biblioteca», sugiere un pensamiento. «La máquina imprimió la fecha equivocada.»

«No fue Lisa Labowski quien sacó el libro», argumenta otro. «Alguien lo tomó prestado en su nombre.»

«No es ni siquiera la misma Lisa Labowski», interviene un tercero. «Hay dos: la que sacó el libro y la que está enterrada aquí.»

Todas las respuestas son razonables. Todas tienen sentido. Cualquiera podría ser cierta.

Y, sin embargo, ninguna le parece verdadera a Andy. Ninguna consigue frenar los escalofríos que le

suben por la espalda. Y si ninguna es cierta, solo queda un hecho simple:

«Lisa Labowski sacó el libro de la biblioteca un mes después de morir.»

Andy no puede quitarse a Lisa Labowski de la cabeza. Todo el día en el colegio tiene que esforzarse

para concentrarse en otra cosa, porque sus pensamientos vuelven una y otra vez a la chica muerta.

Por suerte, Sheila parece haber olvidado su pequeño encuentro junto a la iglesia; está ocupada

hablando con sus amigas y no molesta a Andy. Esto le da tiempo para pensar.

¿De verdad sacó Lisa Labowski el libro después de su muerte? A pesar de la viva imaginación de Andy, él no cree realmente en fantasmas ni en otras criaturas fantásticas. Una parte de él quiere pensar que existen en algún lugar del mundo, y que puedes encontrártelos como en los libros y las películas, pero esa es más bien su parte infantil. Su parte racional, la que pronto será adulta, sabe que todo es inventado.

Y aun así sigue pensando en Lisa Labowski como una niña fantasma. Así que decide investigar—solo sea para tranquilizarse.

Así que, en cuanto termina el colegio, Andy se dirige directamente al cobertizo de bicicletas, coge la suya y cruza el pueblo pedaleando.

Por primera vez desde la desaparición de Rebecca, Andy se detiene en la biblioteca. Levanta la vista

hacia el edificio rojo. Está exactamente igual: acogedor y familiar. Ha pasado por delante casi todos los días, pero no había tenido valor de mirarlo de verdad, y mucho menos de entrar. Incluso ahora la idea le asusta un poco.

Pero necesita una respuesta al misterio de Lisa Labowski, así que coloca la bici en el aparcabicis y

avanza hacia las puertas de cristal. Lo reciben con su viejo y familiar siseo al abrirse.

Andy entra en el vestíbulo y se detiene para cerrar los ojos un momento, inhalando por la nariz.

La atmósfera es exactamente como la recordaba, y le trae la misma sensación de seguridad y paz de

siempre. Andy no puede evitar sonreír.

«He sido un idiota. ¿Por qué tenía miedo de entrar aquí? No es como si la biblioteca hubiera hecho que Rebecca desapareciera.»

Continúa hacia dentro y ve a Regan—o Libraregan, como se hace llamar en las redes sociales—en el mostrador, ocupada ordenando libros devueltos. Un par de chicas de la edad de Rebecca están en los ordenadores y un anciano lee un periódico en el sillón del rincón más lejano.

Andy se acerca al mostrador y dice:

—Hola, Regan.

Regan se gira con expresión de sorpresa.

—¿Andy? ¡Heeey! —le sonríe ampliamente—. ¡Qué alegría verte! Ha pasado un montón… debe de ser un récord nuevo.

—Lo sé —responde Andy, sonriendo tímidamente.

Nota que Regan está a punto de preguntarle algo, pero luego parece pensarlo mejor. Algo no dicho

pasa entre ellos, y su sonrisa se apaga un poco. Por supuesto que Regan oyó hablar de Rebecca, pero ¿también oyó cómo ocurrió? ¿Sabe que fue culpa de Andy? Si lo sabe, no lo dice. En su lugar, pregunta:

—¿Cómo lo llevas?

—Pues… supongo —dice Andy con un encogimiento de hombros.

Regan es bastante joven para ser bibliotecaria—no tendrá más de veinte o veintiún años, según Andy.

Tampoco es mucho más alta que él y también lleva gafas. Pero, a diferencia de Andy, Regan es muy

delgada. Tiene una diminuta mancha de pigmentación en el pómulo derecho donde la piel es

notablemente más clara que el resto de su cara. A Andy le recuerda a una lágrima y le da a Regan un

aspecto de tristeza eterna—aunque sonríe la mayor parte del tiempo. Aun así, Andy siempre ha

percibido cierta soledad en ella, muy parecida a la suya propia, y está casi seguro de que no tiene

novio; está enamorada de los libros, igual que Andy.

—Entonces, ¿qué has leído esta vez? —dice ella, recuperando la sonrisa mientras sigue ordenando

libros.

Andy saca el libro de su mochila y se lo enseña.

—Se llama El Wendigo. Es muy chulo.

—¿El Wendigo? No creo haber oído hablar de él… ¿quién lo escribió?

Toma el libro de manos de Andy y lo abre.

—Algernon Blackwood… jo, qué nombre tan anticuado.

—Lo sé —dice Andy—. No he leído nada más suyo… ¿tú sí?

—Creo que recordaría un nombre así, así que no, seguramente no.

Ella le devuelve el libro.

—¿Es una historia de terror?

—Sí, y da un miedo que flipas. Definitivamente demasiado miedo para ti, Regan.

Regan se pone las manos en las caderas.

—Que sepas que he leído varios libros de terror en mi vida, muchas gracias. De hecho, hace poco

acabé Cementerio de animales… y ahora tendré que dormir con la luz encendida el resto de mi vida.

Andy suelta una risita. Luego recuerda por qué ha venido.

—Necesito preguntarte algo, Regan.

—Claro.

De repente, Andy no sabe cómo formular la pregunta. De algún modo, «¿Los muertos pueden pedir

libros prestados?» no parece el mejor enfoque.

—Es solo que… ehm… encontré esta nota… aquí, déjame enseñarte.

Pasa las páginas hasta llegar a la última. El recibo no está. Entonces recuerda que lo metió en el

bolsillo. ¿O fue en la mochila?

—Eh… dame un segundo —farfulla, y empieza a rebuscar la nota.

—¿Te importa si atiendo al caballero que tienes detrás, Andy? —pregunta Regan, y Andy mira hacia atrás para ver al anciano del periódico esperando en la fila con gesto impaciente.

—Sí, claro —dice Andy, apartándose rápidamente.

Sigue buscando el recibo de la biblioteca, pero no lo encuentra por ninguna parte.

—Maldición —murmura, rascándose la nuca.

¿Cómo va a plantearle la pregunta a Regan si ni siquiera tiene la nota que prueba que Lisa Labowski estaba muerta cuando se prestó el libro?

Lanza una ojeada hacia el mostrador, donde Regan sigue hablando con el anciano.

Andy baja la mirada a *El* Wendigo, hojeando las páginas sin pensar, solo por si acaso metió el

recibo en otro sitio, cuando un párrafo concreto llama su atención. Es el de cuando el hombre es

arrastrado fuera de la tienda. Andy nota de inmediato cómo la piel se le eriza, y no puede evitar leer el pasaje una vez más.

Lo que ocurre a continuación es lo más extraño e inexplicable que Andy ha vivido jamás.

La frase ha cambiado.

Por supuesto, eso no es posible.

Las palabras impresas en un libro no pueden cambiar; son tinta en papel.

Pero la frase ha cambiado igualmente.

Y no es un cambio sutil, además. Si la redacción fuera solo ligeramente distinta, Andy podría explicarlo pensando que no recordaba bien la línea. Pero las palabras que lee ahora no se parecen en nada a las que leyó anoche.

La frase, tal como Andy la recuerda, decía:

«¡Oh! ¡Oh! ¡Mis pies de fuego! ¡Mis ardientes pies de fuego! ¡Oh! ¡oh! ¡Esta altura y velocidad

llameante!»

Pero ahora es solo una palabra:

«hola»

Andy se queda atónito. Lee la palabra dos veces, luego una tercera, deletreando, examinando cada

letra.

No está leyendo mal. Y no tiene nada malo en los ojos, tampoco. La nueva palabra está realmente ahí.

No debería estar, pero está.

«Debo estar en otra parte de la historia…»

Lee los párrafos anteriores, pero no está en otra parte.

El hombre se despierta en su tienda, y justo al salir disparado por la abertura y desaparecer en la noche, grita angustiado aquella frase perturbadora que…

Que ahora está totalmente equivocada.

—¿Andy?

Da un respingo y se gira, casi soltando el libro.

Regan—que ya no está hablando con el anciano—lo mira con una sonrisa incierta.

—¿Estás bien? Te oí murmurando.

—Hay… hay algo mal —dice él—. Con el libro.

Ella mira *El* Wendigo en su mano.

—¿El que acabas de leer? ¿Qué le pasa? ¿No dijiste que te había gustado?

—Sí, bueno, es… es solo que…

Regan lo observa con paciencia.

Por un momento descabellado, Andy considera la posibilidad de que ella le esté gastando una broma.

Ella tuvo el libro en las manos hace un instante… ¿podría haberlo cambiado por otro?

Por supuesto que no. Es el mismo libro.

—Hay un error en el texto —dice Andy—. Mira.

Le enseña la página a Regan y deja que su dedo recorra el texto hasta llegar a la línea.

Los dos la leen.

Andy se queda boquiabierto.

Regan frunce el ceño.

—Bueno, suena un poco raro, te lo concedo. Pies ardientes de fuego, ¿qué significa eso? No creo que sea un error, exactamente, pero sí que es una forma rara de expresarlo.

Andy intenta humedecerse los labios con una lengua reseca.

—Sí, muy rara —consigue decir.

—Ese libro te ha afectado bastante, ¿eh? —dice Regan, dándole un golpecito en el hombro—. ¡Parece que hayas visto un fantasma!

Andy murmura algo sobre estar muy cansado porque se pasó la noche leyendo.

Regan se ríe a carcajadas y dice que entiende perfectamente a qué se refiere; ella suele llamar a ese

fenómeno "resaca de libro". Luego vuelve a ordenar libros.

Andy se queda allí de pie un minuto, sosteniendo el libro a distancia como si fuera venenoso. Va a la fila B para devolverlo a la estantería, cuando de pronto siente la necesidad de mirar una vez más.

«¿Por qué harías eso?», protesta enseguida una voz en su mente.

«¿Qué podrías ganar? Si el texto es normal, no había necesidad de revisar nada. Si ha vuelto a

cambiar, entonces debe de haber algo mal en tu cabeza. ¿De verdad quieres saber si te estás

volviendo loco?»

La voz tiene un buen punto, pero Andy mira igualmente. Su curiosidad puede más.

Abre el libro de nuevo y encuentra la página.

La frase ha vuelto a cambiar. Pero esta vez a algo nuevo.

«¿asustado?»

Andy cierra el libro de golpe, lo mete en cualquier sitio de la estantería y sale corriendo de la

biblioteca, sin molestarse en contestar a Regan, que dice su nombre desde algún lugar.

En cuanto está fuera, agarra la bicicleta, se sube y se va a casa tan rápido como puede.

DÍA 54

Andy concluye de manera natural que la biblioteca debe de estar encantada, y jura no volver a
acercarse a ella jamás.

En su lugar, comienza a pasar su tiempo libre en casa, en su habitación.

Desde que Rebecca desapareció, Andy ha evitado estar en el resto de la casa tanto como le es
posible, saliendo de su cuarto solo para comer o ir al baño. Simplemente no puede soportar El Silencio —así es como piensa la palabra, con mayúscula.

Antes de lo de Rebecca, sus padres sin duda habrían notado que Andy se estaba aislando.

Su madre le habría preguntado si se encontraba bien, le habría tocado la frente con la palma fresca.

Su padre habría entrado en su habitación, se habría sentado en la cama junto a él y le habría preguntado si todo iba bien.

Pero ese tipo de cosas son parte del pasado, y ahora sus padres simplemente atraviesan los días, sin
apenas notar nada. Andy a veces se imagina que seguirán así, volviéndose cada vez más distantes,
hablando cada vez menos, hasta que lleguen a perder por completo la capacidad de hablar o

reconocer a quienes les rodean. O quizá incluso empiecen a volverse transparentes, desvaneciéndose poco a poco como fantasmas, hasta que un día no quede nada salvo el crujido ocasional de las tarimas en el despacho de su padre o el tenue olor del perfume de su madre. Nadie podría explicar qué había pasado exactamente; solo Andy sabría que El Silencio finalmente se había tragado a ambos padres.

Aun así, hay una cosa más, además de la comida y las visitas al baño, que puede hacer que Andy

salga de su habitación, y esa es Tweety. Cuando Rebecca desapareció, Andy asumió la tarea de

alimentar y cuidar al periquito. Cada vez que entra en la habitación de Rebecca, lo recibe una voz

estridente:

—¡Hola, feo!

—Hola, Tweety.

Tweety le recuerda a Rebecca de muchas maneras, y Andy sospecha que los periquitos adoptan la

personalidad de sus dueños igual que lo hacen los perros. Al entrar y cerrar la puerta tras él, el pájaro emite un silbido y vuela hacia su percha. Andy vacila un instante, como siempre hace, mirando a su alrededor. Todo está ordenado y limpio. La cama hecha, el suelo despejado, ni rastro de polvo o ropa.

Es casi como si Rebecca se hubiese mudado y la habitación estuviera esperando a un nuevo

ocupante.

Andy detesta ese pensamiento y, además, no es cierto; Rebecca volverá a casa, claro que sí. Nadie

más vivirá en esta habitación.

—La mayoría de los niños que se escapan de casa aparecen en las primeras veinticuatro horas —recuerda Andy lo que uno de los agentes dijo a sus padres—. En casos raros, puede tardar hasta una

semana.

La palabra, la que el agente evitó discretamente y que nadie ha dicho en voz alta todavía—al menos no cuando Andy estaba

escuchando—es, por supuesto, «secuestrada». Aunque Andy no ha oído la

palabra pronunciada, puede sentirla flotando en el aire a su alrededor, sumergida en El Silencio. Y tras ella, enterrada aún más profundo, yace otra palabra—mucho, muchísimo peor.

Por alguna razón, Andy recuerda la pesadilla que tuvo hace poco, en la que el wendigo se llevaba a

Rebecca, y el estómago se le encoge. ¿Y si no fue solo un sueño, sino algún tipo de advertencia?

Una vez vio un documental sobre gemelos capaces de sentir el dolor o la angustia del otro incluso a

gran distancia. ¿Quizá él y Rebecca tengan una conexión similar?

—¡Eh, tú! —grita Tweety, arrancando a Andy de sus pensamientos —. ¿Qué miras?

Andy se acerca a la jaula y sirve semillas en el cuenco.

—¡Bon appétit! ¡Bon appétit! —chilla el pájaro y empieza a comer.

Andy se queda un momento estudiándolo, las son plumas verde brillante y los ojos anaranjados y

resplandecientes.

—¿Qué crees tú, Tweety? ¿Volverá Rebecca a casa?

—¡Becca! —responde el pájaro, y deja de comer un instante, como si de verdad recordara.

Andy siente cómo el corazón se le acelera. Es absurdo, lo sabe; el pájaro no sabe a quién se refiere la palabra, solo repite lo que ha oído.

—¡Becca! —dice otra vez.

—¿Eso es un sí? ¿Crees que volverá?

El pájaro lo observa fijamente un instante, luego dice:

—¡Hola, feo!

Y vuelve a comer.

Andy se muerde el labio, con la mirada perdida.

—En una semana —murmura, sin darse cuenta de que habla en voz alta—. Siete días.

Han pasado casi dos meses desde que Rebecca desapareció.

DÍA 57

Por supuesto, Andy no puede evitar la biblioteca durante el resto de su vida; necesita algo nuevo que leer. Y después de solo un par de días, El Silencio empieza a ponerlo nervioso.

Además, no es realmente la biblioteca lo que le asusta, sino el libro. O más bien, la frase extraña, que cambiaba.

La idea que ha estado intentando ignorar es que la frase no fue algo aleatorio, sino un mensaje

significativo dirigido a él. No a cualquier lector, sino a él, Andy Wisler.

Andy ha repasado la escena en su cabeza varias veces. Era exactamente como si el libro le hablara.

No, no el libro. El mensaje venía de otra persona.

El nombre que intenta forzar su entrada en la mente de Andy es, por supuesto, Lisa Labowski. Pero eso no solo no es posible: también es una locura.

Andy suele leer libros donde el protagonista se encuentra con algo inexplicable, y normalmente al lector se le da una explicación racional más adelante en la historia, pero a veces… a veces resulta que no la hay.

«Eso son solo historias. Yo no soy un personaje de un libro. Este es el mundo real, aburrido. Y no existen los libros con frases que cambian.»

Así que Andy decide ser valiente y volver a la biblioteca. Decide esperar hasta el viernes a las cinco. A esa hora la biblioteca estará probablemente vacía.

Entra usando su contraseña y comienza paseando tranquilamente por las filas, asegurándose de que

está solo. Luego se toma su tiempo mirando el expositor nuevo de libros populares que ha montado

Regan. Nada le llama mucho la atención, así que continúa hacia las filas.

No deja de mirar con nerviosismo hacia la fila B, pero conforme pasan los minutos y no ocurre nada, la atmósfera tranquila creada por todos los libros lo hace sentir a gusto. Incluso empieza a sonreír para sí mismo.

«Qué idiota he sido. Me asusté por un momento de imaginación. Eso fue todo. Apostaría a que puedo ir al libro ahora mismo y la frase estará exactamente como siempre.»

Y decide hacerlo. Solo para dejar atrás de una vez esta tontería. Va a la fila B y encuentra *El*

Wendigo. Lo saca, pasa las páginas y encuentra la escena de la tienda.

La frase dice:

«¡Oh! ¡oh! ¡Mis pies de fuego! ¡Mis ardientes pies de fuego! ¡Oh! ¡oh! ¡Esta altura y velocidad

llameante!»

Andy suelta un largo suspiro del que ni siquiera era consciente, y los hombros se le relajan un poco.

Aparentemente, no estaba tan seguro como fingía, pero aun así se alegra de haber mirado, porque

ahora está confirmado.

—Solo era mi imaginación —murmura—. Nada más que eso.

Devuelve *El* Wendigo y encuentra otro libro que parece prometedor: Solaris, de Stanislaw Lem.

Se sienta en el sillón del rincón, se quita los zapatos y se acomoda.

Andy lee el primer capítulo. Se sienta en silencio, pasa las páginas completamente absorto y sin la

menor interrupción.

Solaris trata de un joven astronauta que visita una estación espacial en un planeta extranjero llamado Solaris. Pero nada más llegar queda claro que algo va mal. Los que quedan de sus compañeros están atemorizados, dispersos y actuando de manera muy extraña. Cuando el protagonista habla con uno de ellos, el diálogo se vuelve rápidamente inquietante cuando el compañero le advierte de grandes y difusas amenazas a bordo de la estación.

«¿A quién podría ver?» estallé. «¿A un fantasma?»

«Piensas que estoy loco, claro. No, no, no estoy loco. No puedo decir nada más por el momento.

Quizá… quién sabe… quizá no pase nada. Pero no olvides que te he avisado.»

«No seas tan misterioso. ¿De qué va todo esto?»

«Contrólate. Prepárate para encontrarte… con cualquier cosa. Sé que suena imposible, pero inténtalo.

Es el único consejo que puedo darte. No se me ocurre nada mejor.»

«¿Pero con qué podría encontrarme?» grité.

«lisa»

”...Viéndolo sentado ahí, mirándome de lado, con el rostro quemado por el sol y derrotado por el cansancio,

me costó contenerme. Quise agarrarlo por los hombros y…”

Andy está tan metido en la historia que lee unas líneas más hasta que al fin se da cuenta. Mira fijamente la última línea del diálogo. La forma en que está escrita: sin mayúsculas. Sin puntuación. Y el nombre…

Todo en él se tensa de golpe, como si su temperatura corporal hubiera caído por debajo de cero. Mira el nombre, sintiendo cómo la piel se le convierte en hielo.

«¡Es ella otra vez!», le grita su mente desde algún lugar lejano. «¡Está en este libro también! ¡Sal de aquí!»

«¡Corre!»

Consigue ponerse en pie con las piernas temblorosas, apretando el libro tan fuerte que arruga las

páginas, como si temiera que pudiera saltarle encima si lo suelta.

Luego lo deja caer de repente, al mismo tiempo que gira sobre los talones y sale corriendo hacia la

salida. Su codo roza una de las estanterías y tira un par de libros, pero Andy no se detiene; corre como si le fuera la vida en ello, solo frenando al llegar a las puertas de cristal.

—¡Vamos, abríos! —grita, mientras las puertas automáticas se toman su tiempo para deslizarse.

Apenas están separadas unos centímetros cuando Andy se lanza para colarse… pero entonces,

inesperadamente, las puertas se cierran de golpe, casi aplastándole la nariz.

Retrocede tambaleándose, atónito.

—¿Qué? No, no, ¡abríos! ¡Abrid!

Agita los brazos, pisa hacia delante y hacia atrás, intentando desesperadamente activar las puertas de nuevo.

Por fin reaccionan, volviendo a abrirse… pero solo un centímetro antes de golpearse otra vez.

—¿Qué pasa? —exige Andy con voz aguda, casi con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué no os abrís?

Manosea las puertas, intentando meter los dedos entre ellas para forzarlas, pero es inútil.

Da un paso atrás, jadeando, observándolas mientras intentan abrirse una tercera vez, luego una cuarta y una quinta, pero cada vez se cierran de golpe, como si alguna fuerza invisible estuviera dominando al sistema eléctrico.

En cuanto Andy piensa eso, comprende que es exactamente lo que está pasando, y retrocede, con el

corazón golpeándole la garganta.

«Es ella… no me deja salir…»

Se gira de golpe, esperando ver a una niña fantasma de pie allí, pero sigue solo.

El edificio está completamente silencioso, salvo por el ruido forzado de las puertas intentando abrirse y cerrarse.

Andy avanza con cautela, mirando en todas direcciones, buscando alguna ventana.

Están todas demasiado altas, fuera de su alcance.

Por un momento considera correr al baño y encerrarse allí, pero es pequeño y sin ventanas, y la idea de quedarse atrapado lo agobia.

Solo hay una salida en la biblioteca, y está bloqueada; lo que significa que está atrapado.

Una nueva oleada de miedo le recorre el cuerpo, enviando dardos helados de adrenalina hasta las

puntas de los dedos.

—¿Quién eres? —susurra al aire vacío, con la voz temblorosa—. ¿Por qué me retienes aquí?

Andy contiene la respiración y escucha. No hay respuesta, excepto el rugido de su propio pulso.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta un poco más alto.

Aún sin respuesta.

Las puertas detrás de él han dejado de intentar abrirse. Andy se humedece los labios con la lengua

pegajosa y traga saliva.

«¿Por qué no me responde? ¿O se muestra?»

«Quizá no pueda. Quizá la única manera que tiene de comunicarse sea…»

Vuelve hacia el sillón, caminando despacio, con todos los sentidos alerta. Está preparado para echar a correr ante la menor señal de algo fantasmal.

Pero no aparece nada fantasmal, y encuentra el libro exactamente donde lo dejó.

Andy vuelve a sentarse, con la espalda y las nalgas empapadas de sudor bajo la ropa, los dedos fríos

como hielo mientras recoge Solaris.

El texto de la página vuelve a ser normal, y el diálogo entre los personajes se desarrolla como debería, sin mención alguna del nombre Lisa.

Andy carraspea y susurra:

—¿Puedes… puedes oírme?

Espera que el texto cambie ante sus ojos, que las letras se deformen en otro mensaje.

Pero el texto sigue igual.

Andy frunce el ceño. Para su sorpresa, se siente aliviado… y también un poco decepcionado de no

haber recibido respuesta.

«Quizá no pueda hacerlo mientras miro.»

El impulso repentino hace que Andy cierre el libro, y luego lo abra de nuevo. Y allí, en medio de la

página, una única línea, completamente fuera de contexto, le grita como una gota de sangre sobre una sábana blanca.

«sí»

Unas hormigas invisibles se arrastran por la parte baja de la espalda de Andy, subiendo por la columna y extendiéndose por los hombros.

Mira a su alrededor, mira detrás del sillón, pero no hay nadie.

Está completamente solo.

Y sin embargo no lo está.

Hay alguien aquí.

Hablándole.

—¿Qué… qué quieres? —murmura, las palabras apenas son audibles.

Cierra el libro y lo vuelve a abrir.

«hablar»

Andy parpadea ante la palabra. Había esperado algo un poco más dramático que eso.

—¿Solo… solo quieres hablar? Vale. Supongo que podemos hablar un poco.

Carraspea, preguntándose cómo se hace charla trivial con un fantasma.

—Así que, ehm… ¿has hablado con alguien más que conmigo?

Cierra y abre el libro.

«no»

Para alguien que quiere hablar, Lisa Labowski se expresa de manera terriblemente cortante.

Quizá, se pregunta Andy, no le resulte fácil hablar a través del libro. Al fin y al cabo, debe de requerir esfuerzo cambiar las palabras de la página. Decide que probablemente debería ser él quien lleve el peso de la conversación.

—Entonces, ¿siempre has estado aquí? —pregunta—. Desde que moriste, quiero decir.

«sí»

Andy medita esa respuesta y todo lo que implica.

¿Cuántas veces ha venido a la biblioteca? ¿Cuántas horas ha pasado aquí? Cada vez que ha estado

paseando distraído entre las estanterías o sentado leyendo un libro, una niña fantasma invisible ha

estado muy cerca. Observándolo. Puede que incluso lo haya tocado. Es un pensamiento de locos.

Otra pregunta le viene a la cabeza.

—¿No te has sentido tremendamente sola? Quiero decir, todos esos años desde que moriste, sin nadie con quien hablar.

Por primera vez, Lisa le da a Andy una respuesta que tiene más de una palabra.

«no hay tiempo»

Está bastante seguro de lo que significa, que el tiempo se detiene cuando estás muerto, o al menos se mueve de forma muy distinta. Quizá esos dieciocho años que Lisa Labowski ha pasado aquí en la

biblioteca no le han parecido dieciocho años en absoluto.

Pero esa respuesta plantea otra pregunta más.

—¿Dónde estás exactamente? No lo entiendo… Si estás muerta, ¿cómo puedes estar aquí en la

biblioteca y en los libros?

Cierra el libro y lo vuelve a abrir. La respuesta de Lisa no tiene sentido al principio.

«campanas de iglesia»

Entonces la oye. Las campanas de la iglesia al otro lado de la calle están sonando.

Andy mira el teléfono, pero la batería está agotada. Levanta la vista al reloj de la pared.

—Oh, no, ¡ya son las seis! Tengo que irme. Es por mi madre, se preocupará si estoy fuera demasiado tiempo. Pero… volveré mañana. Quizá, ya sabes, si te apetece… podríamos seguir hablando entonces.

Las manos de Andy tiemblan un poco al cerrar y abrir el libro, pero esta vez no es tanto por miedo.

«sí»

—Genial —dice Andy—. Vendré directamente del colegio.

Se lleva el libro cuando sale de la biblioteca.

Andy no repara en nada del mundo a su alrededor en todo el camino a casa. Más de una vez, un coche le toca el claxon cuando está a punto de girar o cruzar la calle sin mirar. Sus pensamientos vuelven una y otra vez a la conversación que ha tenido con Lisa Labowski.

Cuesta imaginar que hubiera una chica real detrás de aquellas frases tan breves. Real, al menos, en

cierto sentido. No viva, pero todavía capaz de comunicarse con él desde algún lugar… ¿desde dónde,exactamente? Esa última pregunta no obtuvo respuesta.

Andy se imagina cómo debe de ser capaz Lisa de entrar en los libros para cambiar el texto. Quizá ella ve el universo del libro exactamente como él ve el mundo real. Como una viajera espacial capaz de saltar de una dimensión a otra.

La imagen en su mente da pie a un montón de otras preguntas. Por ejemplo, ¿solo son los libros de la biblioteca, o puede Lisa visitar cualquier libro del mundo? ¿Podría estar ahora mismo en su mochila?

Andy no lo cree. Piensa que Lisa está de algún modo vinculada a la biblioteca.

También hay preguntas de mayor alcance por responder. Si Lisa Labowski está viviendo realmente una especie de vida después de la muerte, ¿es la única? ¿Podría haber otros? ¿Acaso todas las personas siguen viviendo en libros cuando mueren? ¿O será solo la gente que ama los libros y lee mucho, como el propio Andy? ¿Y hay otras personas ahí fuera que se hayan topado con un muerto viviendo en un libro?

Cuanto más piensa en ello, más loco le parece todo. Como algo inventado por un niño en su

imaginación. Aun así, siente un cosquilleo de anticipación en el estómago al pensar en volver mañana a la biblioteca. Está casi…

Los pensamientos de Andy se ven bruscamente interrumpidos cuando está en la entrada de la casa.

La puerta principal se abre de golpe y su madre sale disparada. Corre hacia él y lo estrecha en un

abrazo aplastante, casi tirándolo al suelo, con la respiración entrecortada.

—¿Qué… qué pasa, mamá? —pregunta Andy—. ¿Qué ocurre?

Las manos de mamá le recorren la espalda, le aprietan los costados, le palpan los brazos, y Andy se

da cuenta de que eso no es un abrazo.

—¿Estás bien? —le respira al oído—. ¿Te ha pasado algo? ¿Te han hecho daño?

—Estoy bien —dice Andy, intentando apartarse. Pero mamá lo sujeta aún más fuerte, le acaricia el pelo y le palpa el cráneo como buscando chichones o moratones. Andy la empuja hacia atrás—. Relájate, mamá. Te he dicho que no me ha pasado nada.

Ella lo agarra por los hombros y, cuando por fin se cruzan sus miradas, Andy ve que su madre no está simplemente preocupada; el rostro se le ha torcido en una mueca horrible, haciéndola parecer casi una extraña para él.

—¿Dónde has estado? ¿Dónde has estado, Andy? ¡Estábamos muertos de preocupación! He hablado con todos los vecinos, y tu padre ha salido a buscarte, y estaba a punto de llamar a la policía… ¿Dónde has estado?

Andy la mira boquiabierto.

—Pero… pero solo he estado en la biblioteca, como siemp…

—¡No te atrevas a mentirme! —exclama su madre, apretándole más los brazos, alzando la voz—. Hemos estado en la biblioteca y tú no estabas. Así que ¿dónde estabas, Andy? ¿Te fuiste a casa de alguien que no conoces? ¿Hablaste con algún desconocido? ¿Alguien te llevó en coche? Te he

dicho una y otra vez que nunca digas que sí a nadie que…

—¡Mamá, por favor! —casi grita Andy para hacerse oír por encima de ella—. Solo estaba en la

biblioteca. ¡Lo juro! Seguro que habéis ido justo después de que yo me fuera.

—Entonces ¿por qué no contestas al teléfono? —la voz de mamá roza el tono histérico, y su agarre le duele—. Te he llamado como diez veces, ¿por qué no has respondido?

—No tenía batería —dice.

—¡Nunca tienes batería! O el teléfono está en la mochila y no lo oyes, o está en silencio, o te lo has

dejado en casa, o… —Suelta un suspiro, sacudiendo la cabeza con fuerza—. A veces pienso que lo haces a propósito.

—Lo siento, mamá.

—Lo siento no basta. No estás…

—¿Helen? Oh, ya veo que lo has encontrado.

Andy gira la cabeza y ve a Paul Herbert cruzar la calle a pasitos pesados. El viejo viudo se levanta la boina mugrienta, dejando a la vista la calva un segundo.

—¿Dónde estaba?

—Ha venido solo a casa —dice la madre, enderezándose, pero sin soltar más que uno de los brazos de Andy, como si temiera que pudiera salir corriendo—. Dice que estaba en la biblioteca. Debemos de haber llegado justo después de que se marchara.

Paul Herbert alza las espesas cejas blancas con expresión de alivio.

—Ya veo. Bueno, me alegro de que esté bien.

Mamá asiente, apartándose distraídamente el flequillo de la frente.

—Siento haberte preocupado también a ti, Paul.

—No te preocupes por eso —dice Paul Herbert, dedicándole a Andy una breve sonrisa—. Y no seas

demasiado dura con él ahora, Helen. Los chicos de su edad pierden la noción del tiempo con mucha

facilidad, y…

—Gracias por tu preocupación, Paul —dice mamá, dándose la vuelta para entrar en casa y arrastrando a Andy con ella.

El Silencio es especialmente opresivo esa noche mientras la familia se sienta a cenar. Andy nota que

su madre le lanza una ojeada cada pocos segundos, casi como si esperara que desapareciera en el aire si aparta la vista de él durante cierto tiempo.

Cindy está en casa y se ha unido a la cena familiar—ambas cosas suceden cada vez con menos

frecuencia. Andy todavía no se ha acostumbrado a su nuevo corte de pelo: Cindy lo lleva largo por un lado y rapado por el otro. También usa mucho más maquillaje alrededor de los ojos que antes, y su ropa es casi toda negra y gastada. Pincha la comida con el tenedor durante cinco minutos, luego se excusa y se lleva el plato a la cocina. Un momento después, Andy oye sus pasos subiendo la escalera.

A veces se pregunta si Cindy siquiera se ha dado cuenta de que Rebecca ya no está. En cierto modo

envidia a su hermana mayor por su capacidad de simplemente no preocuparse. Desde la desaparición de Rebecca, Cindy parece estar más pendiente de su aspecto que de llorar por su hermana pequeña.

Andy no la ha visto llorar ni una sola vez.

De pronto, mamá deja el cuchillo y el tenedor y dice:

—Bien, hablemos del tema.

Papá levanta la vista del plato.

—¿De qué, cariño?

—¿De qué crees, Henry? Del comportamiento de tu hijo.

—Ah, claro.

Papá mira a Andy.

—No fue muy buena idea, Andy. Nos has tenido muy preocupados. A partir de ahora, queremos que

lleves mejor el control de la hora, ¿vale?

—Vale, papá.

Papá asiente y vuelve a comer.

Mamá fulmina a papá con la mirada.

—¿Eso es todo lo que vas a hacer al respecto?

Papá vuelve a levantar la vista, encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres que haga, Helen? El chico sabe que la ha cagado. Ha prometido que no…

—Sí, bueno, aparentemente no podemos confiar en su promesa, ¿verdad? Prometió acompañar a Rebecca a casa desde el colegio y mira lo que pasó.

Andy siente como si su madre acabara de darle un puñetazo en el estómago. Un momento de Silencio denso se arrastra por el comedor, hasta que su padre por fin dice algo.

—Helen —suspira—. Por favor, piensa en lo que estás diciendo…

—¡Yo no soy quien tiene que pensar! —exclama la madre—. ¿Cómo vamos a estar tranquilos si no podemos saber si nuestro hijo volverá a casa o no? ¿O es que ni siquiera te importa? ¿No te importa si Andy también desa… desa…?

La madre no consigue pronunciar la palabra. Los labios empiezan a temblarle.

Ella retira la mano y respira con fuerza varias veces. Luego mira a Andy. Y ahí está de nuevo, esa expresión extraña en su rostro, y de pronto Andy lo ve con total claridad: ya no es su madre. No realmente. Sus ojos no son los de Mamá.

—Si tu padre no va a ser estricto contigo, tendré que serlo yo —dice con frialdad—. Estás castigado todo el fin de semana.

Andy se encoge ante la idea de pasar dos días enteros como prisionero del Silencio acechante. Y lo peor: no podrá cumplir su promesa a Lisa.

—Es hora de que aprendas a pensar en los demás, Andy —sigue Mamá, con una voz más baja y menos airada, pero de algún modo eso es aún peor. Lo mira directamente a los ojos, con una expresión de angustia en el rostro—. Tus acciones tienen consecuencias. ¿No ves lo aterrorizados que nos dejas cuando no vuelves a la hora y no podemos localizarte? Después de lo que le pasó a tu hermana… ¿no piensas nunca en eso?

Andy baja la mirada hacia su plato, y la barbilla empieza a temblarle. Lucha con todas sus fuerzas por contener las lágrimas, pero aun así se escapan. Siente deseos de levantarse corriendo y subir a su cuarto.

Pero no lo hace.

Simplemente se queda sentado, con la cabeza gacha, mientras empieza a sollozar. No corre a refugiarse a su habitación, porque en cierto modo entiende que el castigo es justo.

Lo que ha sentido desde aquel día terrible, lo que ha flotado sobre él como una nube pesada, lo que ha leído en los rostros de todos los

que conoce, por fin ha sido pronunciado abiertamente por su madre.

«Prometí acompañar a Rebecca a casa desde el colegio, y mira lo que pasó.»

Las palabras resuenan en su mente, haciendo que su cara arda y que las lágrimas fluyan con más fuerza.

«Es mi culpa que Rebecca desapareciera. Es todo culpa mía.»

Más tarde esa misma noche llaman a la puerta del cuarto de Andy. Está en la cama leyendo Solaris —aunque apenas puede concentrarse en la historia, porque sus pensamientos vuelven una y otra vez a Rebecca.

La puerta se abre y su padre se asoma.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Andy se incorpora y se seca discretamente las mejillas, aunque las lágrimas de antes ya están secas.

Papá cierra la puerta tras él y se sienta en el escritorio de Andy.

—Tu madre no quería decir lo que dijo… lo sabes, ¿verdad, Andy? Solo tiene miedo, eso es todo. Miedo de perderte y miedo de que Rebecca no vuelva.

Andy asiente lentamente, procesando las palabras. Cree que la segunda parte es cierta, lo de que su madre tiene miedo. No está tan convencido de la primera.

En voz baja pregunta:

—¿Crees que Rebecca volverá a casa, papá?

—Por supuesto que sí —responde Papá enseguida.

Pero Andy no lo oye muy convencido.

Se queda pensativo un momento más, sintiendo cómo las palabras suben desde lo más hondo hasta su boca, y finalmente lo dice claramente:

—Sé que es culpa mía. No debería haber entrado en la biblioteca aquel día.

La confesión queda suspendida en el aire. Papá no responde de inmediato; solo mira al vacío.

Andy desea desesperadamente que diga algo, lo que sea. Incluso puede estar de acuerdo con lo que Andy acaba de decir, mientras no se quede callado. Cualquier cosa es mejor que el silencio.

Pero no dice nada.

—¿Papá?

Papá parpadea.

—¿Sí?

—¿Y si Rebecca no vuelve?

—No pienses en eso, Andy. Aparecerá.

—Sí, pero… ¿y si no? ¿Qué pasará entonces?

Su padre mira hacia la ventana y el cielo oscuro del atardecer. Suspira profundamente y dice:

—Entonces supongo que tendremos que seguir viviendo sin Rebecca.

Y como si la conversación hubiera terminado, se levanta y deja la habitación sin decir una palabra más, sin siquiera mirar a Andy antes de cerrar de nuevo la puerta.

Durante varios minutos larguísimos, Andy se queda sentado en la cama, sintiendo el corazón golpearle con fuerza en el pecho.

«¿Cómo ha podido Papá decirlo así? ¿Cómo puede fingir que todo volverá a la normalidad si Rebecca no regresa? Por supuesto que no volverá. Nada volverá a ser normal sin Rebecca.»

Los pensamientos giran y giran, y Andy siente nuevas lágrimas acumulándose en los ojos. Está a punto de rendirse y ponerse a llorar, cuando algo cambia.

Algo dentro de él.

Es como un desplazamiento, sutil pero significativo.

Surge en él una sensación que no había sentido antes, lo bastante intensa como para ahogar los sollozos y contener las lágrimas; incluso aparta la culpa. Andy no está del todo seguro de lo que es esa sensación, pero de repente recuerda a Lisa Labowski.

Y entonces por fin reconoce lo que está ocurriendo dentro de él.

Siente un fuerte impulso de actuar en lugar de compadecerse. Si ha podido hablar con una chica muerta dentro de un libro, entonces cualquier cosa es posible. Y dado que fue culpa suya que Rebecca desapareciera, también es su responsabilidad encontrarla de nuevo.

Andy se levanta de la cama y empieza a planear.

DÍA 58

Lo despierta la alarma exactamente a las 0:00. El volumen del tono está al mínimo; así no corre el

riesgo de despertar a nadie más en la casa.

Andy se levanta y se viste. Tiene la ropa preparada. También la mochila, que mete bajo la manta y

coloca tal y como había practicado antes. Con un poco de esfuerzo consigue que parezca exactamente como si él siguiera en la cama. Va hacia la puerta y mira la cama desde allí, asegurándose de que se ve bien desde este ángulo —que es desde donde Mamá o Papá mirarían si alguno se levantara a hacer pis y decidiera comprobar si Andy está bien.

Como toque final, Andy coge su teléfono y pone la grabación que hizo. Es un archivo de audio de tres minutos de él mismo roncando discretamente. Esconde el teléfono junto a la

almohada. Luego retrocede para obtener la impresión completa.

Parece totalmente realista —de hecho, con el efecto de sonido añadido, Andy siente una extraña

sensación, como si realmente estuviera viendo a alguien dormir en su cama.

—Perfecto —susurra para sí, dándose cuenta de que sonríe. No recuerda la última vez que sonrió.

Tampoco recuerda la última vez que se sintió tan bien. No está exactamente feliz, pero se siente

motivado, lo cual es un gran avance respecto a la tristeza.

«Ahora viene la segunda parte del plan», piensa al girarse hacia la puerta.

«Salir de la casa sin que nadie lo note.»

Sale de su habitación y baja las escaleras sigilosamente. Sabe qué peldaños chirrían, así que los evita con destreza. En el bolsillo de la chaqueta lleva su propia llave de casa, y la usa para cerrar la puerta principal después de salir.

El aire nocturno es fresco, nítido y silencioso. Andy va al garaje, abre el candado de su bicicleta y la

saca. Recorre la calle, se detiene en la farola más cercana y saca el mapa que imprimió.

El pueblo no es muy grande; no sabe la cifra exacta de habitantes, pero además de la iglesia hay un

centro comercial, una farmacia, una residencia de ancianos y, por supuesto, el colegio y la biblioteca.

Saca un rotulador, localiza su propia casa en el mapa y marca una pequeña X. Hace lo mismo con la

casa de Paul Herbert.

—Dos hechas —susurra—. Solo queda el resto del pueblo.

Guarda el mapa y el rotulador, enciende las luces de la bicicleta y avanza por la calle.

Andy pasa dos horas recorriendo el pueblo.

Sorprendentemente, no tiene sueño en absoluto. Al contrario, parece tener los sentidos más agudos, y sus pulmones agradecen el aire frío. Solo se encuentra con un par de conductores tardíos; aparte de eso, las calles están quietas y vacías.

Examina cada entrada de coche. Cada casa recibe una X en el mapa. Donde hay garajes cerrados,

intenta mirar por las ventanas o abre la puerta un poco —si no está cerrada con llave, claro. Si lo está —o si por alguna otra razón no puede ver el interior—, esa casa recibe un punto en el mapa; lo que significa “programada para revisión posterior”.

En algunos sitios, las luces automáticas se encienden de repente, casi haciéndolo tropezar consigo

mismo en un intento frenético por esconderse.

Y en una casa, un perro grande encadenado bajo el cobertizo empieza a ladrarle furiosamente,

despertando probablemente a media calle. Para cuando los dueños podrían haber salido a ver qué

asustaba al perro, Andy ya estaba muy lejos, pedaleando como un fugitivo desesperado.

No puede saltarse ni una sola casa; necesita tacharlas todas del mapa. Si se deja una, podría pasar por alto justo aquella donde esté la furgoneta amarilla.

A las tres y media, Andy vuelve a casa. Está exhausto y un poco decepcionado.

En realidad no esperaba encontrar la furgoneta amarilla la primera noche de búsqueda; sería demasiada suerte, ya que solo ha cubierto una parte modesta del pueblo. Pero está decidido a pasar tantas noches como sea necesario.

Cuando llega a casa, guarda la bicicleta en el garaje, entra, sube de puntillas, se deja caer en la cama y se duerme de inmediato.

DÍA 60

Andy pasa todo el sábado y el domingo en su habitación. Son los días más largos de su vida.

Ha terminado Solaris y releído otro libro, aunque le costó concentrarse en la lectura, ya que sus

pensamientos iban constantemente de Rebecca a Lisa Labowski y de Lisa Labowski a Rebecca. La

idea de que ella lo esté esperando en la biblioteca le atormenta. Se la imagina de pie detrás de las

puertas de cristal, mirando hacia fuera, una frágil chica fantasma con una expresión triste en los ojos.

O quizá no tristeza… quizá otra cosa. ¿Decepción? ¿Frustración? ¿Incluso ira? ¿Cómo reaccionará al ver que él no se presentó, cuando prometió volver al día siguiente?

Al mismo tiempo, Andy lucha sin descanso contra sus propios pensamientos, que insisten en decirle

que Lisa Labowski no lo está esperando, que nunca estuvo allí realmente, que todo fue un truco de su imaginación.

Andy encuentra esa idea aún peor. Por alguna razón, la posibilidad de hablar con un fantasma le llena de emoción —aunque no sepa absolutamente nada sobre ella ni sus intenciones.

Por eso decide buscarla en Google.

Es un nombre bastante raro, no es el tipo de nombre que se oye todos los días. Y tiene suerte:

encuentra un artículo de un periódico local sobre una chica de trece años llamada Lisa Labowski que murió en un accidente de coche justo en el cruce entre Low Banks y Glenmore Ground—el que está al lado del edificio de la biblioteca.

Así que Lisa fue atropellada y murió justo fuera de la biblioteca. Quizá por eso su espíritu terminó en los libros. Tal vez, en su camino hacia el cielo tras abandonar su cuerpo muerto, se enredó de alguna manera en el mundo de los libros, lo que le permitió seguir existiendo aunque debería estar muerta.

La única otra cosa que ayuda a Andy a mantenerse animado son sus excursiones nocturnas.

En tres noches ha tachado más de doscientas casas… y aun así quedan muchísimas.

Estar despierto media noche empieza a pasarle factura durante el día.

Por fin llega el lunes y Andy vuelve al colegio. Lucha por pasar las clases, esforzándose para mantener los ojos abiertos.

En cuanto oye la campana, su energía cambia por completo y sale disparado del aula camino del cobertizo de bicicletas.

Justo al doblar la esquina, Sheila se planta delante de él. Andy no tiene tiempo de reaccionar, así que choca contra ella, casi tirándola al suelo.

—¡Mira por dónde vas, Gordito! —le grita, empujándolo fuerte en el pecho.

Andy está tan sorprendido que pierde el equilibrio y tropieza, cayendo de bruces al asfalto. Amortigua la caída con la mano izquierda, raspándosela bastante y arrancándose un poco de piel.

Sheila solo resopla y se aleja.

Ocurrió tan rápido e inesperadamente que Andy sigue aturdido mientras se levanta y se sacude con

cuidado la tierra de la palma ensangrentada.

Sheila nunca había hecho algo así antes. Normalmente solo se burla de él.

Mira hacia la dirección en la que ella se fue y la ve de pie no muy lejos, acompañada por Kimmie y

Stacey.

Sheila sonríe y lo señala, haciendo que las otras dos estallen en carcajadas.

Andy frunce el ceño. «Lo hizo a propósito. Me estaba esperando.»

Ahora que lo piensa, Sheila le lanzó varias miradas amenazantes durante el día, cada vez que sus ojos se cruzaron. Él estaba demasiado cansado para darle importancia, pero ahora ve claro que Sheila simplemente esperaba el momento adecuado para atacarlo.

«No lo entiendo», piensa Andy mientras el trío cruel se aleja, todavía riéndose. «¿Qué he hecho para enfadarla?»

No encuentra respuesta, así que coje la bici y se dirige deprisa hacia la biblioteca.

Regan no está trabajando esa tarde; en su lugar Andy se encuentra con Stanley, un bibliotecario mayor con una barba gris meticulosamente cuidada, siempre vestido con camisa y corbata. Stanley conversa con un hombre más joven junto a la sección de autobiografías cuando Andy pasa junto a ellos camino de la fila B.

Saca *El* Wendigo y lo lleva al sillón, que por suerte está libre. Se asegura de que nadie esté lo

suficientemente cerca como para oírlo antes de susurrar al libro:

—¿Lisa? Soy yo, Andy.

Abre por una página cualquiera y lee las líneas, pero todas parecen normales.

Quizá no me ha oído.

Carraspea y dice un poco más alto:

—¿Lisa Labowski? ¿Me oyes? Soy Andy Wisler.

Escanea la página. Nada.

Quizá está ahora mismo en otro libro.

Se levanta y coge otro libro al azar. Le susurra, lo abre y comprueba… pero no encuentra ninguna

respuesta de Lisa.

Una sensación de vacío se instala en el estómago de Andy. ¿Y si Lisa Labowski no es real? ¿Y si todo fue una fantasía?

Entonces algo se le ocurre.

Mira el libro, mordiéndose el labio, antes de hablar en voz baja:

—Siento no haber venido cuando dije que vendría. No quería dejarte plantada. Mi madre me castigó

porque llegué tarde a casa.

Contiene el aliento y con manos temblorosas vuelve a abrir el libro.

Esta vez, una de las líneas destaca:

«hola»

Andy siente una sacudida de emoción. Pero enseguida queda apagada por la culpa. De algún modo

intuye un montón de emociones distintas en esa sola palabra: tristeza, duda, enfado. La idea de que

Lisa haya estado atrapada en el mundo de los muertos, sola, sin nadie con quien hablar durante

dieciocho años… y que la primera vez que intenta comunicarse, él casi la rechaza. Comprende que

tiene que decir algo más.

—Yo… he pensado en ti todo el día. Tenía muchas ganas de volver a hablar contigo.

No hay respuesta esta vez. Pero Andy siente que Lisa lo oyó, y le da un minuto antes de abrir el libro de nuevo.

Esta vez, hay una pregunta:

«mano?»

Andy mira su mano izquierda y recuerda el raspón. Ya no sangra, pero todavía late un poco. La cierra disimuladamente.

—No es nada —murmura, cambiando de tema con rapidez—. Hay algo en lo que llevo pensando:

¿cómo puedes verme? Quiero decir… ¿estás mirando desde el libro? ¿Como si fuera una ventana o

algo así?

La respuesta de Lisa es críptica y fascinante.

«mundos detrás de mundos»

Andy se imagina estar dentro del mundo del libro, poder oír todos los sonidos de la historia, oler todos los aromas, tocar a los personajes e incluso hablar con ellos. Se imagina que debe de sentirse

completamente real. Y aun así, habría otra realidad —la suya, la de los vivos— justo bajo la
superficie. Como dos fotografías superpuestas.

El pensamiento casi le produce vértigo.

—Entonces… ¿eso significa que estás en los dos mundos a la vez?

Esta vez no recibe respuesta.

Lo intenta de nuevo, pero Lisa sigue en silencio.

—¿Lisa? —pregunta con cautela—. ¿Pasa algo?

Las líneas permanecen sin cambios.

Por un momento, Andy teme haber dicho algo ofensivo, algo que la haya molestado. Pero no logra
imaginar qué podría ser, y él...

—¿Andy?

La voz está justo a su lado, y Andy da un salto en el sillón.

Stanley está allí, con un montón de libros bajo el brazo, mirando del libro a las manos de Andy.

—¿Estabas… hablando con el libro?

—Yo… ehm… sí, bueno… es que… —balbucea Andy, buscando desesperadamente una excusa
creíble—. Supongo que me dejé llevar… por la historia, ya sabes.

Intenta sonreír, pero la sonrisa se siente más bien como una mueca.

Stanley lo mira fijamente unos segundos. Es mucho más tradicional y rígido que Regan, siempre
hablando despacio y con intención. Andy medio espera que arrugue la nariz y se marche… pero, para su sorpresa, una leve sonrisa tira de las comisuras de la boca de Stanley.

—Es maravilloso cuando un libro logra hacer que olvides todo lo que te rodea. Siento interrumpirte,
Andy.

Stanley asiente y va hacia la estantería más cercana, colocando libros en su sitio. Tararea suavemente mientras avanza entre las filas, hasta desaparecer de la vista.

El pulso de Andy tarda un minuto en volver a la normalidad. Cuando por fin se calma, le pregunta al libro:

—¿Lisa? ¿Sigues ahí?

Y cuando lo abre, Lisa responde:

«sí»

Andy piensa un momento. Lisa se quedó callada cuando Stanley estaba presente. ¿Pero por qué? ¿No querría que la viera? Quizá quiere que solo Andy sepa de ella. Esa, al menos, parece una explicación lógica… y hace que Andy se sienta especial.

Por otro lado, también aviva la llama de la duda silenciosa que arde en el fondo de su mente, la duda sobre si el fantasma de Lisa Labowski es real.

Si ella fuera solo producto de su imaginación, tendría perfecto sentido que Andy imaginara que no

quiere que nadie más tenga contacto con ella —igual que evitó a Regan la primera vez que Andy vio las líneas extrañas en el libro—, porque eso rompería la ilusión.

Para saber si es real o no, Andy decide que necesita saber más sobre ella.

—Hay tantas cosas que me gustaría preguntarte —le dice—. Por ejemplo, ¿vivías aquí en el pueblo?

Cuando estabas viva, quiero decir.

Cierra el libro y lo abre de nuevo.

«sí»

—Bien. ¿Y quién era tu familia? ¿Siguen viviendo aquí?

Andy cierra y abre el libro otra vez, y esta vez la respuesta de Lisa lo sorprende.

«mi turno»

—¡Oh! Claro. O sea… ¿quieres preguntarme algo? Adelante.

Cierra y abre.

«hermanos?»

—Eh, sí, tengo dos hermanas. Una hermana mayor que se llama Cindy, pero casi nunca está en casa.

Siento como si ya ni la conociera, y no recuerdo la última vez que hablamos. Mi otra hermana se llama Rebecca. Es más pequeña que yo. Ella es… —Andy se detiene en seco—. Bien, me toca preguntar.

Quiero saber sobre tu familia. ¿Siguen viviendo en el pueblo?

Lisa no responde a su pregunta; en cambio, formula otra:

«rebecca?»

Andy frunce el ceño.

—Pensé que teníamos que turnarnos. Ya hiciste una pregunta.

Cierra y abre el libro varias veces, pero la línea no cambia ni desaparece. Es evidente que Lisa quiere que hable de Rebecca.

Andy suspira. No quiere discutir con un fantasma.

—De acuerdo. Rebecca tiene diez años. Puede ser un verdadero dolor en el culo, pero también muy

dulce. Por ejemplo, si ya se ha comido todas sus chucherías y yo todavía tengo, entonces es muy

dulce. A ver, ¿qué más? Ah, se le da bien dibujar. Le gusta dibujar pájaros. Antes solíamos ir a mirar

pájaros juntos, antes de que…

Andy se da cuenta, en el último segundo, de lo que está a punto de decir y se calla. Cierra el libro,

luego lo abre de nuevo, esperando una respuesta de Lisa.

Pero no la hay.

Andy puede sentirla esperando; puede sentir la pregunta suspendida en el aire.

Respira hondo, luego empieza a hablar en voz baja.

—Rebecca está desaparecida. Pasó hace dos meses…

Le cuenta todo a Lisa. Por primera vez desde que Rebecca desapareció, se permite repasar todo lo

que ocurrió ese día. Le entristece hablar de Rebecca así, pero también le hace sentirse más ligero

cuando termina.

Cierra el libro y lo abre otra vez. Esta vez Lisa habla.

«lo siento»

Andy sonríe con tristeza.

—Gracias. Supongo que para mis padres es incluso peor. Casi no hablan ya. Pero cuando encuentre a Rebecca, todo volverá a estar bien. La estoy buscando, ¿sabes?, por las noches. O bueno, estoy

buscando la furgoneta amarilla de la que te hablé. En cuanto la encuentre, encontraré a Rebecca.

«policía?»

Andy niega con la cabeza.

—Ya les hablé de la furgoneta, pero no creen que tenga nada que ver con Rebecca. Pero yo sé que era ella llamando. Lo sé.

Esta vez Lisa no responde.

Andy espera un minuto y vuelve a intentarlo.

Nada.

Dice su nombre varias veces, pero Lisa sigue en silencio. Mira a su alrededor por si alguien está lo

bastante cerca como para oírlo, pero está completamente solo con el libro.

Entonces, por fin, Lisa habla:

«lo vi»

Andy siente un tirón en las entrañas.

—¿Qué viste? ¿La furgoneta amarilla?

«afuera»

El corazón de Andy se acelera.

—¿La viste pasar justo delante de la biblioteca? ¿Cuándo fue, Lisa? ¿Te acuerdas? ¿Y viste la matrícula?

Sus manos tiemblan al cerrar y abrir el libro.

«no»

Andy siente cómo se le cae un poco el alma a los pies, pero solo un poco.

Ahora sabe que la furgoneta amarilla pasó por la biblioteca al menos una vez, lo que significa que

probablemente pertenece a alguien del pueblo o de algún sitio cercano. Eso lo hace sentirse más

optimista respecto a encontrarla.

Permanece sentado unos minutos, cavilando. Luego decide volver a centrar la conversación en Lisa:

—Leí un artículo sobre ti. Sé cómo moriste. ¿Cuál es lo último que recuerdas de cuando estabas viva? ¿Cuál es tu último recuerdo?

Pasa medio minuto antes de que Lisa responda:

«luz cegadora»

A Andy se le viene de inmediato una imagen de Lisa sentada en un porche bajo la luz de la tarde,

disfrutando del calor en la cara. La idea le hace sonreír.

—Es un recuerdo precioso. ¿Quieres preguntarme algo ahora?

«cansada»

—Ah, vale —dice Andy, sintiéndose avergonzado—. Bueno, de todas formas ya me iba a ir. Supongo que… que nos vemos, ¿vale?

Lisa no responde.

Andy siente las mejillas arder sin saber realmente por qué. ¿Está Lisa cansada de hablar con él? ¿Lo

encuentra aburrido? ¿O simplemente está agotada? Quizá hablar le exige mucho esfuerzo.

Se levanta y va a colocar el libro en su sitio. Justo antes de hacerlo, lo revisa una última vez.

Hay una línea de Lisa.

«tomó a rebecca»

El interior de Andy se convierte en hielo. Susurra:

—¿Lo sabes, Lisa? ¿Sabes quién se la llevó?

Casi no se atreve a cerrar y volver a abrir el libro, pero se obliga a hacerlo.

La nueva línea le grita desde la página:

«wendigo»

A Andy le cuesta de pronto respirar. Nunca le mencionó el wendigo a Lisa cuando le habló de

Rebecca. Ahora recuerda el sueño ominoso en el que la criatura demoníaca raptaba a su hermana.

—El wendigo… no es real —dice Andy—. Es solo un invento… como los vampiros y los hombres

lobo.

Lisa responde enseguida, repitiéndose:

«lo vi»

Andy casi no puede exprimir la siguiente pregunta; sale como un susurro apenas audible:

—¿Dónde?

La respuesta de Lisa, en cambio, llega de inmediato:

«biblioteca»

DÍA 61

A la mañana siguiente, Andy va en bici al colegio como siempre. Y aunque parece un día como

cualquier otro, para Andy es como si todo hubiera cambiado de alguna manera.

Está más esperanzado de lo que ha estado en meses.

También está asustado y muerto de sueño —esto último porque volvió a salir anoche otras tres horas seguidas buscando la furgoneta amarilla—, y el miedo proviene de lo que Lisa le dijo ayer.

Que el wendigo se llevó a Rebecca. Que incluso lo ha visto, porque visitó la biblioteca una vez.

Andy nunca había considerado seriamente la idea de que algo que no fuera humano pudiera haberse

llevado a Rebecca. Pero ahora todo tiene sentido. Cómo escogió justo ese libro, la historia del

wendigo, el día en que Rebecca desapareció. Lo que significó su pesadilla. Y por qué la policía no

puede averiguar quién se llevó a Rebecca. ¿Cómo iban a hacerlo si solo buscan a una persona?

Andy siempre ha visto una clara distinción entre lo que puede existir en la vida real y lo que solo puede existir en los libros. Pero, de nuevo, los fantasmas siempre pertenecieron con firmeza a la

segunda categoría, y esa convicción desde luego ha sido puesta a prueba.

De alguna manera, cuanto más habla con Lisa, más convencido está de que es real. De que la ha

conocido por una razón. En los libros, nunca pasa nada por casualidad —siempre hay un significado

más profundo— y Andy empieza a tener la sensación de que el mundo real se ha mezclado de algún

modo con el mundo de los libros.

Está atravesando el parque, tan absorto en sus pensamientos, que no nota el sonido extraño hasta la

tercera o cuarta vez que lo oye, aunque es bastante fuerte en la fría y tranquila mañana. Es un golpeo breve y agudo.

dakka-dakka-dakka!

Andy detiene la bici y mira hacia la dirección del sonido. Al parecer viene de los árboles al fondo del parque. Pasan unos segundos hasta que el sonido se repite.

Recuerda cómo Rebecca hablaba a menudo de los pájaros carpinteros que vivían en el parque.

Siempre esperaba verlos, pero que él sepa, nunca lo logró.

dakka-dakka-dakka!

Ahí está otra vez. Es casi como si el ruido lo llamara. Deja la bici sobre el soporte y pisa la hierba

mojada. El sonido sigue repitiéndose a intervalos cortos, guiándolo, llevándolo hacia los árboles.

Cruza la línea de árboles, y grandes gotas de rocío caen de las ramas, golpeándole el pelo y la

chaqueta. Andy casi no lo nota; está demasiado concentrado en el sonido. Está más cerca. Está casi...

Y entonces, justo a su lado: DAKKA-DAKKA-DAKKA!

Andy gira de golpe, mirando el árbol que acaba de pasar. No hay hojas en sus ramas, porque el árbol está muerto. Puede ver, por la corteza blanca, que es un abedul. Pero no ve por ninguna parte al pájaro carpintero.

Despacito, rodea el árbol. Examina el tronco grueso de arriba abajo, escudriñando cada rama, pero no ve ningún pájaro.

Y entonces lo ve.

El agujero.

Está justo en medio del tronco, a unos tres metros de altura. Perfectamente redondo, no más grande

que una pelota de ping-pong.

El golpeteo vuelve a sonar. Viene desde dentro del agujero.

Andy tiene una idea. Frunce los labios y silba.

Casi de inmediato, una cabecita asoma por el agujero. Es blanca y negra, con un pico puntiagudo.

El pájaro carpintero mira hacia abajo a Andy, ladeando la cabeza para observarlo.

Durante un par de segundos se quedan simplemente mirándose.

Luego el pájaro pierde el interés. Mete la cabeza hacia dentro. Y un instante después, el golpeteo

continúa.

Andy siente el corazón acelerado. A Rebecca le encantaban los pájaros. Tiene que enseñarle el

hogar del pájaro carpintero en cuanto—

Entonces recuerda que Rebecca no está, y la emoción se desvanece. Lo invade una profunda tristeza,

hasta que recuerda que ahora tiene a alguien nuevo con quien compartir su hallazgo.

—Está construyendo un hogar —le cuenta a Lisa esa misma tarde —. Creo que quiere poner sus

huevos ahí. ¡Quizá incluso los incube y tenga bebés! Me gustaría mucho que pudieras verlo. Espera…

¡puedes! Podría llevar el libro al parque.

Cierra y abre el libro, y la respuesta de Lisa le grita desde la página:

«NO»

—Vale, vale —murmura Andy, sintiendo cómo se le enrojecen las mejillas—. Solo era una sugerencia.

Reflexiona un momento y luego pregunta cautelosamente:

—¿Qué pasa si sales de la biblioteca?

«muerte»

Andy se queda mirando la palabra, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda. ¿Qué

significa "muerte"? Lisa ya está muerta, pero al mismo tiempo no del todo. Parte de ella sigue viva en los libros.

Si sale de la biblioteca, morirá de verdad.

La idea de que Lisa muera de verdad llena a Andy de un temor inesperado. No quiere arriesgarse a

perder la oportunidad de hablar con ella. Ya siente un vínculo extraño con la chica muerta, aunque han intercambiado pocas palabras y él apenas sabe algo de ella.

Andy siente que Lisa dice algo y abre el libro.

«rebecca?»

—La sigo buscando cada noche —dice, bostezando solo de pensar en estar despierto media noche—.

Todavía no la he encontrado, pero lo haré. Solo necesito encontrar esa furgoneta amarilla.

«valiente»

Andy siente que la cara se le calienta.

—¿Yo? Oh, creo que cualquiera haría lo mismo si alguien de su familia desapareciera.

«yo no»

La frase desconcierta a Andy al principio. Luego empieza a entender. Frunce el ceño.

—Lisa, ¿tú también… desapareciste?

«yo»

La línea parece interrumpida, como si Lisa se hubiera detenido a sí misma.

Andy cierra y abre de nuevo. Esta vez no hay nada.

—¿Qué pasa, Lisa? —susurra—. ¿Qué intentas decirme?

Pasan un par de minutos. Andy sigue cerrando y abriendo el libro. Al fin aparece una nueva línea:

«desaparecida»

Andy se deja caer en el sillón. Le parece evidente que Lisa estuvo a punto de recordar algo importante, pero luego lo perdió. Se muerde el labio, luego dice:

—Me dijiste que el wendigo visitó esta biblioteca una vez. ¿Recuerdas para qué vino?

Esta vez Lisa responde enseguida:

«libro»

—¿Recuerdas cuál?

Esta vez no hay respuesta.

—¿Lisa?

Nada.

Andy espera con paciencia. Pasan varios minutos. Va comprobando de vez en cuando, pero Lisa

piensa durante mucho tiempo.

Por fin vuelve a hablar. Lo que aparece en la página es la línea más larga que Lisa le ha dicho jamás.

«anatomía del ojo humano»

Andy siente un subidón de adrenalina.

—¡Vale! —estalla—. ¡Vale, espera un momento! Voy a intentar encontrarlo.

Deja el libro y va con entusiasmo a buscar el libro que Lisa acaba de nombrar. Por el título, supone que es de no ficción, así que va a esa sección.

Encuentra muchos libros sobre el cuerpo humano y distintas partes, incluyendo uno o dos sobre el ojo y la visión, pero ninguno con ese título exacto.

Andy va al terminal y busca el libro, pero no obtiene resultados.

Vuelve al sillón y pregunta a Lisa:

—Ese libro no parece existir. ¿Estás segura de recordarlo bien?

Cierra y abre el libro, pero Lisa no responde. Espera medio minuto y vuelve a intentarlo.

Nada.

Espera varios minutos más esta vez, pero Lisa sigue sin responder.

Por fin Andy concluye que Lisa está cansada. Probablemente gastó sus últimas fuerzas dándole el

nombre del libro, y ya no tiene energía para hablar hoy.

Andy se queda con una mezcla de emoción y decepción. Tenía muchas ganas de encontrar el libro que el wendigo había leído. No

sabe por qué, pero algo le dice que ese libro le daría una pista vital; quizá incluso lo llevara hasta el wendigo—y con ello, hasta Rebecca.

DÍA 78

Los días empiezan a parecerse entre sí. La vida de Andy cae en una especie de rutina.

Por la mañana, de camino al colegio, comprueba cómo va el pájaro carpintero. El ave trabaja sin parar construyendo su hogar; el golpeteo suena cada día más hueco, ya que el agujero dentro del árbol parece hacerse cada vez más grande.

Después del colegio va a la biblioteca a visitar a Lisa. Algunos días no está solo y no pueden hablar de verdad. Otros días Lisa está más habladora.

Andy intenta varias veces conseguir que recuerde algo más sobre el wendigo, cualquier detalle que

pueda ayudarle a encontrarlo. Pero cada vez que saca el tema, Lisa se queda extrañamente callada,

como si hablar de ello le resultara agotador o incómodo. Así que la mayoría del tiempo hablan de cosas corrientes.

En realidad, Andy es quien hace casi todo el esfuerzo: le cuenta a Lisa su vida, comparte sus recuerdos más queridos y también sus ideas para historias que espera escribir algún día, cuando ojalá llegue a ser escritor.

En casa, Andy se queda en su habitación, evitando El Silencio todo lo que puede.

Se acuesta justo después de cenar y la alarma lo despierta alrededor de medianoche, permitiéndole

escabullirse de la casa para seguir buscando la furgoneta amarilla. Ya lleva tachadas varios cientos de casas, pero aún le quedan muchas más, y el avance es cada vez más lento, porque debe alejarse cada vez más para encontrar casas nuevas que revisar.

Su madre se ha vuelto todavía más estricta con la hora a la que Andy debe estar en casa después del

colegio: las cinco en punto, así que Andy hace todo lo posible por maximizar el tiempo que puede

pasar en la biblioteca. Prepara la mochila dos minutos antes de que suene la campana. Mantiene la

chaqueta lista a su lado. Y sale disparado en cuanto termina la clase. Tarda solo cuatro minutos en

bici desde el colegio hasta la biblioteca, y seis desde la biblioteca hasta casa; esto le da un total de

cincuenta minutos para hablar con Lisa.

Esta rutina le aporta a Andy cierta sensación de tranquilidad. Se siente seguro sabiendo lo que traerá

el día, disfruta la emoción de hablar con Lisa, y está satisfecho con el progreso nocturno, por lento que sea. Además, siente un toque de orgullo por su trabajo; al menos él está haciendo

algo para encontrar a Rebecca, a diferencia de todos los demás.

Entonces, de repente, un día ocurre algo que rompe la rutina.

Una mañana, de camino al colegio, Andy se detiene como siempre ante el árbol del pájaro carpintero.

Se queda quieto y escucha. Y entonces lo oye. Unos diminutos piidos que vienen del interior del árbol.

Andy sonríe. El sonido solo puede significar una cosa.

En ese mismo instante, algo pasa sobre su cabeza con un fiuu. El pájaro carpintero aterriza junto a la

entrada del árbol con algo en el pico. Antes de que Andy distinga qué es, el ave se mete dentro. Los

piidos aumentan. Un momento después, el pájaro carpintero vuelve a salir y se marcha a buscar más

comida para sus crías.

Andy se queda quieto, maravillado.

—Han nacido los bebés —susurra al libro nada más sentarse en el sillón de la biblioteca esa misma

tarde, aún jadeando después de pedalear tan rápido como pudo desde el colegio—. Del pájaro

carpintero, quiero decir. Los oí… fue increíble, Lisa.

Abre el libro, pero no encuentra respuesta de Lisa.

Comprueba si alguien está lo bastante cerca como para escuchar; no hay nadie. De hecho, es el único aquí ahora mismo. Quizá Lisa solo espera a que continúe—y él lo hace.

—Vi a los padres irse y volver con comida. Y grabé los sonidos para que pudieras oírlos. Espera un

momento.

Saca el teléfono y encuentra la grabación. Está a punto de darle al play cuando, de pronto, siente un

escalofrío recorrerle la espalda sin motivo aparente.

Andy mira el libro.

—¿Lisa? ¿Pasa algo?

Cierra y abre el libro. La línea que aparece hace que todos los pelitos de la nuca se le ericen.

«está viniendo»

Sabe al instante quién—o más bien qué—quiere decir Lisa. Echa una mirada a la ventana, pero desde donde está sentado no se ve gran cosa.

—¿Va a venir aquí dentro? —susurra, con las orejas tensas, escuchando por si oye el sonido de las

puertas automáticas.

Cierra y abre el libro varias veces, pero Lisa vuelve a quedarse en silencio.

Andy se levanta, con las piernas temblorosas, y va a la ventana. El aparcamiento frente a la biblioteca está vacío. También lo está la acera, hasta donde alcanza a ver.

Entonces, aparece. Andy siente que el corazón le explota en el pecho.

La furgoneta amarilla pasa justo por delante del edificio.

Antes de poder pensar, Andy está corriendo hacia la salida. Casi choca con las puertas de cristal,

saliendo en cuanto se abren lo suficiente. Mira calle abajo, pero la furgoneta ya ha desaparecido.

—¡Mierda!

Andy corre hacia su bici, se sube y arranca, pedaleando más fuerte que nunca. Pasa veinte minutos

registrando las calles cercanas, comprobando cada giro donde la furgoneta podría haber pasado. Pero no la encuentra.

Andy vuelve a la biblioteca, entra arrastrando los pies, con los muslos ardiendo por el esfuerzo, y se

deja caer en el sillón.

—No la alcancé —murmura, secándose el sudor de la frente—. Estuvo tan cerca. Si me hubiera

acercado un poco más, podría haber visto la matrícula…

Lisa no dice nada, así que Andy permanece un rato sentado en silencio, sintiendo el amargo pinchazo de la decepción.

—Mi plan no funciona —murmura—. Podrían pasar meses antes de encontrar esa estúpida furgoneta si tengo que seguir buscando así. Apenas voy por la mitad. Si tan solo hubiera una manera más rápida…

Percibe que Lisa dice algo, y abre el libro.

«recuerdo»

Andy se endereza un poco. Puede sentir la vacilación en la palabra, sentir cómo Lisa se concentra para no perder el recuerdo otra vez. No dice nada, le da tiempo. Luego, cierra y abre el libro de nuevo.

«secuestrada»

Andy mira la palabra fijamente. Tiene la lengua como papel de lija. No puede hablar, así que solo cierra el libro y lo abre de nuevo.

«furgoneta amarilla»

El corazón de Andy golpea contra su pecho. Cierra y abre el libro varias veces, pero Lisa no dice más.

—¿Quién lo hizo, Lisa? —pregunta por fin—. ¿Quién te secuestró?

Ninguna respuesta.

—¿Fue el wendigo? ¿Fue el mismo que se llevó a Rebecca?

Nada.

—Por favor, Lisa. Di algo. ¿Recuerdas algo más?

Esta vez, Lisa le contesta.

«luz cegadora»

Andy lee la línea un par de veces, intentando averiguar qué significa. Lisa mencionó antes ese

recuerdo de la luz cegadora, pero él debió interpretarlo mal, ya que lo vuelve a mencionar.

¿Qué significa? ¿Por qué el último recuerdo de Lisa es una luz cegadora?

Andy siente que está muy cerca de un descubrimiento. Por alguna razón, sabe que lo que le ocurrió a Lisa tiene algo que ver con Rebecca. Solo necesita las últimas piezas del puzle.

—Tienes que darme algo más, Lisa —intenta—. No puedo resolverlo.

Contiene la respiración mientras cierra y abre el libro.

«cansada»

Esa es la última palabra que Lisa le dice ese día.

DÍA 79

A la mañana siguiente, Andy se despierta agotado.

Salió otra vez anoche, pasando tres horas recorriendo las calles en busca de la furgoneta amarilla.

Parte de él sabía que no iba a encontrarla, pero otra parte se sentía optimista después de haberla visto el día anterior.

Tiene pensado ir directo a la biblioteca después del colegio, como siempre. Está deseando averiguar si Lisa ha recordado algo más que pueda ayudarle.

De camino al colegio, atraviesa el parque como de costumbre, dispuesto a ver cómo siguen los pájaros carpinteros y quizá sacar una foto de uno de los padres para enseñársela a Lisa.

Pero nada más entrar en el parque se hace consciente de un sonido que no le resulta familiar. Es un

ruido fuerte y sordo, como el motor de un coche acelerando, solo que más rabioso.

Andy se detiene y se queda mirando la escena que tiene delante. Muchos árboles están tumbados. Dos hombres con chalecos naranja fosforito y motosierras están ocupados talando más.

Andy nota cómo el estómago se le encoge en un nudo doloroso de miedo. No ve por ninguna parte el árbol del pájaro carpintero.

Suelta la bici y corre hacia el lugar donde solía estar. Hay serrín por todas partes, el olor a madera

recién cortada es intenso en el aire de la mañana, mezclado con gasolina de las motosierras.

Andy se detiene en seco ante el viejo abedul.

Está tumbado de lado. El agujero del pájaro carpintero apunta hacia el cielo.

El corazón de Andy se vuelve piedra. Siente náuseas y mareo mientras se deja caer sobre el tronco,

enterrando la cara entre las manos y conteniendo las lágrimas.

No puede creerlo. Han talado el árbol y han matado a todos los polluelos. La idea le dan ganas de

gritar.

En ese momento, las motosierras se silencian. El parque queda en calma. Andy oye a los hombres

hablar entre ellos; sus voces son despreocupadas. Uno incluso se ríe.

«¿Cómo han podido? ¿Cómo han podido cortarlo y matar así a esos pobres bebés?»

Entonces, de pronto, Andy oye un pío. Mira el agujero junto a él, con los ojos muy abiertos.

¡Uno de los polluelos sigue vivo ahí dentro! Luego se suma otro. Y un tercero.

Andy salta. No se lo puede creer: ¡los polluelos del pájaro carpintero han sobrevivido al golpe!

Un piido fuerte hace que se gire. En uno de los árboles que siguen en pie, en lo alto, sobre una rama

delgada, está posado uno de los padres. Trae comida.

Andy se aparta. No se aleja más de unos pocos metros del abedul cuando el pájaro carpintero se lanza, aterriza en el tronco y se zambulle en el agujero. Dentro, los polluelos gorjean con entusiasmo.

Andy mira asombrado cómo el pájaro vuelve a salir volando. Unos minutos después, llega el otro

padre con más comida.

Casi no puede creer lo que está viendo. Los pájaros carpinteros parecen hacer poco caso del hecho de que el árbol esté talado. Por lo visto están decididos a seguir alimentando a sus crías.

—¡Eh, chaval!

Andy se vuelve.

Uno de los hombres le hace señas.

—Mejor que no juegues por aquí ahora mismo. No es seguro. Estamos cortando los árboles.

Andy señala el abedul.

—¡Habéis cortado un árbol con una familia de pájaros carpinteros dentro!

El hombre frunce el ceño y se acerca. Es más joven de lo que Andy pensaba, quizá no tenga más de

veinte años. Se levanta el casco, dejando al descubierto una frente llena de granos.

—Jesús —murmura—. Parece que tienes razón, chaval. Y por el ruido, están todos vivos ahí dentro.

—Sí, y los padres siguen trayéndoles comida —dice Andy.

Como para darle la razón, uno de los pájaros carpinteros aterriza en el abedul justo en ese momento y se desliza por el agujero.

—Jesús —repite el chico, sonriendo de oreja a oreja—. Que me parta un rayo. Eh, Tommy, ven un

momento.

El otro se les une. Es muy corpulento y luce un bigote espeso. Resopla como si acabara de correr medio maratón.

—¿Qué pasa, Cliff?

—Mira —dice el joven, señalando el agujero—. Es un nido de pájaro carpintero. Hay un montón de

polluelos ahí dentro; escucha.

Tommy mira el agujero, respirando por la boca.

—Tienes razón. Jolines, qué rabia no haberlo visto antes de cortarlo. Habríamos podido dejarlo en pie.

Ahora probablemente no van a sobrevivir.

—¡Sí que lo harán! —exclama Andy—. Los padres siguen alimentándolos.

Tommy lo mira, levantando una ceja espesa.

—¿Seguro?

—Es verdad —dice Cliff—. Yo mismo vi a uno hace un momento.

Tommy se rasca el cuello pensativo.

—Bueno, quién lo diría.

—¿Crees que podemos hacer algo? —pregunta Cliff—. Si lo dejamos aquí, mañana vendrán los otros y lo harán astillas como el resto.

Andy deja escapar un jadeo de horror al pensar en los polluelos del pájaro carpintero muriendo de una manera tan terrible.

—No sé —dice Tommy—. Podríamos apartarlo, supongo, pero pesa demasiado.

—¿Y si cortamos solo la parte de en medio? —propone Cliff, chasqueando los dedos—. Solo tenemos que mover el trozo donde está el agujero, ¿no?

Tommy se encoge de hombros.

—Supongo que podemos probar.

Andy nota cómo renace la esperanza. Retrocede unos pasos mientras los hombres se ponen casco y

orejeras.

—Mejor tápate tú también los oídos —le dice Cliff a Andy, y luego tira de la cuerda; la motosierra ruge.

Los hombres se ponen manos a la obra y cortan un tramo de casi un metro del tronco del abedul. La

motosierra muerde el árbol con ganas, lanzando serrín al aire. Mientras tanto, Andy ve a los dos pájaros carpinteros esperando y observando desde un árbol cercano.

Los hombres apagan de nuevo las motosierras. Trabajando juntos, levantan el trozo de tronco y lo

colocan en posición vertical. Los polluelos pían desde el interior.

—Al menos el ruido no los ha matado —observa Tommy, mirando alrededor—. Bien, si lo arrastramos hasta allí…

Los hombres arrastran el tocón por la tierra blanda y lo calzan entre dos árboles jóvenes que se han

salvado.

—Espero que no hayamos espantado a los padres —dice Cliff, mirando alrededor. Andy no ve los

pájaros carpinteros por ninguna parte.

Los tres retroceden un poco y esperan. Los minutos pasan. No hay rastro de los padres.

—Mmm —gruñe Tommy—. No tiene buena pinta. Igual no deberíamos haberlo movido.

Cliff no contesta; le lanza una mirada a Andy.

—Bueno, no hay mucho más que podamos hacer —dice Tommy—. Será mejor que volvamos al curro, Cliff.

—Espero que vuelvan —dice Cliff, dedicándole a Andy una sonrisa —. Al menos ahora los pequeños tienen una oportunidad. Menos mal que viste el agujero, chaval.

Andy se queda allí mientras los hombres vuelven al trabajo.

Mira el teléfono. Son las ocho y media. Debería haber llegado al colegio hace más de media hora. No le importa. Tiene que asegurarse de que los pájaros carpinteros sigan llevando comida a los polluelos.

En ese momento, algo pasa sobre su cabeza con un fiuu. El pájaro carpintero vuela hasta el trozo de

abedul y aterriza en el suelo junto a él. Mira alrededor, como si estuviera inspeccionando el nuevo

entorno.

—Vamos —susurra Andy—. Está bien. ¡Adelante!

Los polluelos pían desde dentro del agujero.

El pájaro carpintero mira una vez más alrededor. Luego, vuela hacia arriba y se desliza por la abertura.

—¡Sí! —grita Andy, alzando un puño al cielo—. ¡Sí, sí, sí! ¡Van a sobrevivir!

Sin pensarlo demasiado, grita:

—¡Cliff! ¡Eh, Cliff!

Cliff lleva orejeras, pero aun así oye a Andy llamarlo, se detiene y mira hacia él. Andy señala el abedul y levanta el pulgar.

Cliff sonríe de oreja a oreja y le devuelve el gesto.

Andy siente un gran alivio mientras corre de vuelta a su bicicleta.

Llega casi una hora tarde al colegio.

Corre por el pasillo y llega a su aula. Está a punto de llamar cuando la puerta se abre.

Su profesor de matemáticas, Otto, lo mira sorprendido.

—Oh, hola, Andy. No pensé que fueras a venir hoy.

—Lo siento —murmura Andy—. Solo me he retrasado un poco.

—No pasa nada —dice Otto, sonriendo—. Me alegra que estés aquí ahora. Acabo de llamar a tu madre.

Andy se queda helado.

—¿Qué? ¿Por qué?

Otto se encoge de hombros.

—Estaba preocupado por ti. Tienes que llamar para avisar si no puedes venir al colegio, ¿recuerdas? Y, como no había sabido nada de ti, decidí llamar para comprobar. Tu madre parecía bastante

preocupada, así que creo que voy a llamarla otra vez para decirle que ya has llegado.

Otto lleva la mano al bolsillo cuando una voz grita:

—¡Andy! Oh, gracias a Dios.

El estómago de Andy se encoge. Se vuelve como a cámara lenta para ver a Mamá venir corriendo hacia él, con el pelo ondeando. Lo agarra y lo abraza con fuerza.

—Oh, Dios mío —respira—. Ahí estás… ahí estás… oh, Dios, qué susto me has dado…

—Mamá, cálmate —dice Andy, intentando soltarse—. Estoy bien. Solo llegaba un poco tarde.

Mamá se aparta y, cuando Andy la mira a los ojos, reconoce de inmediato que es Mamá Nueva.

—¿Un poco tarde? —repite con un chillido—. ¡Otto me llama porque ha pasado casi una hora y nadie sabe dónde estás! ¿Y tú llamas a eso "un poco tarde"? ¿Dónde estabas, Andy? ¿Dónde estabas?

—Yo… yo estaba en el parque —dice Andy, mirando de reojo por la puerta del aula. Varios de sus compañeros se han acercado para observar la escena. Andy nota cómo el calor le sube a las mejillas.

A Mamá Nueva no parece importarle lo más mínimo cuántos estén mirando. Se limita a clavar los ojos en Andy, con las pupilas contraídas.

—¿En el parque? ¿Se puede saber qué hacías en el parque?

—Tenía que salvar a los pájaros carpinteros, mamá —murmura—. Habían talado el árbol y…

—¿Pájaros carpinteros? —exclama Mamá Nueva—. Vas de camino al colegio y te pones a buscar pájaros. Dios mío, ¿qué te pasa,

chico? ¿Es que ya no piensas?

Otto carraspea.

—Bueno, Andy ya está aquí. Estoy seguro de que tendrá más cuidado con la hora a partir de ahora.

Mamá mira brevemente a Otto, como si solo ahora se diera cuenta de que está presente.

—Gracias por llamarme, Otto. Lamento muchísimo todo esto.

—No tiene importancia —dice Otto, mirando a Andy—. Ven conmigo, Andy.

Andy agradece muchísimo a Otto. El profesor se da cuenta de lo humillante que es la situación para él. Y si Otto no hubiera intervenido, Mamá Nueva habría acabado histérica sin duda. Andy intenta alejarse, pero Mamá Nueva lo agarra del brazo.

—Espera. Como ya no puedo confiar en que vayas solo, te llevaré yo al colegio a partir de ahora, y vendré a recogerte después.

—No, mamá —dice Andy, negando con la cabeza, horrorizado—. Iré directo al colegio a partir de ahora, lo prometo. No hace falta que…

—No me importan tus promesas —le corta Mamá Nueva con brusquedad, señalándole la cara—. Así es como será. ¿Entendido?

Andy la mira fijamente y comprende que no hay nada que hacer. La frustración le hierve por dentro. Es dolorosamente consciente de que tanto Otto como sus compañeros lo están observando, esperando una reacción. Andy siente ganas de gritar. Le arde la cara.

—Vale, mamá —murmura.

La expresión de Mamá Nueva se suaviza un poco. Lo suelta y dedica a Otto una sonrisa que es más bien una mueca.

—Por favor, no dudes en volver a llamarme si vuelve a ocurrir algo parecido.

—Lo haré —dice Otto, forzando una sonrisa.

Andy se apresura a entrar en el aula, abriéndose paso entre el grupo que bloquea la puerta y dirigiéndose a su pupitre. Entre la multitud oye a Sheila reír con desprecio.

Y desde la puerta escucha la voz de su madre:

—Te veo a las dos, Andy. Estaré aparcada junto al cobertizo de las bicis.

Andy no responde.

La humillación es total.

DÍA 80

—Ha sido lo más embarazoso que he vivido jamás —le cuenta Andy a Lisa—. Y ahora solo puedo venir aquí con ella como carcelera —Asiente hacia la ventana—. Está aparcada justo fuera, esperando. En cuanto pasen mis diez minutos, vendrá a buscarme.

Lisa no le responde.

Andy deja escapar un suspiro pesado.

—Y ahora Sheila tendrá algo nuevo con lo que meterse conmigo… es genial.

Esta vez sí hay respuesta de Lisa.

«sheila?»

Andy se da cuenta de que nunca le ha hablado a Lisa sobre Sheila.

—Es solo una chica de mi clase. Es un auténtico dolor en el culo. Siempre está fastidiándome. No sé por qué, pero se puso muchísimo peor después de que Rebecca desapareciera. Incluso ha empezado a hacerme daño. ¿Recuerdas aquel día que tenía un arañazo en la palma? Fue ella. Me empujó para que yo…

Andy se calla de golpe al darse cuenta de lo que está diciendo. Suena como un completo mindundi, quejándose de que una chica le haga bullying.

Lisa dice algo.

Andy abre el libro.

«contraataca»

Andy se sorprende muchísimo con la respuesta.

—¿Qué quieres decir? ¿Que debería… empujarla yo también? No, no puedo. Es una chica.

«tráela aquí»

Andy suelta una carcajada al leer lo inesperado de la frase, y luego mira alrededor con culpa. Por suerte, no hay nadie cerca para oírle.

—¿Por qué? —pregunta, sonriendo al libro—. ¿Por qué querría traerla aquí? ¿Qué le harías si lo hiciera? ¿Pegarle? Eres solo un fantasma, ¿recuerdas?

En cuanto las palabras salen de su boca, Andy se da cuenta de lo crueles que suenan. No pretendía decirlo así, para nada; simplemente está de mal humor.

—Lo siento, Lisa —suspira—. Es solo que…

Andy se detiene cuando la silla empieza a temblar. Al principio cree que son sus propias piernas, pero el temblor se intensifica y la silla casi vuelca.

—¡Madre mía! —exclama Andy, saltando en pie. Mira fijamente la silla temblorosa—. ¿Qué…? Lisa, ¿eres tú?

De pronto no solo tiembla la silla, sino todas las estanterías a su alrededor. Los libros empiezan a llover al suelo, golpeando con estrépito; el ruido se vuelve ensordecedor. Es como un terremoto sacudiendo el edificio; dos estanterías incluso se desploman con un par de estallidos fuertes, derramando libros por todas partes.

Y entonces, cesa.

Termina tan bruscamente como empezó. Un par de libros más se deslizan al suelo y después cae un silencio absoluto sobre la biblioteca.

—Dios mío… —murmura Andy, mirando a su alrededor la devastación—. ¿Por qué has hecho eso?

Abre el libro que sigue aferrando entre las manos. Lisa no le responde.

Andy se da cuenta de que, aunque la sala ya no tiembla, todo su cuerpo sí lo está haciendo. Está aterrorizado. De repente, no quiere estar allí ni un segundo más. Siente como si alguien estuviera muy cerca de él, mirándole fijamente con unos ojos llenos de rabia.

—T… tengo que irme —dice al aire vacío—. Ya han pasado los diez minutos. Nos… nos vemos.

Da media vuelta y abandona la biblioteca a toda prisa.

DÍA 81

Al día siguiente, mamá lo lleva en coche al colegio, tal como había prometido.

Al pasar junto al parque, Andy casi se arrastra fuera del asiento para intentar ver el abedul.

—¿Qué estás haciendo? —dice mamá—. Siéntate, Andy.

Él se deja caer de nuevo con un suspiro.

—Desde la calle no puedo verlos de todas formas.

—¿Ver a quién?

—A los pájaros carpinteros.

Puede sentir la mirada de mamá clavada en él.

—Podemos parar por el parque de camino a casa —dice ella.

Andy la mira, pero ahora ella está mirando al frente.

—Siempre y cuando cumplas nuestro acuerdo y salgas directamente al coche en cuanto termine la clase —añade, sin mirarle todavía.

—Vale —murmura él.

Llegan al colegio y mamá lo deja. Andy mira alrededor del aparcamiento en cuanto el coche se marcha, esperando que nadie le haya visto. Pero, por supuesto, alguien lo ha hecho.

Sheila viene hacia él, flanqueada por sus dos lacayas fieles, Kimmie y Stacey.

Oh, mierda…

—Anda, mirad. El bebé acaba de ser dejado en la guardería —se burla Sheila sin perder un segundo.

Andy suspira profundamente. Normalmente, evitaría mirarla a los ojos y saldría en otra dirección a toda prisa. Pero algo le impide moverse. La frase de Lisa del día anterior aparece ante sus ojos como si estuviera escrita en humo.

«contraataca»

Andy se queda donde está. Siente el viejo y familiar miedo brotarle desde dentro; pero en vez de reaccionar, como siempre hacía, lo aparta.

—No estoy de humor hoy, Sheila —se oye decir, con una firmeza que le sorprende.

Sheila se planta delante de él, abriendo mucho los ojos de forma teatral.

—Oh, ¡mirad qué sorpresa! ¡El bebé habla!

—No me llames así.

—No nos dices tú qué decir —rebuzna Kimmie.

Andy ni siquiera la mira; mantiene la vista fija en Sheila.

—Lo digo en serio, Sheila. Se acabó.

El corazón de Andy está martilleando como si quisiera abrirse paso hacia su garganta. Pero, para su sorpresa, descubre que no le importa. No le importa el miedo, y no le importa Sheila. Ya no es el Andy de antes, el Andy nervioso y sumiso que permitía que Sheila lo pisoteara por miedo. Sigue teniendo miedo, claro, pero está incluso más enfadado.

Y esas palabras siguen parpadeando en su mente como una alarma silenciosa.

«contrataca» … «contrataca» … «contrataca»

Las lacayas están cacareando, pero Andy no oye nada; sigue mirando a Sheila. Ella lo mira de vuelta, con una sonrisa diabólica en los labios.

—Me pregunto… —dice ella, con voz suave y siniestra—. ¿Qué pasará si te retenemos aquí hasta que empiece la clase? ¿Crees que el profesor volverá a llamar a tu casa? ¿Crees que mami vendrá corriendo otra vez? ¿Te gustaría eso, verdad, bebé grande?

Gritos estridentes de risa de Kimmie y Stacey.

—Solo te lo diré una vez —dice Andy, con voz firme—. Voy a ir a clase ahora. Y no intentes detenerme.

Los ojos de Sheila se achican.

—A mí no me hablas así. No tienes derecho a…

Andy simplemente pasa caminando a su lado, abriéndose paso entre ella y Stacey.

Sheila está tan sorprendida que ni siquiera reacciona a tiempo.

—¡Eh! —le grita—. ¡Te estoy hablando!

Andy camina hacia la entrada. Quiere correr, pero se obliga a caminar. No quiere que parezca que huye.

Oye a Sheila correr detrás de él.

—¡Tú te paras aquí ahora mismo! —sispea, agarrándole del brazo —. ¡No he terminado contigo!

Andy no se gira, pero sacude el brazo con tal fuerza que casi hace caer a Sheila. Ella lucha por no perder el equilibrio, luego lo fulmina con una mirada de absoluta incredulidad. Sus sicarias vienen corriendo, gritándole a Andy, pero él sigue hacia la entrada.

Sheila no intenta volver a alcanzarlo.

Andy entra en el pasillo; su pulso sigue golpeando como un grupo de heavy metal, y tiene las axilas empapadas de sudor. Pero una sonrisa tímida le asoma por la comisura de la boca.

Lo hice… ¡de verdad lo hice!

No se lo puede creer. Se enfrentó a Sheila, y ganó. Es casi demasiado bueno para ser verdad.

De hecho, es demasiado bueno para ser verdad.

Cuando entra en clase, la mayoría de los estudiantes ya están allí. Algunos lo miran, y Andy tiene la sensación de notar algo distinto en sus caras. Él se siente como una persona nueva, y está bastante seguro de que sus compañeros lo ven. Endereza la espalda y se dirige a su pupitre.

Justo cuando deja la mochila, Sheila entra en el aula. Ya no está acompañada por sus lacayas, pero la expresión en su cara deja claro que el asunto no ha terminado. Sus ojos buscan a Andy y le lanzan relámpagos.

—Ahí estás, pedazo de mierda —escupe—. ¿Te crees que puedes marcharte así sin más? ¿Quién coño te crees que eres?

Un silencio pesado cae sobre la clase. Todos se quedan quietos, mirando de Sheila a Andy.

Andy no responde. Debería sentarse, pero su cuerpo no obedece; simplemente se queda allí plantado, erguido como un soldado.

Sheila aparta la mirada buscando algo. Va a la pizarra y coge el puntero del soporte. Es una varilla de aluminio, de casi un metro de largo, fina, y en la mano de Sheila parece un arma desagradable.

Se gira hacia Andy, y vuelve a sonreír. Agita el puntero de un lado a otro como un limpiaparabrisas mientras avanza hacia él.

—¿Qué vas a hacer con eso? —pregunta Andy en voz baja.

En ese mismo momento suena el timbre, y Andy siente un rayo de esperanza. Puede que literalmente se haya salvado por la campana. El problema es que a veces los profesores tardan cinco minutos en aparecer. Y Sheila ni siquiera parpadea ante el sonido del timbre.

—Solo quiero hacerte una pregunta —dice ella, deteniéndose a unos pasos de él—. Eso es todo. Una pregunta muy sencilla.

De pie uno frente al otro, Andy es claramente más alto y ancho que Sheila, pero su voz revela que es ella quien se siente en control… y disfruta ese poder.

—Vale —dice Andy—. Pregunta entonces.

—¿Por qué eres tan gordo?

Algunos estudiantes sueltan pequeñas risitas nerviosas.

Sheila rompe a reír de forma fingida.

—¡Era una pregunta trampa! Ya sé por qué eres tan gordo: porque comes demasiado.

—No me llames así.

—¿Y por qué no? Es verdad. Eres gordo, Andy.

Andy mira hacia la puerta. Los alumnos siguen entrando, pero no hay rastro del profesor. La clase se ha convertido en una arena, todos mirando a Sheila y a él; los recién llegados se dan cuenta enseguida de lo que va a pasar y se unen al círculo.

—Muy bien, aquí va mi verdadera pregunta —dice Sheila—. Pero te aviso… —le da un golpecito en el hombro con el puntero—. Si no contestas bien, tendré que castigarte.

—Si me pegas con eso… —dice Andy entre dientes, mordiéndose la lengua antes de terminar la frase.

—¿Y qué? —le sisea Sheila, dando un paso para acercarse y mirarlo desde abajo. Andy puede oler su perfume—. ¿Y qué, gordo de mierda? ¿Vas a salir corriendo a llorarle a tu mami?

Andy no puede responder. No logra sacar más palabras. Su sangre hierve. Cada músculo tiembla. Consigue mover la cabeza una vez, negando.

Sheila sonríe.

—Bien. Aquí va mi pregunta. Es sobre tu hermana.

Un estremecimiento recorre la sala y todos se quedan aún más callados. Sheila acaba de mencionar a Rebecca, de quien nadie habla.

Andy siente algo gestándose en su pecho. Parece un trueno.

—A ver, sé que la policía dice que ha desaparecido —empieza Sheila con un tono ligero—. Pero ¿no es verdad que te la comiste?

Nadie ríe. El silencio es espeso como la arena.

Sheila lo mira fijamente, sonriendo, con el puntero preparado para atacar.

—¿Qué dices, Andy? ¿Te la comiste? ¿Es eso lo que pasó con la pobre Rebecca?

Andy fuerza la mandíbula hasta poder susurrar:

—¡Que te jodan!

La sonrisa de Sheila se borra.

—Respuesta incorrecta.

Lanza el golpe. El puntero golpea con fuerza el muslo de Andy, con un chasquido seco. Andy no siente nada. Ni se inmuta.

En cambio, retrocede su brazo derecho y lo lanza contra Sheila, estampando su palma abierta en su mejilla con una brutalidad que ni él esperaba. La cabeza de Sheila gira de lado con violencia, pierde el equilibrio y cae medio encima de un pupitre. El puntero cae al suelo con un sonido metálico.

Luego, hay unos segundos muy largos de silencio.

Nadie se mueve.

Sheila se endereza, tambalea un instante y luego se lleva la mano a la mejilla, que ya está encendida de rojo.

Mira de su mano a Andy, con el rostro convertido en una máscara de shock y desconcierto. Después, la máscara se resquebraja y

Sheila rompe a llorar justo antes de girarse y salir corriendo del aula.

En la puerta casi choca con Otto, que entra en ese mismo momento.

—Vaya, Sheila, ¿a dónde vas? La clase está a punto de empezar…

Sheila apenas logra escabullirse a su lado y desaparece de la vista.

Otto mira al resto de la clase.

—¿Estaba llorando? ¿Qué ha pasado aquí?

Nadie parece querer contestar. Los alumnos intercambian miradas vacilantes. Algunos miran a Andy.

Andy de pronto es capaz de moverse otra vez. Se sienta en su silla. El resto de la clase sigue su ejemplo y ocupa sus sitios.

—Bueno… —murmura Otto, encogiéndose de hombros—. Supongo que ya me enteraré si tiene que ver conmigo, ¿no? Bien, vamos a empezar…

DÍA 84

Andy está seguro de que le espera un castigo. Está convencido de que aparecerá el director y le dirá que tienen que hablar. Incluso podría acabar expulsado. Y, por supuesto, en cuanto mamá se entere, lo castigará de por vida.

O quizá Sheila ni siquiera lo delate. Tal vez decida tomarse la justicia por su mano y presentarse en el recreo con una pistola para pegarle un tiro. Andy casi prefiere esa opción; al menos sería rápido.

Pero, para absoluto asombro de Andy, ninguno de esos escenarios se hace realidad. De hecho, no ocurre absolutamente nada más.

El resto del día transcurre de forma sorprendentemente normal. Sheila no vuelve. Por lo visto, se marchó del colegio cuando salió corriendo del aula.

La única diferencia está en cómo lo miran sus compañeros. Al principio, sus ojos son inquietos, casi temerosos. Pero luego, poco a poco, al comprobar que Andy no se ha convertido en un monstruo furioso, las miradas se vuelven más suaves, incluso más cálidas… y, al final del día, algunos de ellos hasta le han sonreído.

Eso no había pasado desde que Rebecca desapareció. De hecho, siendo completamente sincero, Andy no recuerda que ninguno de sus compañeros le haya sonreído jamás.

Mamá aparece después del colegio. Van por el parque, tal como prometió, y Andy comprueba cómo están los pájaros carpinteros.

Todavía puede oírlos ahí dentro, piando sin parar.

Después pasan por la biblioteca. Andy había decidido decirle a mamá que podían saltarse la biblioteca ese día—después de lo que pasó la última vez, tenía miedo de mostrarse allí, y mucho más de hablar con Lisa—. Pero ahora ya no tiene miedo.

Regan lo recibe con una sonrisa cuando entra.

—¡Hola, Andy! Madre mía, ¿te has enterado de lo que ha pasado? Parece que ayer hubo un terremoto en la biblioteca.

Andy se queda clavado en el sitio.

—¿Un… terremoto?

—Ya, lo sé, ¡es una locura! Ven, mira esto.

Lo lleva a su despacho y encuentra un vídeo en el ordenador.

—En realidad no debería enseñarte esto… es de las cámaras de seguridad.

Andy siente cómo la piel del cuero cabelludo se le tensa entera.

—Pero como no sale nadie en la grabación, creo que no pasa nada —continúa Regan—. El ángulo está un poco torcido; la cámara se movió justo cuando empezó la sacudida, pero ya la hemos recolocado. Bueno, aquí está. ¿Listo?

Reproduce el vídeo, y Andy ve una toma en blanco y negro de la biblioteca exactamente en la zona donde él estaba sentado ayer… solo que el ángulo está lo bastante desplazado como para que el sillón no salga. Ve cómo las estanterías empiezan a temblar y los libros caen.

—Dios santo… —susurra.

—Lo sé —dice Regan—. Por suerte, no había nadie aquí—lo comprobé en el sistema. Esta tarde viene alguien de una cadena local de noticias para hablar conmigo. ¿No es una locura? ¡Si nunca ha habido un terremoto a quinientas millas de aquí!

—Es de locos —admite Andy, tragando en seco e intentando pensar.

No es verdad que nadie estuviera aquí ayer—él sí estaba. Entró usando su tarjeta.

Pero ¿por qué no aparece eso en el sistema?

¿Y quién movió la cámara para que yo no saliera grabado?

A Andy se le erizan los pelos de la espalda.

Regan sigue hablando, y Andy intenta asentir en los momentos adecuados. Luego una mujer viene a pedir ayuda para encontrar un libro, y Andy queda libre.

Va al sillón. Las estanterías han sido reparadas y los libros están todos en su sitio. Seguro que a Regan le llevó horas arreglarlo.

Andy coge un libro al azar y se sienta. Durante un momento, simplemente permanece ahí, con el libro sobre las rodillas.

No sabe realmente qué decir. Percibe que Lisa está ahí, esperando.

Por fin dice:

—Me defendí.

Espera un momento más, y luego abre el libro. Una sola palabra de Lisa.

«bien»

***

Esa noche, Andy espera que alguien llame a mamá; ya sea del colegio o quizá los padres de Sheila. Pero una parte de él sabe que no ocurrirá.

Y esa parte tiene razón: el teléfono de mamá no suena jamás.

DÍA 87

Sheila no va al colegio al día siguiente. Ni al otro.

Andy empieza a pensar que no volverá jamás; que quizá se ha cambiado de escuela. Pero a la tercera mañana, justo después de que mamá lo deje, la ve de pie en el patio, esperando, sola.

Andy vacila un momento. Puede notar que Sheila ya lo ha visto, pero ella simplemente permanece allí, con el rostro inexpresivo.

Vale, puede que esto sea —se dice Andy, respirando hondo—. La segunda ronda está a punto de empezar. Sé fuerte. No la dejes salirse con la suya, sea lo que sea lo que piense hacer.

Camina hacia ella y se detiene a unos metros. Sus puños están enterrados en los bolsillos, cerrados con fuerza.

Durante un instante, ambos se quedan mirándose, como dos pistoleros en un wéstern.

Entonces Sheila dice:

—Hola.

Sin rastro de ira en su voz.

—Hola —responde Andy, algo inseguro.

Sheila se frota el brazo y aparta la mirada. Luego da unos pasos hacia él. Andy no se mueve, pensando que es una trampa. Mira rápidamente a su alrededor, sospechando que Kimmie y Stacey puedan estar acechándolo… pero no hay nadie más cerca.

Sheila mira los pies de Andy mientras dice:

—Mira, siento lo que dije sobre Rebecca.

Suena tan sincera que Andy se queda completamente desconcertado.

—Eso… eso está bien.

—No, no estuvo bien. Fue muy cruel.

Andy no tiene ni idea de cómo reaccionar ni qué decir. La situación es tan inesperada que roza lo surrealista. Parte de él sigue desconfiando, esperando que sea algún plan retorcido para que baje la guardia y así Sheila pueda hacerle daño cuando esté más indefenso. Pero algo le dice que está siendo honesta.

—Supongo que siento haberme desquitado y haberte pegado —dice Andy.

Sheila rasca el suelo con la punta del zapato.

—Probablemente me lo merecía; yo te pegué primero.

—No me dolió mucho.

—Entonces… ¿somos amigos?

—Ehm… sí, claro.

Sheila lo mira un segundo antes de darse la vuelta para marcharse, pero parece reconsiderarlo y gira de nuevo.

—¿Sabes? Mi hermana mayor murió.

—Oh —dice Andy torpemente. No tenía ni idea de que Sheila tuviera una hermana.

—Tenía más o menos la edad de Rebecca cuando pasó —continúa Sheila, con una voz muy baja, casi un susurro, y Andy debe esforzarse para oírla.

—Lo… lo siento mucho —acierta a decir Andy—. ¿Qué ocurrió?

—Se ahogó. Un día simplemente desapareció. La policía nunca la encontró, pero hallaron su ropa y su mochila en el arroyo, allí en el parque. Creen que su cuerpo… —Sheila se detiene cuando su labio inferior empieza a temblar. Lo muerde para controlarlo, pero Andy puede ver ya las lágrimas asomando—. Su cuerpo debió de llevárselo la corriente hasta el mar y se lo comerían los peces. Yo solo tenía seis años entonces, pero aún me acuerdo de cómo jugábamos.

Una lágrima resbala por la mejilla de Sheila, y ella la aparta rápidamente. Luego lo mira directamente a los ojos.

—Espero que Rebecca vuelva.
Sheila se gira y se marcha.

DÍA 95

Tras el episodio con Sheila, los días vuelven a la normalidad y comienzan a parecerse mucho entre sí otra vez.

Andy sigue buscando la furgoneta amarilla por las noches; siente que quizá todo su esfuerzo sea en vano, pero no sabe qué más hacer, y al menos hacer algo es mejor que no hacer nada.

Los trayectos se han vuelto más largos, porque necesita alejarse más de casa para encontrar calles que aún no haya tachado del mapa. Quedan solo unos pocos cientos de viviendas, y cada noche la esperanza de Andy de encontrar la furgoneta amarilla se va desvaneciendo.

Una noche, cuando Andy vuelve a casa hacia las 3:30 de la madrugada, guarda la bicicleta en el garaje y entra por la puerta principal haciendo el menor ruido posible.

A estas alturas, lo ha hecho tantas veces —colarse dentro y fuera de casa como un ladrón— que apenas piensa en ello. Por eso la sorpresa es mucho mayor cuando las luces del vestíbulo se encienden de repente.

Andy se gira en seco.

En la puerta de la cocina ve a mamá. Lleva puesta la bata. El pelo revuelto, los ojos hinchados. Detrás de ella, sobre la encimera, hay un vaso de agua.

Durante varios segundos interminables, los dos se quedan simplemente mirándose.

Andy no tiene idea de qué decir o hacer; su mente está en blanco del shock. Pero en el rostro de mamá comienza una transformación aterradora, convirtiéndose en Mamá Nueva justo delante de él.

—¿Dónde… has… estado? —respira, moviendo apenas los labios.

Andy intenta responder, pero no puede.

Mamá Nueva avanza.

—Te he hecho una pregunta, chico —dice, con la voz aumentando un poco—. ¿Dónde has estado?

—Yo… yo solo… —Andy forcejea con las palabras. A lo mejor aún puede librarse. Se le ocurre una idea—. Me he acordado de que olvidé apagar las luces de la bici. Salí a comprobarlo, por si acaso yo…

Mamá Nueva está sobre él en tres zancadas largas, agarrándolo de ambas orejas antes de que pueda reaccionar.

—¡No te atrevas a mentirme! —grita—. ¡Te he visto desde la ventana de la cocina! ¡Te vi llegar en bicicleta! ¿Dónde has estado?

Andy intenta soltarse, intenta apartarse, pero su espalda da con la pared.

—¡Au, mamá! —grita—. ¡Suéltame!

—¿Qué es esto? —Mamá Nueva suelta una de sus orejas para arrancarle el mapa de la mano. Mira el papel arrugado—. Es un… un mapa —dice, sin aliento del horror—. ¿Has estado por toda la ciudad? ¿En mitad de la noche?

—Yo solo…

Mamá Nueva deja caer el mapa y retuerce la oreja de Andy del todo. El dolor es intenso. Andy siente la saliva caerle en la cara mientras Mamá Nueva grita a pleno pulmón:

—¿¡Te has vuelto loco, chico!? ¿¡Te has vuelto completamente loco!? ¿¡Quieres desaparecer como tu hermana!? ¿¡Quieres!? ¿¡Es eso lo que intentas!?

—¡No, mamá! —llora Andy. Está de puntillas, sujetando su muñeca con ambas manos, intentando desesperadamente aliviar el dolor de la oreja retorcida.

Ella le agarra el pelo con la otra mano y le zarandea la cabeza, aún gritando en su cara:

—¿¡Quieres desaparecer!? ¿¡Quieres!? ¿¡Quieres!? ¡Respóndeme! ¿¡Quieres desaparecer!?

Andy ya no entiende las palabras; el mundo es un infierno de dolor y miedo. Se oye a sí mismo llorar y repetir una y otra vez:

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

Entonces, otra voz corta la escena:

—¡Helen!

Andy puede girar la cabeza lo justo para ver las piernas de papá bajando la escalera.

—¿Qué estás haciendo? —grita incrédulo—. ¡Suéltalo!

Mamá Nueva no lo suelta. Se gira hacia él como un halcón y escupe:

—¡Tu hijo ha estado recorriendo toda la ciudad! ¡Nos ha estado tomando el pelo, Henry! ¡Se ha vuelto loco! ¡Está…

—¡Suéltalo, Helen! ¡Está llorando!

Solo cuando papá se lanza a agarrar a mamá es cuando ella finalmente libera a Andy, y el dolor disminuye un poco. Andy tropieza hacia un lado, llevándose la mano a la oreja y notando sangre caliente.

—¿Qué coño está pasando?

Una nueva voz desde la escalera. Cindy está allí, con el pijama puesto, mirando la escena con los ojos muy abiertos por el shock.

Mamá Nueva sigue plantada en medio del vestíbulo. La luz halógena del techo hace que parezca más un animal que una persona. Respira agitadamente, los labios mojados de saliva, los ojos desquiciados. Su mano derecha está roja con la sangre de Andy.

—Él… él nos ha mentido —sispea, jadeando—. Se ha estado riendo de nosotros… va a desaparecer… igual que Rebecca… va a desaparecer… va a desaparecer…

Papá va hacia Andy; sus ojos están preocupados y vivos —realmente vivos—, como solían estar antes de que Rebecca desapareciera.

—¿Estás bien, Andy? Dios, estás sangrando de verdad.

Andy no puede responder, sigue llorando demasiado.

—Desaparecer… desaparecer… —repite Mamá Nueva—. Va a desaparecer…

—Helen, maldita sea —dice papá, girándose—. Casi…

Su voz cambia de pronto.

—¿Helen?

Andy mira por detrás de papá justo a tiempo para ver a Mamá Nueva poner los ojos en blanco y desplomarse en el suelo.

Cindy grita.

***

—Ya tiene mucho mejor aspecto —dice papá, apretando la tirita en la oreja de Andy—. Ya no sangra.

Están en la habitación de Andy. Andy está sentado en la cama; papá está de pie frente a él.

—¿Y mamá? —pregunta Andy—. ¿Qué le ha pasado?

—Solo se alteró demasiado —dice papá—. Ahora está dormida.

—¿Vino la ambulancia? Creí oír a alguien hablando abajo.

—La llamé por si acaso. Pero dijeron que todo irá bien. Mamá solo necesita descansar unos días. Está bajo mucha presión ahora mismo. ¿Lo entiendes, verdad?

Andy asiente. Siente un latido en su lóbulo.

Papá se sienta a su lado.

—Tienes que decirme qué estabas haciendo recorriendo la ciudad, Andy.

Andy respira hondo.

—Estaba buscando a Rebecca.

Papá le aprieta el hombro.

—Es un gesto bonito, Andy. Pero no necesitas buscarla tú. La policía lo está haciendo. Ellos la encontrarán.

Andy abre los brazos.

—Pero no tienen ni idea de dónde buscar. Yo vi la furgoneta, papá. La furgoneta amarilla. Esa es la que estoy buscando. Si la encuentro, encontraré a Rebecca.

Papá suspira. Suena agotado.

—No puedes seguir así, Andy.

—Pero tú la buscaste al principio. Me lo dijiste.

—Eso es distinto. Soy adulto.

—Pero yo…

—Escúchame, Andy. No puedes recorrer la ciudad por la noche buscando una furgoneta solo porque crees que tiene algo que ver con Rebecca. Tenemos que confiar en la policía y esperar.

Y ahí estaba. La palabra mágica.

—¡No quiero esperar, papá! Esperar no está haciendo nada por Rebecca. ¡Quiero encontrarla! Es culpa mía que desapareciera, así que es mi responsabilidad volver a encontrarla.

—Ya hablamos de esto, Andy. No es culpa tuya que…

—¡Pero sí lo es! ¡Sí es mi culpa! Y tú lo sabes, lo veo en tu cara.

Papá guarda silencio un rato. Mira al suelo. El corazón de Andy golpea con fuerza en el pecho.

Cuando papá lo mira otra vez, sus ojos han vuelto a estar opacos y vacíos. La vida se ha marchado de nuevo.

—Nada de más excursiones, ¿de acuerdo? Dame el mapa, por favor.

Andy entiende que se acabó. Papá ya no está de su lado. Le entrega el papel.

Papá se levanta y camina hacia la puerta. Se vuelve para decir:

—Cerraré la puerta de tu habitación por las noches a partir de ahora, Andy. Solo hasta que todo esto pase.

PARTE DOS

REBECCA WISLER

DÍA 1

Rebecca fulmina a Andy con la mirada cuando él cruza la calle.

¿De verdad cree que ella va a esperarlo aquí fuera, pasando un frío horrible, mientras él entra a buscar un libro estúpido? Pues si es así, será mejor que lo piense de nuevo. Rebecca decide darle un buen susto a Andy.

Él aparca la bicicleta en el soporte y vuelve a mirarla por última vez, con una expresión cómicamente severa, como si intentara intimidarla desde el otro lado de la calle. Rebecca le dedica su sonrisa más dulce y un saludito con la mano.

Él resopla, se gira y entra en la biblioteca.

En cuanto está fuera de su vista, Rebecca echa a correr por la acera, con la mochila saltándole a cada paso. Junto a la entrada del parque hay dos grandes olmos, y Rebecca se esconde detrás del más cercano.

Asoma la cabeza y contiene la respiración, emocionada. Desde ahí tiene una buena vista de la entrada de la biblioteca, pero Andy no podrá verla. Cuando él salga, pensará que ella se ha ido ya hacia casa, y correrá para alcanzarla.

Rebecca sonríe al pensar en engañar a Andy así.

«Esto te pasa por ser un imbécil.»

Pasa un minuto, pero Andy no sale.

Rebecca se muere de ganas de hacer pis. Típico de Andy, tomándose su tiempo.

—Vamos —susurra, cambiando el peso de un pie al otro—. Vamos, Andy el estúpido.

Aun así, las puertas de cristal no se abren.

Entonces lo oye.

dakka-dakka-dakka!

Rebecca se gira en redondo, mirando fijamente hacia el parque, con los ojos recorriendo los árboles. Sabe de inmediato qué ha producido el sonido. Es el pájaro carpintero. Lo ha oído algunas veces antes, y cada vez que ella y Andy pasan por el parque, ella está pendiente por si lo ve, pero nunca ha logrado llegar a verlo de verdad.

dakka-dakka-dakka!

¡Ahí estaba otra vez!

Rebecca incluso puede distinguir de qué dirección vino el sonido. Es su mayor oportunidad para ver por fin al pájaro carpintero.

Olvida por completo lo de asustar a Andy y se adentra en el parque corriendo, eufórica. El sonido venía del otro extremo del parque, donde hay una gran zona de árboles jóvenes. No lo ve en los primeros árboles, así que continúa adentrándose. Todavía es principios de primavera y solo unos pocos árboles tienen hojas, así que el carpintero sería fácil de ver sobre las ramas desnudas… siempre que no haya volado ya. Rebecca examina cada copa meticulosamente a medida que avanza.

dakka-dakka-dakka!

Suelta un jadeo. El sonido esta más cerca y algo hacia la derecha. Cambia de dirección y acelera.

Los árboles son más altos y están más juntos ahora, haciendo que todo parezca algo más oscuro, pero Rebecca apenas se da cuenta. Llega a unos arbustos y se abre paso entre ellos, y casi tropieza con una vieja bicicleta oxidada que alguien dejó allí hace varios años.

Rebecca sigue caminando mientras mira hacia arriba, escuchando con atención, pero el carpintero ha vuelto a quedarse en silencio.

Le sorprende lo lejos que se extiende el bosque; pensándolo bien, no está del todo segura de qué hay al otro lado del parque. Pero

quiere ver al pájaro carpintero, así que sigue adelante. Si tan solo pudiera…

—¡Ayúdame!

Rebecca se detiene en seco. Contiene la respiración y escucha.

«¿Ha sido una voz? ¿Alguien pidiendo ayuda?»

Ahora solo se oye la ligera brisa agitando las copas de los árboles y haciendo que las hojas secas del suelo se muevan y crujan. Le llega algo con el viento, un olor fétido; probablemente mierda de perro, aunque incluso peor.

Se da la vuelta para mirar atrás, pero de repente no puede distinguir por dónde ha venido exactamente; el bosque se ha vuelto demasiado espeso como para ver lejos, y todo se ve igual en todas las direcciones. Ni siquiera escucha ya el sonido del tráfico.

«¿Sigo siquiera en el parque?»

Siente un leve brote de pánico.

Claro que sigue en el parque; ¿dónde más podría estar?

Rebecca no suele asustarse fácilmente. No le da miedo la oscuridad, ni las arañas, y puede ver películas de miedo sin tener pesadillas después.

Pero esto es diferente. No sabe por qué, pero algo está mal. Quiere salir del bosque lo antes posible. Ya ni siquiera le importa ver al pájaro carpintero. De hecho, desearía no haberse separado de Andy. Por un momento considera sacar el móvil y llamarlo para que la ayude, pero Andy sin duda se burlaría de ella por haberse perdido.

Además, no está tan asustada. Aún no.

Se obliga a serenarse. Solo tiene que elegir una dirección, nada más. Vaya hacia donde vaya, terminará saliendo del bosque. Conoce bastante bien su pueblo y puede orientarse fácilmente desde donde aparezca.

Ese olor horrible otra vez, más fuerte ahora. Huele a algo podrido.

Rebecca está a punto de seguir adelante cuando la voz vuelve.

—Estoy herida. Por favor, ayúdame.

Esta vez, puede distinguir claramente que es alguien hablando y no solo el viento. Una chica, seguramente de su edad. Suena como si estuviera a punto de llorar.

Rebecca se gira hacia el sonido, pero no ve nada entre los árboles. ¿O sí? Entrecierra los ojos.

La vista de Rebecca es perfecta —no como la de Andy, que necesita gafas— y alcanza a ver algo a lo lejos. Algo amarillo. Se acerca caminando.

Rebecca llega a un camino de tierra casi devorado por la maleza, claramente en desuso. Una vieja furgoneta amarilla mostaza y oxidada está aparcada justo en las rodadas. Puede ver a través del parabrisas oscuro que no hay nadie en el asiento del conductor. Rodea el vehículo hacia la parte trasera. Las puertas están abiertas. Se detiene. El hedor es aún más fuerte.

—Ugh, ¿qué es eso? —murmura, arrugando la nariz.

—Me duele mucho —solloza la voz, viniendo del interior del coche —. ¿No quieres ayudarme, por favor?

—Claro, ya voy —dice Rebecca, respondiendo instintivamente al tono suplicante, mientras se acerca a la furgoneta, agarra la manija y abre la puerta.

No hay ninguna chica dentro.

Ni siquiera hay un ser humano.

La criatura que la mira puede parecerlo, pero Rebecca sabe de inmediato que ese rostro pertenece a algo muy distinto.

Algo monstruoso.

Todo ocurre muy rápido, demasiado rápido para que Rebecca pueda reaccionar.

La criatura se lanza hacia ella. Está casi segura de que lucha por liberarse; quizá también está gritando. Lo único que sabe con certeza es la sensación de los dedos fríos y fuertes de la criatura.

Luego está tumbada en la oscuridad, aturdida y aterrorizada, mientras el motor ruge y el vehículo comienza a moverse. Las ramas arañan el exterior de la furgoneta, chillando contra el metal. Además del terrible hedor a podredumbre, también huele a aceite y a perro en el aire cargado.

Intenta incorporarse, pero pierde el equilibrio y vuelve a caer. Toca algo… una rueda del vehículo. Recuerda haberla visto fugazmente antes de que se apagara la luz, dejándola en la oscuridad total.

Excepto que no es oscuridad total.

Rebecca mira una fina línea vertical de luz diurna. Se arrastra hacia ella. La furgoneta gira, haciendo que ruede de lado y golpee con fuerza la pared. El dolor la hace gritar, pero no hay tiempo para quejarse, lo sabe. Tiene que salir mientras aún están en el bosque. Si llegan a las calles de verdad, será demasiado peligroso saltar.

Sus pensamientos van a mil por hora, revoloteando en su cabeza como un enjambre de cuervos espantados, cada uno intentando imponerse al siguiente.

«¡Me están secuestrando! ¿Qué quiere de mí? ¡A lo mejor quiere matarme! ¡Tengo que salir!»

Rebecca llega a la franja de luz entre las dos puertas traseras. Palpa buscando una manija, pero no encuentra nada.

La furgoneta toma otra curva, pero esta vez está más preparada y consigue mantenerse erguida. Nota cómo el suelo se vuelve más regular bajo el vehículo a medida que aceleran.

¡Oh, no! ¡Estamos circulando por asfalto!

Pero aún deben estar en el pueblo. Eso significa que no pueden ir muy rápido. Rebecca aún podría saltar sin hacerse daño grave. Aunque se rompiera un brazo o terminara llena de moratones, sería mil veces mejor que ser llevada por la criatura.

El problema es que las puertas no pueden abrirse desde dentro. Empuja y forcejea, pero nada funciona.

«¡No puedo salir!»

Rebecca empieza a gritar. El sonido es ensordecedor dentro del compartimento cerrado, pero no está segura de que pueda oírse desde fuera, por el ruido del motor. Pega la boca a la rendija de luz y grita a pleno pulmón:

—¡Ayuda! ¡Ayudadme! ¡Me están secuestrando! ¡Auuuxiliooo!

De repente, la furgoneta se detiene, lanzando a Rebecca hacia atrás, donde cae dolorosamente de espaldas. Se incorpora y escucha. El motor sigue encendido, pero el vehículo ya no se mueve.

Entonces, oye el sonido de la puerta delantera al abrirse. El coche se inclina ligeramente cuando el conductor sale. Cuenta cuatro pasos rápidos. Luego, la franja de luz queda bloqueada por una sombra al otro lado y, acto seguido, las puertas se abren de golpe.

Rebecca no está preparada para la luz del día y esta la ciega. Apenas tiene tiempo de ver a la figura alta y delgada cuando esta se inclina para agarrarla. Rebecca se resiste, pero la criatura tira de ella, y vuelve a sentir esas manos frías y duras que la giran para que quede de espaldas a las puertas abiertas.

¡La va a matar!

Grita de nuevo, pero algo blando le es empujado a la boca, seguido de un sabor agudo y desagradable. Rebecca se atraganta e intenta escupir aquello, pero la criatura rodea su cabeza con algo fino y duro y lo aprieta. Un empujón en la espalda y Rebecca cae de manos y rodillas. Cuando intenta levantarse, las puertas ya están cerradas, dejándola de nuevo en la oscuridad.

Rebecca intenta gritar, pero esta vez no sale ningún sonido. Se manosea la cara y nota la tela en su boca. Una tira que parece de plástico le rodea la cabeza y mantiene la tela apretada. Sus dedos encuentran lo que parece un nudo en la parte de atrás, pero no consigue aflojarlo.

El coche vuelve a moverse.

Rebecca se arrastra hacia la franja de luz y acerca un ojo. Ve una calle residencial que no reconoce. Pero, al menos, siguen en el pueblo. Grita pero no hay sonido y empieza a golpear las puertas.

El vehículo avanza tranquilamente por el pueblo. La criatura no tiene prisa; sabe que Rebecca no puede escapar y que ahora tampoco puede pedir ayuda.

Mientras recorren el pueblo, Rebecca observa un mundo que se siente a kilómetros de distancia. Ve peatones, ciclistas y gente en otros coches, y cada vez que los ve, grita y golpea las puertas hasta que los puños le duelen… pero nadie la oye.

De pronto, recuerda su móvil. De inmediato, lleva la mano al bolsillo, pero lo encuentra vacío. Una punzada de horror al recordar cómo los dedos de la criatura hurgaron en ese mismo bolsillo. Su mochila tampoco está.

El coche da un bandazo, casi haciéndola caer otra vez, y el claxon suena con furia. Rebecca mira por la franja y ve...

¡Andy!

Casi no puede creerlo. Andy está en la acera con su bicicleta, con expresión atónita mientras mira la furgoneta, que por lo visto casi lo atropella.

Rebecca grita tan fuerte como puede contra la tela empapada de saliva, y golpea las puertas con ambas manos.

Para su sorpresa, el coche reduce la velocidad y se detiene por completo. Rebecca deja de golpear. Por un instante, está segura de que la criatura saldrá para atrapar también a Andy, pero no oye abrirse la puerta delantera.

Mira fijamente a su hermano. Él la mira de vuelta. Su expresión es de confusión

y… ¿sospecha?

«¡Está escuchando! ¡Me ha oído!»

Rebecca vuelve a golpear justo cuando el coche acelera de nuevo y gira a la izquierda. La vista cambia y Andy desaparece.

«¡Pero me oyó! ¡Me oyó!»

Pero ¿de qué sirve? Aunque Andy la haya oído, no puede alcanzar la furgoneta en bicicleta. Y aunque llame a la policía, cuando llegasen la furgoneta estaría muy lejos. No es como en las películas, donde los coches patrulla aparecen en segundos. Podrían tardar varios minutos. Y para entonces la criatura la habrá llevado lejos, quizá fuera del pueblo, quizá a una zona aislada, y podría matarla de la forma más horrible imaginable.

Rebecca sigue golpeando las puertas, pero ya con menos fuerza. Empieza a llorar. El coche continúa. En pocos minutos llegan a las afueras y aceleran más. Salen a la autopista mientras Rebecca ve alejarse las últimas casas.

Aun así, sigue golpeando hasta que las piernas le fallan y se desploma en el suelo, sollozando.

No tiene ni idea de cuánto tiempo llevan conduciendo. El tiempo resulta extraño en la oscuridad. A veces parece ir muy rápido, otras casi no pasa.

Al principio, Rebecca notaba cada giro, tratando de memorizar el camino. Pero ahora han girado tantas veces que ha perdido la cuenta.

Cada vez que la furgoneta desacelera, Rebecca está segura de que la criatura va a detenerse, abrir la parte trasera y matarla. Pero cada vez suspira de alivio: solo desacelera para girar.

De repente, el terreno se vuelve de grava. Rebecca oye el crujido bajo las ruedas. Pasan unos minutos más. Luego, por fin, se detienen por completo. El motor sigue encendido. Se abre la puerta delantera y la criatura sale.

«¡Ya está! ¡Me va a matar ahora!»

Siente el corazón a punto de estallar. Se pone en pie de un salto y retrocede todo lo que puede. Intenta prepararse para cuando se abran las puertas, se repite que no debe dejarse cegar esta vez, que debe luchar por su vida.

Pero sorprendentemente, las puertas no se abren. Los pasos no rodean la furgoneta, sino que se alejan en dirección contraria. Rebecca escucha con intensidad.

No muy lejos oye un sonido metálico, como algo que se cierra o se mueve. Luego, los pasos regresan hacia la furgoneta. Esta se balancea ligeramente cuando la criatura vuelve a subir al asiento del conductor, y reanudan la marcha.

Rebecca se acerca a las puertas para mirar fuera. Acaban de atravesar una verja alta de hierro forjado, abierta, y ahora entran en un amplio patio de grava. A cada lado surgen edificios antiguos.

La furgoneta vuelve a detenerse. Esta vez, el motor se apaga con un par de toses secas. Rebecca oye su propio corazón retumbar en el silencio.

La criatura sale una vez más. Pasos firmes sobre la grava. Rebecca retrocede y se prepara de nuevo, mirando la franja de luz. Pero las puertas siguen cerradas. En su lugar, oye el sonido metálico de antes.

Ha ido a cerrar la verja.

Rebecca escucha cómo los pasos se alejan más de la furgoneta. Se oye una puerta abrirse. Luego, silencio.

Rebecca respira rápido por la nariz. La mandíbula le duele y las mejillas le arden donde la tira de plástico le roza la piel. Apenas puede creer que siga viva. Pero quizá solo sea cuestión de minutos.

La criatura probablemente ha entrado en el edificio a buscar algo para matarla.

«Tengo que salir de aquí antes de que vuelva. Esta podría ser mi última oportunidad…»

Se arrodilla y palpa el suelo, buscando algo, lo que sea, que pueda usar para forzar las puertas. Solo encuentra la rueda, un rollo de cuerda, una caja de cartón vacía y una barra metálica torcida. Nada que pueda servir para abrir.

De pronto, oye pasos que regresan… ahora son dos pares. Uno largo y firme, otro mucho más pequeño y rápido.

Rebecca coge la barra y retrocede todo lo posible. No está segura de cuánta fuerza podrá imprimir al golpe, la barra es muy pesada, pero está decidida a intentarlo.

La franja de luz desaparece.

La cerradura gira.

Las puertas se abren.

Rebecca entrecierra los ojos ante la luz del día y levanta la barra, lista para golpear a lo que sea que aparezca.

Pero no aparece nada.

Parpadea mientras sus ojos se acostumbran. Ve un trozo del patio, pero no ve a la criatura por ninguna parte. En la grava, sin embargo, a unos metros, hay un perrito pequeño mirándola con curiosidad, moviendo la cola suavemente.

Rebecca contiene la respiración para escuchar. «¿Es una trampa? Tiene que serlo…»

Traga saliva y pelea por no echarse a llorar. Es difícil; nunca ha estado tan asustada, nunca ha estado en una situación así. Cambia el peso de un pie al otro, la barra resbaladiza por el sudor en sus manos.

El perro emite un quejido impaciente y ladea la cabeza. Una campanita en su collar tintinea brevemente, como si dijera: «¿Por qué sigues ahí? Ven. Está bien».

Rebecca no puede aguantar más. Deja caer la barra y echa a correr, saltando fuera de la furgoneta. El perro retrocede sorprendido al verla salir disparada. Pero Rebecca nunca llega a tocar el suelo.

Un brazo largo y huesudo sale disparado y la atrapa en pleno aire.

Rebecca se agita, patea y golpea. La criatura le rodea el cuerpo con los brazos, aplastándola contra su torso huesudo, impidiéndole moverse. Es demasiado fuerte; muchísimo más fuerte que un humano. Podría romperle todos los huesos con facilidad. El hedor que desprende le llena la nariz mientras la arrastra hacia el edificio. Rebecca grita contra la tela hasta casi no poder respirar.

La criatura la lleva al interior de lo que parece una casa bastante normal, aunque muy desordenada. El aire es rancio y cargado, con un fuerte olor a polvo y cigarros.

La criatura la carga escaleras arriba, por un pasillo y hacia un cuartito con papel pintado viejo, amarillento por la nicotina. Después la arroja boca abajo sobre una cama sin sábanas.

Antes de que Rebecca pueda incorporarse, una mano se posa justo entre sus omóplatos, empujándola contra el colchón y exprimiéndole el aire de los pulmones.

Mientras Rebecca lucha presa del pánico por respirar por la nariz, nota vagamente que la descalzan, quitándole zapatos y calcetines. La presión sobre su espalda cede lo justo para que pueda levantar y girar la cabeza de lado, jadeando largos y quejosos resuellos por las fosas nasales. Entonces una mano fría y fuerte le aferra el tobillo, y oye un silbido extraño que le recuerda al sonido que hace una estufa caliente cuando se le echan gotas de agua.

Luego llega el dolor.

Es repentino, agudo, y le atraviesa la planta del pie como un latigazo.

Rebecca grita e intenta dar una patada, pero el agarre en su tobillo es de hierro, y la criatura la vuelve a empujar contra el colchón cuando intenta retorcerse hacia un lado.

El dolor en su pie disminuye un poco cuando el sonido siseante cesa. Aún inmovilizándola contra la cama, haciendo que Rebecca vuelva a sentir que se asfixia, la criatura pasa al otro pie, y el ruido y el dolor regresan igual de brutales.

Rebecca grita, llora y tose todo a la vez, luchando por meter aire por la nariz y tratando de no vomitar dentro de la tela, lo que sin duda la ahogaría.

Entonces, de pronto, la voltean sobre la espalda.

Rebecca manotea a ciegas, intentando arañar a la criatura, percibiendo solo un contorno borroso a través de las lágrimas.

Le agarra ambas muñecas, con aparente facilidad, y se las inmoviliza sobre la cabeza. Rebecca entorna los ojos, anticipando dolor, e intenta girar la cara, pero los dedos fríos de la criatura le sujetan la barbilla y le obligan a mirar de frente. Trata de gritar de nuevo, pero solo sale un suspiro ahogado cuando los dedos de la criatura van a su ojo izquierdo y lo fuerzan a abrirse. A través del velo de lágrimas, Rebecca distingue fugazmente su rostro grisáceo inclinado sobre ella, con el techo marrón de fondo.

Luego nota una gota de líquido frío y espeso en el ojo, que le nubla aún más la vista. Un segundo después, el escozor y el ardor la atraviesan. La criatura pasa al otro ojo y repite el proceso.

Durante toda la operación, la criatura permanece completamente en silencio. Rebecca ni siquiera la oye respirar: solo oye sus propios sonidos de pánico.

Por fin, la criatura la hace rodar de lado y le suelta las muñecas. Las manos de Rebecca van de inmediato a sus ojos ardiendo, tratando de frotarlos, pero eso solo empeora el dolor. Nota que la criatura hurga en la parte posterior de su cabeza. Se oye un chasquido. La presión alrededor de su cráneo desaparece, y Rebecca puede escupir la tela empapada y aspirar al fin respiraciones profundas y liberadoras.

Intenta abrir los ojos, pero arden demasiado, así que simplemente se arrastra hasta el extremo de la cama, apoyándose contra la pared. Los pies le queman, y los ojos le escuecen de manera insoportable. Se obliga a respirar en silencio, para poder escuchar.

La habitación está en silencio. Parece que la criatura se ha ido.

Pero no. Rebecca puede olerla. El hedor a podredumbre y el olor agrio a cigarro. Solo que ahora se mezcla también con el olor a quemado.

Logra abrir un ojo apenas unos milímetros y alcanza a ver la figura desgarbada en pie junto a la cama, observándola desde arriba, con lo que parece un cigarro encendido colgando de sus labios.

Rebecca sabe que la criatura acaba de empezar. Sabe que solo está haciendo una breve pausa en su tortura. En cualquier momento

reanudará.

—Dé… déjame en paz —gime Rebecca, con la boca aún pastosa por la tela—. Por favor… déjame en paz…

La criatura no responde. Rebecca no sabe si la entiende, si siquiera habla. Entonces recuerda la vocecita que la atrajo al interior de la furgoneta, y tiembla aún más. Parpadea e intenta mirarla, pero abrir los ojos es un tormento.

Entonces, de pronto, habla. La voz no se parece en nada a la que usó para atraerla. Es grave y oxidada, como si casi nunca la usara.

—Bienvenida a casa, Alice.

Rebecca solloza.

—Yo… yo quiero irme a casa… si… si me llevas a casa… prometo que no diré nada… ¡lo prometo!

Casi alcanza a ver —casi oye— cómo la criatura se gira y sale de la habitación, cerrando la puerta con suavidad tras de sí.

Rebecca no se mueve durante un buen rato. El olor a piel quemada, a humo y a miedo es espeso en el aire.

Se obliga a levantarse y a intentar salir. Pero los ojos le siguen ardiendo, y el dolor de las plantas de los pies ha empeorado. Toca con cuidado las almohadillas de sus pies y encuentra dos pequeñas heridas en la piel blanda. No son más grandes que una moneda, pero sangran.

Mientras ocurría, Rebecca pensó que la criatura la había cortado con un cuchillo, pero ahora puede reconstruirlo: la forma circular de las heridas, el olor a piel quemada, el cigarro.

La ha quemado.

Rebecca vuelve a llorar, sus pensamientos regresan a Andy. ¿De verdad la oyó golpear desde dentro del coche? Sí, tiene que haber sido así. Giró la cabeza y miró directamente hacia ella.

Incluso si Andy no la oyó, a estas alturas debe haberse dado cuenta de que Rebecca ha desaparecido. Probablemente ya se lo haya dicho a Mamá y Papá. Deben de estar buscándola. ¿Habrán llamado a la policía? Si Andy oyó los golpes dentro de la furgoneta, se lo contará a la policía —y quizá incluso tuvo tiempo de ver la matrícula—.

Rebecca siente un atisbo de esperanza al pensarlo.

«Vendrán a por mí. Andy me oyó. Vendrán a por mí.»

Lo repite una y otra vez en su cabeza. Mantiene a raya los pensamientos más terribles. Está agotadísima después de tanto miedo. Ahora que el peligro inmediato parece haber remitido, el terror se va drenando poco a poco, dejando a Rebecca caer en algo parecido al sueño.

DÍA 2

Rebecca se despierta de golpe y se incorpora bruscamente.

Lo primero que recuerda es el dolor de los pies. Ahora es más bien una sensación caliente y palpitante, pero sigue siendo doloroso. Los ojos, en cambio, están algo mejor: ya no escuecen ni arden tanto como antes de quedarse dormida. Pero su vista sigue algo borrosa, incluso después de parpadear varias veces y frotarse los ojos.

El gusto polvoriento de la tela sigue en su boca, y siente los restos de saliva seca en las mejillas. Tiene muchísima sed.

Mira alrededor de la habitación. Parece un dormitorio infantil, probablemente de una niña, a juzgar por las muñecas antiguas alineadas en la estantería de la pared. Además de la cama, colocada bajo una pared inclinada, solo hay una estantería, un escritorio con una silla de madera, un arcón viejo y un armario empotrado alto. El suelo tiene una alfombra muy gastada y el techo cuelga bastante bajo, como si estuviera a punto de caerse.

Rebecca no tiene ni idea de cuánto tiempo ha estado inconsciente. La habitación está ahora más oscura; tras la única ventana, el cielo es gris oscuro. Ha dormido profundamente, sin sueños; de hecho, ha sido más parecido a perder el conocimiento. Podrían haber pasado horas… o incluso un día entero.

Baja las piernas por el borde de la cama y apoya con cuidado los pies en el suelo, lo que provoca inmediatamente punzadas de dolor

por las quemaduras.

Consigue ponerse en pie y avanza tambaleándose hasta la ventana. La vista es borrosa, como si el cristal estuviera mojado por la lluvia, pero distingue un jardín grande rodeado por un seto grueso y alto, y más allá un campo desnudo. No hay otras casas a la vista. En el horizonte ve una franja marrón que parece un bosque. Rebecca se permite un momento de esperanza pensando que quizá sea el bosque junto al parque… pero luego recuerda lo mucho que condujeron hasta llegar aquí; debe de ser otro bosque.

Se da la vuelta y cruza la habitación tambaleándose hasta la puerta, con el dolor en los pies empeorando con cada paso. Intenta apoyar solo los talones, pero caminar así es difícil. Llega a la puerta y prueba el pomo, esperando que esté cerrado, pero gira sin resistencia.

Rebecca mira a lo largo de un pasillo estrecho, oscuro y largo, sin ventanas, con tres puertas cerradas. Al fondo están las escaleras que bajan.

No ve ni oye a la criatura; podría estar acechando tras cualquiera de las puertas, o esperando al pie de las escaleras. Respira por la nariz y percibe, muy tenue, el olor a podredumbre en el aire.

El corazón le late con fuerza. El pasillo le recuerda a un río africano, y ella es una gacela que necesita cruzarlo sin saber si habrá un cocodrilo esperándola bajo la superficie, listo para atacar.

Rebecca se muerde el labio. «¿Salgo corriendo? ¿Y si me atrapa? ¿Qué me hará?»

Decide no arriesgarse, no así. No puede correr con sus pies heridos, lo que significa que sería incapaz de escapar si la criatura fuera tras ella.

Cierra la puerta de nuevo y regresa cojeando a la ventana. Está en un segundo piso y la caída hasta el césped sería larga. Bajo la ventana hay una terraza de baldosas. A Rebecca no le dan miedo las alturas, pero saltar desde aquí le fracturaría algo seguro… y entonces no tendría ninguna posibilidad de huir.

Gime y se deja caer en la cama, aliviada al quitar presión de sus pies, que ahora laten de dolor.

Quizá deba esperar, solo un poco. Hasta que los pies estén mejor. Y con suerte, también la vista.

Además, está segura de que la ayuda está en camino. La policía vendrá. Andy la oyó, lo sabe. Les contó lo de la furgoneta. Seguro que están trabajando para rastrearla ahora mismo. Puede incluso que estén ya conduciendo hacia aquí. Se imagina tres coches patrulla bajando por la autopista con las sirenas encendidas. La imagen la reconforta. Ojalá disparen al monstruo en cuanto lleguen.

La mirada de Rebecca cae sobre una cesta encima del escritorio. Es del tamaño de una caja de zapatos. Frunce el ceño. ¿Estaba ahí antes? ¿O la criatura ha entrado mientras ella dormía?

La idea le provoca un escalofrío.

Va a mirar la cesta. Dentro hay un paquete de tiritas, un rollo de venda, un tubo de crema y un frasquito marrón.

Rebecca fuerza los ojos para leer las etiquetas. Son palabras difíciles, y tiene que deletrearlas despacio.

En el tubo pone: Burn gel.

En el frasco: Chlorhexidine – for disinfection.

Es un botiquín, se da cuenta sorprendida. La criatura lo ha dejado ahí para que pueda curarse las heridas.

Al lado de la cesta hay un vaso grande de agua. Rebecca lo huele, insegura de si puede fiarse de beberlo. Quizá la criatura haya puesto veneno dentro.

Pero ¿por qué lo haría? Si quisiera matarla, podría entrar y hacerlo sin más. Ella no podría impedirlo.

Así que bebe el vaso entero, tragando hasta la última gota. El agua le quita el sabor seco de la boca y se siente maravillosa bajando por su garganta.

Lleva la cesta a la cama y usa primero la clorhexidina y luego el gel para quemaduras. La primera escuece muchísimo, pero la segunda alivia el dolor. Después se venda los pies con la gasa.

Luego se tumba de nuevo, sintiéndose un poco mejor, mirando al techo borroso. Recuerda la imagen de los coches de policía y se siente aún más reconfortada.

«Vendrán a por mí pronto. Andy me oyó, y les dijo lo de la furgoneta. Solo tengo que esperar. Llegarán en cualquier

momento…»

Rebecca vuelve a quedarse dormida.

DÍA 3

La próxima vez que Rebecca despierta, la habitación está tenuemente iluminada por una luz diurna mortecina. Nota enseguida que el dolor en los pies es menos intenso y, cuando parpadea para abrir los ojos, su vista está casi normal, con solo un ligero halo borroso en los bordes.

Permanece quieta un momento, escuchando. Ha soñado que policías asaltaban la casa, gritando y disparando en la planta de abajo. El sonido de los disparos y las voces de los hombres había sido tan real, que por un segundo cree que quizá no fue un sueño. Pero la casa está completamente en silencio, lo que probablemente significa que la policía aún no ha llegado.

Está bien, se dice. Vendrán pronto.

Se incorpora y se toca los vendajes. Uno de ellos se ha soltado un poco, y dedica un minuto a arreglarlo. Mientras trabaja en la venda, se da cuenta de un olor agradable. Mira alrededor de la habitación, notando que ahora percibe muchos más detalles, y ve un plato sobre el escritorio. Lo que significa que la criatura ha estado aquí de nuevo.

El estómago le gruñe de hambre. Es sorprendente, en realidad, que pueda tener hambre en una situación así, pero la tiene. Así que se pone en pie con cuidado. Todavía duele, pero con ayuda de las vendas puede casi caminar con normalidad.

Va hasta el escritorio y se sienta. Huele el plato. Es puré de patatas con pequeños trozos marrones, que parecen bacon.

Vuelve a plantearse si la criatura podría querer envenenarla, o quizá darle algo que la duerma para poder hacerle cosas. Pero, de nuevo: ¿por qué tomarse la molestia, si ya puede hacerle lo que quiera? Además, estaba aquello que dijo:

«Bienvenida a casa.»

Y luego algún nombre que Rebecca no recuerda. Pero, por lo visto, la criatura cree que Rebecca vive aquí ahora.

—Pues se equivoca —susurra para sí—. Muy pronto volveré a mi casa de verdad. La policía llegará en cualquier momento.

Mientras tanto, bien puede comer algo. Levanta el tenedor y toma un bocado diminuto. No percibe nada extraño en el sabor. Da otro bocado, luego otro, y pronto está engullendo la comida.

Cuando termina el plato, se limpia la boca con la manga, se levanta y va hacia la puerta. De nuevo la encuentra sin cerrar.

Rebecca se siente mucho más valiente ahora, con el estómago lleno y la cabeza descansada. Aun así, el ritmo de su corazón se dispara en cuanto se desliza al pasillo. Avanza con todo el cuidado del que es capaz, pero las viejas tablas carcomidas del suelo se quejan bajo sus pies. Se estremece cada vez que una punzada de dolor atraviesa sus heridas. El pasillo le parece de una milla de largo.

Por fin llega a la escalera, con la boca seca y los sobacos húmedos, y se detiene un momento, conteniendo la respiración y escuchando.

¿Es alguien hablando?

Lo es. Y no es la voz de la criatura. Es la voz de un hombre, profunda y tranquila. Alguien más está abajo… ¡quizá la policía haya llegado!

Rebecca siente como su esperanza se renueva. Empieza a bajar la escalera peldaño a peldaño, agarrándose a la barandilla grasienta para sostenerse.

Se detiene a cuatro escalones del final y se agacha. Desde ahí puede ver una cocinita bañada en luz grisácea. La cocina está muy vieja y grasienta, y parece no haber nevera. La encimera está

repleta de platos, periódicos y basura. Pero, por lo demás, la cocina está vacía. Y aun así la voz del hombre sigue oyéndose.

«¿Quién está hablando?»

Rebecca ve la radio en el alféizar, y enseguida su ánimo decae. Nadie ha venido a rescatarla. Sigue sola en la casa con la criatura. Y lo que es peor: no tiene ni idea de dónde está ahora mismo.

Solo hay una puerta que conduce fuera de la cocina, y está abierta. Rebecca distingue otro pasillo en penumbra ahí fuera.

Vuelve a avanzar. Le duelen los pies ahora, pero ignora el dolor y sigue adelante, esperando llegar a la puerta principal y salir de la casa antes de que aparezca la criatura.

A mitad de la cocina, un leve tintineo hace que Rebecca se detenga. Mira hacia la esquina. En una vieja cesta de mimbre, el perro la observa con expresión curiosa. Se había olvidado por completo del perro. Es un dachshund marrón.

—Está bien —susurra Rebecca, temiendo que el perro ladre y alerte a la criatura—. Solo quiero salir de aquí.

Como si la entendiera, el perro suspira y apoya la barbilla en el borde de la cesta.

Rebecca continúa. El pasillo da a varias estancias. Una es un salón. Otra, la despensa. Al ver la puerta principal, el corazón le da un vuelco.

Se mueve deprisa, apenas sintiendo las punzadas dolorosas en las plantas de los pies. Está a punto de agarrar el pomo cuando algo le dice que no lo haga. En su lugar, baja la mirada y ve una gatera en la parte inferior de la puerta. Es demasiado estrecha para colarse, pero se agacha para mirar.

Levanta la tapa con la mano y mira fuera, dejando que el aire fresco del anochecer se cuele dentro.

Ve parte del patio y la mitad del garaje, donde está aparcada la furgoneta amarilla.

Entonces la criatura aparece, y Rebecca casi grita.

La figura cruza el camino de grava con sus piernas largas y delgadas, vestida con un mono azul. Lleva en una mano lo que parecen unas grandes tijeras de podar. Es un vistazo fugaz, y luego

desaparece. Rebecca oye cómo los pasos crujen alejándose. Cierra con cuidado la tapa y va al salón.

Como el resto de la casa, todo aquí es tan viejo como la abuela de Rebecca. El mobiliario parece desgastado y abandonado. Hay un sofá pesado, una mecedora, un piano y un reloj de pie. También hay una chimenea abierta, completamente negra de hollín, y a través de una fila de ventanas sucias Rebecca puede ver la terraza.

Cojea hasta la puerta del jardín y baja el picaporte. Esta sí se abre con un chirrido. Rebecca mira por encima del hombro al oír un tintineo. El dachshund la ha seguido al salón y la observa expectante.

—Me voy ya —le dice—. ¿Quieres venir conmigo?

El perro ladea la cabeza, pero no se mueve.

—Está bien —dice Rebecca—. Adiós, entonces.

Sale y cierra la puerta del jardín. La terraza está claramente abandonada: la mesa está cubierta de musgo y las malas hierbas crecen entre las baldosas.

Rebecca avanza por el césped y llega hasta el seto. Se abre paso entre las ramas y sale al otro lado. Desde allí tiene una vista clara de los campos abiertos y del bosque a lo lejos. Se detiene un segundo, indecisa, sin saber hacia dónde ir.

«¿Importa? Mientras me aleje de aquí…»

Empieza a andar, y—

Y se golpea con algo.

—Ay… —gime, retrocediendo y frotándose la nariz y la frente. Se queda mirando la valla metálica justo frente a ella. No la había visto antes, porque las finas barras grises se confunden perfectamente con el cielo nublado.

La valla mide tres metros, y arriba tiene una hilera de alambre de espino, imposible de escalar. Rebecca empieza a avanzar de lado, siguiendo la valla alrededor del seto, viendo disminuir sus esperanzas con cada metro.

Por fin, llega al frente de la casa, donde el seto termina y empieza el patio abierto. Se detiene y mira desde la esquina. La valla rodea también todo el patio; solo está interrumpida donde está el portón por el que entraron con la furgoneta. Incluso desde aquí, Rebecca

puede ver la cadena que mantiene el portón cerrado y las puntas metálicas que coronan la puerta.

Se gira para volver a buscar otra salida y, allí, entre el seto y la valla, está la criatura.

Ha llegado sin hacer el menor ruido, el cigarro entre sus labios, las tijeras de podar en la mano.

Rebecca grita. Debería huir, pero el shock la paraliza. En lugar de correr, levanta los brazos para protegerse mientras la criatura se acerca.

Pero no la agarra.

Simplemente pasa a su lado.

Rebecca parpadea y se gira para mirar cómo se aleja arrastrando los pies hacia el garaje.

«¿Por qué no me ha hecho daño? ¿Por qué no me ha obligado a entrar en la casa?»

Poco a poco, todo empieza a encajar para Rebecca. Solo hay una explicación lógica para que la criatura no se haya preocupado por verla fuera: sabe que no puede escapar.

Rebecca entra en pánico. Corre de vuelta por la valla, ignorando el dolor de los pies, buscando desesperadamente una abertura o aunque sea un pequeño hueco por el que colarse. Pero no encuentra nada. Y en menos de dos minutos, está de nuevo junto al patio, solo que al otro lado de la casa.

Rebecca agarra la valla e intenta trepar. Se le da bastante bien trepar árboles, y logra llegar arriba. Pero en cuanto intenta agarrar el alambre de espino, se corta la mano, grita y cae al suelo.

Se levanta de un salto y empieza a sacudir la valla.

—¡Ayuda! —chilla—. ¡Ayuda! ¡Me han secuestrado! ¡Hola! ¿¡Puede oírme alguien!? Necesito ayu—

Se interrumpe cuando algo la agarra por detrás. La criatura arrastra a Rebecca dentro de la casa, escaleras arriba y hasta la habitación de papel marrón. La arroja sobre la cama y repite el procedimiento: quemarle los pies y gotearle el líquido espeso en los ojos. Rebecca grita y se revuelve todo el tiempo. Pero la criatura es simplemente demasiado fuerte.

Después, la criatura sale de la habitación.

Esta vez, cierra la puerta con llave.

DÍA 4

A primera hora de la mañana, antes de que salga el sol, la puerta se abre de pronto.

Rebecca ya está despierta, sentada junto a la ventana, mirando la oscuridad borrosa del exterior, cuando oye girar la llave. Se vuelve hacia la puerta, que ve difuminada, esperando que se abra… pero no lo hace. En su lugar, oye pasos amortiguados en el pasillo mientras la criatura baja de nuevo las escaleras.

Rebecca se levanta de la silla y enseguida se encoge por el dolor de los pies. Las heridas nuevas duelen más que las antiguas, lo que hace que le cueste todavía más mantenerse en pie. Para intentar amortiguar el dolor, se ha envuelto los pies en un buen montón de gasas, convirtiéndolos en dos bultos torpes. También se ha vendado la mano que se cortó en la valla.

Va a abrir la puerta y se encuentra el pasillo vacío y casi completamente a oscuras. El hedor de la criatura sigue flotando en el aire, pero también hay algo mucho más tentador: olor a comida.

Rebecca se muere de hambre, pero la comida es lo último en lo que puede pensar. Apenas durmió anoche; se quedó sentada junto a la ventana, vio salir la luna y volver a ponerse, y esperó el sonido de las sirenas que nunca llegó.

No lo entiende. ¿Qué está pasando? Lleva ya tres días aquí. Tienen que haber empezado a buscarla, así que ¿por qué no vienen?

Rebecca ya no tiene ganas de seguir esperando. Va a hacer algo al respecto.

Las escaleras son un obstáculo demasiado grande para sus pies palpitantes, así que tiene que sentarse y bajar un peldaño cada vez, como lo haría un niño pequeño. Tarda algo más, pero funciona.

Cuando llega abajo, sale cojeando hacia la cocina, apoyándose en la pared. Ve enseguida a la criatura: está sentada a la mesa, comiendo de un plato, de espaldas a ella. Hay otro plato preparado enfrente. No alcanza a ver qué hay para desayunar, pero el inconfundible olor a huevos con bacon hace que se le haga la boca agua.

Rebecca no tiene ninguna intención de sentarse con la criatura. Se queda en el umbral y mira fijamente la silueta borrosa de su calva, con el corazón latiéndole en la garganta… por el miedo, pero también por otra cosa.

—Siéntate, Alice —dice la criatura con su voz herrumbrosa, sin volverse hacia ella.

—No soy Alice —responde Rebecca, sintiendo cómo le sube la rabia—. Y no voy a comer tu asquerosa comida. No quiero estar aquí. Quiero irme a casa.

La criatura no contesta. Simplemente sigue comiendo con calma.

—Te vas a ir a la cárcel por esto, ¿sabes? —dice Rebecca. Las lágrimas empiezan a asomarle a los ojos y la voz le tiembla—. Cuando la policía me encuentre, te irás a la cárcel el resto de tu vida.

La criatura aún no la mira, pero vacila un segundo antes de continuar comiendo.

—Siéntate y toma el desayuno, Alice —dice.

—¡Que no soy Alice! —grita Rebecca—. ¡Llévame a casa!

—No.

—¡Llévame a casa!

—¡No! —La criatura solo alza la voz un poco, pero basta para sobresaltar a Rebecca.

—¡Que te jodan! —escupe ella, dándose la vuelta para irse.

La criatura reacciona con una velocidad pavorosa. Rebecca oye la silla raspar el suelo, cuatro pasos rápidos y, de pronto, la agarra por

detrás.

Rebecca chilla cuando la levantan y la plantan en la silla.

—Siéntate —gruñe la criatura en su oído, empujándola hacia abajo con tanta fuerza que le hace daño—. Ahora, come.

La suelta, y Rebecca intenta levantarse enseguida, pero la criatura la vuelve a estampar contra la silla, esta vez con tanta fuerza que le castañetean los dientes.

—Cómete el desayuno, Alice —ordena.

Esta vez, Rebecca se queda sentada mientras la criatura vuelve al otro lado de la mesa. Se sienta enfrente, coge el tenedor y reanuda la comida como si nada hubiera pasado.

Rebecca se traga las lágrimas, respirando entre sollozos contenidos. Mira su plato, sin el menor rastro de apetito.

Se queda allí sentada, negándose desafiante a tocar la comida, mientras la criatura termina la suya. No quiere mirarla directamente, así que mantiene la vista baja, escuchándola masticar.

Cuando termina, la criatura mira al otro lado de la mesa, ve el plato de Rebecca intacto y pregunta, con un matiz de sorpresa en la voz:

—¿No tienes hambre, Alice?

—No —responde Rebecca con firmeza—. No tengo hambre. Y no soy Alice.

La criatura la mira directamente y, pese a la visión borrosa, Rebecca percibe el cambio en su expresión.

—Cuida ese tono, Alice —dice en voz baja.

Rebecca cruza los brazos, intentando que no se note lo asustada que está.

—¿Puedo irme ya?

La criatura la observa un momento más, luego dice:

—Sí. Puedes irte, Alice.

Rebecca se levanta y sube cojeando las escaleras, con punzadas de dolor en las piernas a cada paso. Da un portazo al entrar en la habitación, se deja caer en la cama y llora con la cara hundida en la almohada.

Los pies le duelen como nunca. Nota cómo las heridas nuevas vuelven a sangrar. Llora y llora mientras piensa en su familia y en

Andy, que la oyó golpear desde la furgoneta, lo sabe, y se lo contará a la policía, y la policía la encontrará, está segura de que lo hará, pero quizá tarde un poco, y llora porque no quiere pasar ni un minuto más en esa casa, pero no puede escaparse sola, porque no hay manera de escalar la valla.

Sus pensamientos siguen así un buen rato, hasta que por fin pierden fuerza y, casi sin darse cuenta, Rebecca se queda dormida.

En su sueño, Rebecca se cuela en el jardín, que de pronto se ha vuelto muchísimo más grande; en realidad, parece el parque. Pero sigue rodeado por la valla, y la valla es demasiado alta para treparla.

Mira hacia la casa; solo que no se parece en nada a la casa, sino a un castillo negro enorme, como en el que vive Drácula. No ve a la criatura en ninguna de las ventanas, pero sabe que está dentro, en alguna parte, y que en cualquier momento puede asomarse y verla intentando escapar. Eso significa que tiene que darse prisa, así que se vuelve hacia la valla y, para su sorpresa, ve a Andy de pie al otro lado, sujetando la bici y saludándola con la mano.

—¡Vamos, Becca! —la llama—. ¡Sal de ahí!

—¡No puedo! La valla es demasiado alta, y arriba hay alambre de espino.

—No tienes que pasar por encima —dice Andy, riéndose y negando con la cabeza, como hace siempre que le parece que dice una tontería—. ¡Tienes que pasar por debajo!

Rebecca baja la mirada y ve un pequeño agujero en el césped, pegado a la valla. Parece que un gato, o quizá un zorro, ha escarbado para pasar por debajo.

Se lanza al suelo y empieza a agrandar el agujero, cavando con los dedos con desesperación. Es muchísimo más fácil de lo que esperaba; la tierra está muy blanda y se desprende en grandes trozos.

En poco tiempo, el agujero es lo bastante grande para que pueda arrastrarse. Y eso hace: se cuela bajo la valla y se pone de pie al otro lado.

—¡Lo he conseguido! —exclama, radiante—. ¡Lo he conseguido, Andy! … ¿Andy? ¿Dónde te has metido?

Su hermano no está por ninguna parte. De repente, el día parece mucho más oscuro: gruesas nubes negras cubren el cielo.

—¿A qué esperas, Becca?

La voz de Andy hace que se gire. Para su sorpresa, ve a Andy sonriéndole desde el otro lado de la valla.

—Deja de hacer el tonto, Becca —dice, y su sonrisa se apaga un poco—. Venga, sal ya de ahí.

—¿De qué hablas? —pregunta Rebecca—. Si el que… —Se calla al darse cuenta de que sigue en el jardín. Tiene que haberse colado de vuelta sin darse cuenta.

Se tumba de nuevo, se cuela por el agujero, se incorpora y…

Y sigue en el jardín.

—En serio, Becca —dice Andy al otro lado; ahora su voz suena asustada—. Ya no tiene gracia. Sal de ahí, ¿vale?

Rebecca pasa por debajo de la valla otra vez. Y otra. Cada vez que lo hace, aparece de nuevo en el jardín.

—¡Date prisa, Becca! —grita Andy de repente, señalando algo detrás de ella—. ¡Viene a por ti!

Rebecca no tiene tiempo de reaccionar antes de que una mano fuerte y fría le agarre el hombro, y se despierta con un sobresalto. Se incorpora en la cama, respirando con dificultad, mientras recuerda dónde está.

En la habitación del papel pintado marrón. En la casa de la criatura.

Fuera, el sol se está poniendo. Tiene la sensación de haber dormido apenas veinte minutos, pero, una vez más, ha pasado la mayor parte del día dormida. El dolor de los pies ha disminuido. En cambio, el estómago le duele de hambre.

Se frota los ojos y mira a su alrededor para poner a prueba la vista. Ha mejorado, aunque no está del todo bien. Aspira el olor de la comida y ve el plato sobre el escritorio.

Se levanta, pero vuelve a sentarse enseguida cuando un rayo de dolor le sube desde los pies. No puede caminar, así que se baja al suelo y avanza a cuatro patas hasta el escritorio, trepando luego a la silla.

Rebecca se come toda la comida. Es puré de patatas con trocitos de bacon, igual que ayer, y le cae como una piedra al estómago. También hay un vaso grande de leche. Está tibia, pero se lo bebe de un trago.

Después se recuesta en la silla y suspira hondo. En algún lugar de la casa suena una melodía; probablemente sea la radio.

Recuerda el sueño que ha tenido. No lo recuerda con claridad, pero tenía que ver con Andy. Hablaba con él. Su voz sonaba tan real en su cabeza. Se muerde el labio para contener las lágrimas.

Había algo más en el sueño. Una idea. Está ahí, flotando en el borde de su memoria, a punto de desvanecerse para siempre. Se concentra con todas sus fuerzas.

«¿Qué era? Algo sobre la valla, creo.»

Baja de la silla y se arrastra hasta la ventana, levantándose usando los brazos. No hay luna ni estrellas esa noche, porque el cielo está nublado, así que todo fuera está casi negro. Pero aún distingue el seto que separa el jardín de los campos que lo rodean. Y sabe que la valla está justo al otro lado.

«Tenía una idea. Una forma de pasar la valla. ¿Cuál era?»

Entonces lo recuerda. Ha soñado que pasaba por debajo de la valla en vez de por encima. Cavaba un agujero—no, un túnel, en realidad, como en esas pelis antiguas donde los presos intentan fugarse.

Rebecca se siente repentinamente llena de energía. Es una buena idea. Podría funcionar.

Pero no todavía. No hasta esta noche. Cuando esté dormida.

Rebecca se queda un rato más mirando por la ventana; luego vuelve a arrastrarse hasta la cama, se impulsa para subir y se deja caer de espaldas.

Se queda tumbada, esperando a que llegue la noche, escuchando de fondo la melodía que suena abajo. Ahora ya no se siente tan desesperada. Ahora tiene un plan.

DÍA 5

Debe haberse dormido un poco más, porque cuando de pronto se incorpora de golpe, la habitación está aún más oscura. Y la casa completamente en silencio.

«Ha llegado el momento.»

Baja los dos pies al suelo, apoyando el peso con cuidado. Sus pies protestan de inmediato con punzadas afiladas, y eso la hace dudar. Solo de pensar en atravesar la casa, bajar las escaleras y llegar al jardín, casi se convence de aplazar su plan. Quizá sería mejor esperar unos días… solo hasta que las heridas sanen un poco más y pueda volver a caminar.

—No —susurra, poseída por una determinación repentina.

No pasará ni una noche más en esa casa. Aunque tenga que escapar arrastrándose.

Así que se pone en pie y cojea hacia la puerta. La abre con cautela y asoma al pasillo oscuro y vacío. Camina hacia las escaleras, apoyándose en la pared, y luego baja de nuevo usando su método de bebé, sentándose y descendiendo un escalón de cada vez.

Se dirige hacia la despensa, andando despacio y pisando con extremo cuidado, intentando no hacer ruido. Al cruzar el pasillo, percibe un ronquido silbante procedente de una puerta entreabierta. Se asoma conteniendo el aliento y ve una cama grande con una

figura delgada bajo las mantas. A los pies, un bulto oscuro cobra vida y levanta la cabeza. Es el perro salchicha, que la mira.

Rebecca lleva un dedo a los labios en un gesto de silencio. El perro quizá no entienda el gesto, pero se queda quieto y no hace ruido.

El corazón de Rebecca galopa. La criatura debe de despertarse con facilidad, así que debe ser más silenciosa aún.

Se desliza hacia la despensa y coloca la mano sobre el pomo. No se mueve. En su lugar, gira la llave muy despacio. El clic suena como un disparo. Rebecca se queda petrificada durante diez larguísimos segundos.

Nada ocurre. Ningún sonido viene del dormitorio.

Cuando está segura de que la criatura sigue dormida, abre la puerta principal y la recibe una bocanada de aire fresco. Sale y cierra tras de sí.

El cielo ya no está nublado, y la luna ilumina lo suficiente para que vea.

Al pisar la grava, sus pies desnudos —que ya dolían de sobra— sienten nuevas punzadas mientras los guijarros presionan las vendas. Pero ya no hay vuelta atrás.

Mira hacia la verja. Está cerrada y probablemente también con cadena, aunque no puede verla desde ahí; aun así, sabe que perdería un tiempo precioso comprobándolo.

En su lugar, se dirige al garaje.

La caminata por la grava es lo más parecido a la tortura que Rebecca ha vivido en su vida. Intenta cargar el peso en los talones, pero apenas la ayuda.

Cuando por fin llega al garaje y pisa el suelo frío de cemento, sus pies parecen dos brasas, y las lágrimas le caen por las mejillas.

Se las seca y mira alrededor en la oscuridad, entornando los ojos y forzando la vista. Hay un montón de trastos, y una mesa larga llena de herramientas, pero no ve lo que ha venido a buscar. Tal vez no esté. Tal vez la criatura ni siquiera tenga una…

Entonces lo ve. Colgado en la pared, junto a otras herramientas de jardín.

Rebecca extiende la mano y toma la pala con cuidado.

Cojear de vuelta fuera del garaje y rodear la casa es un suplicio menos intenso gracias a la pala, que usa como bastón para descargar un poco el peso.

El césped está húmedo por el rocío, y las vendas se empapan y se vuelven heladas. No le importa; de hecho, le calma algo el dolor.

Rebecca ya eligió el lugar desde la ventana. Estará detrás de los arbustos grandes, en la esquina más alejada del jardín.

Cruza el césped decidida, mirando atrás cada diez pasos. Espera ver de un momento a otro una ventana iluminarse y la silueta de la criatura aparecer. Pero la casa sigue a oscuras. Y cuando rodea los arbustos, queda fuera de la vista.

Entre los arbustos y la valla hay unos cuantos metros, más que suficientes para poder trabajar. Se coloca junto a la valla y hunde la pala en el suelo. Es difícil hacerla penetrar porque la tierra está dura. Intenta empujar con el pie, pero duele demasiado, así que se apoya con todo su peso sobre la pala. Poco a poco, la hoja se hunde.

Pero la tarea resulta muchísimo más dura de lo que imaginaba. Hace falta mucha fuerza para clavar la pala, y el agujero crece a un ritmo desesperadamente lento. A este paso, no saldrá de aquí hasta que amanezca.

Aun así, Rebecca está decidida. Aprieta los dientes y sigue cavando. El sudor empieza a bajarle por la frente. Se le forman ampollas en las manos. Pero el agujero crece, y la tierra se ablanda.

«Lo conseguiré, lo conseguiré», se repite una y otra vez. «Me voy a ir de aquí. Lo conseguiré.»

Cuando el agujero tiene unos sesenta centímetros de profundidad, la pala golpea algo duro con un CLANG seco.

Joder, debe de ser una piedra.

Se arrodilla, aparta la tierra y descubre algo blanco. Palpa la superficie y nota que es más grande que una pelota de softball y muy lisa. La recoge y está a punto de dejarla a un lado cuando la examina con más detalle.

«Qué raro», piensa, dándole la vuelta. «Parece casi un…»

Rebecca grita al ver las dos cuencas vacías y la mueca de dientes. Suelta el cráneo y retrocede tambaleándose, limpiándose frenéticamente las manos en los pantalones.

Respira rápido, con ganas de huir, pero se obliga a quedarse, mirando fijamente el cráneo que sonríe hacia las estrellas.

Las preguntas le golpean la mente.

«¿Es un cráneo humano? ¿Por qué es tan pequeño? ¿Es de un niño? ¿Qué hace un cráneo de niño enterrado aquí? ¿Cómo murió? ¿La mataron? ¿La mató la criatura y enterró el cuerpo? ¿Era…?»

Sus pensamientos se cortan al notar un movimiento por el rabillo del ojo. Gira la cabeza y ahoga un grito: la criatura está ahí. De nuevo ha llegado sin hacer absolutamente ningún ruido.

—Alice —dice.

—Yo… yo no estaba intentando… —Rebecca busca una excusa, pero la criatura ya ha entendido por qué está allí; está mirando el agujero. Debería salir corriendo, lo sabe, pero no hay adónde correr.

—Alice —repite la criatura, muy bajo, sacudiendo la cabeza como lo haría un padre decepcionado. Sigue mirando el agujero, no a Rebecca—. Oh, Alice… —dice con una voz triste, casi quejumbrosa, como un niño a punto de llorar.

Entonces Rebecca lo comprende. No le está hablando a ella.

—¿Quién… quién era? —pregunta Rebecca, sin darse cuenta siquiera de que ha hablado.

La criatura gira la cabeza de golpe, y aun en la oscuridad, incluso con su vista aún un poco borrosa, Rebecca ve cómo los ojos completamente negros se clavan en ella.

—Alice —dice de nuevo.

Esta vez, la voz está cargada de furia.

La criatura arrastra a Rebecca hasta la casa y la sube a su habitación. Por tercera vez, le deja caer líquido en los ojos y le quema los pies. Pero esta vez continúa hasta cubrirlos por completo de quemaduras, dejándola medio inconsciente de dolor y miedo, con la voz rota de tanto gritar.

Solo entonces abandona la habitación, dejándola sola en el silencio. Rebecca emite un sonido débil, que ni siquiera llega a ser un llanto; no le queda fuerza para llorar. Tampoco para moverse. Solo mira con sus ojos ardiendo hacia la oscuridad lechosa frente a ella.

Ya no quedan emociones, ni pensamientos. Solo vacío y dolor.

Y entonces, en ese espacio silencioso, comprende.
Rebecca acaba de conocer a Alice.

DÍA 10

Pasan varios días antes de que Rebecca pueda volver a caminar.

Los pasa todos tumbada en la cama. A veces duerme, a veces está despierta. Los días y las noches se funden entre sí. De vez en cuando oye abrirse la puerta cuando la criatura entra para dejarle comida. En ocasiones escucha la melodía que suena abajo, repitiéndose una y otra vez. Otras veces, la casa está en completo silencio.

El dolor de sus pies es terrible, pero la criatura solo le deja desinfectante y gasas: nada de la pomada para quemaduras que le calmaba el escozor. La única forma real de aliviar el dolor es dormir.

Durante todo ese tiempo, Rebecca se aferra a la esperanza de que, la próxima vez que despierte, sea con el sonido de coches de policía acercándose. Más de una vez sueña que Andy ha llegado. Pero siempre despierta para descubrir que sigue sola.

La vista le mejora un poco más cada día, aunque nunca vuelve del todo a la normalidad; todo sigue viéndose como a través de un velo fino.

Por lo que alcanza a ver, las quemaduras de los pies han cerrado, pero al mínimo roce o movimiento vuelven a sangrar.

Incluso cuando el dolor disminuye bastante y las heridas han sanado lo suficiente para que pueda ponerse en pie otra vez, Rebecca permanece en la cama. Ha comprendido que escapar es

imposible. La criatura parece tener algún sentido sobrenatural que le avisa si ella intenta huir. Y la próxima vez probablemente le hará aún más daño. Quizá incluso la mate.

Ahora su única esperanza es esperar a que la rescaten. Y ha decidido quedarse en la cama hasta que ocurra. Y por supuesto ocurrirá. Solo está tardando un poco más de lo que esperaba. La policía, por lo visto, está teniendo dificultades para encontrarla. Pero la encontrarán.

Las personas desaparecidas siempre aparecen.

¿No es así?

DÍA 11

De pronto, una tarde, oye un rascado en la puerta.

Rebecca se incorpora en la cama y escucha. El rascado continúa, muy tenue. ¿Es la criatura? Si quiere entrar, ¿por qué no abre simplemente la puerta? ¿Es algún tipo de juego?

Entonces oye un gemido ahogado en el pasillo.

Rebecca se levanta y cojea hasta la puerta. La abre, y el perro la mira desde abajo con una expresión de suave desconcierto, como si quisiera decir: «¿Cuánto tiempo vas a quedarte ahí dentro?».

Rebecca se inclina y mira por el pasillo. No hay rastro de la criatura. No sabe cómo, pero de algún modo siente que no está en la casa. Es como si la atmósfera fuese distinta.

Así que Rebecca decide por fin salir de la habitación.

Avanza por el pasillo y se detiene ante la puerta contigua. Está entreabierta y distingue una habitación vacía. Entra y cruza la alfombra polvorienta hasta la ventana. Desde allí puede ver el patio y el garaje —la furgoneta no está.

El corazón de Rebecca se acelera un poco. La criatura realmente no está en casa.

Sale de la habitación, casi pisando al perro, que la esperaba justo fuera. Pasa a su lado y cojea hasta las escaleras, bajándolas como puede, paso doloroso a paso doloroso, para dirigirse directamente al recibidor. Agarra el pomo de la puerta principal, pero está cerrada

con llave. Y es de esas antiguas que necesitan llave por ambos lados. Considera la trampilla del perro, pero se da cuenta de que es demasiado estrecha para ella.

Entonces va al salón y prueba la puerta del jardín, pero también está cerrada.

—Maldición… —susurra, mirando alrededor en busca de otra salida.

Prueba las ventanas del salón, pero solo pueden abrirse unos centímetros por unas cadenas de seguridad. Va a la cocina y encuentra las mismas cadenas. Recorre toda la planta baja —incluso el dormitorio de la criatura, donde el olor es tan terrible que debe taparse la nariz—, y descubre que todas las ventanas son imposibles de abrir.

El perro la sigue a todas partes, con el tintineo suave de la campanita del collar, hasta que Rebecca vuelve al salón y se deja caer en el sofá con un suspiro. Los pies le palpitan de dolor, así que los sube para aliviarlos.

Mira a su alrededor. No hay señales de que alguien más haya vivido allí además de la criatura. La alfombra tiene manchas enormes y está desgastada hasta la madera en varios sitios. Cada ventana está polvorienta y opaca. Del techo cuelgan telarañas inmensas y las pinturas de las paredes —paisajes descoloridos en marcos pesados— parecen olvidadas hace décadas. Hay algunos adornos: animales de porcelana, cojines bordados, candelabros de latón. Y una fotografía sola, apoyada sobre una mesita diminuta y cubierta de polvo junto al sofá.

Rebecca alarga la mano y toma el marco. La vista sigue borrosa, pero acercándolo mucho consigue distinguir el rostro de la imagen. Es una niña de pelo rubio platino —justo como Rebecca siempre quiso tener, aunque el suyo es negro azabache—. Viste una camiseta amarilla y pantalones blancos, sentada en una silla, sonriendo con timidez, como si compartiese un secreto con quien tomó la foto.

Algo olisquea su rodilla. Rebecca baja la vista: es el perro.

—¿Quieres subir? —pregunta.

El perro, acostumbrado sin duda a estar en el sofá, deja que ella lo coja sin resistencia y se acurruca enseguida a su lado.

—Nunca supe cómo te llamas —dice Rebecca, buscando con los dedos el collar viejo—. Boris —lee. Las orejas del perro se mueven ligeramente. Ella sonríe—. Hola, Boris. Yo soy Rebecca.

Boris la mira con simpatía, aunque sin mucho entusiasmo. Tiene las pupilas opacas; Rebecca está casi segura de que eso significa que ve muy poco. Igual que ella.

—¿Sabes quién es esta? —le pregunta, enseñándole la foto. Boris suspira y vuelve a apoyar la cabeza.

—No, yo tampoco… —murmura Rebecca, estudiando a la niña rubia y su sonrisa tímida. La foto podría ser muy vieja. Tal vez la niña ya es adulta. Tal vez muy mayor. O quizá está muerta. Quizá...

De repente, la certeza la golpea.

Rebecca no sabe explicar por qué, pero sabe que la niña de la foto es Alice, y un escalofrío le recorre toda la espalda. De inmediato devuelve la foto a su sitio. De pronto, no quiere tocarla: siente que establece una conexión indeseada entre ella y la niña muerta.

Entonces oye un leve traqueteo, como un coche sobre grava.

Rebecca se pone en pie de un salto y cojea hasta la cocina. Por la ventana sobre el fregadero ve el patio… y la parte trasera de la furgoneta amarilla entrando en el garaje.

«Ha vuelto.»

Rebecca regresa al salón, recoge a Boris y corre —o lo más parecido a correr que le permiten sus pies— hacia las escaleras. No sabe exactamente por qué, pero no quiere que la criatura sospeche que ha estado curioseando por la casa. Así que sube enseguida al cuarto y cierra la puerta. Se sienta en la cama y escucha.

Pasan unos minutos.

Luego, las escaleras suenan con sus característicos crujidos: la criatura sube.

La puerta se abre lentamente. La figura alta y huesuda llena el marco. Es demasiado alta para mirar dentro sin inclinar un poco el cuello. Brazos y piernas igual de largos, de un modo antinatural, moviéndose a veces como si tuvieran una articulación de más. Como un insecto.

La criatura entra en la habitación, pero no avanza mucho. Se queda ahí, simplemente mirándola.

Rebecca evita levantar la vista; fija los ojos en sus pies.

—¿Qué quieres? —pregunta, con el corazón golpeándole la garganta y la voz temblorosa.

La criatura no responde. Solo respira lentamente.

Boris se inquieta en sus brazos y suelta un pequeño ladrido. Entonces Rebecca comprende que la criatura no la mira a ella, sino al perro. No quiere soltarlo, pero también teme enfadar a la criatura, así que se inclina y deja a Boris en el suelo. Espera que vaya hacia su dueño. Pero, para su sorpresa, el perro se sienta entre sus pies vendados.

Rebecca mira de reojo a la criatura.

—Creo… creo que quiere quedarse conmigo.

La criatura permanece allí un momento más. Luego se da la vuelta, sale y cierra la puerta. Sus pasos se alejan escaleras abajo.

Rebecca suelta el aire, aliviada. Se inclina y acaricia a Boris.

—Gracias —susurra—. Me alegro de que me hayas elegido a mí. Pero no te encariñes mucho, ¿vale? No voy a quedarme aquí mucho tiempo.

Boris suspira, como si le fuese indiferente, y se acomoda entre sus pies vendados.

—Me da igual si no me crees —dice Rebecca—. Vendrán a por mí. Pronto. Ya lo verás.

No está segura de si se lo dice al perro… o a sí misma.

DÍA 18

Los días pasan.

Rebecca espera.

Nadie viene a por ella.

Poco a poco, va aprendiendo las rutinas de la criatura. Come las mismas tres comidas todos los días: huevos revueltos, bocadillo de jamón y puré de patatas con trocitos de bacon. Cada noche, antes de acostarse, se sienta al piano y toca la misma melodía una y otra vez —eso era lo que Rebecca tomó inicialmente por la radio—. Conoce la canción, pero al principio no consigue recordar cuál es.

La peor parte de la rutina es la de quemarle los pies y echarle el líquido en los ojos. Ahora lo hace cada tres días. Por la noche, antes de que Rebecca se acueste, sube a su habitación con el cigarro encendido entre los labios grisáceos. Rebecca lucha cada vez, aunque no sirva de nada. No puede evitarlo; no puede simplemente dejar que la haga daño sin ofrecer resistencia.

Lo extraño es que la criatura no parece enfadada con ella en absoluto. No hace ningún ruido durante el procedimiento, ni da la impresión de obtener ningún tipo de placer de ello. Es casi como si fuese algo que «simplemente tiene que hacerse». Probablemente, piensa Rebecca, para impedir que vuelva a intentar escapar. Manteniéndola medio ciega e incapaz de caminar bien, Rebecca tiene poquísimas posibilidades de huir.

La criatura también cambia su actitud hacia ella; empieza a exigirle cosas.

Primero deja de llevarle la comida. Si quiere comer, no tiene otra opción que bajar a la cocina y acompañarla. Rebecca intenta evitarlo esperando a que la criatura termine de comer y luego bajando a hurtadillas a buscar algo. Pero siempre ocurre lo mismo: la criatura aparece, mirándola de forma amenazante, y Rebecca termina retrocediendo.

La tercera vez que ocurre, le dice, armándose de toda la insolencia que puede reunir:

—Quiero algo de comer.

La criatura niega con la cabeza y responde:

—No es hora de comer ahora, Alice.

Rebecca sabe lo que pasará si insiste. Mira fijamente el frigorífico durante unos segundos, sintiendo el estómago rugiendo.

Luego se da la vuelta y sale de la cocina, refunfuñando:

—Da igual. No tenía tanta hambre.

Pero sí la tenía. Y la vez siguiente que sirven la comida, Rebecca baja a la cocina.

Intenta coger el plato e irse, pero por supuesto la criatura no se lo permite: se levanta con una velocidad aterradora y la agarra, obligándola a sentarse de nuevo.

Rebecca sigue intentando buscar maneras de comer sola, pero la criatura es implacable. Incluso lo intenta un día que la criatura sale. Coge dos huevos de la nevera y los fríe en la sartén —en vez de revolverlos, como siempre hace la criatura—. Luego se los come con un placer inmenso, feliz de haberla burlado por fin.

Pero en cuanto la criatura vuelve a casa y ve que faltan dos huevos en el frigorífico, sube y la quema sin piedad.

Al final, Rebecca se resigna a bajar a la cocina para las tres comidas diarias, a no mirarla, no hablarle, solo tragar la comida y volver a su habitación. Puede hacerlo, aunque le repugne. Pero es cuestión de supervivencia.

La criatura impone otras exigencias, algunas mucho más difíciles de aceptar para Rebecca.

Por ejemplo, una mañana se despierta y descubre que su ropa y sus zapatos —que siempre deja junto a la cama— han desaparecido. La criatura debe haber entrado mientras dormía y se los llevó.

Lleva el mismo conjunto desde que llegó, y para entonces huele fatal, ya que Rebecca no se ha duchado ni una sola vez. Su primer pensamiento es que la criatura se lo ha llevado para lavarlo.

Pero no es así.

Rebecca no vuelve a ver su ropa. En su lugar, encuentra un montón de prendas encima del escritorio. Son seis conjuntos idénticos: camisetas amarillas y pantalones blancos de lino. Exactamente la misma ropa que llevaba la niña de la fotografía del salón.

A Rebecca no le gusta ni un pelo ponerse la ropa que llevó una niña muerta. Pero le gusta aún menos la idea de andar por la casa en ropa interior, así que no tiene otra opción.

DÍA 20

Unos días después, Rebecca descubre que la ropa era solo un pequeño sacrificio, porque se despierta y encuentra una bolsa de plástico en el suelo, junto a la cama. La abre y dentro encuentra un kit para decolorarse el pelo.

Al principio, casi se ríe ante la idea de que la criatura quiera que se tiña el cabello. Pero cuanto más lo piensa, más desaparece la gracia del asunto.

La niña de la fotografía —Alice— tenía el pelo rubio. Y Rebecca ya lleva su ropa.

—No puede ir en serio —le dice a Boris—. No voy a teñirme el pelo. Ni de broma.

Tira la bolsa a la papelera de la cocina.

A la mañana siguiente, vuelve a estar allí, al lado de su cama.

Rebecca la esconde al fondo del armario.

A la mañana siguiente, vuelve a estar allí. Y la criatura también. De pie, mirándola fijamente.

Rebecca se incorpora de golpe. Boris despierta soltando un gemido confuso.

—Fuera de aquí —le susurra Rebecca a la criatura, con la voz ronca.

La criatura simplemente la observa, sosteniendo la bolsa de plástico en la mano.

Rebecca niega con la cabeza.

—No voy a hacerlo. No pienso teñirme el pelo. ¡No puedes obligarme!

Pero claro que puede.

La criatura se acerca y la agarra del brazo, arrancándola de la cama. Rebecca grita y lucha por liberarse. La arrastra hasta el baño, deja la bolsa en el lavabo y después se va, cerrando la puerta con llave.

Rebecca se queda sola, dando patadas a la puerta. Se frota el brazo y empuja hacia abajo unas lágrimas de rabia.

—¡Jódete! —grita—. ¡No lo voy a hacer!

Espera una respuesta, pero solo oye el crujido de las escaleras mientras la criatura baja tranquilamente.

Rebecca se sienta en el inodoro y respira hondo. No puede hacerlo. No puede cambiar su aspecto de esa manera; llevar ropa extraña es una cosa, pero teñirse el pelo… preferiría morirse de hambre.

Y eso parece ser exactamente lo que va a ocurrir.

La criatura vuelve unas cuantas veces para comprobarla; solo un vistazo rápido, antes de cerrar la puerta con llave de nuevo.

Rebecca bebe agua del grifo e intenta hacer que el tiempo pase sin pensar ni en su pelo ni en el hambre, que se vuelve cada vez más intensa.

Pasa toda la noche en el baño, durmiendo en la bañera.

Al día siguiente, la criatura vuelve a mirarla un par de veces.

Cuando llega el mediodía, Rebecca tiene tanta hambre que ya no puede aguantar más.

—Es solo pelo —se dice frente al espejo. La Rebecca que la mira está pálida y delgada, con ojeras profundas—. Es solo pelo, no significa nada. Además, siempre quise ser rubia.

Intenta sonreír, pero se convierte en lágrimas mientras abre la bolsa con los dedos temblorosos.

Sigue las instrucciones del paquete, terminando por lavarse el pelo en la bañera.

Justo cuando va a coger la toalla, ve la puerta reflejada en el espejo. Está abierta. La criatura está allí, fumando su cigarro,

mirándola.

—¿Qué miras? —escupe Rebecca—. ¿No era esto lo que querías?

La criatura da una larga calada al cigarro y exhala el humo.

—Bien, Alice —susurra.

Después, simplemente se da la vuelta y se marcha, dejando la puerta entreabierta.

—¡No soy Alice! —grita Rebecca—. ¡Me llamo Rebecca!

Se mira una última vez en el espejo. Ha hecho un trabajo bastante horrible: las raíces siguen oscuras y hay mechones más blancos que otros. Pero ya no le importa. Solo quiere comer algo.

Cuando baja, la criatura ha preparado un bocadillo de jamón extra grande solo para ella.

Por primera vez, a Rebecca se le permite comer sola.

DÍA 21

A la noche siguiente, después de la cena, cuando Rebecca ha subido a su habitación con Boris, la criatura viene y abre la puerta sin llamar.

—Abajo, Alice —le dice desde el umbral, y luego se marcha sin esperar respuesta.

El pulso de Rebecca aumenta de inmediato. Esto es algo nuevo, y tiene un mal presentimiento.

Se plantea quedarse aquí, o incluso intentar esconderse. Pero sabe que no funcionará. Además, puede sentir que la paciencia de la criatura se vuelve cada vez más fina cuanto más se resiste; un acto más de desobediencia y probablemente la castigará con dureza. Los pies aún le duelen por la última quemadura. Así que decide que lo más sensato es simplemente seguir a la criatura abajo y averiguar qué quiere.

Coge a Boris en brazos y lo lleva para darse algo de apoyo moral.

Durante todo el trayecto hasta el salón, el miedo y el presentimiento de lo que vendrá van creciendo de forma constante, hasta que las rodillas casi le fallan.

Abraza a Boris contra el pecho y asoma la cabeza hacia el salón en penumbra. Ve a la criatura junto al piano, el cigarro en la boca y de espaldas a ella.

Despacio, gira la cabeza y alza una mano huesuda para indicarle que se acerque.

Rebecca se aproxima al piano, pero se detiene a unos pasos de distancia.

—¿Qué… qué quieres? —pregunta, con la voz finísima.

La criatura no responde. Se quita el cigarro y lo deja en un cenicero repleto que hay sobre el piano. Luego empieza a tocar, y Rebecca reconoce de inmediato la melodía que ha escuchado muchas veces. Aquello que al principio tomó por la radio debía de ser la criatura tocando.

Observa en silencio, casi olvidando sus temores, cómo aquella figura larguirucha produce esas notas suaves y melancólicas. Y entonces se da cuenta de que conoce la canción. Es la nana que Mamá solía cantarle cuando Rebecca era pequeña. No la ha oído en años, pero aún recuerda la letra, y los ojos se le llenan de lágrimas mientras la susurra siguiendo la melodía.

Cuando termina la estrofa, la criatura vuelve a tocar la melodía. Después, a la tercera vez, dice:

—Canta, Alice.

Y Rebecca por fin comprende por qué la criatura la ha llevado allí. No quiere simplemente tocar para ella; quiere tocar con ella, oírla cantar.

—No —susurra Rebecca, casi sollozando ya.

—Canta, Alice —repite la criatura, volviendo a mirar hacia ella.

Rebecca no quiere cantar, pero sabe muy bien qué ocurrirá si la criatura tiene que repetírselo por tercera vez, así que empieza a cantar bajito, acompañando la melodía:

«Duérmete, niño,
en la copa del árbol;
cuando sople el viento,
la cuna se mecerá.
Cuando la rama quiebre,
la cuna caerá,
y caerá el niño
con la cuna y todo.»

La criatura empieza de nuevo, y Rebecca vuelve a cantar la estrofa; es la única que conoce. A la criatura no parece importarle, y repite la melodía cinco o seis veces más, acompañada de la vocecita apagada de Rebecca.

Por fin se detiene, coge el cigarro y le da una calada profunda, exhalando el humo despacio y observándolo elevarse hacia el techo.

—¿Puedo… puedo irme ya? —susurra Rebecca, con las mejillas mojadas de lágrimas y Boris dormido en sus brazos.

La criatura no responde, pero gira lentamente la cabeza y hace un leve gesto afirmativo. Rebecca corre escaleras arriba.

Cuando se tumba en la cama unos minutos después, intentando dormir, siente una mezcla extraña de emociones. Echa muchísimo de menos a su familia, pero también tiene miedo. De una forma rara, cantar con la criatura ha sido peor que que le quemara los pies. Rebecca no consigue entender por qué, pero se siente fatal por dentro.

—Espero que solo haya querido que cantara esta vez —le dice a Boris, que duerme roncando a los pies de la cama.

Pero no fue así.

Cada noche a partir de entonces, la criatura viene a buscarla después de la cena, diciendo esas mismas dos palabras desde la puerta:

—Abajo, Alice.

Y cada noche, Rebecca baja a cantar la nana mientras la criatura toca el piano, sintiéndose horrible después.

DÍA 23

La criatura también exige otras cosas, más pequeñas, de Rebecca. Algunas bastante peculiares.

Como, una mañana, durante el desayuno, cuando de repente le dice:

—La otra mano, Alice.

Rebecca, que está engullendo huevos, mira al otro lado de la mesa, hacia el periódico abierto que la criatura sostiene.

—¿Qué? —pregunta.

—La otra mano —repite la criatura.

Rebecca se queda mirando el periódico unos segundos, hasta que empieza a comprender a qué se refiere. Cambia el tenedor a la mano izquierda.

—¿Así? Pero no soy zurda.

Y continúa comiendo con la derecha.

—La otra mano, Alice —dice la criatura, elevando un poco la voz. Y esta vez baja el periódico lo suficiente para que sus minúsculos ojos negros se claven en ella.

Rebecca baja la mirada al plato de inmediato y vuelve a cambiar el tenedor. Comer con la izquierda parece un sacrificio muy pequeño, así que no protesta.

En los días siguientes, se le olvida casi en cada comida, pero la criatura se lo recuerda pacientemente desde el otro lado de la mesa:

—La otra mano, Alice.

Y poco a poco, Rebecca va acostumbrándose a comer con la izquierda.

Rebecca sabe perfectamente el motivo de estas cosas. Sabe que la criatura quiere que sea Alice, que sea como la niña muerta a la que conoció alguna vez.

Se repite que no es para tanto, que puede hacerlo para sobrevivir, que es simplemente cuestión de mantener la cabeza agachada hasta que pueda escapar de aquí.

Pero, desde lo más profundo de su ser, una sensación de temor creciente se hace un poco más grande cada vez que modifica voluntariamente su comportamiento. Va en contra de quien es Rebecca en su interior, y eso la asusta.

Lo más extraño es que, aparte de esas exigencias, la criatura parece curiosamente desinteresada en cómo pasa Rebecca el tiempo… siempre, claro está, que no sea irrespetuosa o intente huir.

Y mientras Rebecca haga lo que quiere, caen en una convivencia casi pacífica.

Excepto por las quemaduras y las cegueras de cada tercera noche.

DÍA 28

Pasan más días; aún no viene nadie a por ella.

Rebecca empieza a aventurarse fuera de su habitación cada vez más. Prefiere hacerlo siempre que puede sentir que la criatura está fuera, trabajando en el jardín o arreglando algo en el garaje. Siempre que sale en la furgoneta, cierra la casa con llave antes, atrapando a Rebecca dentro.

Su miedo disminuye a medida que se da cuenta de que la criatura no va a matarla ni a hacerle nada peor que quemarle los pies y cegarle los ojos —lo cual ya es suficientemente horrible, claro, pero de algún modo también se acostumbra al dolor; o al menos aprende a soportarlo.

Le da una cierta sensación de seguridad saber qué esperar de la criatura. Puede predecir aproximadamente cuándo saldrá y cuándo volverá, cuándo es seguro caminar por la casa, cuándo se servirán las comidas, cuándo se va a dormir, y así sucesivamente.

Siempre que está en casa, Rebecca permanece casi siempre en su habitación; no tanto porque tema que la dañe si la ve, sino porque simplemente no le gusta estar cerca de ella cuando no es necesario. Nunca puede saber realmente dónde está la criatura dentro de la casa, ya que se mueve con mucha discreción.

Boris duerme en la habitación de Rebecca todas las noches, acurrucado junto a sus pies. Cada vez que se despierta de una

pesadilla, agradece que el perro esté allí.

Cada noche, después de que hayan tocado y cantado juntas, y Rebecca haya ido a la cama, la criatura sube a su habitación para darle las buenas noches.

La escena es siempre la misma: Rebecca está acostada. Oye crujir las escaleras. La puerta se abre. Desde el umbral, la criatura susurra:

—Duerme bien, Alice.

Y después cierra la puerta.

Rebecca nunca responde; ya ha aprendido a contenerse de corregir el nombre, que la criatura parece decidida a seguir usando. Hasta una noche, en que Rebecca está de mal humor.

—No soy Alice —dice en voz alta—. Alice está muerta.

La criatura se queda petrificada en el umbral. Aunque la luz es tenue y la vista de Rebecca sigue borrosa, percibe perfectamente que la figura alta está negando con la cabeza.

—No —susurra—. No, no, ¡no!

La voz se convierte en un rugido atronador, haciendo que Rebecca se incorpore y que Boris empiece a gemir.

Por un instante aterrador, está segura de que la criatura irá a por ella. De hecho, parece luchar consigo misma para contenerse, temblando en el marco de la puerta, aferrándolo con ambas manos.

Entonces simplemente vuelve a negar con la cabeza y repite, tranquilo:

—No.

Y cierra la puerta.

Por primera vez, esa noche la criatura no se acuesta a la hora habitual. En su lugar, permanece despierta, tocando el piano una y otra vez durante casi dos horas, la misma nana.

Y mientras Rebecca está en la cama escuchando, no puede evitar susurrar la letra, pensando en su madre y en su padre y en Andy y en Cindy, y llora más que nunca.

Y mientras lo hace, es como si algo se moviese dentro de ella… o más bien, encajara. Es una comprensión que la asusta, pero que la entristece aún más.

Rebecca comprende que nadie va a venir a por ella ahora mismo. Que podrían pasar muchos días, quizá incluso meses, antes de que la encuentren.

Lo cual significa que, por ahora, esta casa es su nuevo hogar.

DÍA 76

Rebecca está sentada en la silla de la habitación con el papel pintado marrón y mira por la ventana sin fijarse en nada en particular, sin apenas notar los campos abiertos ni el cielo anaranjado del atardecer.

No tiene ni idea de cuánto tiempo lleva aquí; hace ya mucho que dejó de contar los días. Pero cuando llegó, los campos tenían brotes verdes diminutos, y ahora el trigo le llega a las rodillas. El tiempo también es más cálido, y los días más largos.

Ha pasado muchas horas justo aquí, en la silla frente a la ventana. Abajo, en el salón, puede oír el reloj de pie. Rebecca cuenta doce campanadas. Odia ese reloj. No importa dónde esté en la casa, siempre lo oye. Cada hora le recuerda que el tiempo pasa. Y le recuerda a las campanas de la iglesia que podía oír desde su habitación. El sonido la hace añorar su hogar.

«¡Duuip!»

El llanto de un ave en la distancia. El sonido hace que Rebecca se enderece un poco.

«Son ellas. Han vuelto.»

Se inclina hacia delante y escucha. Otro grito, más cercano esta vez. Aún no puede ver las aves. Abre la ventana y presta atención. Se oyen un par de gritos más, antes de que por fin aparezcan.

«¡Duuip! ¡Duuip!»

Aunque Rebecca no tiene su libro de pájaros ni acceso a Internet, aún recuerda los nombres de la mayoría de especies locales, y estas son sin duda avefrías.

Los pájaros dan vueltas sobre la casa, desaparecen un momento tras el tejado y vuelven a aparecer para posarse en el césped. Caminan a pasitos sobre sus patitas finas, buscando comida en la hierba. Desde aquí, Rebecca no puede distinguir detalles, pero aun así sonríe. Apoya la mejilla en el cristal frío y observa a los pájaros.

De pronto, levantan el vuelo, pasando cerca de la ventana, y Rebecca escucha cómo sus gritos se desvanecen en la distancia. Ojalá fuera ella también una avefría y pudiera irse con ellas.

Las escaleras crujen y oye el sonido familiar de unos pasos.

Rebecca se levanta y se tambalea hasta la cama, donde vuelve a sentarse. La puerta se abre. La criatura asoma.

A Rebecca no le gusta mirar, pero tampoco le gusta no mirar, así que fija la vista en la mano grisacea apoyada en el pomo. No distingue bien los dedos largos y delgadísimos, pero conoce perfectamente su tacto: ásperos, agrietados y muy fríos. El olor de la criatura llena la habitación.

—Es la hora, Alice —susurra—. Túmbate.

—No me llamo Alice —dice Rebecca, aún mirando la mano—. Me llamo Rebecca.

Lo ha dicho cientos de veces, quizá miles. A la criatura no le importa; sigue llamándola Alice, como si ni siquiera la oyera.

La mano suelta el pomo y va hacia la clavícula, donde se rasca la piel a través de la camiseta.

Rebecca mira la mano porque no quiere mirar la cara, que siempre le provoca escalofríos. Es demasiado estrecha y la frente demasiado alta, coronada por mechones blancos de pelo agonizante. La nariz es una arista fina y afilada que sube desde el labio superior grisáceo hasta el arco del ceño, que sobresale como un saliente rocoso, ocultando los ojos en una sombra perpetua.

Y esos son lo peor.

Los ojos.

Pequeños, negros, circulares y brillantes. Sin vida detrás. Como de cristal.

Solo los mira cuando no tiene otra opción.

La mano deja de rascar y baja al bolsillo delantero. Los dedos largos sacan un cigarro y lo colocan entre los labios agrietados. Rebecca observa cómo la criatura encuentra el mechero y enciende el cigarro.

El humo invade la habitación al instante.

La criatura repite la orden:

—Túmbate, Alice.

Rebecca vacila unos segundos más, luego se tumba boca arriba, las piernas ligeramente separadas y los brazos a los lados. La criatura se acerca y se sienta al borde de la cama, haciendo que los muelles chirríen.

Rebecca aprieta las manos contra las sábanas, respira por la nariz y mira al techo. Intenta imaginar que oye a las avefrías en la distancia. Que tiene visión de rayos X y puede verlas volar sobre el tejado.

La criatura se queda allí medio minuto, palpitando el cigarro. La espera es siempre lo peor.

Entonces siente su mano áspera agarrar su tobillo y levantar su pie desnudo. Rebecca aprieta los labios con fuerza, pero no cierra los ojos; por alguna razón, el dolor es peor con los ojos cerrados.

Primero llega el siseo bajo, presagio del dolor que sigue medio segundo después. Rebecca deja escapar un gemido cuando agujas ardientes atraviesan la planta del pie y se extienden hacia los dedos. Un largo segundo de dolor creciente, casi insoportable, y luego disminuye.

La criatura vuelve a bajar su pierna y toma la otra.

—Ahora la otra, Alice.

Las mismas palabras exactas, el mismo tono exacto.

La criatura da una larga calada al cigarro, reactivando la brasa, antes de repetir el procedimiento en el otro pie. Las agujas se hunden, el dolor sube hasta el punto en que ella casi grita… y luego desaparece, transformándose en un latido amortiguado.

Rebecca se queda sin fuerzas, sintiendo el sudor en la frente y su corazón golpeando pesadamente en el pecho.

La criatura suelta su tobillo y pasa a los ojos. Son mucho más fáciles de soportar que los pies; el dolor no es ni una fracción del otro.

Rebecca aguanta la respiración para no aspirar el hedor mientras la criatura se inclina sobre ella. Desvía los ojos hacia la pared, evitando mirar la figura que se cierne encima. La criatura respira con calma mientras aplica las gotas frías en los ojos de Rebecca. Ella parpadea mientras el líquido le baja por las mejillas como lágrimas espesas. Un leve escozor, y parpadea para disiparlo.

La criatura se pone en pie.

—Ya está. Lo has hecho bien, Alice.

No espera respuesta; simplemente se dirige a la puerta.

—No me llamo Alice —responde Rebecca automáticamente, limpiándose el exceso de líquido de las mejillas—. Me llamo…

Se detiene, y durante un instante terrible, el nombre desaparece. Abre la boca, pero no sale sonido alguno.

—Me llamo… —repite, esforzándose por que la palabra aparezca—. Me llamo…

Y entonces llega.

—¡Rebecca! —exclama con un profundo alivio—. Rebecca Wisler. Me llamo Rebecca Wisler.

Levanta la cabeza para ver si la criatura sigue allí. Sí. Sigue en el umbral. Y a través de la neblina borrosa, ve su cara iluminada por el cigarro, y está casi segura de que ve una sonrisa en sus labios cuando susurra:

—Duerme bien, Alice.

Luego cierra la puerta y deja a Rebecca en silencio.

Tiene ganas de llorar. Decidió hace un tiempo que ya no lloraría, que no cedería, que actuaría con valentía; pero no es valiente, en absoluto. Echa muchísimo de menos a su familia y tiene miedo. Miedo de la criatura, miedo de que nunca la encuentren, miedo de llegar a olvidar su propio nombre.

Se incorpora, se limpia las lágrimas de los ojos aún doloridos y avanza tambaleándose hacia la mesa, dejando escapar pequeños quejidos de dolor a cada paso. Puede sentir que las heridas de

quemadura sangran, pero no le importa; está tan acostumbrada al dolor que casi ni lo registra.

La mesa está llena de hojas de papel, dibujos de pájaros, sobre todo avefrías, pero también otras especies. Encontró el lápiz y el papel en un cajón abajo, y la criatura no pareció importarle que se los llevara a su habitación.

Coge el lápiz y una hoja en blanco y escribe en letras grandes y gruesas:

«REBECCA WISLER»

Mira el nombre, luego lo escribe otra vez. Y otra. Cada vez más pequeño mientras se le acaba el espacio. Escribir su nombre alivia parte del miedo.

Después, observa la hoja y comprende que no puede dejarla por ahí. La criatura no lo tolerará. La confiscará en cuanto la encuentre —y la encontrará, da igual dónde la esconda. A veces registra la habitación, y si halla algo que no le gusta, la castiga con una ronda de quemaduras especialmente larga y dolorosa.

Como cuando escribió una carta pidiendo ayuda que pensaba pegar en la parte trasera de la furgoneta, con la esperanza de que la criatura no la viera la próxima vez que saliera a conducir.

O cuando robó un cuchillo de la cocina con intención de cortarle cuando subiese a darle las buenas noches. No estaba segura de que pudiera hacerlo de verdad, pero ese día estaba tan enfadada que quería intentarlo.

Nunca tuvo la oportunidad, porque ese mismo día —igual que el día en que escribió la carta y la escondió bajo la alfombra— la criatura se dedicó a registrar su habitación y encontró su secreto.

Porque lo sabe. De algún modo, siempre sabe si Rebecca ha hecho algo que no debía.

Escribir su nombre real por toda una hoja provocaría con seguridad su furia.

«Pero tengo que escribirlo en alguna parte», piensa Rebecca, mirando alrededor de la habitación. «O podría olvidarlo.»

Cojea hasta la ventana, se agacha y examina el alféizar. La parte inferior sobresale unos cuantos centímetros del muro. Hay justo el espacio suficiente para escribir.

Echa un vistazo a la puerta y luego se arrodilla y escribe su nombre completo en la parte inferior del alféizar. Lo escribe una y otra vez, repasando las letras y apretando el lápiz cada vez más, hasta que se forma una ligera hendidura en la tabla y la punta del lápiz queda chata.

Mira el nombre, sintiéndose ahora mejor.

Al principio, Rebecca había esperado que los puros acabaran matando a la criatura. Mamá solía decirle lo malo que es fumar y todas las enfermedades que puede causar. Cáncer de pulmón, por ejemplo.

Cuando Rebecca se queda despierta por la noche, pensando en su familia y conteniendo las lágrimas, desea desesperadamente que la criatura enferme y muera. Si eso ocurre, saldrá de la casa, abrirá la verja y bajará corriendo por el camino de grava tan rápido como pueda, sin mirar atrás y sin parar hasta llegar a otra casa o encontrarse con un coche.

Por desgracia, la criatura no parece enferma en absoluto. Y Rebecca hace ya mucho que dejó de confiar en la esperanza de sobrevivirle.

—No me llamo Alice —susurra mientras se acerca al escritorio y recoge el papel—. Me llamo Rebecca, y nunca lo olvidaré.

Rompe el papel en trocitos muy pequeños.

Esa noche, alrededor de la medianoche, Rebecca se despierta y se da cuenta de la luz. Viene del armario; una fina franja blanca que se escapa por la rendija de la puerta.

El armario frente a la cama está empotrado en la pared. La puerta es de madera oscura, con un adorno recortado que le recuerda a hojas y mariposas.

Al principio, Rebecca no entiende qué causa la luz, y hasta sospecha que podría estar soñando. Pero no; se siente despierta.

Aparta la manta, despertando a Boris, que la mira desde los pies de la cama con ojos somnolientos. Rebecca se levanta y se desliza hasta el armario. Coloca la mano en la corriente de luz, como si quisiera comprobar que es real. Deja que sus dedos jueguen con las minúsculas motas de polvo en el aire. Luego, abre con cuidado la puerta del armario.

En las baldas, su ropa—pantalones blancos y camisas amarillas—está doblada con esmero, justo como Mamá le enseñó. Rebecca lava su ropa en el lavabo y la tiende en el jardín para que no huela mal.

La luz viene de la parte superior del armario. Hay una grieta en las tablas, y por ahí entra la claridad.

Rebecca estira el brazo. No alcanza del todo la abertura, pero siente la brisa fresca entrar. Y se da cuenta de que la grieta es un agujero en el tejado, y que la luz es luz de luna.

«¿Por qué no lo había visto antes? ¿Por qué no entra el sol por aquí también?»

La respuesta es obvia, claro. De día todo está iluminado, y el haz de luz no se ve. Pero ahora, con la habitación completamente oscura, la franja de luna puede lucirse.

Rebecca cierra el armario y va hacia la ventana. Se apoya en el cristal y alcanza a ver la luna allá arriba. Solo está a un tercio, pero su luz blanca baña la casa y el jardín.

Por algún motivo, Rebecca piensa en Andy. Se lo imagina sentado en su habitación, mirando por la ventana hacia la luna, igual que ella ahora.

¿Podría estar pensando en ella? ¿Se pregunta dónde estará? ¿O ya se ha olvidado de ella? ¿Asumen todos que está muerta? Puede que Mamá y Papá incluso hayan decidido tener otro hijo. Si es una niña, puede quedarse con la habitación de Rebecca.

El pensamiento la entristece tanto que empieza a sollozar en silencio. Permanece allí mucho rato, llorando junto a la ventana, bañada por la luz de la luna, pensando en su familia, preguntándose si volverá a verlos alguna vez.

DÍA 89

Una mañana, cuando Rebecca se despierta y se baja de la cama, Boris no salta al suelo como suele hacer, ansioso porque Rebecca lo deje salir a hacer pis y luego le dé el desayuno. En vez de eso, se queda acurrucado al fondo de la cama.

—Eh, dormilón —bosteza Rebecca, dándole un empujoncito suave —. Es de día. Toca despertarse ya.

El perro no reacciona en absoluto. Rebecca sabe que es bastante mayor y que no siempre oye bien, pero que duerma tan profundamente es algo muy inusual.

—¿Boris? Despierta.

Le acaricia la nuca, sorprendida por lo fría que está. Lo empuja un poco más fuerte. Aun así, no reacciona.

—Oh, no —susurra Rebecca, al comprender con un hundimiento en el estómago qué ocurre—. ¡Boris!

Lo agarra y lo sacude, pero está completamente flojo, con los ojos cerrados y la boca abierta. Rebecca lo suelta con un jadeo, y él simplemente vuelve a desplomarse sobre la cama.

—No, no, no… —gime Rebecca, llevándose ambas manos a la boca. El shock es devastador; Boris no había mostrado ningún signo de enfermedad, así que ¿cómo podía haber muerto durante la noche? La idea de perder a su último amigo es demasiado para

soportarlo, y Rebecca esconde la cara entre las manos y empieza a llorar a gritos.

Un momento después, percibe el olor y levanta la vista. A través de las lágrimas ve a la criatura de pie en la puerta abierta.

—Está… está muerto —solloza—. Boris está muerto.

La criatura entra en la habitación y se detiene al pie de la cama. Rebecca solo mira a Boris, moqueando. La criatura recoge al perro, con suavidad, y luego se lo lleva fuera de la habitación. Ella la oye bajar las escaleras, y un minuto después, la puerta principal.

Durante un rato, Rebecca alberga la esperanza de que la criatura vaya a arreglar a Boris. Puede que en realidad no estuviera muerto. Puede que la criatura tenga algún tipo de poder sobrenatural que pueda devolverlo a la vida. Casi empieza a creerlo.

Entonces algo atrae su atención hacia la ventana. Se levanta y se acerca. En el jardín, ve a la criatura caminando con Boris bajo un brazo y la pala bajo el otro. Se dirige hacia la parte trasera del seto, donde está enterrada Alice.

Rebecca empieza a llorar de nuevo y se lanza sobre la cama.

Se queda en la habitación durante el resto del día y los siguientes.

Siente como si hubiera perdido más que a un buen amigo. Siente como si hubiera perdido a todo el mundo y estuviera completamente sola en el mundo. Extraña muchísimo a Boris, especialmente por la mañana, cuando se despierta y encuentra vacío el fondo de la cama. El único sonido en la casa que podía hacerla feliz era el suave tintineo de la campanilla del collar de Boris, diciéndole que el perro estaba en algún lugar cercano, y que no estaba sola con la criatura. Pero ahora solo queda el silencio, y ese maldito reloj de pie, y los crujidos del suelo cuando la criatura se mueve por la casa.

Rebecca no es capaz de salir de la habitación; está demasiado deprimida. La criatura le lleva la comida mientras ella duerme. Rebecca apenas tiene apetito y come a duras penas.

La única consolación es que la criatura deja de quemarle los pies y echarle el líquido en los ojos durante unos días. Pero Rebecca no siente que importe. Casi habría agradecido el dolor. Cualquier cosa sería mejor que el vacío que ha dejado Boris.

Nunca se había sentido tan sola en su vida.

DÍA 91

Una noche, cuando Rebecca sale de la habitación para ir al baño, de repente oye un sonido procedente de abajo.

Es el tintineo de la campanilla de Boris.

Siente el corazón abrirse como una flor, y por un instante imagina que Boris ha vuelto, que no estaba realmente muerto, que la criatura no lo enterró de verdad, sino que lo llevó al veterinario y ahora está arreglado. Pero, por supuesto, es un pensamiento absurdo.

Entonces, ¿qué está haciendo sonar la campana?

Rebecca baja las escaleras y asoma la cabeza al salón. Su vista está algo mejor porque la criatura lleva casi una semana sin ponerle el líquido en los ojos, y enseguida ve al cachorro sentado en el suelo, jugando con un calcetín. Es un dachshund, del mismo color exacto que Boris, y lleva puesto su collar, aunque le queda demasiado grande en el cuello diminuto.

La visión del cachorro es tan irreal que Rebecca siente como si estuviera contemplando a Boris reencarnado. Entra en la habitación.

El cachorro la ve. Suelta un ladrido alegre y corre a saludarla con sus patitas torpes. Salta delante de ella, gimiendo impaciente mientras la campanilla suena.

Rebecca se arrodilla y lo coge. El cachorro le lame la barbilla y muerde su pelo. Rebecca no puede evitar reírse entre lágrimas.

—¿Quién eres tú? —pregunta, levantándolo para examinárselo. Él solo la mira con expresión bobalicona, la boca abierta y la lengua rosa colgando.

Rebecca mira la chapa del collar. Todavía pone BORIS.

—Ah, así que tú también te llamas Boris —sonríe, frotando su nariz contra el hocico del cachorro, riéndose cuando este intenta lamerle las fosas nasales—. ¿Vas a vivir aquí ahora?

El cachorro ladra de nuevo, retorciéndose alegremente en sus manos, y Rebecca siente que el pecho se le calienta.

Ha estado tan embelesada con el cachorro que no ha notado a la criatura hasta ahora. Está sentada en el sillón del rincón, medio oculta en la sombra, solo visibles sus piernas flacas y, por supuesto, el resplandor naranja del puro. Ha estado ahí, completamente en silencio, observándola.

Rebecca siente un escalofrío recorrerle la espalda. No le gusta que la criatura haya visto su reacción ante el cachorro, que haya visto cómo reía. Es como si se hubiera quedado expuesta. Baja al cachorro rápidamente y sale disparada de la habitación, subiendo otra vez a su cuarto.

Más tarde, tumbada en la cama intentando dormir, no puede dejar de pensar en el cachorro de abajo. Una o dos veces lo oye gemir. Ojalá lo hubiera traído consigo.

Se despierta en mitad de la noche porque sueña que Boris le lame la mejilla. La sensación es tan real que puede oler su pelaje, y sonríe adormilada.

A medida que despierta más, parpadea y se frota los ojos, y el calor del sueño se desvanece en tristeza al recordar que Boris está muerto y enterrado.

Pero entonces oye respirar justo al lado de la almohada, y gira la cabeza. El cachorro la mira con ojitos soñolientos, antes de lamerle la mejilla una vez más, y luego tumbarse con un suspiro.

Rebecca mira la puerta. Está cerrada. Lo que significa que el cachorro no ha podido entrar solo. Además, ¿cómo habría subido las escaleras? El viejo Boris apenas podía subirlas, y era tres veces más grande. Eso solo puede significar…

A Rebecca no le hace ni pizca de gracia pensar que la criatura ha estado en su habitación mientras dormía—detesta cuando hace eso. Pero está feliz de que el Nuevo Boris esté aquí. Coloca la mano en su lomo, sintiendo su respiración rápida y el latido minúsculo.

Se queda dormida y descansa bien el resto de la noche.

DÍA 97

Rebecca se hace instantáneamente mejor amiga del Nuevo Boris. Duerme en su cama todas las noches—no a sus pies, como hacía el Viejo Boris, sino pegado a su almohada.

Durante el día, juegan en la habitación o en el jardín cuando hace sol. Rebecca la alimenta dos veces al día como hacía con el Viejo Boris, cogiendo la comida de la bolsa del cuarto de lavado. No está del todo segura de cuánta comida necesita un cachorro, así que le da de sobra. Después de todo, tiene que crecer.

Rebecca ya no se siente tan triste por la muerte del Viejo Boris. Ahora tiene un amigo nuevo.

Y, sin embargo, algo en el recuerdo del Viejo Boris sigue inquietándola cada vez que piensa en él. No está del todo segura de qué es.

Un día, Rebecca se da cuenta de que el cachorro es, en realidad, una perra. La ha sacado al jardín para que haga pis—la ha visto hacerlo muchas veces, pero ahora, al observarla, de pronto se da cuenta de que no hace pis como lo hacía el viejo Boris. Mientras que el Viejo Boris levantaba bien alto una pata trasera, la Nueva Boris simplemente flexiona las dos patas traseras.

Rebecca coge a la perrita y la pone panza arriba para asegurarse. Lo comprueba. Nueva Boris es sin duda una hembra.

Esa misma tarde, tras pensarlo un rato, Rebecca decide arreglarlo.

Lleva a la perrita a la cocina, donde la criatura está sentada a la mesa, leyendo el periódico y fumando. Aunque tiene la espalda vuelta, aparentemente percibe que Rebecca está allí, porque deja de leer y se gira en la silla. No dice nada; simplemente la mira, como esperando que hable.

—Tienes que comprar una chapa nueva —dice Rebecca—. No puede llamarse Boris. Es una chica.

La perrita ladra en señal de acuerdo.

La criatura, sin embargo, sacude la cabeza lentamente y responde simplemente:

—Boris.

—No, no puede llamarse Boris —dice Rebecca con paciencia—. Boris es un nombre de chico.

—Boris —repite la criatura, aún negando con la cabeza.

—Es una chica —insiste Rebecca, acercándose un poco—. Mira. No tiene…

La criatura golpea la mesa con ambas manos con una ferocidad repentina y ruge:

—¡BORIS!

Rebecca retrocede tambaleándose, casi dejando caer a la perrita, que se sobresalta y empieza a gimotear en sus brazos. Rebecca se da la vuelta y huye escaleras arriba.

Al cerrar la puerta de la habitación y abrazar a la perrita contra el pecho, no puede saber si es su propio corazón o el del animal el que late más rápido.

Esa tarde, por primera vez desde que el Viejo Boris murió, la criatura vuelve a quemarle los pies y echarle el líquido en los ojos.

Más tarde, mientras está acostada en la cama con la perrita roncando suavemente junto a la almohada, Rebecca no puede conciliar el sueño. Se queda mirando el techo borroso, mientras sus pensamientos dan vueltas y vueltas, y sus pies laten dolorosamente bajo los vendajes frescos.

Rebecca gira la cabeza y acaricia el lomo de la perrita mientras medita. Ahora comprende qué era lo que la inquietaba al pensar en la Vieja Boris.

Tumbada en la oscuridad de la habitación, todo encaja por fin en su mente, y se da cuenta de que ya nadie vendrá a rescatarla. Ha pasado demasiado tiempo.

En realidad, ya lo sabía desde hacía un tiempo; simplemente no quería enfrentarlo. Pero perder al Viejo Boris lo sacó a la superficie.

La verdad es que, si quiere escapar de este lugar, tendrá que hacerlo ella sola.

De lo contrario, pasará el resto de su vida aquí, sin volver a ver jamás a su familia ni a otro ser humano. Y algún día, si enferma gravemente o si la criatura se cansa de ella y decide matarla, acabará en un agujero en el suelo detrás del seto, junto a los huesos de Alice, y la criatura saldrá a buscar un reemplazo, igual que hizo con Boris.

El pensamiento la llena de ira y de tristeza. La criatura intenta olvidar que el Viejo Boris murió, que alguna vez estuvo ahí. Pero sí estuvo. Rebecca la recuerda, y siempre la recordará.

—Tu nombre no es Boris —susurra a la perrita—. A partir de ahora, tu nombre es… Doris.

Rebecca sonríe y respira profundamente por la nariz. Algo ha cambiado dentro de ella. Algo ha vuelto a la vida. Algo que casi había desaparecido para siempre.

La idea de huir la aterra, en realidad la horroriza, pero de algún modo extraño, también siente alivio. Aunque falle y la criatura la atrape y la castigue, el castigo no podrá ser peor que quedarse aquí, esperando la muerte.

—Voy a intentarlo —le dice al cachorro dormido—. De verdad. Y te voy a llevar conmigo, Doris.

Rebecca cierra los ojos entonces y se duerme con una facilidad sorprendente.

Y por primera vez en mucho tiempo, sueña con Andy y el resto de su familia, esperándola en casa.

DÍA 98

Rebecca pasa una hora al día siguiente recorriendo la casa, mirando en cada habitación y pensando, mientras la criatura está fuera.

Es la primera vez que recorre la casa así, y descubre algo completamente inesperado en el dormitorio de la criatura. En el armario, que ella creía que solo contenía la ropa del monstruo, encuentra un estante lleno de zapatos distintos, incluidos los suyos propios. Son todos más o menos de la misma talla, y todos parecen zapatos de niña. Algunos están muy viejos. Rebecca cuenta al menos seis pares.

Durante un instante, valora llevarse sus propios zapatos, pero sería, por supuesto, un error evidente: la criatura se daría cuenta y la castigaría. Además, está muy acostumbrada a andar con calcetines por la casa, incluso cuando sale al exterior.

Deja los zapatos donde están y continúa investigando mientras reflexiona sobre su plan. Hay muchas preguntas que necesita resolver.

¿Debe hacerlo de día o de noche? ¿Intentarlo mientras la criatura duerme o esperar a que salga con la furgoneta? Si está fuera, cerrará todas las puertas con llave, lo que significa que Rebecca tendría que romper una ventana para salir de la casa. Pero incluso si lo consigue, el mayor obstáculo seguirá siendo la valla. No puede

escalarla por el alambre de espino: sería demasiado peligroso. Lo que significa que debe pasar por debajo o a través de ella.

Existe, por supuesto, el haya. Es un árbol grande y viejo junto al lateral de la casa, con ramas largas que se extienden por encima de la valla. Si pudiera trepar hasta allí, podría escalar por encima de la valla y saltar al otro lado.

El problema es que las ramas más bajas del haya están demasiado altas, tan altas que ni con una silla podría alcanzarlas. Necesitaría una escalera. Sabe que hay una en el garaje, la vio un día, cuando jugaba con la perrita y esta entró corriendo allí, pero está fuertemente encadenada a la pared, como si la criatura hubiera previsto que la escalera podría usarse para saltar la valla. Así que tampoco es una opción.

Más tarde, por la tarde, Rebecca sale al exterior y revisa el garaje. La criatura ha vuelto a casa y está echándose una siesta en su dormitorio.

Encuentra unos alicates que quizá sean lo bastante grandes para cortar la valla… si Rebecca tiene la fuerza suficiente, claro. Coge un trozo de alambre del suelo y prueba los alicates. Consigue cortarlo, pero requiere mucho esfuerzo, y la valla es aún más gruesa. Además, tendría que cortarla en al menos diez puntos para crear un hueco por el que pasar; probablemente más de veinte. ¿Cuánto tardaría? ¿Se agotaría antes de terminar?

También sigue estando la opción que ya intentó una vez: cavar por debajo de la valla. El mayor problema es el tiempo que lleva. La primera vez que lo intentó, a la criatura le dio tiempo a presentarse. Lo notó, de algún modo. Lo que significa que, si decide cavar de nuevo, deberá hacerlo mientras la criatura no esté en casa.

Pero entonces surge la siguiente cuestión: ¿qué hará cuando consiga cruzar la valla? ¿Hacia dónde correr? Hay campos abiertos en todas direcciones y no tiene ni idea de dónde está el pueblo. Por supuesto, puede seguir el camino de grava hasta llegar a la carretera, pero si huye mientras la criatura está fuera, corre el riesgo de que esta regrese y la vea en mitad del camino.

Quizá sea mejor elegir una dirección al azar y echar a correr. En algún punto, tarde o temprano, encontrará una casa o un pueblo.

Entonces, ¿cuánta ventaja necesita? Si la criatura va tras ella—y está casi segura de que lo hará—más le vale haber puesto suficiente distancia para que no pueda alcanzarla. Aún más si decide perseguirla con la furgoneta.

A menos que la sabotee, claro. Ha visto en las películas cómo la gente corta un cable o algo del motor de un coche y entonces no arranca. Tal vez pueda hacer lo mismo antes de huir.

Son tantas cosas que considerar que a Rebecca le da vueltas la cabeza, pero quiere asegurarse de no pasar nada por alto, así que se prepara mentalmente para quedarse un par de días más, solo hasta tenerlo todo bien planeado.

Entonces, de pronto, surge una oportunidad totalmente inesperada.

DÍA 99

Rebecca lo oye desde muy lejos, mientras juega con Doris en el jardín. Reconoce de inmediato el sonido de neumáticos sobre la grava y, al principio, piensa que la criatura ha salido en la furgoneta. Pero no ha escuchado arrancar el motor ni el traqueteo de la cadena del portón.

Así que recoge a la perrita y rodea la casa hasta el patio. La furgoneta amarilla sigue dentro del garaje.

A cierta distancia, por el camino de grava, distingue un coche rojo que se acerca. La grava está muy seca y forma una nube alta y estrecha de polvo que se eleva hacia el cielo azul.

Rebecca nota cómo se le acelera el pulso. Se gira hacia la casa. La criatura está allí dentro, en algún lugar. ¿Habrá oído el coche? ¿Por qué no ha salido aún? Quizá esté echándose una siesta, a veces lo hace a estas horas.

Vuelve a mirar hacia el coche que se aproxima. Circula despacio, sin prisa.

«¿Quién será? ¿Alguien que conoce a la criatura y ha venido a visitarla?»

Rebecca nunca había considerado la posibilidad de que la criatura tuviera familiares o amigos, y le parece muy poco probable.

Se queda allí, en el patio, sin saber qué hacer, observando cómo el coche se acerca. Todavía no hay señal alguna de la criatura cuando

el coche llega al portón. Se detiene, pero el motor sigue encendido.

No puede ver a través del parabrisas por el reflejo del sol. La puerta del conductor se abre y un señor mayor baja del coche. En cuanto Rebecca ve su rostro, comprende que no es amigo de la criatura.

—¿Hola? —grita el hombre, saludándola con la mano—. ¡Hola, pequeña! ¿Podrías ayudarme, cariño?

Rebecca se sorprende por el acento marcadísimo del hombre. Británico, cree ella, como el de esas personas mayores y elegantes que salen en las películas europeas. El hombre suena amable y sonríe mientras le hace señas para que se acerque.

Rebecca mira de nuevo hacia la casa. La puerta principal sigue cerrada. La criatura habría oído el coche ya. Quizá realmente esté dormida.

Se muerde el labio.

«¿Debería intentarlo?»

El anciano sigue saludando y llamándola.

Rebecca no puede abrir el portón, y el hombre tampoco, ya que necesita la llave que posee la criatura. Y si le pide que llame a la policía o que busque ayuda, y la criatura aparece y la ve hablando con él, seguro que la castigará. De hecho, incluso quedarse aquí mirando al hombre podría considerarse desobediencia. Quizá debería simplemente entrar en la casa.

Pero, por otro lado, esta podría ser la oportunidad que ha estado esperando.

Rebecca decide arriesgarse.

Corre hacia el portón.

—Hola, cielo —dice el anciano, alargando un folleto—. Qué perrita tan mona tienes. Verás, estoy buscando este motel, ¿sabes? Pero llevo horas dando vueltas y no hay manera de…

—Tiene que ayudarme —interrumpe Rebecca—. Necesita llamar a alguien.

La sonrisa del hombre se desvanece.

—Yo… lo siento, cariño, no estoy seguro de entenderte.

Rebecca agarra las barras frías del portón.

—¡Ayúdeme! —dice con desesperación—. ¡Ayúdeme a salir de aquí! —Lanza una mirada hacia la casa.

El anciano sigue su mirada, frunciendo el ceño.

—¿Qué… qué ocurre, pequeña? ¿Estás bien?

—¡No! ¡No estoy bien! Me tienen retenida. ¡Llame a la policía!

El hombre alza las cejas.

—¿La policía? Pero, de verdad…

—¡SÍ! ¡La policía! ¡Llame ahora!

El hombre duda un instante, mirando de la casa a Rebecca, y finalmente parece creerle. Empieza a buscar en sus bolsillos.

—Maldita sea… ¿dónde he puesto el móvil?

Vuelve al coche.

El corazón de Rebecca late con fuerza en la garganta; Doris tiembla en sus brazos.

Y entonces lo oye. La puerta principal.

Gira la cabeza en cámara lenta para ver a la criatura salir de la casa. La mira directamente, pero, curiosamente, avanza en otra dirección: se dirige al garaje.

El anciano ha encontrado el teléfono y vuelve hacia el portón, colocándose unas gafas de lectura.

Rebecca estira el brazo entre los barrotes, señalando frenéticamente.

—¡Rápido! ¡Llame! ¡Viene! ¡LA CRIATURA VIENE! ¡Llámele, solo llame!

—Un momento, un momento —dice el hombre—. Y dice algo más, pero Rebecca no lo oye, porque observa cómo la criatura vuelve a salir del garaje con la pala en la mano, avanzando hacia ellos.

—¡Llame a la policía! —grita Rebecca—. ¡Llámeles ahora! ¡Por favor! —Se lanza hacia el teléfono, pero el hombre retrocede, con una expresión de absoluta confusión.

Mira a la criatura y dice:

—Buenas tardes, señor. ¿Podría explicarme por qué esta jovencita parece aterrada? ¿Qué está ocurriendo exactamente?

—¡Llame a la policía! ¡Llámeles! —chilla Rebecca mientras la criatura la agarra y la aparta. Saca la llave y deshace la cadena del portón.

Rebecca sigue gritando, el anciano sigue hablando con la criatura, pero ahora también retrocede hacia su coche, aún con el móvil en la mano.

—¡Corra! —grita Rebecca—. ¡Váyase de aquí!

Por fin, el hombre comprende la gravedad de la situación y se da la vuelta para subir al coche.

La criatura acaba de abrir el portón y todavía está lo bastante lejos como para que el anciano pueda escapar, pero su zapato resbala en la grava y se agarra a la puerta para no caer.

Le da a la criatura los cinco segundos que necesita para alcanzarlo y levantar la pala.

Rebecca no oye el sonido del metal golpeando el cráneo del anciano, porque su propio grito lo ahoga.

Tampoco ve el impacto, porque, por suerte, la criatura le tapa la vista.

Pero sí ve al hombre caer sobre la grava, ve a la criatura blandir la pala tres veces más, y ve la cara ensangrentada del anciano.

Luego solo ve el cielo azul y se da cuenta de que está tumbada boca arriba. Doris ladra en algún lugar cercano.

«Supongo que me he desmayado», piensa con extraña serenidad, mirando las nubes blancas.

Intenta levantar la cabeza y se sorprende al comprobar que puede. Ve a la criatura cruzar el patio arrastrando al anciano por una pierna.

Rebecca se siente mareada y débil, pero reúne sus últimas fuerzas para girar la cabeza hacia el portón.

El coche del anciano sigue fuera. Su teléfono móvil está en la grava, a solo unos metros de ella.

Pero la criatura ha cerrado y encadenado el portón de nuevo, así que el coche y el móvil podrían estar perfectamente en Marte.

Rebecca apoya la cabeza en la grava y vuelve a mirar las nubes.

«Esa era mi oportunidad», piensa.

«Ahora la criatura me matará.»

Se desmaya.

PARTE TRES

AMBROOS VAN DE GOOR

DÍA 103

La criatura no la mata.

Le quema los pies hasta dejarlos como una única y enorme herida supurante. Le deja caer el líquido en los ojos y la ciega. No le da de comer durante tres días. Y la mantiene encerrada en la habitación todo ese tiempo.

Pero no la mata.

Rebecca permanece en la cama una semana, mientras sus pies se curan lentamente y su vista se recupera un poco.

El dolor es tan intenso los primeros días que apenas duerme. Entra y sale de sueños febriles, en los que presencia una y otra vez cómo la criatura mata a palazos al anciano. Oye el crujido sobre la grava, su propio grito y el golpe seco de la pala de metal chocando contra un cráneo.

Pero también sueña a veces con Andy y con el resto de su familia; la llaman desde detrás de un cristal grueso. No puede oír sus voces, pero los ve agitar los brazos y golpear los puños contra el vidrio.

Rebecca lee los labios de Andy. Él repite siempre las mismas tres palabras:

«¡Vuelve a casa, Becca!»

Al cuarto día, la criatura le lleva un cubo para usarlo como retrete y vuelve a traerle comida. Sin embargo, no la mira ni le habla.

A medida que Rebecca se recupera lentamente en la cama, poco a poco vuelve a pensar con claridad. Y se da cuenta de que la idea de intentar escapar es ahora incluso peor, sabiendo lo que la criatura es capaz de hacer para mantenerla allí. No tiene ilusiones: si intenta huir y la criatura la atrapa, y la matará sin vacilar.

Y ¿por qué no iba a hacerlo? Al fin y al cabo, Rebecca es perfectamente reemplazable. La criatura podría encontrar una nueva Alice sin problemas. Quizá incluso lo ha hecho antes.

La manera en que reemplazó a Boris hace que Rebecca se pregunte si ella es realmente la primera a la que captura. Eso explicaría los zapatos de niña que encontró.

¿Cuántas Alices han pasado por aquí antes? ¿Cuántas hay enterradas en el jardín?

¿Qué les ocurrió? ¿Simplemente se hicieron demasiado mayores? O quizá se negaron a comportarse como la criatura quería. Quizá se negaron a olvidar su verdadero nombre o a su familia. Y un día intentaron escapar. Y la criatura las atrapó. Y ahora sus huesos yacen enterrados detrás del seto, y su carne comida por gusanos.

El pensamiento despierta en Rebecca un pavor profundo.

Aunque le aterra la idea de huir, ya ha tomado la decisión de hacerlo. Al menos le dará la pequeña posibilidad de ver a Andy y a Mamá y Papá y a Cindy de nuevo. Si no hace nada, entonces seguro que no volverá a verlos.

También comprende, mientras pasa la semana en la cama, cómo debe hacerlo. La idea le llega en medio de un sueño, en una noche de dolor, cuando abre los ojos de repente y se encuentra mirando directamente la solución.

En realidad, la idea ya se le había cruzado por la cabeza días antes, quizá desde la noche en que vio por primera vez la luz de la luna entrar por el armario; simplemente no había entendido lo que significaba hasta ahora.

Es obvio, cuando lo piensa.

Es como una señal del cielo.

Su vía de escape.

Además, ¿qué otra opción le queda? Ahora que la criatura ni siquiera le permite salir de la habitación, todas las demás han

quedado descartadas.

Escapará por el armario. El agujero en la parte superior da directamente al tejado. Y desde allí puede llegar al árbol. Y por el árbol, trepar por encima de la valla y saltar al otro lado.

Ese es el plan, al menos.

Si es posible o no, lo ignora, y tampoco se preocupa demasiado por la cuestión. Va a intentarlo: eso es lo único que importa. En un par de días. En cuanto sus pies estén lo bastante curados como para caminar.

Solo queda una última cosa por resolver: ¿cómo llevará a Doris?

No la ha visto desde que apareció el anciano. La criatura ya no la deja entrar en la habitación. Rebecca la oye varias veces al día, gimoteando al pie de las escaleras.

Rebecca no escapará sin Doris. No la dejará aquí con la criatura.

Así que empieza a idear un plan. Es lo que haría Andy. Andy es listo y muy meticuloso a la hora de resolver problemas. Le encantan los acertijos y siempre halla una solución a los retos difíciles usando solo su mente. Rebecca intenta pensar como él.

Será complicado subir a Doris a la habitación, puesto que ella no puede salir, y la única vez que la criatura abre la puerta es para llevarle comida y vaciarle el cubo.

Rebecca pasa toda una tarde sentada junto a la ventana, mirando hacia el jardín mientras reflexiona. Una o dos veces ve a Doris, que sale por la gatera de la puerta del patio, pasea por el jardín, hace pis y vuelve a entrar.

Poco a poco, una idea empieza a tomar forma.

DÍA 104

Al día siguiente, Rebecca pone en marcha su plan.

Empieza a dejarse una pequeña porción de cada comida. Un poco de huevo revuelto, pequeños trozos del sándwich y tres trocitos de beicon. Lo esconde todo dentro de un calcetín, que coloca bajo el colchón.

Pasa varias horas al día asomada a la ventana. En cuanto ve a Doris en el jardín, silba tres veces y deja caer un poco de comida desde la ventana abierta.

Al principio, a Doris le cuesta entenderlo y no se fija en la comida de inmediato. Luego, la cuarta vez que Rebecca lo hace, la perrita levanta la vista y ve caer la comida. A partir de entonces, entiende enseguida lo que significan los tres silbidos.

DÍA 107

Rebecca continúa con el adiestramiento al día siguiente y al siguiente. Para el tercer día, consigue que Doris salga corriendo desde el interior de la casa en cuanto Rebecca silba tres veces.

Rebecca dedica también esos días a otra parte de su plan: fabricar una cuerda.

Recoge todo tipo de cosas: la cuerda de las persianas, el cable de la lámpara del escritorio y un hilo grueso arrancado de la alfombra, en la esquina donde ya estaba deshilachada. Lo ata todo junto para formar una sola pieza larga, hasta convencerse de que puede llegar perfectamente hasta el suelo. Es muy fina y desde luego no lo bastante resistente para aguantar el peso de Rebecca… pero no está pensada para eso.

Por último, queda la última pieza del plan: el cubo. El que Rebecca utiliza como retrete.

La criatura lo vacía todas las noches cuando trae la cena. Cinco minutos después, vuelve y deja el cubo en el suelo. Lo ha aclarado y huele a desinfectante.

Rebecca teme que el olor pueda espantar a Doris. Solo puede confiar en que el olor del cebo sea más fuerte.

Esconde la cuerda improvisada bajo el colchón cuando, al tercer día, la criatura sube a traerle la cena. Deja el plato en el escritorio, coge el cubo y vuelve a cerrar la puerta sin ni siquiera mirarla.

Rebecca se lanza a comer enseguida, apartando tres trocitos de beicon y devorando el resto.

Cuando la criatura regresa con el cubo limpio, Rebecca ya ha escondido el beicon y está sentada en la cama, aparentando inocencia.

Normalmente, la criatura lo habría descubierto. La habría mirado detenidamente y habría deducido que estaba ocultando algo. Pero como aún la está castigando y no ha pasado tiempo con ella últimamente, su capacidad para detectar que algo ocurre parece haberse debilitado.

Sin embargo, esta vez vacila de pronto en el umbral. Rebecca no levanta la vista, pero siente cómo sus ojos se posan sobre ella.

—Alice —susurra.

Rebecca no se mueve. El sudor le corre frío por la espalda. ¿Lo ha descubierto al final? ¿La oyó silbar llamando a Doris por la ventana? ¿O ha estado aquí mientras dormía y encontró la cuerda? ¿Sabe que planea escapar?

—Alice —susurra de nuevo.

Rebecca gira la cabeza a medias hacia la puerta y, por primera vez, responde al nombre falso:

—¿Sí?

Le sorprende lo sincera que suena su voz.

La criatura no dice nada más. Simplemente se queda allí, mirándola. Luego cierra la puerta y baja las escaleras.

Rebecca vuelve a respirar. ¿Qué ha significado eso? ¿Era una advertencia?

La criatura no sonaba ni enfadada ni amenazante… de hecho, había casi calidez en su voz. Quizá no ha descubierto el plan. Quizá solo quiere hacer las paces.

Rebecca no puede saberlo con certeza. Pero sí sabe una cosa: debe ejecutar el plan ahora, esta misma noche.

DÍA 108

Nunca antes ha pasado el tiempo tan despacio.

Andy se revuelve una y otra vez. No deja de mirar el móvil. Cada vez que lo hace, solo han pasado unos pocos minutos desde la última vez. Si el tiempo quisiera avanzar un poco más deprisa para que pudiera ponerse en marcha…

Por fin no puede esperar más. Son solo las 00:23, y pretendía aguantar hasta la 01:00, pero está bastante seguro de que Mamá y Papá duermen ya.

Así que se levanta, se viste y arregla la cama como ha hecho cientos de veces antes.

Pero esta vez es especial. Esta vez podría ser la última.

Consulta el móvil. La dirección queda bastante lejos, fuera de la ciudad, demasiado lejos para que él pudiera haberla encontrado en sus escapadas nocturnas, casi veinte kilómetros. Tardará buena parte de la noche solo en llegar. Sus piernas están en buena forma, pero aun así mañana tendrán agujetas.

A Andy no le importa si tiene que andar de lado el resto de su vida. Rebecca está al final de esos veinte kilómetros, y eso es lo único que importa.

Saca la mochila de debajo de la cama. Ha metido galletas saladas, una chocolatina Mars, una botella de agua, El wéndigo y un cúter.

No está del todo seguro de por qué lleva el libro, pero por algún motivo siente que es más valiente si lo tiene con él. Coge el cúter y desliza la hoja. Brilla a la luz. Andy traga saliva. Ojalá no tenga que usarlo, pero podría verse en una situación en la que deba defenderse o defender a Rebecca, y era el mejor arma que pudo encontrar en la caja de herramientas de Papá.

Cierra la mochila y se la cuelga al hombro. Luego sale por la ventana, se desliza por la bajante, rodea la casa y se agacha al pasar junto a la ventana del dormitorio de sus padres, aunque las cortinas estén echadas.

Entra a hurtadillas en el garaje sin encender la luz. Conoce el lugar de memoria y localiza la bici en la oscuridad. La saca al camino de entrada y está a punto de marcharse cuando nota que algo va mal. Mira hacia abajo y ve que la rueda trasera está completamente desinflada.

—Oh, mierda —susurra—. ¡Ahora no!

Se baja de la bici y la mira un segundo. No sabe arreglar un pinchazo, Papá siempre lo hace por él. Eso significa que tendrá que posponerlo todo hasta mañana.

La idea de esperar otro día le revuelve el estómago. Vuelve al garaje y usa la linterna del móvil para mirar alrededor.

La bici de Mamá está desmontada porque Papá está arreglando los cambios. La bici de Papá es demasiado grande para él. Y Cindy no tiene bici.

Andy gime y siente ganas de darle una patada a algo. Está tan cerca… y ahora tiene que esperar.

Entonces ve el patinete eléctrico de Cindy.

Andy duda un momento. Lo probó una vez, el verano pasado, cuando Cindy le dejó montarse sin que Mamá y Papá lo supieran. Incluso sabe cómo arrancarlo, y sabe dónde está la llave.

Andy decide hacerlo.

Entra de nuevo en la casa. En el recibidor, la llave del patinete cuelga del tablero, junto a otras llaves. Andy se acerca y la toma con cuidado, cuando de pronto oye un ruido en el cuarto de baño.

Andy se queda congelado. Pasos acercándose. No hay dónde esconderse.

La puerta se abre, y aparece Cindy. Da un pequeño brinco al verlo.

—Ay, me has asustado, Andy. ¿Qué haces despierto a estas horas?

Andy intenta contestar, pero solo sale un graznido seco.

Cindy baja la mirada y nota que Andy está completamente vestido, con los zapatos puestos.

Suspira.

—Joder, Andy. ¿Sigues escapándote por las noches? Mamá te va a matar si se entera.

—Yo… yo tengo que hacerlo, Cindy.

—No, no tienes que hacerlo, en realidad. Tienes que pasar página. Rebecca no va a volver, ¿vale?

Las palabras le golpean en el estómago como puñetazos. Andy respira hondo, recordándose que Cindy lo dice con buena intención. Y que ella no sabe lo que él sabe.

Esconde la llave del patinete detrás de la espalda y espera que ella no note su ausencia en el tablero.

—Ven arriba conmigo, Andy —dice Cindy con súplica, acercándose —. Puedes dormir en mi habitación si quieres.

Por un instante, Andy está tan sorprendido por la oferta que casi se siente tentado a aceptarla. No ha dormido en su habitación desde que era muy pequeño. Antes de que naciera Rebecca. Por entonces, él y Cindy todavía jugaban juntos.

—Cindy —dice Andy, sin pensar en lo que está a punto de preguntarle—. ¿Por qué no estás triste porque Rebecca se fue?

La respuesta se refleja en la cara de Cindy de inmediato, mientras lucha por no venirse abajo.

Niega con la cabeza.

—¿Eres tonto, Andy? Claro que estoy triste. Lloro todas las noches antes de dormir. Solo que… no llevo mis emociones colgadas.

—Yo… yo no lo sabía —dice Andy, sintiéndose idiota.

Cindy suspira otra vez.

—¿Cómo ibas a saberlo? Cada uno está metido en su propia mierda ahora mismo, ¿no?

—Supongo que sí —dice Andy, viendo a Cindy bajo otra luz.

El corte de pelo, el maquillaje, la ropa nueva. Todo eso empezó después de que Rebecca desapareciera. Y quizá no tenía nada que

ver con su aspecto después de todo.

—Lo siento, Cindy —dice, dándose cuenta de que su hermana puede haber estado sufriendo tanto como él por la pérdida de Rebecca.

—Da igual —dice Cindy, logrando esbozar una sonrisa—. Anda, sube conmigo, ¿quieres?

Cindy da un paso hacia la escalera y pone una mano en el hombro de Andy, pero él permanece firme.

—Tengo que irme, Cindy —susurra.

Cindy está a punto de responder, cuando lo mira y ve las lágrimas en sus ojos.

—Esta será la última vez —dice Andy—. Lo prometo.

Cindy lo observa, y puede ver una tristeza profunda en su rostro.

—Está bien —murmura al fin, asintiendo—.

—No se lo dirás a Mamá, ¿verdad?

—Supongo que debería, pero… —Cindy se encoge de hombros—. Si esta es tu forma de lidiar con todo, ¿quién soy yo para decirte que no? Solo prométeme que tendrás cuidado. Pon las luces de la bici, ¿de acuerdo?

Le aprieta el hombro y sube las escaleras.

Andy exhala. Todo su cuerpo tiembla. La llave está empapada de sudor en su mano cerrada.

***

Rebecca no puede dormir.

Permanece despierta, mirando al techo. Sabe que será la última vez que esté aquí. La última vez que vea esta habitación. De una manera u otra.

Las horas pasan despacio. No tiene reloj, pero escucha el reloj de péndulo de la planta baja, contando las campanadas. Por fin decide que ha llegado el momento.

Se incorpora, ya vestida. Encuentra la cuerda y el calcetín lleno de comida, moviéndose lo más silenciosamente posible. Ata la cuerda al asa del cubo y vacía el calcetín dentro. Casi es una comida entera. Espera que baste para tentar a Doris.

Pero antes debe ocuparse de otra cosa.

Rebecca cruza la habitación y abre el armario. La luna está llena y su luz entra por la grieta del techo. Rebecca sube al estante inferior y estira una mano hacia arriba. Tras un poco de manipulación, logra soltar una de las tejas. Pesa muchísimo. La baja con cuidado y la deja sobre el suelo. Luego vuelve a subir y suelta otra.

Cuando ha quitado tres, el agujero es lo bastante grande para que ella quepa. Un rectángulo de cielo negro y estrellado se abre ante ella, y el aire fresco de la noche se cuela dentro, invitándola.

Rebecca sale del armario y vuelve a cerrarlo. Su corazón late con fuerza; la criatura podría abrir la puerta en cualquier momento y arruinarlo todo. Pero aún no lo ha hecho. Y Rebecca continúa.

Abre la ventana y coge el cubo. Luego silba tres veces. Suena estridente en el silencio.

Espera un minuto, pero Doris no aparece. Rebecca sabe que la cachorra duerme en el salón, justo debajo de ella, y que el dormitorio de la criatura está al otro extremo de la casa. Pero ¿cuál duerme más profundamente?

Silba otra vez, un poco más fuerte.

Nada.

Silba una tercera vez, todo lo fuerte que se atreve.

Entonces oye la trampilla del perro. Doris sale tambaleándose, se sacude y mira hacia arriba, con ojos adormilados.

—Hola, Doris —susurra, agitando la mano.

La cola empieza a moverse.

—No hagas ruido —le indica Rebecca—. El monstruo no debe oírnos.

Doris se sienta y espera con paciencia su premio.

—Tengo algo especial para ti esta vez —susurra Rebecca, dejando caer el cubo por la ventana y bajándolo con cuidado gracias a la cuerda.

Doris observa curiosa cómo se acerca el cubo. Rebecca lo posa suavemente junto a la perrita. Luego da un par de golpes laterales con la cuerda, haciendo volcar el cubo.

Doris se aparta un poco. Gimotea y olisquea el cubo con desconfianza. Es evidente que puede oler la comida, pero no está

del todo segura de si es seguro meter el hocico.

—Adelante —susurra Rebecca—. No pasa nada, coge la comida, Doris.

Mira hacia atrás. La puerta sigue cerrada.

Tras un poco más de olisqueo, Doris decide arriesgarse y mete el hocico en el cubo con cautela. Rebecca puede oírla comer.

—Solo un poquito más… —murmura, sin apartar la mirada del perro y del cubo.

Doris da otro paso hacia delante. Está medio dentro del cubo ya. Aún no es suficiente. Si Rebecca intenta levantar el cubo ahora y Doris se escapa, teme que la cachorra tenga demasiado miedo para volver a acercarse. Solo tiene una oportunidad.

—Un poquito maaaás…

Por fin, Doris entra del todo en el cubo; solo se le ve la cola.

Rebecca tira de la cuerda hacia arriba. El cubo se endereza y se eleva del suelo. Doris deja escapar un pequeño ladrido de sorpresa. Rebecca sube el cubo rápidamente. Doris salta para intentar salir, y el cubo se bambolea peligrosamente. Durante un instante terrible, Rebecca está segura de que la perrita caerá y se hará mucho daño contra las baldosas de la terraza.

Pero Doris cae de nuevo dentro del cubo y, un momento después, Rebecca agarra el asa y lo mete en la habitación.

—Lo has hecho muy bien —susurra al levantarla—. Muy bien, muy bien.

La cachorra le lame la cara y gime de alegría por el reencuentro. Llevaban varios días sin estar juntas.

—Ssshhh —la manda callar Rebecca—. Ahora tenemos que estar muy calladas.

Se desabrocha la parte delantera de la camisa y mete a Doris dentro. La cachorra está caliente contra su estómago y se acurruca en seguida, soltando un bostezo satisfecho.

—Eso es, tú descansa. Trabajo yo.

Rebecca va al armario. Hasta ahora, todo va bien. Ahora viene la parte difícil. Respira hondo, abre el armario y trepa por los estantes. Asoma la cabeza por el agujero y observa el tejado unos instantes.

Es más empinado de lo que pensaba, y además está húmedo por el rocío.

«Puedo hacerlo. Solo necesito tener cuidado.»

Rebecca sube al estante superior y se impulsa hacia el tejado. Está muy alta. Por suerte, nunca le han dado miedo las alturas. Aun así, una caída desde ahí podría significar varios huesos rotos.

Prueba el tejado con el pie. Los calcetines resbalan enseguida. Se los quita y prueba con los pies descalzos. Las quemaduras le duelen un poco, pero las plantas tienen más agarre.

Empieza a trepar lentamente. El árbol está al otro lado de la casa, lo que significa que debe cruzar todo el tejado. Un par de veces casi resbala, pero pronto encuentra una técnica: agarrarse al borde de las tejas. Son afiladas y ásperas para los dedos, pero ignora el dolor.

Doris duerme tranquila contra su vientre.

Rebecca alcanza la cumbrera del tejado y avanza por ella hasta colocarse justo junto al haya. Ahora solo necesita bajar hasta las ramas.

El mayor problema de su plan, se da cuenta ahora, es que el árbol está justo fuera del dormitorio de la criatura, y tendrá que trepar por encima. Eso significa que debe ser extremadamente silenciosa.

Rebecca empieza a descender. Es mucho más difícil que subir. A los pocos pies, pierde el agarre y resbala. Está a punto de gritar cuando se desliza por el tejado húmedo, el trasero golpeando cada hilera de tejas mientras coge velocidad, las ramas aproximándose a toda prisa… y entonces las alcanza, manoteando desesperada en busca de algo a lo que agarrarse. Una o dos ramas finas se parten, y está a un milímetro de caer del todo cuando, en el último segundo, se aferra a una rama lo bastante gruesa como para sostenerla.

Rebecca se queda quieta, abrazada a la rama, con el corazón desbocado. Doris se agita bajo la camisa.

—Ya está —susurra—. Estamos bien. Duerme.

Rebecca escucha si hay algún ruido dentro de la casa. Su bajada descontrolada podría haber despertado a la criatura.

«Pues date prisa.»

Rebecca se pasa al árbol. Es más difícil de lo que pensaba: las ramas no son muy gruesas y también están resbaladizas, pero logra

avanzar hasta el tronco.

Se detiene un instante y mira hacia abajo. Puede ver la ventana del dormitorio de la criatura. Está oscuro dentro, pero la ventana está abierta, dejando entrar el aire nocturno.

Rebecca mira hacia la rama que sobresale por encima de la valla. Desde aquí parece mucho más fina y menos resistente que desde el suelo. Y hay varios metros de caída. Está tan cerca de la libertad… pero aún queda el último tramo peligroso.

Y, de pronto, sin aviso, la invade el miedo más abrumador de su vida. Por un momento, quiere abandonarlo todo. Volver a trepar al tejado y deslizarse de nuevo a su habitación. Bajar a Doris al césped y meterse en la cama.

¿Sería tan terrible vivir aquí?

¿Merece la pena arriesgar la vida por huir?

Si simplemente obedece a la criatura, no tiene nada que temer. Podría vivir años así.

Pero sabe que no puede. Sabe que solo hay un camino, y pasa por esa valla, esté tan asustada como esté.

Respira hondo, obliga a sus manos a soltarse del tronco y empieza a caminar. Rebecca tiene buen equilibrio. La primera mitad aún tiene ramas a las que agarrarse. Pero luego se acaban, y tiene que avanzar sola. La rama no es mucho más ancha que su pie y se balancea suavemente bajo su peso.

Las quemaduras empiezan a escocerle con fuerza, pero ignora el dolor y avanza despacio, un pie detrás del otro.

Ya casi está sobre la valla.

Dos pasos más. Está muy cerca.

Dos más. Uno.

Y ya ha pasado.

Rebecca se arrodilla y agarra la rama con ambas manos. Aquí afuera no es más gruesa que un palo de escoba. Tiembla entera. Ahora solo falta saltar. Hay casi tres metros de caída. Nunca ha saltado desde tan alto. Podría colgarse y acortar la distancia, pero teme que la camisa se abra y Doris caiga si estira los brazos. Así que debe saltar como está.

«Vamos, puedes hacerlo. Es lo último. Luego serás libre.»

Rebecca cierra los ojos. Y salta.

Cae a toda velocidad. La caída parece interminable.

Luego impacta en el trigo y la tierra blanda, rodando sobre la espalda para evitar dañar los pies. Le duele un poco el tobillo, pero se le pasa enseguida. No se ha roto nada. Doris se despierta y se remueve.

Rebecca se pone en pie y mira alrededor. El trigo le llega a las rodillas, pero puede ver muy lejos.

«Lo… lo he conseguido… ¡Soy libre! Yo—»

Un movimiento arriba. Rebecca mira y ve algo blanco que surca el aire. Una gran lechuza nival se posa en el haya y la observa con ojos redondos y amarillos.

Rebecca la mira, atónita.

La lechuza parpadea. Luego vuelve la cabeza hacia la casa.

Rebecca sigue la mirada del ave. Y se queda helada al ver a la criatura.

Está justo al otro lado de la valla, mirándola fijamente.

—Alice.

La palabra se arrastra por la noche. La voz es baja. Funesta. Llena de furia.

Rebecca niega con la cabeza y empieza a retroceder por el trigo. No puede dejar de mirar a la criatura. Está segura de que saltará la valla de un brinco en cualquier momento. Pero no se mueve.

—Alice —repite, un poco más alto.

—¡No! —dice Rebecca, y el sonido de su propia voz rompe el hechizo. Puede girarse. Puede correr.

Mira atrás y ve a la criatura alejarse a lo largo de la valla. Se dirige al patio y a la puerta. Eso significa que no puede escalarla. Debería tranquilizarla… pero no lo hace.

Algo en la forma de caminar de la criatura —lenta, con zancadas largas y tranquilas— la aterroriza aún más.

Como si supiera que no necesita correr.

Como si dispusiera de toda la noche.

Como si la huida de Rebecca ya estuviera perdida.

La lechuza alza el vuelo y planea en silencio sobre su cabeza antes de desaparecer en la oscuridad.

Rebecca corre por su vida.

***

Andy acelera todo lo que puede mientras avanza por la oscura autopista.

Al principio fue con cuidado, pero ahora ya le ha cogido el truco y se siente cómodo yendo a toda velocidad. La carretera es casi recta, y la luz del patinete le permite ver el asfalto húmedo por el rocío. Lleva casi media hora conduciendo.

De vez en cuando se detiene para mirar el móvil y asegurarse de que sigue en la dirección correcta.

Hasta salir del pueblo, temía que lo parara un coche de policía. Pero solo se cruzó con un par de conductores nocturnos, y ninguno le prestó atención. Lleva puesto el casco de Cindy, así que espera que nadie pueda adivinar que solo tiene trece años.

Aquí, en el campo, la probabilidad de que lo detengan es obviamente mucho menor, y aún no se ha encontrado con ningún coche. Solo las estrellas sobre su cabeza le hacen compañía.

Algo oscuro aparece delante.

Es un bosque, se da cuenta Andy al acercarse. Encaja con lo que le indicó el mapa: la casa que busca está al otro lado del bosque. Lo que significa que ya está cerca.

La carretera atraviesa los árboles. La oscuridad se hace más densa a su alrededor al entrar en el bosque, y hay hojas en el asfalto, que lo vuelven resbaladizo, así que afloja un poco el acelerador. Tener un accidente con el patinete sería casi tan malo como que lo parara la policía. Solo pensar en tener que llamar a casa, contarlo todo y pedir que vengan a recogerlo… Andy se estremece. No puede pasar.

Pero mientras tenga cuidado...

De repente, lo ve.

Aparece de la nada, como un muñeco sorpresa, totalmente inesperado.

Frena el patinete y apoya los pies en el suelo. Se quita el casco y contempla boquiabierto la furgoneta amarilla aparcada al borde de la carretera.

Aunque han pasado casi cuatro meses desde la última vez que la vio, no tiene ninguna duda de que es exactamente la misma furgoneta.

Entrecierra los ojos, ajusta las gafas e intenta ver a través del parabrisas. Según alcanza a distinguir, no hay nadie en el asiento del conductor. Mira a su alrededor, adentrándose con la vista entre los árboles.

No se ve a nadie. Se siente solo, pero… ¿cómo puede estar seguro?

Andy apaga el motor del patinete y lo apoya en la pata de cabra. Luego se quita la mochila rápidamente, la abre y busca el cúter.

Da unos pasos hacia la furgoneta, conteniendo la respiración mientras escucha.

La noche está absolutamente quieta.

Ni una brisa.

Ni una hoja se mueve.

Solo el corazón de Andy zumba en sus oídos.

Se acerca más a la furgoneta, aferrando el cúter, listo para sacar la hoja por si está caminando hacia una trampa.

Rodea la furgoneta. Todas las puertas están cerradas. Andy intenta abrir la trasera. Está cerrada con llave.

—¿Rebecca? —susurra—. ¿Estás ahí dentro?

No hay respuesta.

La intuición le dice que el vehículo está vacío. Da la vuelta hacia la parte delantera y coloca la mano sobre el capó; es un truco que aprendió en una novela de detectives. Sigue caliente. La furgoneta solo puede llevar aquí unos minutos.

Andy siente de pronto, con una fuerza punzante, que alguien lo está observando. Se gira en seco.

No ve a nadie. Excepto…

Levanta la mirada y ve a la lechuza observándolo desde el árbol más cercano.

Eso lo decide todo. La lechuza debe de ser una señal. Todavía queda casi una milla hasta la casa, pero Andy sabe ahora que Rebecca está cerca.

—¿Dónde está? —pregunta a la lechuza—. ¡Dímelo!

La lechuza parpadea. Luego emprende el vuelo y pasa sobre su cabeza sin hacer ruido, adentrándose en el bosque hasta desaparecer en la oscuridad.

Andy la sigue con la mirada y ve un sendero que serpentea entre los árboles. Es demasiado estrecho para un coche, así que quien viniera en la furgoneta seguramente la dejó aquí y continuó a pie.

Andy traga saliva. Es muy consciente de que está en mitad de la nada, completamente solo, en plena noche. Nadie sabe que está aquí, y ahora está a punto de perseguir a un monstruo peligroso armado solo con un cúter.

«Si yo estoy asustado, ¿cómo debe de estar Rebecca?»

El pensamiento le hace resoplar con fuerza por la nariz.

—Voy a por ti, Becca —le dice a la noche.

***

Rebecca no es realmente consciente de que se dirige hacia el bosque hasta que lo tiene justo delante. Simplemente corre a través del campo tan rápido como puede. Es difícil, porque el trigo intenta hacerla tropezar a cada paso, y los pantalones los lleva completamente empapados por el rocío.

La luna llena ilumina el terreno, permitiéndole ver un poco más allá a pesar de su visión borrosa. Un par de veces tropieza, pero se levanta enseguida.

No deja de mirar atrás, esperando ver a la criatura corriendo hacia ella, pero eso aún no ha ocurrido, y ya la casa y el gran haya se han convertido en una pequeña mancha oscura a lo lejos.

Aun así, sabe que está viniendo.

Sabe que no la dejará irse así como así.

Ve el bosque y se detiene un momento para recuperar el aliento. Doris se mueve bajo la camisa, gimiendo.

—Lo sé —jadea Rebecca—. Pero aún no puedes salir, Doris.

Se pregunta durante un instante si es buena idea entrar en el bosque. Por un lado, allí será más difícil verla, ya no estará a campo abierto. Pero por otro, tiene la sensación de que el bosque es donde la criatura se mueve de forma más natural. Al fin y al cabo, fue en el

bosque del parque donde la esperaba cuando la capturó. Quizá sería mejor rodearlo. Quizá debería…

El viento susurra a su lado. Es solo una leve brisa.

—Alice.

El nombre apenas se oye.

Rebecca gira sobre sí misma y mira en todas direcciones. Sigue sola en el campo. Pero de repente ya no se siente sola.

Corre hacia el bosque, sujetando al cachorro contra su estómago mientras zigzaguea entre los árboles.

Dentro es aún más difícil ver: la mayoría de la luz de luna queda atrapada en las copas, sus hojas y ramas crean sombras temblorosas por todas partes. El suelo es irregular y cubierto de helechos, haciéndola tropezar más de una vez.

Llega a un claro y se detiene, mirando alrededor, jadeando, forzando la vista.

Las sombras de los árboles juegan con su imaginación, haciendo que parezca que una de ellas podría avanzar en cualquier momento y revelarse como la criatura.

«No, no puede estar aquí ya», intenta decirse. «Tuve mucha ventaja y corrí todo lo rápido que pude».

A menos que… haya venido en la furgoneta…

El pensamiento la recorre como un latigazo helado. ¿Y si la criatura sabía que iba hacia el bosque? ¿Y si simplemente se dirigió con calma a la furgoneta y condujo hasta aquí? Quizá ya está aquí.

Quizá incluso está esperándola…

La sensación de ser observada la envuelve desde todos lados. Quiere correr, se siente expuesta ahí en medio del claro, pero no sabe en qué dirección dirigirse.

—¿Hola? —susurra, girando lentamente—. ¿Hay alguien ahí?

No llega ninguna respuesta. Al menos, no de una voz humana. Pero la brisa vuelve a moverse, cruza el claro, hace sonar los helechos… y arrastra con ella la voz chillona, infantil, de la criatura.

—Aaaalice…

A Rebecca se le corta la respiración. Quiere gritar, pero no puede. Todo su cuerpo tiembla, sus rodillas amenazan con doblarse. Gira sobre sí misma, intentando desesperadamente ver a la criatura.

—¿Dónde estás? —dice.

—Alice —susurra el viento.

—¡¿Dónde estás?! —grita Rebecca.

El grito rebota y un grupo de cuervos dormidos emprende el vuelo desde las copas. Sus chillidos llenan el claro y sus sombras revolotean alrededor antes de perderse en la noche. Luego vuelve el silencio.

Rebecca contiene la respiración. El viento ha cesado. Todo está quieto. Una débil chispa de esperanza la roza. Ya no oye la voz. Quizá la criatura se distrajo con los cuervos. Quizá...

—Alice.

Esta vez, la voz suena justo detrás de ella.

Rebecca se gira con un alarido justo cuando la criatura surge de entre las sombras. Cuando la luz de la luna la alcanza, Rebecca ve con horror absoluto que está completamente desnuda. La piel grisácea cubre sus miembros delgados y enfermizos, moviéndose de manera extraña, casi onírica, sobre sus largas patas de araña. Y sus ojos negros la paralizan.

Quiere darse la vuelta, correr, escapar, pero no puede mover un músculo. Solo puede quedarse allí, rígida, mirando a la criatura avanzar hacia ella, y sabe que es el final, sabe sin duda alguna que la criatura va a matarla.

Percibe entonces, muy débilmente, un sonido lejano que empieza a crecer. Al principio lo confunde con su propio pulso resonando en los oídos. Pero al aumentar, se asemeja más al zumbido de una avispa furiosa acercándose. Y luego sube más, convirtiéndose en un rugido airado.

La criatura también lo oye, porque gira bruscamente su largo cuello y mira hacia un lado, justo cuando un destello blanco ilumina todo durante un segundo.

Rebecca gira la cabeza con un movimiento lento, como de sueño. Alcanza a ver el patinete —la scooter— irrumpiendo en el claro, saltando sobre el suelo irregular. También ve a la criatura atrapada en el haz de luz, como un animal sorprendido. Levanta los brazos y deja escapar un gruñido ronco, pero el sonido queda cortado cuando

el patinete la embiste y la lanza hacia atrás. La scooter da una voltereta y el conductor sale despedido antes de caer.

Rebecca parpadea y mira al conductor, que aterriza justo delante de ella. Con un gemido, la figura se pone en pie y se quita el casco.

Andy la mira.

Es más alto, más delgado, y lleva el pelo más largo. Pero es Andy. Sonríe, y la sonrisa es exactamente la misma.

—Hola, Becca —dice, un poco sin aliento.

Luego su sonrisa desaparece al girarse hacia la criatura. Rebecca sigue su mirada y ve a la figura delgada en el suelo empezar a moverse.

—Vamos —dice Andy, agarrándola del brazo—. Tenemos que irnos.

El contacto de su mano despierta a Rebecca de su trance. Lo sigue hasta el patinete, que él levanta con un quejido. Gira la llave y el motor vuelve a la vida.

—¡Sube! —dice Andy, montándose.

Rebecca salta detrás de él. Rodea su cintura con los brazos, apretando tanto que Doris casi queda aplastada entre ambos.

Andy acelera y da media vuelta. En ese movimiento, el faro ilumina de nuevo el claro, y Rebecca alcanza a ver otra vez a la criatura, ya medio incorporada. Se agarra el costado mientras los mira con un gruñido mudo.

Luego la escena queda atrás, y el patinete salta por el bosque, mientras Rebecca hace todo lo posible por no caer.

***

Parece que pasa una eternidad hasta que por fin llegan a la carretera.

Andy sigue bombeado por la adrenalina que aún le recorre el cuerpo. Apenas sintió dolor al chocar contra la criatura, aunque salió volando dando vueltas. Seguro que más tarde encontrará un montón de moratones, pero ahora solo siente euforia.

Rebecca lo abraza con fuerza, y él aún no puede creer que realmente sea ella… ¡que de verdad la haya encontrado!

Aunque no se parece del todo: ha adelgazado, tiene unas ojeras profundas y, por alguna razón, se ha teñido el pelo de rubio.

Pero aun así, es ella.

El suelo del bosque es muy irregular, pero Andy acelera casi al máximo, apretando los dientes para que no le castañeen. Sin el casco, de hecho, ve mejor.

De repente, el suelo cambia a asfalto, y Andy frena, deteniendo la scooter en mitad de la carretera. Han salido exactamente por el mismo sitio por donde él entró: a pocos metros de la furgoneta amarilla.

—Así es como te encontré —dice Andy por encima del hombro—. Cuando vi la furgoneta, supe que estabas en el bosque.

—Tenemos que alejarnos de aquí, Andy —susurra Rebecca en su oído—. Va a seguirnos.

—Lo sé —dice Andy, bajándose y poniendo la scooter sobre la pata de cabra—. Pero necesitamos ventaja.

Se dirige a la furgoneta, se arrodilla y examina la rueda. Encuentra la válvula y la gira. Con algo de esfuerzo, consigue aflojarla, y la válvula empieza a silbar mientras el aire escapa.

Andy se asegura de dejar la rueda completamente deshinchada antes de correr de vuelta a la scooter. Nota cómo Rebecca lo mira con algo parecido a la admiración, y siente un estallido de orgullo salvaje. Se sube de un salto y acelera.

—Vale, agárrate.

Avanzan a toda velocidad rumbo al pueblo. Andy nota cómo Rebecca sigue girándose para mirar atrás.

—Creo que lo he herido cuando lo golpeé —dice Andy—. Puede que no tenga fuerzas para perseguirnos.

—Yo no confiaría en eso —dice Rebecca con gravedad—. No es humano.

—Lo sé —responde Andy.

Rebecca guarda silencio unos segundos, y luego pregunta:

—¿Cómo lo sabes?

—Por un libro —dice Andy—. Es una historia larga, pero creo que es un wendigo.

—¿Un qué?

—Un wendigo. Es un monstruo de leyendas antiguas, como vampiros y cosas así. Es…

Andy siente algo moverse contra su espalda.

—¿Qué es eso? —pregunta, mirando por encima del hombro.

—Solo es Doris. Es una cachorra que me llevé de la casa de la criatura.

—Ah, vale.

Conducen un rato sin hablar. Andy nota que Rebecca se gira un par de veces más, hasta que deja de hacerlo. Al salir del bosque y de las sombras, la luna y las estrellas iluminan el paisaje abierto.

—No pensé que nadie fuera a venir por mí —dice de pronto Rebecca en su oído; Andy nota que casi llora—. Por eso escapé. Pensé que todos habíais dejado de buscarme.

—Yo no dejé de buscarte —dice Andy con firmeza—. Nunca.

—Entonces ¿por qué no vino la policía?

—Dijeron que no podían hacer más. Y mamá y papá… bueno, supongo que les creyeron. Pero yo no. Yo sabía que todavía podíamos encontrarte y traerte a casa.

—¿Por eso viniste solo? ¿En el patinete de Cindy?

—Sí. Mamá y papá ni siquiera saben que me he ido —Se ríe—. ¡Imagínate sus caras cuando aparezcamos!

Rebecca calla un momento.

—¿Cómo averiguaste dónde estaba? —pregunta.

Andy empieza a explicarlo todo… y una vez empieza, no puede parar. Desde el libro, hasta los pájaros carpinteros, la Nueva mamá y Anatomía del ojo humano. Incluso le cuenta lo de Lisa.

Rebecca escucha mientras él habla. Andy no recuerda que ella haya escuchado tanto tiempo sin interrumpirlo nunca.

Cuando él termina, Rebecca solo dice:

—Así que los fantasmas existen.

—Supongo que sí. Al menos este.

Andy nota los brazos de Rebecca temblar.

—¿Tienes frío?

—Mucho.

—Solo quedan diez minutos hasta el pueblo. Aguanta un poquito más, Becca. ¿Puedes?

Andy espera que ella rezongue y diga algo como "¿Qué crees?" o "Claro que puedo, no soy un bebé". Eso habría dicho la Rebecca de antes.

Pero en su lugar responde con docilidad:

—Vale.

A Andy le da un pinchazo en el pecho. ¿Qué era lo que hacía el wendigo cuando atrapaba a alguien? Le rompía la mente, el espíritu, le chupaba la fuerza vital hasta que ya no era ni humano.

Andy reza interiormente para que el wendigo no haya absorbido demasiada fuerza vital de Rebecca. Para que ella siga siendo Rebecca.

El cielo empieza a aclararse, la luna y las estrellas pierden brillo cuando divisan el pueblo. La noche se convierte en mañana, y muy pronto habrá tráfico.

Acaban de pasar el cartel del límite urbano cuando la scooter da un tirón.

Andy mira el panel. Una luz roja al lado del indicador de combustible parpadea.

—Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

—Que se ha quedado sin gasolina.

La scooter vuelve a dar un tirón y pierde velocidad. Andy se sube a la acera justo cuando el motor muere y se detienen.

—Tenemos que caminar el resto —dice Andy, poniendo la scooter en la pata de cabra y ayudando a Rebecca a bajar. Solo ahora se da cuenta de que va descalza—. ¿Dónde están tus zapatos?

—Tuve que dejarlos —responde sin más, mientras sostiene el bulto bajo la camisa.

—¿Quieres que te lleve en brazos?

—No, está bien.

Empiezan a caminar por la acera. Andy siente algo irreal al volver a pasear junto a Rebecca. Ella cojea un poco.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta Rebecca, mirando a Andy.

—¿El wendigo?

—Sí. Dijiste que lo supiste enseguida cuando Regan encontró el nombre.

—Vale, déjame enseñártelo…

Andy saca su móvil y escribe el nombre.

Rebecca lo lee, frunce el ceño.

—Qué nombre más raro.

—Lo sé. Pero intenta pronunciarlo.

Rebecca lo hace.

—Ambroos van de Goor… —Al principio no parece entenderlo. Luego entorna los ojos y lo repite—. Van de Goor… Suena casi igual que "wendigo".

—¡Exacto! —dice Andy, sonriendo—. Supongo que se inventó un nombre para hacerse pasar por un ser humano. Debió tener número de la seguridad social y todo, ya que pudo sacar un libro de la biblioteca.

—Quizá una vez fue un ser humano —dice Rebecca, con un tono distante; Andy sabe que está pensando en algo.

—¿Por qué dices eso?

—En su casa había una foto de una niña.

—¿Una niña? ¿Qué niña?

Rebecca niega con la cabeza.

—No lo sé. Alguien a quien la criatu… el wéndigo quería. Estoy bastante segura de que ahora está muerta.

Rebecca guarda silencio, y sus ojos parecen mirar a ninguna parte mientras avanzan.

Andy vuelve a mirarla.

—¿Te… te hizo daño, Becca?

Rebecca sigue mirando al frente.

—Me quemó las plantas de los pies con un puro, y me echó algo en los ojos que escocía muchísimo.

—Qué monstruo —susurra Andy, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda y cómo la rabia le sube al pecho. Vuelve a mirar a Rebecca—. Veo que tienes los ojos un poco rosados… ¿puedes ver bien?

—No mucho. Todo está borroso.

—Seguro que se te pasará.

—Al principio sí, pero ya no.

Andy aprieta el puño. Se siente fatal por Rebecca, pero también furioso con la policía, con su madre y su padre, consigo mismo, con todos por no haberla encontrado antes. Ahora puede que tenga daños permanentes en los ojos por culpa de lo que el wéndigo le hizo.

—¿Y el pelo? —pregunta.

—Me obligó a teñírmelo.

—¿Te hizo algo más para hacerte daño?

Rebecca guarda silencio durante mucho rato.

Andy empieza a pensar que no va a responder.

Entonces, ella dice muy bajito:

—Me llamaba Alice.

—¿Alice?

—Sí. Le repetí mil veces que mi nombre era Rebecca, pero seguía llamándome Alice.

—¿Por qué haría eso? —pregunta Andy, frunciendo el ceño.

Rebecca sigue mirando adelante cuando dice, con voz apagada:

—Quería que olvidara mi verdadero nombre.

Andy nota que su rostro tiembla ligeramente mientras caminan. Ve claramente los pensamientos que revolotean por la cabeza de Rebecca, y percibe lo profundamente que la ha marcado estar atrapada con el wéndigo tanto tiempo.

—Pero no lo olvidaste, ¿verdad? —pregunta con cautela.

Rebecca vacila un instante y luego niega con la cabeza.

—No. Lo escribí.

—Bien. Fue muy listo por tu parte.

—También… también mató a un anciano —continúa Rebecca—. Yo lo vi.

Andy traga saliva.

—¿Quién era?

—No lo sé. Un hombre que vino a pedir indicaciones. Lo apaleó hasta matarlo con una pala.

—Santo Dios —murmura Andy, y luego cambia de tema—. ¿Cómo te atrapó? Quiero decir, ¿cómo te metió en la furgoneta? ¿Estabas dentro, verdad? Cuando te oí llamar desde dentro.

Rebecca asiente.

—Sí, y te vi por la rendija entre las puertas.

—¿Cómo pasó? ¿Te cogió sin más a la salida de la biblioteca?

—No. Fui al parque.

—¿Al parque? ¿Por qué?

—Quería darte un susto. Ya sabes, porque estaba enfadada contigo.

Andy niega con la cabeza.

—Eso es tan típico de ti, Becca… Deberías haberte quedado y esperarme, como te dije.

Suena mucho más acusador de lo que pretendía, y se arrepiente al instante.

—Lo sé —dice Rebecca, rompiendo a llorar de golpe—. Sé que debería haber esperado, y lo siento, Andy, ¡lo siento muchísimo!

Se detiene, se gira y lo abraza por el costado.

Andy está tan sorprendido de verla llorar que al principio se queda inmóvil, incapaz de reaccionar, mientras ella lo abraza de forma torpe.

Luego él también la abraza.

—Está bien, Becca.

—¡No está bien, es culpa mía, debería haberme quedado!

—No, la culpa es mía —dice Andy, sintiendo él también lágrimas en los ojos. Le parte el alma oír a Rebecca culparse, pero a la vez eso le alivia su propia culpa y le permite decir aquello que lleva clavado desde que la encontró—. Lo siento muchísimo por haberte dejado, Becca. Si no hubiera entrado en la biblioteca aquel día, nada de esto habría pasado. ¿Puedes perdonarme?

Rebecca intenta responder, pero sus palabras se ahogan en los sollozos, y Andy simplemente la sostiene mientras ella llora sin control en su pecho. Oye a alguien susurrar para calmarla, y se da cuenta de que es él mismo.

—Ya está… ya está. Todo va a ir bien. Estás aquí. Estás a salvo. Ya está…

Por fin, Rebecca deja de llorar y se limpia los ojos.

—Me alegro tanto de que vinieras a por mí, Andy.

Andy sonríe y se seca discretamente una lágrima.

—Siento no haber llegado antes. Has sido muy valiente.

Rebecca baja la mirada.

—Me duelen mucho los pies. Creo que ahora sí me gustaría que me llevaras a cuestas.

—Claro, súbete al Expreso Andy.

Así lo llamaba cuando Rebecca era pequeña y quería montar a caballito.

Andy se agacha para que ella suba a su espalda. Hacía años que no lo hacían, pero por suerte Rebecca pesa poco.

Andy empieza a andar, y cruzan la ciudad aún dormida, bajo el resplandor amarillento de las farolas.

—¿Qué crees que pasará con él? —pregunta Rebecca—. Con la criatura, digo.

—Lo arrestarán seguro. En cuanto le diga a la policía su nombre, lo localizarán y lo meterán en la cárcel. O quizá lo maten cuando descubran que no es humano.

—Bien —dice Rebecca simplemente.

—Mira —dice Andy, señalando con la cabeza—, ya casi estamos en la biblioteca. Qué raro, ¿no? Fue justo ahí donde hablamos por última vez, antes de que desaparecieras.

Rebecca no responde enseguida. En lugar de eso, dice:

—¿Oyes eso? —con una nota de tensión en la voz.

Andy se detiene y escucha.

Sí, oye algo. Un ruido rítmico: ga-dunk, ga-dunk, ga-dunk, creciendo en volumen y velocidad, acercándose desde atrás.

Andy se gira… y siente cómo el estómago se le hunde.

La furgoneta amarilla se aproxima a toda velocidad, ladeada, golpeando el asfalto con la rueda desinflada… pero avanzando muy rápido.

—¡Oh, mierda! —exclama Andy—. ¡Está viniendo!

—¡Tenemos que correr, Andy! —grita Rebecca en su oído.

Pero Andy ya ha echado a correr con todas sus fuerzas, Rebecca rebotando en su espalda.

La calle está desierta; no hay callejones, ni entradas, ni gente para pedir ayuda. Andy solo puede correr recto.

Rebecca le grita algo, pero él no distingue las palabras: solo oye el rugido de la furgoneta acercándose cada vez más. Mira atrás un

instante: ahora la furgoneta circula con dos ruedas subidas a la acera. Tras el parabrisas oscuro ve el rostro pálido mirándolos… y comprende, con terror, que el wéndigo va a atropellarlos.

Ya casi han llegado a la biblioteca; si consigue avanzar otros seis metros, podrán cruzar la calle y esconderse tras los aparcamientos de bicicletas.

Pero el sonido del motor está encima.

Andy no tiene otra opción: se lanza hacia la calle. El giro es demasiado brusco para sus piernas agotadas. Tropieza y cae de rodillas con un golpe seco.

—¡Andy, cuidado! —grita Rebecca.

Andy alza la vista justo cuando los faros lo engullen por completo. Ya es demasiado tarde para saltar, retroceder o apartarse.

Solo puede hacer una cosa: empujar a Rebecca fuera de su espalda.

Y entonces la furgoneta lo embiste.

***

Rebecca cae medio en la acera, raspándose la mano y golpeándose las rodillas, pero apenas lo nota.

Se gira al instante para mirar a Andy. Y lo ve todo. Igual que cuando la criatura mató al anciano: todo se ralentiza.

La furgoneta no va tan rápido como antes, pero sigue lo bastante deprisa como para arrollar a Andy y lanzarlo por los aires.

Él rueda varias veces antes de quedar boca arriba, las piernas y brazos abiertos, la cabeza ladeada, de forma que Rebecca puede verle la cara. Las gafas cuelgan de una oreja, los ojos cerrados, la boca abierta. Un hilo oscuro de sangre le corre desde la comisura.

Rebecca mira su pecho.

No se mueve.

«Está muerto», le dice un pensamiento lejano.

«Andy está muerto».

No puede apartar los ojos de la cara de Andy. Todo lo demás desaparece. Solo lo mira, deseando que abra los ojos, que respire, que mueva una mano, que levante la cabeza.

Pero Andy sigue inmóvil. No respira. No abre los ojos. No se mueve.

Algo se agita bajo la camisa de Rebecca, y ella recuerda vagamente a la cachorra.

En algún lugar cercano oye el sonido de una puerta de coche abriéndose, pasos lentos avanzando por la acera.

La figura alta, huesuda y desnuda de la criatura aparece. Se detiene junto a Andy. Se queda allí un instante, mirándolo, en mitad de la calle vacía.

«Déjalo», piensa Rebecca, intentando convertirlo en palabras, pero sin lograrlo.

La criatura se inclina, recoge a Andy y lo carga de vuelta hacia la furgoneta.

Los pensamientos de Rebecca están rotos. Se siente lejana y aturdida; puntitos negros bailan frente a sus ojos y parpadea para intentar mantenerse despierta, pero es una batalla perdida.

«Pide ayuda», piensa, pero aún no encuentra la voz. No podría gritar igual que no podría echar a correr. Ni siquiera puede incorporarse o girar la cabeza. Por el rabillo del ojo ve cómo la criatura abre las puertas traseras de la furgoneta y coloca el cuerpo de Andy dentro.

Cuando la criatura vuelve para llevársela a ella, Rebecca no puede hacer nada. Siente las manos frías agarrarla y levantarla, y entonces la negrura llega, rodando sobre ella como una ola de alquitrán que se derrama y ahoga los últimos restos de su mente consciente.

Rebecca se desmaya.

***

Andy despierta muy lentamente de un sueño muy profundo.

O al menos, así lo siente.

Pero algo es distinto. Se nota mucho más ligero, como si su cuerpo se hubiese convertido en aire cálido. Y cuando abre los ojos, algo también ha cambiado en su visión.

Mira un cielo tenue con estrellas débiles arriba, pero todo parece como si lo estuviera viendo a través de un cristal empañado por la

lluvia.

Se incorpora y se da cuenta de dónde está, aunque no recuerde absolutamente nada de cómo llegó allí. Está fuera de la biblioteca, en medio de la calle, y debe de ser ya tarde por la noche o muy temprano por la mañana, a juzgar por la oscuridad del cielo.

Aunque reconoce el lugar, las cosas se ven a la vez extrañas: más frescas, más vibrantes, como si nunca las hubiese visto de verdad. Todo tiembla levemente: la carretera, las casas, la biblioteca, incluso el aire.

«Debe de ser un sueño», piensa Andy… o tal vez lo dice en voz alta, porque las palabras reverberan a su alrededor unos segundos antes de desvanecerse.

Se pone en pie, maravillado por lo fácil que resulta moverse —es como si bastara con la intención de moverse y entonces ocurriese, sin ningún esfuerzo—. Se siente ingrávido, como si fuese parte del aire, como si realmente no estuviera allí.

«No estoy realmente aquí», se dice- piensa, escuchando las palabras, intentando comprenderlas.

Mira sus manos, dándoles la vuelta lentamente, viéndolas parpadear y oscilar ante sus ojos, los bordes deshaciéndose en el aire, como si su cuerpo reaccionara a una brisa inexistente que casi lo arrastra.

«Qué sueño tan raro.»

Las palabras flotan a su alrededor un momento y se disipan.

Entonces aparecen otras:

«No es un sueño.»

Andy se vuelve —o al menos, cree que se vuelve, aunque parece más bien que todo el mundo gira como un disco gigante— hasta quedar frente a la biblioteca, de donde parecieron salir esas nuevas palabras. El edificio oscuro ondula ante sus ojos, y una figura brillante se desliza hacia él, rozando el suelo sin llegar a caminar realmente. Es una chica vestida de azul, con un largo cabello castaño rojizo que flota alrededor de su cabeza, moviéndose constantemente como si estuviera bajo el agua.

Andy intenta enfocar, intenta verla mejor, pero distinguir sus rasgos es como intentar sujetar una pastilla de jabón mojada.

«¿Quién eres?» pregunta con la mente.

—Soy Lisa —responde la figura, flotando delante de él—. Me recuerdas, Andy.

No es verdad. Andy no recuerda nada. Ni siquiera recordaba su propio nombre hasta que la chica lo ha pronunciado.

Pero entonces sí recuerda, vagamente.

Recuerda haber hablado con una chica llamada Lisa, hace muchísimo tiempo, en un lugar muy lejano.

—Sí te recuerdo —dice en voz alta y en su cabeza—. Eres la chica muerta de la biblioteca.

De pronto, más recuerdos vuelven, apresurados, convirtiéndose en palabras—. Moriste aquí mismo, frente a la biblioteca.

—Tú también —dice la chica, sin emoción alguna. Su voz suena extraña, como un canto de pájaro suspendido en el aire—. Estamos muertos los dos.

Andy se echa a reír. De alguna manera, parece la respuesta lógica cuando alguien te dice que estás muerto. Claro que no lo está. Los muertos no hablan, no oyen, no sienten nada.

—No estoy muerto —le dice—. Solo estoy soñando. Tú estás en mi sueño.

—Mira mejor, Andy.

Andy deja de sonreír y mira más de cerca. Percibe algo detrás de la chica, algo en el cielo. El fondo cambia, transformándose en algo distinto. Ahora es un cielo morado con planetas extraños flotando. Luego cambia otra vez. Ahora es un desierto. Y después, un castillo antiguo, un campo de flores, un volcán ardiendo, un campo de batalla lleno de cadáveres, un patio de colegio lleno de niños.

El cielo sigue cambiando; las escenas se mezclan, todas queriendo aparecer a la vez, y Andy descubre que puede llamar a unas y descartar otras. Y reconoce algunas.

Está la Comarca.

Está Hogwarts.

Está la estación espacial de Solaris.

Siente algo distinto con cada realidad que surge, igual que cuando leía los libros.

—Mundos detrás de mundos —dice, sin saber de dónde sale esa frase ni qué significa.

Lisa no dice nada. Solo flota.

Andy fuerza la mirada hacia la chica, intentando ver su rostro de verdad.

Ahora sí la recuerda, al menos en parte: Lisa Labowski, la chica muerta que le hablaba a través de los libros. Quiere ver su cara, pero esta se distorsiona, se difumina; solo distingue el pelo castaño rojizo, la piel pálida y la oscuridad bajo los ojos.

Por alguna razón extraña, Andy siente miedo. No sabe por qué; Lisa es su amiga, lo sabe.

—Deseaba tanto que entraras aquí, Andy —dice ella—. Quería estar contigo para siempre.

Lisa se mueve entonces, o quizá es el mundo el que gira; en cualquier caso, la chica se desplaza alrededor de él, fuera de su vista, hablando desde atrás.

—He estado sola tanto tiempo… Solo quería alguien con quien hablar.

Una oleada de tristeza invade a Andy. Quiere ayudarla, quiere que vuelva a ser feliz. No quiere que esté sola.

—Estoy aquí ahora —le dice, girando sobre sí mismo, sin verla—. Ya no estás sola. Me quedaré contigo.

«Ayúdala, Andy», dice una voz dentro de su mente. «Te necesita.»

Andy da vueltas para encontrar a Lisa, pero no puede. El miedo vuelve arrastrándose.

—Quiero ayudarte —dice en voz alta—. ¡Quiero ayudarte, Lisa! ¿Dónde estás?

No hay respuesta.

Andy está solo en la calle.

Los mundos sobre la biblioteca siguen deslizándose, mostrando uno tras otro paisajes maravillosos, tantos que sus ojos se ven arrastrados hacia ellos.

—Me quedaré contigo —susurra—. Viviremos en los libros juntos.

Camina hacia la biblioteca. No tanto usando las piernas como deseando avanzar. Las puertas de cristal se abren y una luz cálida y anaranjada lo invita a entrar, disipando la oscuridad y el miedo.

«Ayúdala, Andy», insiste la voz.

—Lo haré —susurra, a punto de cruzar el umbral.

Entonces la chica muerta aparece justo delante de él y, por un instante, Andy ve su rostro con total claridad. Y está muerta. Muy muerta.

Andy retrocede, invadido por un terror abrumador. Quiere huir, quiere lanzarse dentro de la biblioteca, donde los mundos lo esperan, pero Lisa bloquea el paso, y de pronto es enorme, gigantesca.

—¡Ayúdala, Andy! —ruge, su voz temblando la realidad—. ¡Ella te necesita!

—¡No puedo! —gime Andy, tapándose los oídos y apartando la vista—. ¡No puedo ayudarla! ¡Tengo miedo!

No quiere mirar, pero no puede evitarlo, y ve a la chica muerta, ahora otra vez del tamaño de una niña de trece años.

—Todos tenemos miedo, Andy —dice Lisa, con voz etérea de nuevo—. Pero las cosas que nos asustan nunca son reales. No de verdad. Solo son historias.

La chica alza la vista, y Andy la imita.

El cielo ha dejado de cambiar. Ahora muestra una sola escena. Es un bosque oscuro, y cuatro hombres con uniformes de cazador antiguo avanzan entre los árboles.

—El wéndigo —dice Andy—. El wéndigo es real. Se llevó a Rebecca.

—Entonces tú la devuelves —le dice Lisa, elevando de nuevo la voz mientras se acerca, muy cerca, lo suficiente para que Andy sienta un soplo de aire frío en la cara.

Él cierra los ojos, esperando que Lisa le grite.

Pero en lugar de eso, escucha su voz muy suave dentro de su mente:

«Está bien tener miedo, Andy. Simplemente sigues adelante igualmente.»

Y cuando Andy vuelve a abrir los ojos, Lisa está retrocediendo flotando hacia la biblioteca, las puertas se abren una vez más, el tentador resplandor anaranjado rodeándola como un halo.

—No te vayas —dice Andy, casi llorando—. No te vayas, Lisa.

—Ve, Andy —le dice Lisa—. Ayúdala.

Luego se hunde en la luz naranja y esta la engulle cuando las puertas de cristal se cierran.

Andy mira al cielo, donde aún aparece la escena de El wéndigo. Los hombres ya han montado el campamento, y la oscuridad cae sobre el bosque. Andy recuerda la historia; sabe lo que viene ahora: muy pronto, el wéndigo llegará arrastrándose y se llevará a uno de ellos.

—Esta vez no —dice Andy, y se da la vuelta, alejándose de la biblioteca y del paisaje sobrecogedor.

***

Rebecca se despierta con la vaga sensación de estar dentro de un coche. Oye el ruido del motor y los ga-dunk, ga-dunk del neumático pinchado. También huele a aceite de motor y al hedor de la criatura.

No tiene idea de cuánto tiempo ha estado inconsciente, pero la cabeza le pesa. A su alrededor hay casi oscuridad total, pero Rebecca está acostumbrada a no ver bien, así que explora instintivamente con las manos. Encuentra a alguien tumbado a su lado y deja escapar un jadeo cuando sus recuerdos regresan de golpe.

—¡Andy!

Se inclina sobre él, encuentra su cara y acerca el oído a su boca, rezando para escucharle respirar. Pero no lo hace. No hay aire entrando ni saliendo de la boca entreabierta de Andy.

—Oh, Andy… —gime Rebecca, rompiendo a llorar—. Oh, Andy, despierta… ¡Por favor, despierta!

Lo abraza y lo sacude, le suplica una y otra vez que despierte.

Y entonces, de repente, lo hace. Un solo y débil suspiro.

Rebecca se queda mirándolo, distinguiendo apenas el contorno borroso de su rostro.

—No esta vez —susurra Andy, casi inaudible. Luego toma otra bocanada de aire. No abre los ojos, sigue inconsciente, pero Rebecca no se preocupa por eso; el corazón le estalla de alivio al saber que Andy está vivo.

Lo abraza otra vez, más suave esta vez para no hacerle daño. Se queda allí tumbada a su lado varios minutos, escuchándole respirar, sintiendo su pecho subir y bajar, dando gracias a Dios y al cielo porque Andy no murió bajo la furgoneta, porque no está sola con la criatura.

Entonces oye algo olfatear junto a su oreja, y alarga la mano y encuentra a Doris. La coge y la abraza también.

Está tan agotada del miedo que empieza a cabecear, casi arrullada por el vaivén del coche, cuando de pronto se detiene.

Rebecca oye el tintineo de la cadena metálica y sabe exactamente dónde están. La furgoneta avanza hasta el patio, la criatura apaga el motor y sale para cerrar la verja.

Rebecca mira hacia la rendija por la que entra un débil rayo de luz del amanecer, sintiendo un terrible déjà vu del día en que la criatura la atrapó por primera vez.

Esta vez también abre las puertas traseras de la furgoneta, pero no hace intento alguno de ocultarse. Su cuerpo huesudo y desnudo aparece silueteado en la apertura contra el horizonte tenuemente iluminado. Antes de que Rebecca pueda reaccionar, la criatura mete la mano y agarra el tobillo de Andy.

—¡No! —grita ella cuando la criatura empieza a arrastrarlo hacia afuera.

Rebecca se lanza encima de Andy, pero la criatura la aparta como si fuera una mosca molesta sobre su cena, y ella cae dentro de la furgoneta, quedándose sin aire.

En algún sitio, Doris empieza a ladrar furiosa.

—¡Para! —jadea Rebecca, recuperando el aliento—. ¡Suéltale!

La criatura no escucha. Levanta a Andy como si no pesara nada y se lo echa al hombro como un saco de patatas. Andy deja escapar un gemido.

Rebecca se pone en pie tambaleándose y se arroja hacia las puertas abiertas, pero la criatura se aparta, y Rebecca cae sobre la grava.

—¡Vuelve! —grita, ya con los pulmones funcionando—. ¡No le hagas daño!

Ve a la criatura caminar hacia el jardín, todavía cargando a Andy, y se levanta de un salto y corre tras ellos, ignorando el dolor de sus pies.

Lo alcanza y agarra la pierna de Andy, pero solo consigue arrancarle el zapato. Luego agarra el pantalón, pero la criatura es demasiado fuerte y simplemente arrastra a Rebecca por la hierba húmeda mientras avanza con grandes zancadas. Así que Rebecca empieza a golpearla en la espalda.

—¡Para! ¡Déjale en el suelo!

La criatura la ignora. Lleva a Andy detrás del seto y lo deja caer en el suelo. Andy vuelve a gemir y se da la vuelta, quedando boca arriba. Murmura algo y parece intentar abrir los ojos.

Rebecca se deja caer junto a él, apenas notando que la criatura se aparta.

—Andy —dice, con la voz temblorosa—. ¿Estás bien? ¿Me oyes?

—¿Becca…? —murmura él, muy débil. Abre los ojos a medias, sin lograr enfocarlos—. ¿Dón… de… estamos?

—Estamos en la...

Rebecca se calla al ver que la criatura vuelve a acercarse desde un lado. Gira la cabeza y ahoga un grito.

Solo se había apartado para recoger la pala, que estaba unos metros más allá. Incluso con la luz tenue del amanecer, Rebecca ve la hoja brillante cuando la criatura la levanta bien alto.

—¡Nooo! —chilla Rebecca, y sin pensarlo se arroja sobre Andy, preparándose para sentir un dolor terrible al romperse su columna, pero el dolor no llega… porque la pala no llega.

Rebecca levanta la vista y ve que la criatura duda, sujetando la pala a medio alzar.

—Apártate —susurra con voz ronca.

—N… no —dice Rebecca, negando con la cabeza con firmeza—. No puedes hacerle daño.

—Apártate.

—¡No!

La criatura se inclina, la agarra del cuello y la aparta a la fuerza. Pero Rebecca se arrastra de vuelta en cuanto la suelta y vuelve a cubrir a Andy justo cuando la criatura alza la pala de nuevo.

—Becca… —musita Andy, sin comprender lo que ocurre.

—No te preocupes —le dice Rebecca con voz temblorosa—. Me aseguraré de que no...

La criatura la interrumpe agarrándola otra vez y lanzándola de un empujón. Rueda varias veces por el suelo, pero vuelve a lanzarse hacia Andy justo antes de que la pala pueda caer.

La criatura gruñe, irritada, y entonces tira la pala al suelo.

Rebecca siente una oleada breve e intensa de triunfo.

«¡Ha cedido!»

Pero entonces la criatura la agarra del brazo con fuerza y la arrastra hacia la casa. Y Rebecca comprende cuál es su intención: va a encerrarla, y luego volverá afuera para matar a Andy sin que ella pueda impedirlo. Después usará la pala para enterrarlo junto a los huesos de Alice y la tumba fresca del anciano británico.

Rebecca lucha desesperadamente por soltarse: se retuerce, patea, golpea. Incluso intenta morderle, pero la criatura solo le sujeta la cabeza hacia atrás con la otra mano. La arrastra alrededor de la casa, por el patio, al interior y escaleras arriba.

Rebecca está al borde del pánico. Si la encierra, se acabó; no habrá nada más que pueda hacer.

Empieza a suplicar.

—¡Para! ¡Por favor, para! ¡Haré lo que quieras! ¡Nunca volveré a escaparme, lo juro! ¡Solo… solo no le hagas daño!

La criatura no reacciona. La arrastra por el pasillo.

—¡Me quedaré aquí! —dice Rebecca entre sollozos—. ¡Me quedaré aquí toda la vida! ¡Lo juro!

Sin reacción. Llegan a la habitación y la criatura abre la puerta.

Rebecca busca frenéticamente las palabras adecuadas. Y entonces, justo cuando la criatura la empuja dentro y está a punto de cerrar la puerta, por fin las encuentra.

—¡Seré Alice!

Es como una fórmula mágica.

La criatura se queda inmóvil, con la puerta a medio cerrar. Gira lentamente la cabeza para mirarla.

Rebecca respira entrecortadamente, parpadeando para intentar ver mejor. A través del velo de lágrimas cree distinguir la expresión

en su rostro. La criatura la observa, expectante.

—Seré Alice —repite ella—. Para siempre. Si no le haces daño.

La criatura la mira durante varios segundos. El único sonido es la respiración rasgada de Rebecca.

—¿Alice? —susurra al fin, con una pregunta en la palabra.

—Sí —susurra ella, asintiendo—. Sí, soy Alice desde ahora.

Entonces sucede algo increíble.

La criatura simplemente se da la vuelta y se marcha, dejando la puerta abierta. Rebecca sale de la habitación sin hacer ruido y ve a la criatura bajar las escaleras. La sigue. La criatura sale al exterior y vuelve al jardín.

La mañana está ya más clara; el sol asoma por el horizonte, tiñendo el cielo de naranja y morado. Rebecca sigue a la criatura hasta el lugar donde dejaron a Andy. Su hermano ha vuelto a desmayarse, tendido de lado. Rebecca está lista para lanzarse sobre él y protegerlo de nuevo si la criatura aún quiere hacerle daño. Pero, de algún modo, sabe que no lo hará.

Simplemente se agacha, recoge a Andy y vuelve a la casa. Rebecca lo sigue al talón mientras la criatura sube las escaleras y lo lleva a la habitación de al lado de la suya. Lo deja sobre la cama y se gira para marcharse.

Al pasar junto a ella, la criatura extiende brevemente una mano y le acaricia la mejilla, un gesto sorprendentemente tierno. Rebecca no estaba preparada para ello, y apenas consigue no apartarse.

—Alice —susurra la criatura, y la calidez en su voz es lo más aterrador que Rebecca ha oído jamás.

Luego sale de la habitación y los deja solos a Andy y a ella.

DÍA 113

Rebecca abre la puerta con muchísimo cuidado y se cuela dentro de la habitación.

Su vista aún no se ha recuperado del último tratamiento, y sus pies siguen doloridos por las quemaduras recientes.

Para su sorpresa, la criatura no la castigó especialmente esta vez, a pesar de su intento de escapar. Probablemente porque hizo la promesa de obedecer a partir de ahora. De ser Alice.

La habitación de Andy está bañada en una luz dorada del atardecer que entra por las cortinas entornadas. Sus ojos, como siempre, van hacia la cama del rincón, y para su sorpresa, esta vez ve a Andy sentado, con las gafas puestas.

—Solo soy yo —dice, cerrando la puerta suavemente a su espalda —. Te he traído la cena.

Le acerca el plato.

Andy lo coge, pero lo deja sobre su regazo.

—No tengo hambre —murmura.

—Tienes que empezar a comer.

—No puedo. Me duele demasiado la cabeza.

—¿Y las pastillas? ¿Siguen sin ayudarte?

—No mucho, no.

Rebecca se sienta junto a él en la cama. Es extraño; una parte de ella sabe que tiene motivos de sobra para estar asustada y

preocupada, y aun así se siente mucho más segura ahora que Andy está aquí. Él no ha podido hacer nada salvo tumbarse en la cama, dormir, vomitar y quejarse del dolor de cabeza y de la pierna maltrecha, pero simplemente tenerlo aquí es un consuelo inmenso.

Sabe, por supuesto, que aunque Andy estuviera perfectamente y no hubiera resultado herido, aun así no podría ayudarla a escapar. Ha terminado aceptándolo. Ahora es Alice, al menos en cierto modo, y su última oportunidad de huir desapareció, lo que significa que probablemente pasará el resto de su vida aquí. Aun así, la idea es mucho más soportable con Andy cerca. Al menos no estará sola.

—¿Cómo van tus pies? —pregunta Andy.

—Mejor. Todavía duelen, pero puedo caminar otra vez.

Se aseguró de morderse fuerte y no gritar durante la última sesión de quemaduras, porque sabía que Andy estaba en la habitación contigua y podía oírla si lloraba. No quería preocuparle.

Es increíble lo rápido que todo ha vuelto a la normalidad. La criatura ha retomado sus rutinas habituales y actúa como si nada hubiera pasado.

La única excepción, realmente, es que ahora Andy está aquí. La criatura no le habla ni entra nunca en su habitación. Es evidente que no le importa, pero tampoco le impide a Rebecca cuidarlo.

Así que le lleva comida y lo ayuda a ir al baño. También pidió a la criatura calmantes para el dolor de cabeza de Andy; lo hizo sin demasiada esperanza, simplemente no podía soportar ver a Andy retorcerse de dolor… pero para su asombro, la criatura se los llevó.

Hay otra cosa que ha cambiado: la forma en que la criatura actúa con Rebecca. La mira de otra manera. Al principio no podía entender qué significaba, pero ahora sí.

Hay afecto en su voz. Calidez.

La toca de vez en cuando, siempre brevemente, siempre cuando ella no lo espera. Rebecca aún tiene que contenerse para no apartarse: teme que la criatura se enfurezca si ve que se estremece bajo su contacto.

Pero aunque la criatura parece tener sentimientos cálidos hacia ella ahora que ha aceptado ser su Alice, Rebecca puede sentir cómo la vigila de cerca. Cómo esos ojos negros la siguen siempre que le

da la espalda. Cómo observa sutilmente su habitación cada vez que sube a desearle buenas noches.

Rebecca no se engaña: el cariño de la criatura es condicional. Solo la tratará así mientras siga obediente. Justo bajo la superficie, late una amenaza constante, silenciosa.

Rebecca está casi segura de que esta es su última oportunidad. Si la criatura la pilla haciendo algo indebido, no habrá más clemencia. Los matará a ambos y buscará una nueva Alice.

—¿Y tu pierna? —pregunta Rebecca.

Andy dobla la rodilla.

—Ya no duele tanto. No creo que esté rota. Probablemente solo se golpeó muy fuerte cuando la furgoneta me arrolló.

Todavía tiene moratones negros y azules por toda la pantorrilla y el muslo, pero van bajando poco a poco.

Si la pierna no está rota, es una gran noticia, significa que Andy podrá volver a caminar. Por desgracia, su cabeza tuvo menos suerte. Rebecca aún recuerda ver cómo rebotaba contra el asfalto al caer.

Ya a la mañana siguiente tenía un enorme chichón rojo detrás de la oreja izquierda y empezó a vomitar constantemente.

Rebecca tuvo una conmoción una vez, siendo muy pequeña. Fue en su primer viaje de esquí. Un chico mayor con una tabla de snowboard la tiró al suelo y se golpeó la cabeza. Está casi segura de que Andy tiene una conmoción, y recuerda lo dolorosa que es.

Se oye un leve rascar en la puerta. Rebecca va a abrirla, y Doris se cuela dentro, cruza la habitación y salta a la cama.

La perrita también ha cambiado desde que intentaron escapar. Ahora solo quiere estar con Andy y Rebecca, y gruñe cada vez que ve a la criatura.

Andy saca un trozo de bacon y se lo ofrece. Doris lo engulle encantada.

—Tenemos que hacer un plan —dice Andy, mirando a Doris.

Rebecca suspira.

—Esto ya lo hemos hablado, Andy. Aún no puedes ni caminar.

Andy no parece oírla.

—¿Va a trabajar?

—¿A trabajar?

—Sí, quiero decir… ¿sale alguna vez para ir a trabajar?

—No… creo que no.

—Pero a veces se irá, ¿no? Tiene que hacerlo. Necesita comprar cosas, comida y eso.

Rebecca lo piensa un momento.

—Creo que va a la ciudad una vez a la semana, quizá, pero ya sabes que cierra con llave antes de salir. Y es difícil saber cuánto tarda: a veces solo media hora.

Andy le da otro trozo de bacon a Doris.

—Así que sabe lo del agujero del tejado, ¿no? Sabe cómo saliste.

—Sí. Tapó el tejado.

—Eso significa que necesitamos otra salida.

Andy sigue mirando a Doris, frunciendo el ceño mientras piensa.

Es la primera vez que Rebecca lo ve comportarse como el Andy de antes. En cierto modo, le alegra, pero a la vez es desgarrador, porque se ve tan decidido, tan seguro. Claramente no ha aceptado la realidad de su situación.

—Las ventanas de arriba están demasiado altas, y no hay nada por lo que bajar —prosigue—. Así que o forzamos la cerradura de la puerta, o rompemos una ventana abajo.

—Andy, escucha. No creo que…

—Probablemente tardaríamos demasiado en forzarla —la interrumpe—. Así que creo que es mejor opción romper una ventana. ¿Hay algo en la casa que pese lo suficiente como para romper un cristal?

Por fin la mira.

Rebecca le devuelve la mirada. Aunque apenas distingue los detalles, puede percibir lo decidido que está.

—Andy —dice con suavidad—. No va a funcionar, da igual cómo lo hagamos.

Andy frunce aún más el ceño.

—¿Por qué no?

—No nos dejará escapar otra vez. Simplemente no lo hará.

—Claro que no nos "dejará", pero no es cosa suya. Decidimos nosotros, Rebecca. Encontraremos la forma de…

—No, Andy. No me refiero a eso. Ya te lo dije. Me vigila ahora. Todo lo que hago. Siempre está cerca, escuchando. Como si solo esperara a ver si lo intento otra vez.

—Vale —dice Andy, cerrando los ojos y frotándose la frente mientras el dolor vuelve—. Entonces tenemos que… tenemos que ser más listos… tenemos que superarlo.

—Pero si fallamos… —Rebecca le coge la mano y baja la voz—. Si nos atrapa otra vez, Andy… nos matará. Esta vez no será misericordioso.

—¿Misericordioso? —repite Andy con desprecio—. ¿Te parece misericordioso tenerte aquí como prisionera? ¿O quemarte los pies y dañarte los ojos?

—No, pero…

—Entonces ¿qué? ¿Te parece que deberíamos quedarnos aquí toda la vida?

—Quizá… quizá venga alguien y nos encuentre.

—¿Quién? ¿Otro desconocido para que lo mate y lo entierre? Eso no va a servir.

—Entonces quizá la policía.

Andy suelta una carcajada amarga.

—La policía. Seguro que ya han tirado la toalla. No pudieron encontrarte, ¿recuerdas? Y aunque estén buscándome a mí, ¿cómo demonios podrían encontrarme? No tienen absolutamente nada. Cuando tú desapareciste, al menos tenían un testigo… ¡a mí! —se golpea el pecho con el pulgar—. El problema es que no me hicieron caso. ¡Y ahora no tienen nada, Becca!

Rebecca no sabe qué decir. Andy está demasiado alterado para escuchar razones, y ella no quiere discutir, así que se levanta y está a punto de salir cuando Andy le agarra la muñeca y la hace sentarse de nuevo.

—Tenemos que escapar —dice, en voz baja, con la cara tan cerca que Rebecca puede oler el vómito en su aliento—. Lo antes posible. No podemos rendirnos. Y no podemos esperar ayuda de fuera. Tú lo lograste una vez, y puedes volver a hacerlo. Yo idearé el plan, pero necesitaré tu ayuda. Tú conoces este lugar y conoces al wendigo. Necesitas encontrar una idea, la que sea, por pequeña que parezca.

Cuando tengas algo, vienes y me lo dices. Yo haré el resto. ¿Vale? ¿Vale, Becca?

Rebecca respira hondo varias veces. Andy está tan desesperado que no puede decirle lo que realmente piensa:

Que no sirve de nada.

Que nunca encontrarán una manera.

Que intentar huir es un suicidio.

Y que no arriesgará sus vidas.

Así que, en su lugar, fuerza una sonrisa y le miente:

—De acuerdo, Andy. Pensaré en algo. Solo… dame tiempo.

DÍA 114

—¿Hola?

Regan parpadea y vuelve en sí. Durante un momento no tiene ni idea de dónde está, y mira alrededor para descubrir que se encuentra detrás del mostrador de la biblioteca. Al otro lado hay una chica de unos diecisiete años, mirándola con leve diversión.

—Lo siento —murmura Regan, sonriendo a la chica—. Creo que me he quedado dormida un segundo. ¿Qué decías?

La chica le tiende un libro.

—He encontrado este libro…

—Claro, ¿quieres llevarlo en préstamo? Pásalo por el terminal de ahí. ¿Necesitas que te enseñe cómo…?

—No quiero llevármelo —dice la chica—. Estaba tirado en el suelo y no sabía muy bien qué hacer con él.

—Oh… de acuerdo. Gracias —dice Regan, tomando el libro.

La chica vuelve a ojear las estanterías.

Regan la observa un instante sin verla realmente; ya se ha perdido de nuevo en sus pensamientos.

No puede dejar de pensar en Andy. Lleva en su mente desde que lo declararon oficialmente desaparecido ayer… no, incluso antes. Desde el primer día en que Andy no apareció por la biblioteca.

Claro que antes había faltado, pero esta vez Regan tuvo una sensación extraña. Una sensación de que algo malo había pasado.

Y cuando Andy tampoco vino al día siguiente, la sensación se hizo más fuerte.

Y al tercer día, cuando empezaron a hablar de él en las noticias, ella ya sabía que su intuición era correcta.

Casi fue a la policía; llegó a ir dos veces hasta su coche para conducir hasta la comisaría, pero en ambas ocasiones cambió de idea. ¿Qué podía decir? ¿Que había tenido un presentimiento de que Andy iba a desaparecer? ¿Cómo ayudaría eso a encontrarlo?

No tenía ni idea de dónde estaba Andy ni de qué le había ocurrido. Y la policía parecía estar igual. Su portavoz en televisión no hacía más que repetir frases como «investigación en curso» y «siguiendo varias líneas» y «manteniendo todas las posibilidades abiertas», exactamente lo mismo que decían cuando la hermana de Andy desapareció en primavera.

«Es tan terrible. Primero Rebecca y ahora Andy.»

Los rumores ya circulaban por la ciudad. Ayer mismo oyó a dos ancianas hablar aquí mismo, en la biblioteca. Estaban convencidas de que Andy había huido de casa porque seguía destrozado por la desaparición de su hermana.

Regan sabe que no es verdad. Aunque Andy seguía triste por lo de Rebecca, no estaba destrozado. De hecho, la última vez que habló con él estaba muy animado. Como si… ¿como si qué?

«Tiene algo que ver con Rebecca.»

Regan ha reproducido su última conversación una y otra vez en su cabeza. Hay algo que no deja de molestarle. Algo que su cerebro intenta decirle. Siempre vuelve a esa frase que Andy dijo.

«Tiene algo que ver con Rebecca.»

Las puertas de cristal se abren cuando entra un caballero mayor, sacando a Regan otra vez de sus pensamientos, y decide continuar con lo que estaba haciendo: recolocar libros devueltos.

Quizá deba dejar de comerse la cabeza. De todos modos no puede hacer nada. La idea de Andy desaparecido la entristece profundamente, ¿y qué utilidad tiene eso para nadie? No puede seguir así, pasando los días perdida en pensamientos lúgubres, casi sin poder funcionar.

Inspira hondo y va hacia el carro de libros, cuando se da cuenta de que aún sostiene el libro que le dio la chica. Lo había olvidado por completo.

«Estaba tirado en el suelo.»

Regan observa la gastada cubierta de cuero, sin título. Conoce este libro. Es *El* Wendigo, el que Andy mencionaba tanto. Lo ha visto leerlo un montón de veces.

Lo curioso es que… también lo recogió del suelo ayer, cuando lo encontró tirado delante de las estanterías, como si alguien lo hubiera sacado y dejado caer.

Regan va a la fila B, encuentra el hueco vacío y está a punto de deslizar el libro dentro, cuando le invade una sensación extraña. Casi como si sintiera que alguien le habla, pero sin sonido.

Mira discretamente alrededor para asegurarse de que nadie le ha dicho nada, pero está completamente sola en esa parte de la biblioteca.

Regan se muerde el labio, duda un instante, y después abre el libro y hojea las páginas, ojeando el texto sin saber exactamente qué busca.

«¿Por qué estaba Andy tan obsesionado con este libro? Debe de haberlo leído cien veces. ¿Es realmente tan emocionante?»

Se detiene en una página al azar y lee un poco. La prosa es fluida y pictórica, y la trama parece atractiva. Pero no le revela nada sobre qué fascinaba tanto a Andy. Lo cierra con un suspiro, lo devuelve al hueco y se gira para volver al carro.

Solo ha dado unos pasos cuando un sonido seco, un thud, se oye detrás.

Regan se para y gira la cabeza.

El libro está en el suelo. Regan lo mira fijamente.

«¿Cómo ha pasado? Juraría que lo puse bien.»

Aparentemente no. Debió despistarse otra vez y no lo empujó del todo. Vuelve, lo recoge y nota que el corazón le late más rápido de lo normal. Coloca el libro otra vez, esta vez asegurándose de que queda bien ajustado al fondo.

Luego da unos pasos hacia atrás, sin perder de vista el libro, como si esperara a medias que volviera a caerse. Por supuesto, no se cae.

Regan niega con la cabeza. «Estoy perdiendo la cabeza. Tengo que centrarme.»

Sale de la fila B y vuelve al carro. Justo cuando coge el primer libro, vuelve a oírlo. Thud.

El corazón de Regan le salta a la garganta, y tiene que tragar saliva para hacer que baje. Deja el libro y regresa a la fila B.

El Wendigo está de nuevo en el suelo.

Se queda ahí, mirándolo. No quiere acercarse, casi le da miedo.

Debe de ser algo de la encuadernación. Quizá el cuero esté demasiado resbaladizo, o… o quizá la estantería esté ligeramente inclinada hacia afuera. Pero entonces, ¿por qué no se caen los demás libros? Podría ser electricidad estática que lo empuja hacia fuera…

Regan escucha cómo su propia mente intenta desesperadamente encontrar una explicación racional, mientras una parte más profunda de ella sabe que no la hay. Que está ocurriendo algo muy distinto.

Recoge el libro. Lo lleva al mostrador, lo deja sobre la mesa y lo mira fijamente.

«¿Qué intentas decirme?»

Andy. Sin duda tiene algo que ver con Andy. Puede sentirlo. Nota algo zumbando justo fuera del alcance de su mente. Como cuando oyes una mosca sin verla.

«Tiene algo que ver con Rebecca.»

¿Por qué diría Andy eso? ¿Qué quería decir? ¿Qué estaba intentando hacer? ¿Buscar a Rebecca? ¿Cómo iba un libro de no ficción sobre el ojo humano a tener relación con la desaparición de su hermana?

Y entonces, por fin, lo comprende.

No era el libro lo que interesaba a Andy. Era la última persona que lo había tomado prestado. Y Regan le ayudó a encontrarla. Rompió las normas porque Andy se lo pidió con tanta urgencia, como si fuese absolutamente crucial que obtuviera ese nombre.

Pero ¿para qué? ¿Qué significaba ese nombre para él? No dijo nada, solo lo miró un minuto, luego le dio las gracias y volvió a *El* Wendigo. Como si no fuera tan importante.

Pero ahora, al recordarlo, Regan ve que solo fingía. Que no quería llamar más la atención.

«Pequeño bribón… ¿qué te dijo ese nombre?»

¿Sabía aquella persona algo sobre la desaparición de Rebecca? Era una idea demasiado descabellada. Si esa persona supiera algo, la policía habría venido hace tiempo a consultar el sistema. Andy tiene trece años. ¿Podría haber resuelto un caso que la policía ya daba por imposible? Por supuesto que no. Esas cosas solo pasan en las películas. O en los libros.

Pero la coincidencia…

Andy desapareció esa misma noche. ¿Podía ser casualidad? ¿Y si no lo secuestraron ni huyó… y si salió voluntariamente a buscar a Rebecca? ¿Y si realmente creyó que la persona de aquel nombre tenía algo que ver? ¿Y si… tenía razón?

En realidad tenía sentido. Absurdo, pero con sentido.

¿Y si no era absurdo?

¿Y si esta era una oportunidad de encontrar a Andy? Quizá la única que tendrían. Su mente le dice que es fantasía, un tiro al aire, pero su instinto insiste en que está a punto de descubrir algo.

Dos chicas de la edad de Andy entran por las puertas de cristal. Llevan mochilas y ni siquiera miran a Regan al pasar por el mostrador, absortas en un susurro.

Regan capta unas frases.

—¿Crees que lo encontrarán?

—No. Tampoco encontraron a su hermana.

Y desaparecen entre los estantes, dejando tras de sí un peso en el estómago de Regan.

Mira el libro que aún sostiene. El libro que insiste en caerse una y otra vez.

Y se vuelve hacia el ordenador y empieza a teclear.

DÍA 115

Andy está en la biblioteca y está completamente solo. Ha venido a hablar con Lisa; hay algo vital que necesita decirle, aunque no está muy seguro de qué exactamente.

Encuentra El Wendigo y empieza a hablar con el libro, pero Lisa no le contesta.

Pasa las páginas cada vez más deprisa, adelante y atrás, buscando desesperadamente alguna frase de ella, pero no encuentra nada. Con una creciente sensación de pánico coge otro libro de la estantería y lo hojea; al no encontrar nada tampoco, lo deja caer y agarra otro.

Grita el nombre de Lisa, le suplica que le responda, y cuando levanta la vista se da cuenta de que las estanterías han crecido hasta ser tan altas como torres, demasiado altas como para ver siquiera la parte de arriba. Y, de pronto, los libros empiezan a caer sobre él, cientos de ellos, miles incluso, golpeándole en la cabeza, en los hombros, y él intenta escapar, pero ya le llegan hasta la cintura, y siguen cayendo, dándole en la cabeza una y otra vez, y le duele de verdad, la cabeza le late ahora, le late con fuerza, más libros le golpean, y el dolor le provoca náuseas, y siente que está a punto de…

Andy apenas tiene tiempo de girarse de lado antes de que el desayuno le suba burbujeando por la garganta y caiga en el cubo

junto a la cama. Vomita durante unos segundos mientras una avalancha de dolor retumba en el interior de su cráneo.

Escupe una última vez y luego se limpia la boca con la manga, que ya está acartonada de tantas veces como ha vomitado. Necesita una ducha con urgencia; apesta a sudor rancio y a vómito, y tiene la piel y el pelo llenos de grasa.

Se tumba de espaldas, suspirando aliviado cuando el dolor de cabeza remite. Esta vez no ha sido tan intenso, y tampoco ha durado tanto. Es una buena señal.

Alarga la mano hasta encontrar sus gafas, se las pone, parpadea y mira hacia la ventana; por la luz que se cuela puede saber que sigue siendo de día. Rebecca vendrá pronto con la comida, o quizá con la cena; no está seguro de qué hora es.

Tampoco está seguro de cuántos días han pasado. Cinco, quizá seis. A Andy le parece que ha pasado un mes.

Cuando despertó aquí por primera vez, en esta cama, estaba muy confundido y no recordaba nada de lo que había ocurrido. Solo tenía un vago recuerdo de la furgoneta persiguiéndolos. Luego estaba aquel sueño en el que habló con Lisa, y después Rebecca estaba encima de él, gritando.

Cuando empezó a despejarse un poco, Rebecca se lo explicó todo: cómo la furgoneta lo había atropellado y casi lo mata, cómo la criatura había querido rematarlo con la pala y cómo ella había negociado para salvarle la vida.

«Vaya rescate», dice una voz desagradable en su cabeza. «No solo no salvaste a Rebecca, sino que además conseguiste que te atraparan a ti también, y como premio te llevaste una buena conmoción cerebral. Buen trabajo, Andy.»

La voz suena como hablaba Sheila antes, mezclada con un matiz del tono helado de la Nueva Mamá. Andy odia esa voz e intenta no escucharla. Lo ha estado acosando desde que llegó aquí.

Intenta decirse, en cambio, que todavía no está todo perdido. Que al menos ha encontrado a Rebecca, y que ahora pueden buscar juntos la manera de escapar.

El problema es que pasará un tiempo antes de que Andy esté en condiciones de correr.

Y también está el problema más grande: el problema de Rebecca.

Andy nota que ella no está muy dispuesta a intentar escapar otra vez. Es como si hubiera gastado toda su valentía en el último intento y ahora no le quedara nada para volver a probar.

A Andy no le importa en absoluto el trato que ella hizo con el wendigo. Sabe que Rebecca solo lo hizo para salvarle la vida, pero también percibe que hay una parte de ella que ha aceptado ese trato.

No puede culparla, por supuesto. Ha sido muy valiente, viviendo sola con el wendigo todo este tiempo, luchando constantemente por no rendirse.

Andy no está seguro de que él hubiera sido capaz. Pero Rebecca es muy fuerte y muy cabezota —al menos, solía serlo— y de no haberlo sido, sin duda ya habría sucumbido al wendigo, perdiéndose por completo y aceptando su nueva vida aquí. O, mejor dicho, su no-vida. Andy ve lo apagados que están sus ojos, cuánto queda ya de la vieja Rebecca.

Aún no es demasiado tarde. Rebecca encontró fuerzas para huir hace solo unos días. Todavía puede salvarse. Pero dependerá de él. Ahora tiene que ser él el valiente. Él tiene que ser el que luche contra el wendigo.

La idea del monstruo le aterra. Solo recuerda vagamente su cara, con aquellos ojos pequeños y negros; lo vio de refilón en el bosque justo antes de embestirlo con el scooter, y luego otra vez, cuando recuperó brevemente el conocimiento allí fuera, en el jardín, con Rebecca tumbada encima de él y el wendigo alzándose sobre ambos, su cabeza gris recortada contra el cielo oscuro. Desde entonces no lo ha vuelto a ver. No entra aquí. Lo cual es a la vez reconfortante e inquietante.

¿Por qué no le ha quemado los pies ni le ha dañado los ojos como a Rebecca? Puede que sencillamente no le importe. Puede que sepa que Andy sigue demasiado débil como para hacer nada.

Sin embargo, sabe que el wendigo lo quiere muerto, a pesar del acuerdo que hizo con Rebecca. Y quizá ya esté planeando cómo matarlo. Podría hacer que pareciera un accidente para que ella no sospechase que fue un asesinato. Podría envenenarle la comida sin

más. O Andy podría despertarse en mitad de la noche y verlo de pie junto a la cama…

Andy se estremece solo de pensarlo.

¿Cómo lo haría? ¿Cómo lo mataría si entrase aquí? Probablemente con la pala.

No quiere imaginarlo, pero no puede evitarlo. De algún modo siente que tiene que pensarlo, que necesita ese miedo para motivarse. Así que trata de imaginar qué se siente al morir a palazos.

El dolor será intensísimo… si es que llega a sentirlo. Quizá el primer golpe, luego seguramente lo deje inconsciente. Pero el wendigo seguirá golpeando hasta oír cómo cruje su cráneo…

Las náuseas regresan, y Andy tiene que tragar saliva para que no suban.

«Concéntrate en otra cosa. Busca la manera de salir de aquí.»

El problema es que solo ha visto una pequeña parte de la casa fuera de esta habitación. Sabe que el cuarto de Rebecca está al lado, y que el baño está al fondo del pasillo. La última vez que Rebecca lo ayudó a ir al baño, él intentó convencerla de que lo llevara abajo, pero ella se negó porque el wendigo estaba allí.

Andy no puede ponerse a explorar por su cuenta; aún no tiene fuerzas. Pero en cuanto las recupere, podrá registrar la casa mientras el wendigo esté fuera, y está seguro de que podrá encontrar una manera de escapar. Está harto de estar aquí tumbado, dolorido e inútil.

Lleva una mano al bolsillo y nota el cúter. Es casi un milagro que no lo perdiera cuando lo atropellaron. El wendigo evidentemente no le registró los bolsillos, porque de haberlo hecho, sin duda habría confiscado el cuchillo, igual que hizo con la mochila. Ahora es el arma secreta de Andy. No sabe cuán efectivo será un cúter contra una criatura mítica, pero lo averiguará si hace falta. Si viene a matarlo, no piensa dejarse sin por lo menos intentar defenderse.

El pensamiento le da motivación para levantarse. Con cuidado, saca las piernas de la cama y apoya los pies en el suelo, impulsándose con el codo. Intenta alzarse, y de hecho consigue

ponerse de pie. Sonríe. El simple hecho de levantarse solo ya es un progreso. Está mareado, pero no siente dolor.

Camina un par de veces de un lado a otro y luego vuelve a sentarse. La habitación gira unos segundos, pero sigue sin aparecer el dolor de cabeza.

Andy se siente muy animado. No pasarán tantos días antes de estar listo para actuar. Pero hasta entonces, lo mejor que puede hacer es descansar. Se tumba de nuevo y cierra los ojos.

Apenas ha llegado a dormirse cuando oye pasos rápidos por el pasillo, y la puerta se abre. Andy se incorpora demasiado deprisa, haciendo que la cabeza le dé un vuelco.

Rebecca entra, cierra la puerta tras ella y se vuelve. Tiene los ojos muy abiertos, asustados, y por un momento horrible Andy está seguro de que el wendigo viene a matarlos a los dos.

—¿Qué…? —empieza a decir, pero Rebecca lo interrumpe.

—Un coche. Hay un coche que viene —jadea.

El corazón de Andy da un salto, y él se pone de pie, ignorando el mareo.

—¿Estás segura?

Rebecca asiente con vehemencia.

—Lo he visto desde mi ventana. Está subiendo ahora mismo por el camino de grava.

Andy va a la ventana, se agarra al alféizar y pega la mejilla al cristal para mirar hacia el patio. Solo puede ver una parte de la verja y el camino de grava más allá. A lo lejos, todavía pequeño, un coche avanza en esa dirección, bajando despacio hacia la casa.

Andy entorna los ojos, mirando a través de los cristales agrietados de las gafas. Puede distinguir que el coche es turquesa. No es un coche de policía, que era lo que él esperaba. Pero hay algo familiar en ese coche, se da cuenta Andy. No es el de sus padres ni el de ningún vecino. Aun así, está casi seguro de haberlo visto antes. Ese color es muy reconocible.

Rebecca dice algo, pero Andy no la oye. Solo tiene ojos para el cochecito que se acerca despacio, con el corazón martilleándole en el pecho y provocándole un ligero dolor detrás de la frente, aunque Andy ni siquiera lo nota; está concentrado por completo en el coche.

«¿Dónde lo he visto antes?»

Y entonces lo recuerda: frente a la biblioteca. Porque el coche pertenece a…

—Regan —susurra Andy, empañando el cristal con el aliento.

—¿Qué? —pregunta Rebecca.

—Es Regan —dice Andy, mientras su cerebro rellena varios huecos en el brevísimo lapso que tarda en darse la vuelta para mirar a su hermana, que lo observa fijamente—. Nos ha encontrado, Becca. Ha venido a ayudarnos.

No hay rastro de alegría ni de esperanza en el rostro de Rebecca, solo miedo —Va a matarla —susurra—.

—En cuanto la vea…

A Andy se le forma un nudo de carbón ardiendo en el estómago al recordar lo que Rebecca le contó sobre el viejo británico.

—¿Dónde está? —pregunta—. ¿Lo sabes?

—Abajo, en alguna parte. En el salón, probablemente.

—¿Crees que ya ha oído el coche de Regan?

—No lo sé.

Andy vuelve a mirar por la ventana, brevemente —Tenemos que avisarla —dice.

—No podemos —dice Rebecca, negando con la cabeza—. Si hablamos con ella, la criatura nos castigará. Prometí que me portaría bien.

—Escúchame…

—¡Lo prometí, Andy! Lo prometí, y si rompo esa promesa, ¡nos matará a los dos!

Andy agarra a Rebecca por los brazos y le sisea en la cara: —¡No podemos quedarnos aquí sin más y ver cómo mata a Regan!

Los labios de Rebecca tiemblan.

Andy puede ver que está luchando consigo misma. Afloja un poco el agarre.

—Tienes que hacerlo tú, Becca. Yo no soy lo bastante rápido. Ella estará en la verja en treinta segundos. Tienes que bajar y avisarla.

—No —dice Rebecca, intentando echarse atrás, negando la cabeza con desesperación—. No, no puedo, Andy. ¡No puedo!

—Claro que puedes —Andy casi grita, pero consigue mantener la voz baja. La sacude con firmeza, una sola vez—. Eres valiente, Becca. Lo único que tienes que hacer es correr hasta la verja y decirle a Regan que llame a la policía. Ella lo entenderá.

—Pero… ¿y si viene la criatura?

—Entonces te alejas corriendo. Escóndete en algún sitio del jardín. En cuanto Regan llame a la policía, la criatura tendrá otra cosa de la que preocuparse, y no se molestará en buscarte.

Rebecca parece a punto de vomitar.

—¿Y… y tú?

—No te preocupes por mí —dice Andy, intentando calmarla—. Estaré bien. Puedo defenderme si viene a por mí. ¡Ahora ve, Becca! ¡No queda tiempo!

La empuja hacia la puerta, y Rebecca avanza tambaleándose, con indecisión. Mira atrás por última vez, como si fuese a decir algo.

—Puedes hacerlo —le dice Andy—. Y si tienes la oportunidad, corre y no mires atrás.

Rebecca parpadea una vez. Luego se da la vuelta y sale de la habitación. Un momento después, Andy la oye bajar corriendo.

Él vuelve a la ventana y ve el diminuto coche azul de Regan llegar a la verja y detenerse. Luego se abre la puerta y Regan sale.

La visión hace que Andy contenga el aliento, y se da cuenta, vagamente, de que probablemente es la primera vez que ve a Regan fuera de la biblioteca. Ella levanta la vista hacia la casa, protegiéndose los ojos con la mano.

—Nos has encontrado —susurra.

Entonces aparece otra figura más pequeña. Es Rebecca, cruzando el patio mientras mira hacia la casa. Y como está tan ocupada mirando hacia la casa, no ve cómo se abre la puerta del garaje.

Pero Andy sí.

Y también ve al wendigo, cuando sale al patio con largas zancadas, dirigiéndose hacia la verja.

En una mano huesuda lleva la pala.

***

Rebecca nunca ha tenido tanto miedo en su vida, y el miedo ahoga todo lo demás; ni siquiera siente los pinchazos dolorosos de correr sobre la grava.

De algún modo, esta situación es mucho peor que cuando huyó. Porque esta vez, no solo está en juego su vida, sino también la de Andy.

Andy, que nunca se rindió con ella.

Andy, que siguió buscándola cuando la policía no lo hizo.

Andy, que la encontró.

La idea de que la criatura mate a Andy asusta a Rebecca más que nada. Pero ahora es demasiado tarde: ya ha echado a correr hacia la verja.

La criatura puede aparecer en cualquier momento. Y esta vez, no la perdonará. Esta vez, ella ha prometido portarse bien, ser Alice, y la criatura se dará cuenta de que nunca podrá confiar en ella de nuevo.

Ya casi está en la verja, y echa una última mirada hacia la casa; aún no hay rastro de la criatura.

—¿Rebecca? ¿Eres realmente tú?

Regan ha salido del coche y ahora la mira a través de las barras metálicas.

—Sí —dice Rebecca, deteniéndose frente a la verja—. Soy yo. Andy también está aquí. Pero tienes que irte, Regan. Ahora mismo. Márchate. O vendrá la criatura y te matará.

—¿La criatura? —dice Regan, frunciendo el ceño y mirando de Rebecca a la casa—. ¿De qué estás hablando, Rebecca? ¿Dónde está Andy?

—Solo llama a la…

La voz de Andy grita desde la casa: —¡Becca! ¡Cuidado! ¡Está viniendo!

Rebecca gira de golpe, justo cuando oye los pasos sobre la grava a su derecha.

Rebecca no puede correr.

No puede hacer absolutamente nada.

Se queda allí plantada, paralizada, mirando a la criatura que se acerca a grandes zancadas, con la pala en la mano. Detrás de ella,

Regan dice algo con voz chillona.

La criatura extiende la mano y aparta a Rebecca de un empujón, casi tirándola al suelo. Saca la llave y abre la cadena.

Andy sigue gritando desde la casa: —¡Corre, Regan! ¡Vete de aquí!

Rebecca mira todo como en trance, y lo ve desarrollarse ante sus ojos.

Regan, que ya ha comprendido el peligro, vuelve a meterse en el coche. La criatura abre de golpe la verja. Regan cierra la puerta de un portazo, y Rebecca oye el clic del seguro. Ve a Regan coger el teléfono y llevarlo a la oreja. La criatura se acerca al coche, echa hacia atrás la pala y la golpea con todas sus fuerzas contra la ventanilla lateral. El cristal estalla con un crujido. Y entonces, de pronto, los acontecimientos se precipitan. Regan grita. La criatura mete el brazo y la agarra por la camisa, sacándola por la ventanilla. Regan cae al suelo, intenta levantarse, pero la criatura es más rápida. Alza la pala. Regan vuelve a gritar y se cubre la cara en el último segundo. La hoja le golpea el brazo con un fuerte chasquido. El grito de Regan se convierte en dolor. La criatura alza la pala otra vez. El brazo de Regan está claramente roto, y ya no puede protegerse la cabeza.

Rebecca sabe entonces que todo ha terminado.

Que ahora verá morir a Regan del mismo modo que murió el viejo. Y en cuanto termine, la criatura subirá y matará a Andy. Luego los enterrará a ambos en el jardín. Y si es misericordiosa, la matará a ella también. Todo lo que puede hacer es esperar desmayarse pronto.

Entonces ocurre algo completamente inesperado.

Algo diminuto y marrón sale disparado junto a su pierna. Rebecca parpadea, aturdida, y mira hacia abajo para ver a Doris, mientras la perra se lanza contra la criatura y le hinca los dientes en el tobillo desnudo.

La criatura gruñe, baja la pala y sacude la pierna para desprenderse del animal. Pero Doris no piensa soltar; gruñe y muerde con más fuerza.

La criatura se agacha para coger a la perra, pero Doris ve la mano acercarse y suelta, solo para atacar el otro tobillo. Rebecca puede

ver pequeñas marcas ensangrentadas de los dientes del perro. Y ve a Regan incorporarse y escalar hacia el interior del coche, con el brazo roto torcido e inútil, las gafas perdidas, pero aun así peleando para subir al asiento.

La criatura atrapa a Doris por el cuello. La perra gime un instante antes de que la criatura la lance a un lado. Luego vuelve su atención al coche, que Regan intenta poner en marcha marcha atrás.

«No lo conseguirá.»

Ese pensamiento hace algo en Rebecca. O quizá fue ver a Doris atacar a la criatura. Sea lo que sea, de pronto puede moverse de nuevo. Y antes de darse cuenta de lo que hace, salta hacia delante y propina una patada a la criatura en la pantorrilla, justo cuando está a punto de volver a agarrar a Regan. La patada es lo bastante fuerte para hacer que la criatura se gire, y los ojos negros, como gotas de tinta, se clavan en Rebecca.

Durante un largo instante, se miran, mientras el rostro de la criatura se deforma lentamente en una mueca de rabia.

Entonces el coche acelera el motor.

La criatura gira la cabeza justo cuando Regan pisa a fondo y el coche da un brinco hacia atrás, levantando grava bajo las ruedas. Rebecca y la criatura se quedan mirando cómo se aleja por el camino de entrada.

«Si tienes la oportunidad, corre y no mires atrás.»

La voz de Andy la sacude, y Rebecca comienza a correr.

La criatura la ve en el último segundo y se abalanza para atraparla justo cuando ella pasa, sus dedos huesudos quedándose a menos de un centímetro de su pelo, y entonces ya está más allá.

Corre como jamás ha corrido, moviendo los brazos con fuerza, los pies apenas tocando el camino de grava. El coche frente a ella se tambalea de un lado a otro mientras Regan retrocede tan rápido como puede sin perder el control.

—¡Regan! —grita Rebecca, agitando los brazos—. ¡Espérame!

Si Regan la oye o la ve, Rebecca no lo sabe, pero el coche reduce la velocidad lo suficiente para que

Rebecca pueda alcanzarlo. Corre hacia el lado del acompañante, abre la puerta y salta dentro.

Regan vuelve a acelerar, girándose en el asiento para mirar hacia atrás, apretándose el brazo roto contra el pecho.

—La carretera es demasiado estrecha —jadea, con el sudor resbalándole por las mejillas como lágrimas—o quizá sean de verdad lágrimas—. No puedo dar la vuelta al coche.

Rebecca mira por la ventanilla delantera y ve cómo la verja se hace más pequeña a medida que se alejan rápidamente de la casa. La criatura sigue allí de pie, en medio de la verja abierta, mirándolas mientras se alejan.

Rebecca siente que la está mirando directamente a ella. Luego se da la vuelta y regresa a grandes zancadas al patio.

—Andy —respira Rebecca—. Regan, ¡va a matar a Andy!

Regan deja escapar un gemido de dolor.

—No podemos volver, Rebecca.

—¡Pero va a matarlo! ¡Tenemos que ayudarle!

—¡Si volvemos, nos matará a todos! —grita Regan, con la voz rota —. Tenemos que alejarnos, tenemos que pedir ayuda.

—Pero… pero… —Rebecca está al borde de las lágrimas.

—Busca mi teléfono —dice Regan, haciendo una mueca de dolor y respirando deprisa—. Lo he perdido en alguna parte del coche.

Rebecca busca el teléfono en el suelo mientras se le llenan los ojos de lágrimas. Sabe que Regan tiene razón. Y recuerda que Andy le dijo que no se preocupara por él. Y parte de ella siente un inmenso alivio por haberlo conseguido, por haber logrado escapar. Pero la idea de dejar atrás a Andy así, con la criatura seguramente ya subiendo las escaleras para matarlo, es demasiado…

Sus pensamientos se interrumpen cuando algo la obliga a alzar la vista. Se queda mirando por la

ventanilla delantera, con la boca entreabierta.

—Regan —se oye susurrar.

—¿Qué? ¿Lo has encontrado?

—No —dice Rebecca—. Viene a por nosotras.

Regan gira la cabeza para mirar durante un breve segundo y deja escapar un gritito justo cuando la furgoneta amarilla sale disparada por la verja como un depredador grande, viejo y hambriento.

El estómago de Rebecca se convierte en piedra.

Por un momento había pensado que lo había conseguido. Fue lo bastante ingenua como para creer que podría escapar tan fácilmente; que la criatura simplemente la dejaría marchar. Creyó que el único que seguía en peligro era Andy.

Gira la cabeza y mira hacia atrás. El camino de grava se extiende hasta donde alcanza la vista. La autopista todavía está demasiado lejos.

***

Andy lo ve todo desde su ventana; es como ser espectador de la película de terror más aterradora.

Intentó gritar para avisarlas, pero era demasiado tarde. Si no hubiera sido por la perra, el wéndigo

habría matado a Regan.

Pero ahora la ve subir de nuevo al coche, aunque está claramente muy malherida.

«No puedo quedarme aquí, tengo que hacer algo.»

Andy va hacia la puerta, la abre y se dirige a las escaleras. Al mirar hacia los peldaños, todo se vuelve borroso por un momento, mientras una oleada de mareo lo inunda, pero aprieta los dientes, obliga a sus ojos a enfocarse y luego baja las escaleras.

Es más fácil de lo que pensaba. Pronto está en la despensa. Abre la puerta principal y mira afuera, temeroso de lo que va a ver.

Allí, junto a la verja, el wéndigo está de pie, de espaldas a la casa. Está mirando el coche de Regan,

que recorre a gran velocidad el camino de entrada marcha atrás. Rebecca corre detrás.

«Han escapado.»

Andy casi no puede creerlo, y se llena de una alegría desbordante.

Pero pronto descubre que no ha terminado, porque el wéndigo se da la vuelta y se dirige a grandes zancadas hacia el garaje.

«Va a seguirlas.»

Andy siente una punzada de pánico. Mira hacia el camino de entrada y todavía puede ver el coche de Regan, que ya ha recogido a Rebecca; sin embargo, no se ha alejado mucho más, porque no

puede ir muy deprisa marcha atrás. El wéndigo las alcanzará enseguida con su furgoneta.

Andy sabe lo que debe hacer. Sale por la puerta y cruza el patio. Llega al garaje y oye cómo se cierra de un portazo la puerta del conductor. Andy agarra el tirador de la puerta trasera y la abre

justo cuando la furgoneta pone en marcha el motor con un rugido. Está a punto de subirse cuando esta da un tirón hacia atrás, a punto de atropellarlo por segunda vez, pero él logra saltar y caer dentro, la puerta se cierra de un portazo a su espalda, aunque el sonido queda ahogado cuando la furgoneta retrocede sobre la grava crujiente.

Se detiene, gira y sale disparada hacia delante, casi haciendo que Andy caiga de bruces en la oscuridad. Se agarra a algo para no caer mientras la náusea le sube por la garganta. La obliga a retroceder y se esfuerza por ver el interior de la furgoneta.

Lo único visible es un cuadrado en alguna parte sobre él: Andy se da cuenta de una pequeña abertura que separa la cabina de la parte trasera. Hay una trampilla para cerrarla, pero ahora mismo está abierta y entra la luz del día.

Se arrastra hacia la luz mientras la furgoneta acelera, con la grava retumbando debajo.

Probablemente ya estén subiendo por el camino.

Andy consigue levantarse apoyándose en la pared y mira por la abertura. Ve el coche de Regan, que sigue alejándose marcha atrás tan deprisa como puede, pero la furgoneta está ganándole terreno rápidamente. Rebecca va sentada en el asiento del acompañante.

Andy baja la vista y ve los brazos y las manos del wéndigo aferrados al volante. «¿Qué hago? ¡Piensa! En un minuto alcanzará el coche de Regan y probablemente lo echará de la carretera. ¡Tengo que hacer algo!»

Andy busca algo, lo que sea que pueda usar. Entonces se acuerda del cúter y se lleva la mano al

bolsillo. La hoja brilla en la oscuridad cuando la hace salir.

Un nuevo sonido le llega, un murmullo ronco, y se da cuenta de que el wéndigo está hablando consigo mismo, maldiciendo entre dientes. La furgoneta sigue ganando velocidad.

Ya no quiere a Rebecca, comprende Andy con heladora claridad. Va a matarlas a las dos.

En menos de diez segundos, la furgoneta embestirá el coche de Regan, sacándolo de la carretera, quizá incluso haciendo que dé una vuelta de campana. La furgoneta es el doble de grande y ahora va muy deprisa, casi volando por el camino de grava, con las piedras golpeando los bajos como disparos.

Andy alarga el brazo con el cúter a través de la abertura, seguido por todo el brazo.

El wéndigo no se da cuenta; ahora está inclinado hacia delante, con la cabeza calva visible para Andy. Murmura más alto para sí mismo mientras fija la vista en el coche de Regan, que está ya a solo unos segundos de distancia.

Andy grita y descarga un tajo contra la cabeza de Ambroos van de Goor.

***

Rebecca mira fijamente la furgoneta, que se acerca demasiado deprisa. Cuanto más se aproxima, más rápida parece ir.

Pronto puede distinguir a la criatura tras el parabrisas oscuro. La figura alta, delgada y pálida está encorvada sobre el volante, y casi puede sentir el odio que emana de los ojos negros clavados en ella.

A su lado, Regan deja escapar otro grito; suena como una mezcla de dolor, miedo y llanto.

Está inclinada hacia un lado, la mirada salta una y otra vez de la luna delantera a la trasera, el brazo malo apretado contra el pecho, y Rebecca solo ahora se da cuenta del trozo de hueso blanco que sobresale a través de la manga, justo donde se dobla el brazo.

—No lo conseguiremos —dice Regan, casi llorando ya—. ¡Nos va a embestir! ¡Abróchate el cinturón, Rebecca!

—¿Y tú?

—¡No hay tiempo!

Pero Rebecca ya se ha inclinado y se estira por encima del hombro de Regan, agarrando el cinturón de seguridad y tirando de él. En cuanto Regan queda sujeta, Rebecca también se abrocha.

Luego vuelve a mirar por la ventanilla delantera, y ahora la vista está casi bloqueada por la furgoneta, que está a punto de chocar contra ellas en cuestión de segundos y…

Rebecca está a punto de cerrar los ojos y prepararse para el impacto cuando ve un rostro dentro de la furgoneta, justo al lado de la criatura.

No tiene sentido.

«Es Andy.»

***

En la fracción de segundo antes de que la hoja alcance su objetivo, el wéndigo gira la cabeza y lo mira directamente. En lugar de abrirle la parte de atrás del cráneo, el cúter le rasga la línea de la mandíbula, abriendo una fina hendidura oscura.

El wéndigo lanza un alarido y se abalanza hacia un lado, golpeando el volante y haciendo que este gire violentamente.

Los neumáticos se desvían hacia un lado con demasiada brusquedad y la furgoneta sale volando. Andy sale despedido hacia el techo, luego hacia un lado, y después se queda tendido de espaldas.

Todo queda en silencio. El mundo se balancea un momento antes de detenerse.

***

—Demonios… —murmura Regan, y reduce la velocidad del coche mientras mira la furgoneta volcada, tendida a medio camino en la cuneta—. Se ha salido de la carretera…

—Ha sido Andy —dice Rebecca. Se desabrocha, abre la puerta y salta fuera.

—¡Rebecca! ¡Espera! ¡Vuelve!

Rebecca no escucha. Corre hacia la furgoneta, salta la cuneta y mira por el

parabrisas. Al volante está la criatura, encajada en una postura incómoda. Su rostro es visible,

y Rebecca puede ver que tiene los ojos cerrados, una hendidura oscura recorriéndole la mandíbula y otra sangrante en la frente. Pero Andy no está dentro.

Corre hacia la parte trasera y agarra el tirador. La puerta ofrece resistencia un momento, luego se abre. Andy está tumbado justo dentro. Se gira de lado, mirándola hacia arriba, parpadeando con un esfuerzo evidente. Su expresión es confusa, como la de alguien que acaba de despertarse.

—¿Qué… qué ha pasado? —croa.

—Te estrellaste —dice Rebecca simplemente, cogiéndolo del brazo —. Vamos, Andy. Rápido. No creo que esté muerto.

Esa última parte parece resonar en Andy, y de pronto parece más coherente. Deja que ella lo ayude a salir, pero deja escapar un grito al intentar ponerse en pie.

—Mi rodilla —gime—. Me duele muchísimo…

—Yo te ayudo —dice Rebecca, colocando el brazo de Andy sobre sus propios hombros, sosteniéndolo lo mejor que puede, mientras Andy salta la cuneta a la pata coja y se dirige hacia el coche de Regan.

—Ay, mi cabeza… —gime Andy de pronto, deteniéndose y doblándose hacia delante. Sufre una arcada y vomita en el camino de grava. Mayormente es solo saliva.

A Rebecca le duele tener que parar. Están solo a mitad de camino entre la furgoneta y el coche de Regan. Mira hacia este último y ve a Regan al volante hablando por teléfono. Luego mira atrás y ve la puerta del conductor de la furgoneta abrirse de golpe.

—Andy —dice, empezando a tirar de él—. Tenemos que seguir moviéndonos… ¡viene!

Andy sigue vomitando, pero avanza cojeando. Llegan al coche, y Rebecca abre la puerta trasera para ayudar a Andy a entrar, ahora que por fin ha dejado de vomitar.

—¡Daos prisa! —grita Regan, y por un momento Rebecca cree que les habla a ellos, para luego darse cuenta de que aún está al teléfono. Cuelga y da un jadeo—. ¡Rebecca, cuidado!

Rebecca está justo a punto de subir cuando gira la cabeza y ve a la criatura.

Está de pie en mitad del camino. Mirándola fijamente.

Regan grita algo.

Rebecca se lanza dentro del coche.

Regan pisa a fondo y el coche da un bandazo hacia atrás.

Rebecca mira fijamente a la criatura, esperando que corra tras ellas, pero para su sorpresa, no se mueve ni un centímetro; simplemente se queda allí, observando cómo el coche se aleja.

—Creo que por fin se rindió —dice Regan, al darse cuenta de que la criatura no inicia la persecución. Reduce la velocidad solo un poco —. Gracias a Dios. ¿Estás bien, Andy?

—Creo que sí —murmura Andy, pero Rebecca lo oye gemir y llevarse las manos a la cabeza como si le palpitara—. Gracias por venir a salvarnos, Regan.

—Siento no haber venido antes, pero no lo descubrí hasta ayer, y yo… ¡ay, mi brazo!

—Tienes que ir al hospital —dice Rebecca—. Los dos tenéis que ir.

En ese momento, llegan a la autopista. Regan gira sobre el asfalto, se detiene y usa el brazo bueno

para poner el coche en marcha.

Rebecca mira hacia atrás, hacia el camino de entrada, y aún puede ver a la criatura allí de pie; ahora es solo una línea gris y delgada junto a la furgoneta volcada.

Justo cuando empiezan a avanzar por la carretera, Rebecca ve las luces azules más adelante.

—¿Son… la policía?

Andy levanta la cabeza.

—¿La policía? ¿Tan pronto?

—Sí —gime Regan, deteniendo el coche otra vez—. Rastrearon mi llamada la primera vez, así que ya habían enviado a alguien cuando llamé por segunda vez.

Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

Entonces, Rebecca se gira para mirar a Andy.

Está muy pálido y aún parece mareado. Y aun así levanta la vista hacia ella y consigue esbozar una

sonrisa, mientras susurra:

—Lo logramos. Esta vez sí que lo logramos de verdad, Becca.

EPILÓGO

—¿Ya estás lista?

Rebecca lo mira desde la puerta principal abierta. Doris tira de la correa con impaciencia, deseando salir. La perrita ha crecido bastante desde la primera vez que Andy la vio.

—Un momento —dice él, forcejeando con los cordones—. No consigo deshacer este nudo… está todo enredado.

—Eres tan torpe… —suspira Rebecca, acercándose a él—. Déjame a mí.

Se arrodilla, apartando sus manos. Con unos pocos movimientos rápidos, deshace el nudo y le ata el zapato.

Andy la mira, sonriendo. Cuando volvieron a casa, temía que el wendigo hubiera absorbido demasiada fuerza vital de Rebecca como para que volviera a ser ella misma. Y al principio parecía así: Rebecca estaba muy nerviosa e inquieta y solía llorar. También hablaba poco y tenía problemas para dormir debido a las pesadillas.

Pero casi han pasado dos meses, y Rebecca ya ha vuelto a ser casi la de siempre: ya no llora, y vuelve a hablar mucho. Y cuando Andy tropezó en el camino de entrada el otro día y cayó al suelo, ella se echó a reír a carcajadas. Andy ni siquiera se enfadó; estaba demasiado feliz de oír reír a Rebecca otra vez.

Ahora ella se levanta y dice:

—Ahí está. No era tan difícil, ¿verdad?

—Gracias —dice Andy, sonriéndole, dejando que su mirada permanezca un momento en su rostro.

Rebecca entrecierra los ojos.

—¿Qué estás mirando?

—Tus gafas.

—No te burles de mí.

—No, te quedan bien.

Rebecca se cruza de brazos, pero no dice nada.

Andy no puede evitarlo y continúa:

—¿Recuerdas todas las veces que me llamabas cuatroojos cuando te enfadabas conmigo? Bueno, pues ahora te ha vuelto para darte en el trasero, señorita.

Rebecca suspira.

—Vale, ¿podemos irnos ya? Doris está a punto de hacerse pis en el suelo.

—Voy a avisar a mamá de que nos vamos —Andy echa un vistazo al salón—. ¿Mamá? Nos vamos ahora.

Mamá está leyendo un libro mientras come una manzana. Deja de masticar y le lanza una mirada alarmada; Andy puede ver las palabras acumulándose.

Pero mamá cambia de idea y, en su lugar, pregunta:

—¿Llevas el móvil contigo?

—Sí.

—Bien —Fuerza una sonrisa—. Divertíos.

Andy devuelve la sonrisa y cierra la puerta del salón. Rebecca no es la única que ha vuelto a ser la de antes, y ver a mamá recuperarse día a día lo hace muy feliz.

Las primeras semanas fueron duras; no dejaba que Andy ni Rebecca se alejaran de su vista, incluso insistiendo en que durmieran todos en la misma habitación. Pero después de ir al terapeuta, empezó poco a poco a relajarse. A veces todavía recaía en los hábitos de Mamá Nueva, volviéndose dura y sobreprotectora, pero Andy siente que solo necesita tiempo.

Papá también es el de siempre otra vez, de hecho, incluso más que antes. Es como si su trabajo ya no fuera tan importante para él.

Ha reducido sus horas de oficina y pasa mucho más tiempo con Andy y Rebecca por las tardes, cosa que antes hacía muy rara vez.

Incluso Cindy parece diferente. Cena en casa todas las noches y habla mucho más con mamá y papá que antes. También ha perdonado a Andy por destrozarle la moto. De hecho, Andy sospecha que incluso se alegra, ya que usó el dinero del seguro para empezar a ahorrar para un coche.

Además, ha dejado de teñirse el pelo.

Andy sigue a Rebecca hacia el camino de entrada, donde una fresca brisa otoñal y un sol dorado los reciben. Doris corre alrededor, olfateándolo todo con entusiasmo.

Caminan por el pueblo sin hablar mucho. Es una tranquila tarde de sábado. Todos los coches, ciclistas y peatones se mueven despacio, como si ninguno tuviera prisa por llegar a ninguna parte y prefirieran simplemente disfrutar de lo que probablemente será uno de los últimos días cálidos del año.

Un coche pasa, y Andy reconoce a la chica del asiento del copiloto. Levanta la mano, y Sheila le devuelve el saludo.

Luego desaparece.

—¿Quién era? —pregunta Rebecca, empujándose las gafas hacia arriba en la nariz.

—Solo alguien de clase —encoge Andy los hombros.

Sheila ha empezado a sonreírle siempre que sus miradas se cruzan. Incluso habla con él de vez en cuando. Andy está bastante seguro de que le está agradecida por que Kristy fuese encontrada por fin.

Después de que la policía lo arrestara, Ambroos van de Goor confesó haber secuestrado a seis chicas a lo largo de los años y haber matado al menos a cinco personas. Cuando la policía empezó a excavar en su jardín, encontraron un montón de huesos, incluidos los de la hermana mayor de Sheila.

Kristy no se ahogó en el arroyo del parque, como la policía había supuesto en un principio. Su ropa y su mochila acabaron allí porque Ambroos van de Goor las tiró después de secuestrarla. En realidad, murió en su casa dos años después de que él la raptara. Le dio apendicitis y él no la llevó al hospital.

Ambroos van de Goor también confesó ser responsable de la muerte de Lisa Labowski. La secuestró seis meses después de enterrar a Kristy en su jardín. Lisa estuvo retenida durante cuatro meses, pero, igual que Rebecca, nunca dejó de intentar escapar, y él no podía dejarla sola en casa, así que cada vez que tenía que ir al pueblo, se la llevaba en la parte trasera de la furgoneta.

Un día, Lisa logró forzar la cerradura y abrir la puerta trasera desde dentro. Pero ocurrió tan repentinamente que cayó mientras la furgoneta seguía en marcha. Un coche que venía de frente atropelló a Lisa antes de que pudiera ponerse en pie y la mató en el acto. Sucedió justo frente a la biblioteca.

Andy todavía recuerda lo que Lisa le dijo:

«secuestrada»

«furgoneta amarilla»

«luz cegadora»

En aquel entonces, esos fragmentos no tenían mucho sentido para él, pero ahora puede rellenar los huecos e imaginar vívidamente a Lisa en la parte trasera de la furgoneta, asustada y sola en la oscuridad, forcejeando con la cerradura, y cuando por fin la abrió y las puertas se abrieron de golpe, la luz del sol entrando de golpe tuvo que ser intensísima. Quizá incluso la cegó. Tal vez por eso cayó.

Desgraciadamente, nadie vio a Lisa caer de la furgoneta, así que nunca se descubrió cómo había aparecido de repente en medio del pueblo tras haber estado desaparecida cuatro meses. Y, al parecer, nadie cuestionó demasiado que el color de su pelo hubiera pasado de castaño rojizo a rubio; solo reforzó la sospecha de muchos de que la chica había huido de casa en algún tipo de rebelión adolescente y no quería que la encontraran.

Andy, por supuesto, descubrió la verdad: el wendigo obligó a Lisa a teñirse el pelo de rubio, igual que hizo con Rebecca.

Tras la pelea final con el wendigo, Andy pasó una semana en el hospital. Sufrió una fuerte conmoción cerebral, una torcedura de rodilla y dos costillas rotas.

En cuanto volvió a casa, fue a la biblioteca para contárselo todo a Lisa. Pero cuando estuvo allí, sosteniendo El Wendigo, Lisa guardó

un silencio extraño. Probó con varios libros más, pero ella siguió sin contestar, y no ha vuelto a hablarle desde entonces.

Aunque Andy pudo sentir que Lisa ya no estaba en la biblioteca, le llevó tiempo aceptar que se había ido definitivamente. Con el tiempo, comprendió que Lisa solo había vivido en los libros prestada, y que ahora había seguido adelante hacia lo que fuera que espera después de la muerte.

Aun así, le resulta extraño que Lisa desapareciera justo cuando Rebecca regresó. La explicación podría ser que permaneció en los libros para ayudar a Andy a encontrar a Rebecca y llevar a su asesino ante la justicia. «Tiene sentido», pensó Andy; al fin y al cabo, los fantasmas probablemente tienen una razón para quedarse. Algo pendiente. Y en cuanto se resuelve, se marchan.

Pero también hay otra explicación. Una que a Andy le importa menos.

Quizá el fantasma de Lisa Labowski nunca estuvo realmente allí. Quizá todo ocurrió en su imaginación. Todas las frases, todas las conversaciones que tuvo con ella… podría haber sido todo inventado.

Pasan delante de la biblioteca, y Andy se detiene un momento. Es sábado, así que Regan no estará trabajando, y el coche turquesa no está aparcado fuera del edificio.

En las semanas posteriores a la pelea, Regan llevó el brazo enyesado, y Andy pudo firmarle el yeso con un rotulador. Escribió: «Gracias, Regan», y a Regan se le llenaron los ojos de lágrimas. Su amistad se ha hecho aún más fuerte que antes. Cada vez que se ven, Regan lo abraza, e incluso ha venido a cenar un par de veces.

Mamá y papá no dejaron de darle las gracias, y mamá le compró un enorme ramo de flores.

Andy no recibió flores, y supone que es justo. Después de todo, él no fue realmente quien liberó a Rebecca, aunque tuvo un papel vital. Todos en el colegio le han dicho lo valiente que fue, pero en los medios es Regan quien recibe toda la fama.

«Mujer joven rescata a dos niños secuestrados—arriesgó su propia vida.»

A Andy no le importa que Regan se lleve la gloria. Para él, lo más importante es que Rebecca esté en casa.

—¿Crees que algún día lo dejarán salir? —pregunta Rebecca, sacando a Andy de sus pensamientos.

Él la mira y la ve mirando fijamente la biblioteca. Es extraño estar allí con ella, justo en el lugar donde una vez se separaron.

—Dicen que le caerá cadena perpetua —dice Andy.

—Pero eso son solo veinticinco años. Lo busqué en Google.

—Para entonces estará muerto de viejo.

Rebecca lo mira con gesto crítico, y Andy sabe exactamente lo que está pensando. Las cosas que se dicen sobre Ambroos van de Goor en los medios son bastante inquietantes. Algo sobre que su ADN no es normal, y que parece padecer algún tipo de enfermedad genética desconocida hasta ahora, que provoca que envejezca mucho más despacio de lo normal. Los forenses declararon que tenía al menos cien años, y señalaron que su temperatura corporal nunca parece subir de los 21 grados. El extraño ADN también explica por qué los investigadores nunca lograron localizarlo, aunque encontraron ADN suyo tanto en la ropa de Kristy como en el cuerpo de Lisa Labowski.

Pero Andy sabe la verdad. Sabe que no es ninguna enfermedad genética la que ha alterado el ADN de Ambroos van de Goor. La explicación es mucho más simple: Ambroos van de Goor no es un ser humano.

Debería ser obvio con solo mirarlo, la verdad. Pero, de algún modo, la gente no parece darse cuenta de inmediato de que el wendigo no es humano; aparentemente, solo ven a un hombre muy alto y huesudo, con rasgos afilados, tez grisácea y enfermiza, y unos ojos muy oscuros.

Originalmente de ascendencia europea, vivió muy al norte de Canadá hasta hace cuarenta años; fue entonces cuando bajó hasta aquí y empezó a secuestrar chicas.

—Aunque lo dejaran salir —dice Andy, sacudiéndose de encima los pensamientos lúgubres—, lo vigilarían de cerca. Nunca volvería a secuestrar a nadie.

—Eso espero —dice Rebecca.

—Vamos —dice Andy, poniendo una mano sobre su hombro.

Siguen adelante hasta el parque, donde los árboles han empezado a amarillear.

—¿Crees que los veremos esta vez? —pregunta Rebecca, con una creciente emoción en la voz, y Andy se da cuenta de que ha vuelto a apartar a Ambroos van de Goor de su mente.

—Si tenemos suerte —dice Andy, sonriendo—. Mantén los ojos y los oídos bien abiertos.

Rebecca suelta a Doris de la correa, y la perrita empieza enseguida a correr en círculos, absorbiendo todos los olores emocionantes. Andy y Rebecca pasean uno junto al otro mientras escuchan y miran hacia los árboles.

Andy dirige una mirada hacia el cementerio y lo golpea un fuerte déjà vu del día en que vio la lápida de Lisa Labowski. No puede evitar preguntarse una vez más si el fantasma fue real o no. Él fue el único que habló con Lisa, después de todo. ¿No indicaría eso que quizá lo inventó todo?

Entonces, de pronto, algo se le ocurre.

El libro. Anatomía del ojo humano.

Fue Lisa quien le dio el título del libro que Ambroos van de Goor sacó de la biblioteca y nunca devolvió. La policía lo encontró en su casa, y él confesó haberlo usado para descubrir una mezcla venenosa que dejara ciegas a las chicas sin quitarles la visión por completo.

¿Cómo podría Andy haber sabido el título de ese libro? No podía. Y por eso, el fantasma de Lisa Labowski tuvo que ser real.

—¡Allí! —exclama Rebecca, señalando—. ¿Lo ves?

Andy sigue la dirección de su dedo hacia un árbol cercano y busca en el tronco hasta que ve el agujero. Y justo en ese momento —como si los hubiera escuchado hablar— el pájaro carpintero asoma la cabeza para mirar hacia abajo.

Rebecca deja escapar un grito de alegría, y Andy sonríe mientras cierra los ojos un momento.

***

Esta historia fue difícil de escribir, y estuve a punto de rendirme más de una vez. Cambiaba constantemente de punto de vista y de formato hasta que ya no sabía si era buena o no.

Pero había algo en ese valiente chico que seguía atrayéndome de vuelta. Tras años de trastear, por fin conseguí que la trama encajara y le di a Andy el final que su historia merecía.

Cuando publiqué *La chica desaparecida* por primera vez en danés, fue un completo fracaso. Asumí que la historia simplemente no era lo bastante sólida, lo cual dolió, no solo por el tiempo y el esfuerzo que había puesto en ella, sino porque es una de mis favoritas personales.

Luego la traduje al inglés, y en cuestión de meses empezaron a escribirme lectores diciendo que también era una de sus favoritas. Eso me hizo ver que el problema no era la historia, probablemente fue la portada, o el momento. ¿Quién sabe?

Lo importante es que la historia de Andy tuvo una segunda oportunidad, y que tú has podido leerla. Espero que la hayas disfrutado.

Si aún no lo has hecho, puedes unirte a mi boletín gratuito en español en **nick-clausen.com/gratis** - como regalo de bienvenida, recibirás algunos libros gratis que podrás empezar a leer de inmediato. ¡Espero verte allí!

—Nick